FRANCISCO JAVIER YANES

Relación Documentada de los Principales Sucesos Ocurridos en Venezuela desde que se Declaró Estado Independiente hasta el Año de 1821.

Publicada por la
Academia Nacional de la Historia
bajo los auspicios del Gobierno Nacional.

Tomo Primero

Caracas
Editorial Elite
1943

FRANCISCO JAVIER YANES

Relación Documentada de los Principales Sucesos Ocurridos en Venezuela desde que se Declaró Estado Independiente hasta el Año de 1821.

Publicada por la
Academia Nacional de la Historia
bajo los auspicios del Gobierno Nacional.

Tomo Primero

Caracas
Editorial Elite
1943

INTRODUCCION

Por Resolución del Gobierno Nacional, adquirióse en 1940 de los herederos del doctor Francisco Javier Yanes, con destino a la Academia Nacional de la Historia, el archivo de ese ilustre prócer de la Independencia, precioso tesoro que, además de numerosos documentos y papeles de la época, comprende varias relaciones históricas inéditas, escritas de su puño y letra por el propio prócer, cuyo nieto, el doctor Emilio Antonio Yanes, conservó con religioso celo el rico legado, en espera de una oportunidad propicia para su publicación. El 24 de julio de 1942, en el trascendental Decreto Ejecutivo que ordenó las ceremonias para solemnizar el centenario de la traslación de los restos del Libertador a Caracas, se incluyó la publicación de una de aquellas relaciones, la más importante sin duda, que el autor había bautizado con el siguiente título: *Relación documentada de los principales sucesos ocurridos en Venezuela desde que se declaró Estado independiente hasta el año 1821.* De la documentación anexa a dicha relación, que abarca los sucesos de los años posteriores, parece como si el doctor Yanes hubiera abrigado el propósito de continuar su interesante relato. Abonan esta creencia la admirable contracción y la prodigiosa laboriosidad del autor, puestas de manifiesto en la profusión y diversidad de sus escritos históricos, filosóficos, políticos y jurídicos. Es bien sensible que las circunstancias no le permitieran llevar esta relación que hoy se publica hasta el término de la Revolución emancipadora.

Nuestro historiador reúne cualidades notables como narrador. Describe los acontecimientos con sencillez y claridad. Es muy sobrio en sus juicios y expone los hechos para que el lector juzgue y aprecie por sí mismo. En ciertos períodos abunda en pormenores interesantes e ilustrativos. Tiene, además, el mérito de haber sido actor o testigo presencial de muchos sucesos. Naturalmente, como no disponía de toda la documentación que hoy conocemos, especialmente los copiadores del Libertador, la fuente más segura de datos para la historia militar, ni los documentos realistas publicados en la biografía de Morillo y en la Memoria de Moxó, incurre forzosamente en algunos errores. Hemos preferido señalar aquí los principales en vez de poner notas al texto.

Debe tenerse presente que, aparte de la documentación que pudo recoger durante su actuación política y de la que le suministraron otros próceres de la Independencia, el doctor Yanes tomó muchos datos, no siempre exactos, de la *Gaceta de Caracas* correspondiente a la época de la ocupación de esta ciudad por los realistas. Del período de 1813 a 1814 quedaron muy pocos documentos del Libertador y de la Revolución. Arriesgaba su vida quien se aventurase a conservar cualquier papel insurgente, según decreto de Boves, y aquellos fueron sistemáticamente incinerados. Los que reproduce el doctor Yanes relativos a dicho período son tomados de la *Gaceta de Caracas,* a cargo para la indicada época, del apasionado realista José Domingo Díaz, amigo de mutilar y adulterar los documentos del adversario. Se han podido comprobar las reproducciones incompletas que de tales documentos hacía el famoso gacetillero. Dichas piezas no pueden, pues, recibirse sino con las reservas del caso. El doctor Yanes no pudo tomar en cuenta esta circunstancia.

Es interesante observar que, para escribir sus obras, muchos de nuestros historiadores del siglo XIX tuvieron a la vista y aun reprodujeron en parte los manuscritos

de Yanes. Seguramente el propio autor o su familia con posterioridad, los facilitaban a cuantos deseaban tomar datos. Muchos periodos, por ejemplo, de la magnífica *Historia de Venezuela,* obra de nuestro insigne Rafael María Baralt, están indudablemente compuestos con informaciones tomadas de esta relación.

Nota resaltante de la obra del doctor Yanes es su circunspección y sereno juicio respecto a las actuaciones del Libertador en los frecuentes conflictos de autoridad ocurridos en el curso de la Revolución, durante aquellos años caracterizados por las tendencias anárquicas que provocaban las ambiciones y los desaciertos de los caudillos o las inoportunas actividades de los ideólogos, desencadenadas al calor de los mismos principios que habían servido de fundamento al movimiento emancipador. No estaba, sinembargo, el doctor Yanes, de acuerdo con el Libertador en cuanto a ideas y sistemas políticos. Imbuído profundamente en la filosofía revolucionaria de la época, Yanes era el modelo típico de los próceres civiles de la Primera República, que sólo concebían la milicia ciudadana por toda fuerza en el Estado, que veían en cada individuo el sujeto omnipotente del *Contrato Social* y a quienes iba dirigido aquel amargo reproche de Bolívar por la caída de Caracas, cuando exclamaba en su Memoria de Cartagena: "Los Códigos que consultaban nuestros magistrados no eran los que podían enseñarles la ciencia práctica del Gobierno, sino los que han formado ciertos buenos visionarios que imaginándose Repúblicas aéreas, han procurado alcanzar la perfección política presuponiendo la perfectibilidad del linaje humano. Por manera que tuvimos filósofos por jefes, filantropía por legislación, dialéctica por táctica y sofistas por soldados. Con semejante subversión de principios y de cosas, el orden social se resintió, extremadamente conmovido, y desde luego corrió el Estado a pasos agigantados a una disolución universal, que bien pronto se vió realizada". Pero, a pesar de ello, el doctor Yanes tuvo ideas claras y preci-

sas acerca de la terrible realidad del drama en que él mismo tomaba parte activa y cuya finalidad inmediata no era, ni podía ser, sino la consecución de la independencia y el establecimiento de un orden republicano dotado de la mayor suma posible de estabilidad. De aquí que, no obstante sus teorías políticas, creyese esencial la dirección suprema de Bolívar y que su opinión esté siempre del lado de éste en aquellos conflictos.

La descripción de los acontecimientos que precedieron y siguieron a la capitulación de San Mateo en 1812, refleja las impresiones de un actor y testigo presencial. Según el doctor Yanes, la prisión de Miranda en La Guaira fué ordenada por el Comandante Militar de la plaza Manuel María Casas y por el Gobernador Político doctor Miguel Peña y la ejecutaron el coronel Simón Bolívar, el teniente-coronel Tomás Montilla, el francés Chatillón y otros oficiales, altamente indignados porque decían ellos, según el autor, que el general Miranda los había entregado a Monteverde sin ninguna garantía. No hay duda de que donde estuviera Bolívar, toda la iniciativa era suya inevitablemente por su exaltada fuerza espiritual y por las dotes extraordinarias de su temperamento activo y decidido. La historia posterior y algunos antecedentes de los personajes que intervinieron en el arresto de Miranda, podrían explicar el pensamiento de cada uno de ellos en aquel drama conmovedor que marcó el ocaso de una vida ilustre, encarnación y guía de las aspiraciones de libertad en todo el imperio colonial español por más de un cuarto de siglo. El comandante Casas, de sentimientos realistas y partidario de la capitulación, procedía de acuerdo con tales tendencias. En el doctor Peña, puede atribuirse su intervención a un resentimiento contra el Generalísimo por el arresto de su padre, que refiere Yanes. Los demás oficiales, como lo explica el autor, obraban bajo un simple impulso de indignación al encontrarse atrapados. En cuanto a Bolívar, quien veía claro lo que iba a suceder en la infortunada Venezuela, la ca-

pitulación y el cierre del Puerto de La Guaira, que eran un golpe de muerte a la República, hubieron de producir una reacción suprema: la determinación irresistible de promover una marcha en masa sobre Caracas para sorprender y aplastar al tirano o morir con las armas en la mano. La prisión del infortunado Generalísimo no era para él sino un acto preliminar al cual seguiría inmediatamente la lucha decisiva. En su comunicación al Congreso en favor de Don Francisco Iturbe, el 26 de agosto de 1821, hace constar que sus compañeros de armas no se atrevieron a acompañarlo en su acción o a vender caramente sus vidas. (1) Es incuestionable, por lo demás, que ninguno de los actores en el arresto de Miranda, oficiales patriotas que se consideraban entregados al enemigo, pudo pensar que aquel se convertiría a poco en un prisionero de los realistas, ya que ellos no entendían, ni se lo proponían, ofrecer su persona a Monteverde.

No es, ni remotamente, verosímil la especie recogida por el doctor Yanes, de que al embarcarse en La Guaira, Bolívar pensara en ir a tomar servicio en el ejército de Wellington en España. Los sucesos anteriores y los que siguieron inmediatamente después, suministran un concepto muy preciso acerca de sus sentimientos y propósitos al alejarse de las playas de Venezuela. Basta recordar las expresiones de sublime vehemencia que dirigió a Josefa María Tinoco en los momentos de salir para La Guaira, camino del destierro y del más incierto porvenir: "Antonia tiene orden de asistirte como a mí mismo y sé que lo hará mejor que yo. Cuenta con esto. Estoy de prisa y quizá no podré verte, pues el honor y mi Patria me llaman a su socorro" (2). Estas palabras envuelven una resolución tan solemne e irrevocable como el juramento en el Monte Sacro. La historia no puede poner en duda que, al escribirlas, bullían en su mente exaltada, como vívidas visiones, la Campaña Admirable, el Decre-

(1) Vicente Lecuna, *Cartas del Libertador,* tomo II, página 385.
(2) Vicente Lecuna, *Cartas del Libertador,* tomo I, página 26.

to de Guerra a Muerte, la entrada triunfal a Caracas y la escena del Templo de San Francisco que lo consagraría como Libertador ante la posteridad, todo lo cual tardaría apenas un año en realizarse por obra de la clarividencia y de la energía del Genio. Y basta también recordar, en cuanto a la actitud invariablemente radical e irreductible de Bolívar desde su iniciación misma en las actividades revolucionarias, su negativa a firmar la representación al Capitán General para el establecimiento de una Junta Suprema en Caracas "por no haberse extendido (la representación) en la forma como él la quería", según la deposición de uno de los testigos interrogados por el Oidor Mosquera y Figueroa en el expediente que firmó en 1808 con el indicado motivo (3); la resuelta posición en favor de la independencia absoluta que adoptó en su Misión ante el Gobierno Británico (4); y su decidida actuación en el seno de la Sociedad Patriótica.

La descripción de la campaña de Mariño en 1813 hecha por Baralt deja ver claramente que éste tomó muchos datos de la obra de Yanes. A propósito de esta campaña, es de observar que nuestro autor habla de la incorporación de Antonio José de Sucre y de sus hermanos a Mariño como ocurrida poco antes de la toma de Cumaná por este Jefe, admitiendo al parecer que con esa incorporación se iniciaron los servicios militares del Mariscal de Ayacucho. Es constante, sinembargo, entre los historiadores, la opinión de que Sucre formó parte de la expedición libertadora organizada por Mariño en Chacachacare. Tavera Acosta comprobó que días antes de dicha expedición, Sucre había salido de Cumaná con destino a la Isla de Trinidad, seguramente para reunirse con Mariño y sus demás compañeros. El error explicable de Yanes se basa en la certificación de los servicios del Coronel Mejía, expedida por Bermúdez y redactada seguramente

(3) Jorge Ricardo Vejarano. *Orígenes de la Independencia Suramericana*. Págs. XXV y 95.

(4) Amunátegui. *Vida de don Andrés Bello*. (Edición de 1882). Págs. 88 a 90.

por el propio Mejia, en la cual se alude a la incorporación de este último en la ya indicada oportunidad, en compañía de Sucre y de sus hermanos. Bien pudo ocurrir que el futuro Mariscal se separase momentáneamente de Mariño por las contingencias de la campaña, para reunírsele luego de nuevo, junto con Mejia, en vísperas de la toma de Cumaná.

El autor da por sentado que Bolívar no concurrió a la batalla de Vigirima. Está demostrado que sí estuvo en dicha acción desde su primer día, antes de la llegada de Ribas. Dice también que el regimiento de Granada estuvo presente en la batalla de Araure y no es así: el coronel Salomón hizo con dicho cuerpo una salida de Puerto Cabello hacia Nirgua, supo durante la marcha la derrota de Araure y se retiró precipitadamente hacia Coro. La noticia de este gran triunfo de los patriotas salvó la vida a Páez, puesto en capilla en Barinas, cuando los españoles huyeron de esta ciudad al tener noticia del acontecimiento.

El señor Yanes, como otros historiadores venezolanos, no era perito en cuestiones militares. En ocasiones no se penetra del alcance de las operaciones ni explica las razones de éstas. Al relatar, por ejemplo, el primer sitio de Valencia en 1814, describe muy bien la firmeza y, a la vez, la desesperanza de los patriotas. Todo indica que la plaza debe necesariamente caer; pero, repentinamente, el sitiador se retira sin que la narración explique el motivo y causa de semejante decisión. La razón de ésta, no especificada por Yanes, se encuentra en la activísima persecución que hizo el Libertador contra las fuerzas de Boves a raíz de la batalla de Bocachica, ganada por Mariño. Con su escasa fuerza, Bolívar se lanzó sobre el ejército llanero y le causó sensibles pérdidas en Yuma, en Magdaleno y en Güigüe, dejó en este último lugar a Tomás Montilla encargado de continuar la persecución y se embarcó en una lancha en la laguna de Valencia para llevar a los sitiados el aviso de que resistieran unas horas

más y serían salvados. Boves se retiraba para unirse a Cevallos, pero al llegar derrotado, éste último hubo de levantar el sitio.

Respecto a los acontecimientos que precedieron a la evacuación de Cumaná a fines de agosto de 1814 y a los de Carúpano en los primeros días de setiembre siguiente, que provocaron el desconocimiento de Bolívar y Mariño y el exilio de éstos, el autor incurre en algunos errores. Para las debidas rectificaciones, rogamos al lector compare las informaciones del doctor Yanes con el estudio publicado por uno de nosotros en el número 71 del Boletín de la Academia de la Historia. La carta de José Félix Ribas para Martín Tovar Ponte, publicada en facsímil en el número 49 del mismo Boletín, arroja mucha luz sobre dichos sucesos y rectifica el relato de Yanes, quien no presenció los acontecimientos y hubo de seguirse, forzosamente, por informaciones que no tuvieron la debida exactitud. El oficio de Ribas para el Presidente del Congreso de la Nueva Granada, de 7 de setiembre de 1814, mencionado por Yanes, no se compagina en absoluto con lo que el mismo Ribas expresa en su carta para Tovar Ponte. Son dos piezas incompatibles. Nos inclinamos a pensar que tal oficio no pasó de ser un simple proyecto preparado quizá por tercera persona deseosa de impedir una ruptura definitiva entre Bolívar y Ribas, pero que éste último no adoptó, animado como estaba en aquellos momentos por la apasionada exaltación contra Bolívar que rebosa la carta para Tovar Ponte. No pudo, en todo caso, suscribir simultáneamente el ilustre héroe de La Victoria tan contradictorios documentos.

No es exacto que Ribas y Piar fueran nombrados en esa época primero y segundo Jefes de la República, como lo informa el doctor Yanes. Venezuela no existía en esos años, propiamente, como una nación unida. El país se encontraba dividido en dos Estados separados: el de Occidente, el cual acababa de ser sojuzgado por los realistas, y el de Oriente, donde se combatía con furia. Ribas

asumió el titulo de Jefe Supremo de Occidente y Piar tomó el cargo análogo respecto de Oriente, solamente en Cumaná. Bermúdez en Maturin no habría reconocido nunca la autoridad de Piar, de quien era mortal enemigo. La derrota de este último en Cumaná y la actitud del comandante Videau en Güiria al desconocer su autoridad y echarlo del país, acabaron con la jefatura de este caudillo. Aun cuando Bermúdez había adquirido gran ascendiente por su espléndida victoria de Maturín, la derrota que sufrió luego en Magueyes, lo obligó a ceder ante la opinión general y Ribas fué reconocido como Jefe superior de lo que restaba de la Patria.

Incurre también nuestro autor en exageraciones y acoge gustosamente las especies deprimentes para el adversario realista. Adopta confiadamente versiones populares inverosímiles como la de la madre que comió la carne de su hijo muerto y no pone en duda la conseja de la época acerca de la muerte de Boves, atribuida al odio supuesto que le profesaba Morales y debida a una venganza de éste. Semejante versión no está autorizada por la historia. Boves pereció en Urica combatiendo bravamente, como era su costumbre, a la cabeza de sus huestes, sin guardarse del peligro.

Esos mismos sentimientos y las exaltaciones de la lucha, así como la aureola sombría que las tendencias absolutistas ponían en torno de la Corona española, en violento contraste con la ideología de la Revolución hispanoamericana, llevan a Yanes, como ocurrió también con todos sus compañeros de causa, a conclusiones extremas respecto de la Madre Patria, olvidando por completo los lazos de la sangre y confundiendo un sistema político con las características de la Nación. No puede censurarse esa actitud en los hombres que habían luchado y sufrido en sus cuerpos y en sus bienes por el logro de un ideal tan duramente combatido y cuyo triunfo costó sacrificios que exceden a toda ponderación.

Cabe una observación sobre el relato del autor en lo

referente a la batalla de Urica. Según Yanes y de acuerdo con Baralt, que lo copia, los dos escuadrones selectos denominados Rompelineas, preparados por Ribas para dar un golpe decisivo, atacaron uno por el ala derecha y otro por el ala izquierda de la línea de batalla. El general José Tadeo Monagas, en su relación publicada en el número 21 del Boletín de la Academia de la Historia, afirma que dichos escuadrones, mandados por él y por Zaraza, respectivamente, embistieron por una misma ala, precisamente donde se hallaba Boves. Esto era lo lógico y así lo imponían los principios del arte militar, que Ribas practicaba por instinto. El objeto de esta táctica fué, evidentemente, tratar de obtener un efecto decisivo en el punto más importante de la línea de batalla.

Es muy notable y de gran interés psicológico la relación del doctor Yanes en lo relativo a los acontecimientos que produjeron la caída del Gobierno de Serrano y la elevación de Páez en el Alto Apure. La descripción de nuestro historiador es más natural y humana que la admitida hasta ahora, inspiración del propio Páez. En cambio, las operaciones de Barcelona a principios de 1817, no están bien descritas en esta obra. La marcha de Bolívar sobre Clarines tuvo por motivo detener el avance de los realistas que se reunían en Altagracia de Orituco para asaltar a Barcelona, donde se hallaba el parque que él mismo había traído de Haití. Nuestro autor no toma en cuenta el campo atrincherado formado en dicha ciudad para resistir con éxito al enemigo. Tampoco describe con exactitud las operaciones subsiguientes, en las cuales el Libertador no tuvo libertad de acción por haberse visto forzado a ceder al general Mariño el mando de las fuerzas.

Para componer su obra, el autor solicitó de muchos jefes de la Revolución informes y memorias. No hay duda, por ejemplo, de que él utilizó el manuscrito original de Páez sobre sus campañas de Apure, publicado en el citado número 21 del Boletín de la Academia de la His-

toria, como lo comprueba la descripción de la batalla de Mucuritas.

Respecto de las campañas de Guayana, no pueden omitirse dos observaciones importantes que escapan al autor: la entrada del Almirante Brión con su escuadra al Orinoco, determinó la caída de las plazas fuertes de Angostura y Guayana la Vieja, que los patriotas no podían tomar mediante simples operaciones terrestres. Cuando la escuadra española desfilaba por delante de la ensenada de Cabrián, donde se había acoderado Brión apoyado desde tierra por Bolívar, se desarrolló una verdadera batalla que costó muchas bajas a la escuadra española, cuyo jefe quedó gravemente herido. La desorganización de esta última permitió a Brión salir de su anclaje y, siempre protegido por las tropas de tierra, pudo capturar a casi todos los barcos enemigos en una persecución activa y gloriosa porque el enemigo no se rindió sin lucha. Estos acontecimientos produjeron la liberación de Guayana y salvaron asimismo a la isla de Margarita porque, al recibir las fatales noticias de Guayana y justamente alarmado, Morillo abandonó la pacificación de aquella y se vino a Caracas a tomar medidas para hacer frente a los patriotas, esperando que éstos embistieran seguidamente sobre la capital.

En lo tocante a la campaña de 1818, hay que rectificar algunos puntos de la relación: no fué Sedeño quien obligó al Libertador a retroceder de El Rastro a Calabozo, después de la batalla dada en este último lugar. Todo induce a creer que este desacertado movimiento fué obra de Páez, como lo asegura Briceño Méndez en sus Memorias. El comandante Juan Antonio Blancas, a quien apellida Blanco el doctor Yanes, no murió, como él dice, en el combate del Caimán. El nombre del oficial que asaltó la tienda de campaña de Bolívar en la noche del Rincón de los Toros es Tomás Renovales y no, como dice el autor, Mariano Renovales, célebre general español adversario de Fernando VII. Adoptando las descripciones de

Páez, el doctor Yanes considera como una victoria la batalla de Cojedes y admite la versión sobre el combate de Guayabal, evidentemente exagerado por el propio Bolívar en el Boletín publicado en Angostura con la ostensible finalidad de impresionar favorablemente a los patriotas y a sus amigos del extranjero.

El doctor Emilio Antonio Yanes, depositario por muchos años del archivo de su ilustre antecesor, preparó, también de su puño y letra, una copia de esta relación como para darla a la imprenta. En dicha copia aparecen breves correcciones de lenguaje destinadas a subsanar pequeños descuidos de expresión en el autor. La presente edición se atiene al texto original de este último y sólo adopta las correcciones de la copia cuando éstas se hacen indispensables por omisión ostensible de palabras de parte del autor.

CRISTÓBAL L. MENDOZA.

VICENTE LECUNA.

RELACION DOCUMENTADA DE LOS PRINCIPALES SUCESOS OCURRIDOS EN VENEZUELA DESDE QUE SE DECLARO ESTADO INDEPENDIENTE HASTA EL AÑO DE 1821

Por el DOCTOR FRANCISCO JAVIER YANES

AÑO DE 1811

Declarada la independencia estalló en Caracas y Valencia (11 de julio) una espantosa revolución, que en la capital fué sufocada por las acertadas providencias del Gobierno, y la actividad y entusiasmo de los *patriotas.*

Para reprimir a los facciosos de Valencia el Poder Ejecutivo nombró, en uso de las facultades de que estaba investido, al Marqués del Toro, general del ejército, acompañado del brigadier don Fernando y del coronel don Juan Toro, sus hermanos, del teniente coronel don Gabriel Ponte, de don Fernando Peñalver, y del capitán de navío don Lino Clemente, miembros del Congreso. El Marqués salió el día 15 con alguna tropa, que debía reforzarse con otras del interior.

La causa contra los revolucionarios se siguió con tal actividad, que dentro de pocos días trasmitió el Ejecutivo al Congreso la sentencia pronunciada por el Tribunal de Vigilancia, en que después de haber sido oídos y convencidos legalmente algunos de los principales autores y agentes de la conjuración fueron condenados al último suplicio, a presidio y pérdida de sus bienes, y a expulsión del territorio de la Confederación.

El 17 fueron fusilados y suspendidos después en la horca, en la plaza de la Trinidad don José María Sánchez, don Juan Díaz Flores, F. Atanza, N. Marnuevo, el moreno Simón Cuadrado, y otros, hasta el completo de diez,

cuyos cadáveres fueron destrozados, a usanza española, y puestos sus despojos en varios puntos de la ciudad y de sus inmediaciones.

Es de notar que cuando se leyó en el Congreso la sentencia del Tribunal de Vigilancia, el diputado Ramírez propuso, como útil y conforme a la humanidad, disminuir el número de víctimas y castigar sólo a los cabezas, sorteando, quintando o diezmando a los demás. Después de un largo debate se acordó contestar al Ejecutivo que el Congreso quedaba enterado de la participación que de la sentencia se le había hecho.

Presentóse luego una petición de don Antonio Díaz Flores, que como tío del reo Juan Díaz, en unión de su mujer, imploraba un indulto a favor de éste, en obsequio de la independencia, y se decretó *lo acordado.*

Esta resolución y los actos de justicia que siguieron dividieron definitivamente a los habitantes de Venezuela en dos partidos: el de los europeos y canarios que se denominó de los *Godos,* y el de los criollos, en que había muchos españoles, que se llamó de los *Patriotas,* al que dieron aquéllos varios apodos. Tratóse en el Congreso de conciliarlos, por medio de una ley que prohibiese y castigase todo apodo, o cualquier palabra injuriosa y picante.

El diputado Miranda propuso que después del juramento de la independencia que debía hacer el Consulado, cuyos individuos eran los principales comerciantes y agricultores, fuesen citados especialmente los europeos, y que una diputación del Congreso les manifestase las ideas y sentimientos que animaban al gobierno independiente, su amor a la paz, y sus deseos de que todos viviesen en fraternal unión bajo las leyes que protejían la libertad, la igualdad, la propiedad y la seguridad individual, sin consideración al lugar del globo en que los individuos habían visto la luz primera, ni las opiniones particulares que depositaban en lo interior de sus fami-

lias. Otros diputados observaron que este paso era superfluo, y tal vez degradante, no dudando que produciría, por lo menos, los mismos efectos que produjeron las insinuaciones, ofertas y seguridades que muchos días antes había hecho el Congreso a los isleños, por medio de personas escojidas y respetables, como fueron el diputado Cabrera, don Fernando Key Muñoz, los Eduardos, Medranda y otros canarios que conocían la marcha y espíritu del Gobierno. Que en la ley del juramento a la independencia que acababa de publicarse se manifestaba claramente el deseo de formar de todos los habitantes un solo pueblo, una misma familia, sin consideración al nacimiento. Que algunos inconvenientes que se notaran por preocupaciones emanadas de la misma legislación que había regido, o de hechos que habían tenido su origen por el nuevo orden, cesarían con el buen comportamiento de los españoles y canarios, sin que las leyes de una república libre, se extendiesen a materias que eran de la competencia de la opinión popular, fundada en hechos que argüían a sus autores de ingratitud, de perfidia y deslealtad.

El ejército destinado contra los insurrectos de Valencia batió un destacamento que éstos habían puesto en el cerro que llaman de los Corianos; pero más adelante, en Mariara, fué rechazado por un cuerpo de vizcaínos y criollos entusiasmados por el rey y la religión, y el Marqués hubo de retirarse a Maracay, de donde pidió auxilios a la capital.

El Poder Ejecutivo consideró esta ocurrencia como de suma importancia, y para sostener la opinión pública, nombró al diputado Miranda, para que tomase el mando del ejército, quedando de segundo jefe el Marqués. Miranda aceptó con la condición de que con algún pretexto fuese separado el coronel Bolívar del mando de su batallón, que debía marchar, pues no convenía su presencia en el ejército, decía el General, porque *era un joven peligroso;* mas su demanda no tuvo efecto.

La causa de conspiración se seguía con tesón; los jue-

ces inferiores, los abogados, escribanos y procuradores de la ciudad trabajaban incesantemente en ella, desempeñando cada cual sus funciones con puntualidad; a todos los enjuiciados se les señalaban dos defensores, si no elejían alguno particular. Los jueces del Tribunal Supremo eran hombres de saber, integridad y experiencia.

El Congreso estaba animado de sentimientos filantrópicos; el diputado Ramírez insistió en que el Poder Ejecutivo, como revestido de todas las facultades, publicase un indulto general para todos los que estuviesen comprendidos en la conjuración y se delatasen voluntariamente, pues esta medida contribuiría a descubrir la combinación y extensión del proyecto, y a que el Gobierno tomase las providencias conducentes a cortar el mal y precaver sus consecuencias.

Destinóse una comisión para que conferenciase con el Ejecutivo sobre si convenía o no en las actuales circunstancias el indulto, extendiéndose a que no se infligiese la pena capital a todos los conspiradores que la mereciesen, a menos que de lo contrario peligrase la seguridad pública. El Poder Ejecutivo manifestó que había pensado publicar el indulto cuando las circunstancias lo permitiesen, y no en la actualidad, por haber indicios vehementes de que no era sólo don José María Sánchez el autor o cabeza de la conspiración, y que se pondría de acuerdo con el Tribunal de Vigilancia para que no se derramase más sangre, a menos que esta medida no fuese incompatible con la pública tranquilidad.

El 27 se participó la sentencia en que se condenaba a cinco individuos como reos de conspiración al último suplicio, conmutándole esta pena a Fray Juan García, convencido de seductor, en cinco años de reclusión en su convento, por la interposición del M. R. Arzobispo; y a don Miguel Portilla en extrañamiento de la confederación, por servicios que a ésta había prestado. Algunos diputados observaron que era muy extraño que el Poder Judicial se propasase a perdonar a los que por su mismo

fallo merecían la pena de muerte, pues a él sólo tocaba aplicar la ley, y nunca interpretarla, dispensarla o mitigar su rigor; pero habiéndose manifestado que la Alta Corte había procedido de acuerdo y consentimiento del Ejecutivo, la sentencia se llevó a debido efecto. Tan lejos estuvo el Tribunal de la severidad que colocó en la segunda clase de reos, es decir, que no merecían pena capital a muchos de los mismos que habían combatido y hecho fuego al pueblo, el dia 11, en la sabana del Teque.

Más adelante (8 de agosto) el Poder Ejecutivo comunicó una sentencia en que se condenaba a muerte al cabo del batallón veterano Francisco Rondán, reo de conspiración: los defensores, licenciado don Vicente Mercader y doctor don Andrés Narvarte ocurrieron al Congreso solicitando, como gracia, se suspendiese la capilla, y se recibiesen unas pruebas que, en su concepto, libertarían de aquella pena a su protegido. Aunque esta causa, como las demás de conspiración, se siguió con celeridad, es evidente que todos los comprendidos en aquélla tuvieron tiempo bastante para proponer y probar sus excepciones; sin embargo, después de un largo y animado debate, el Congreso acordó se suspendiese la ejecución, continuando el reo en la capilla, hasta que evacuadas las pruebas que se ofrecían, se reviese la causa por una sala extraordinaria, que podría componerse de individuos del Congreso, u otros que no fuesen del cuerpo.

El Poder Ejecutivo nombró a los diputados don Francisco Javier Yanes, don Felipe Paúl, don José Ignacio Briceño y don Manuel Palacios, y al licenciado don Ramón García Cádiz, con prevención de no separarse del Tribunal hasta que hubiesen pronunciado su fallo. Evacuáronse las pruebas ofrecidas y vióse la causa dentro del término de veinticuatro horas: tres jueces confirmaron la sentencia de la Alta Corte; Paúl y Yanes votaron por la pena extraordinaria, y Rondán fué ejecutado.

El rumor popular y algunos indicios que constaban del proceso denunciaban como cómplices o sabedores de la conspiración a los diputados don Nicolás de Castro,

don Manuel Vicente Maya y don Juan Nepomuceno Quintana, al Marqués de Casa León, al Arzobispo, al canónigo don Juan Vicente Echeverría, a don José Tovar, don Juan Esteban y don Miguel Echezuría, don Benito Austria, don Francisco Iturbe, don Vicente Galguera, don Isidoro Quintero y don J. Mintegui; pero no hubo pruebas bastantes contra estos sujetos. El Poder Ejecutivo impuso arresto a León y mandó seguirle, por separado, causa por no haber jurado la independencia: seguida ésta por los trámites ordinarios el Supremo Tribunal de Vigilancia declaró que don Antonio Fernández de León en nada había atentado, directa ni indirectamente, contra el Gobierno establecido, y que el procedimiento en esta causa no había perjudicado, ni podido perjudicar su estimación, honradez, acreditada conducta y demás cualidades que le colocaban entre los buenos ciudadanos que aspiraban a la felicidad de las provincias de la confederación y firmeza de su actual gobierno. En consecuencia, el Ejecutivo mandó que León jurase ante el Cuerpo Municipal (*). El doctor Antonio Gómez, comprendido en la revolución, fué extrañado del territorio de la Confederación. Es de notar que los europeos vecinos de Caracas escribieron cartas a la península y otras partes, diciendo que el Congreso, el Poder Ejecutivo, la Sociedad Patriótica y el general Miranda habían hecho ahorcar a los conspiradores del 11 de julio, sin haberlos oído, ni formado proceso, y así lo anunció el papel que se publicaba en Londres, con el título *El Español*.

La Junta de Trujillo depuso de la presidencia a don Jacobo Roth, quien ocurrió al Congreso quejándose de las violencias y vejaciones que había sufrido, manifestando al mismo tiempo el estado de anarquía en que se hallaba la provincia, y para contener tamaños males el Congreso nombró en comisión al doctor don Andrés Narvarte y al doctor don Mariano Echezuría, secretario; y aunque el Ejecutivo no convino en el nombramiento, tuvo su

(*) *Gaceta de Caracas* del 10 de diciembre de 1811.

efecto por la insistencia de la mayoría del Congreso, el que asignó al comisionado ocho pesos por cada día de los de viaje, de ida y vuelta, y cuatro por cada uno de los de estada en Trujillo, anticipándosele quinientos pesos con calidad de reintegro de los créditos de Trujillo, contra las cajas generales.

El teniente coronel don Miguel Valdés, fué destinado al mando de las armas; pero después fueron nombrados don Juan Manrique y don Juan Gallegos Pacheco para relevar al comandante don Manuel Delgado.

Fueron destinados a la provincia de Barcelona el doctor don Francisco Espejo y don Ramón García de Sena, para que haciéndose cargo del Gobierno político y militar, estableciesen el gobierno que habían adoptado las demás provincias de la Confederación, haciendo cesar la Capitanía General que se había atribuido don José Antonio Freytes Guevara, y ordenando que éste viniese prontamente al Congreso a desempeñar la diputación para que había sido popularmente electo.

Reorganizado el ejército contra Valencia, ocupó el general Miranda el punto del Morro que habían fortificado los facciosos, sin habérsele opuesto mayor resistencia. Intimados los de Valencia para que entregasen la plaza, propusieron una capitulación que fué aceptada y el 23 de julio entraron en la ciudad, conduciéndose todos con moderación y prudencia. Mas los españoles y los criollos agentes del Comisionado regio de Puerto Rico, entre los cuales eran los principales los eclesiásticos seculares y regulares, desaprobaron lo estipulado y concedido en la capitulación, y esperanzados en los auxilios que habían pedido a Coro, Maracaibo y demás pueblos que creían adictos a la causa del Rey, llenos de nuevo entusiasmo, excitaron al populacho y a las tropas que se hallaban en los cuarteles para que no se sometiesen al Gobierno de Caracas, ni al General *hereje* que había enviado a subyugarlos; y tal fué la vehemencia con que declamaron estos frenéticos, que empuñando las armas los soldados y rompiendo un fuego tan súbito como horroroso, causa-

ron tal destrozo en los republicanos, que el General tuvo a bien retirarse en la obscuridad de la noche, sin detenerse hasta Guacara, por no exponer el ejército a su total destrucción, habiendo perdido mucha gente, considerable número de fusiles y municiones, con casi todos los bagajes; fué lo más sensible haber dejado en la ciudad un numeroso hospital de heridos y enfermos, en los que ejecutaron los facciosos insultos, vejaciones y crueldades espantosas. El resto de este mes se pasó en reforzar el ejército y privar a los insurrectos de los auxilios de los pueblos inmediatos, para estrecharlos a someterse por el hambre. Hicieron en este tiempo algunas salidas, acometiendo y sosteniéndose con un denuedo y valor que rayaba en furor y desesperación.

El 12 de agosto determinó el General atacar con todas las fuerzas, y como a las dos de la tarde, embistió la ciudad por ocho puntos diferentes, a que correspondieron los invadidos con tal entusiasmo que parecían estar ciertos del triunfo: duró el combate hasta el anochecer, quedando aquéllos reducidos al recinto de la plaza principal, sin dar muestras de rendirse. Los españoles que mandaban la flotilla de seis pequeños buques que habían equipado en la laguna, cerciorados del fatal estado a que se hallaba reducida Valencia, propusieron una capitulación, que les fué admitida y concedida con cortas adiciones, y en el propio día pusieron a disposición del General los buques, tripulación, artillería, municiones, etc. Al siguiente muy temprano, continuó la pelea con más vigor que el día anterior, y como a las diez de la mañana, los cabecillas Landaeta, Colón y Palomo propusieron capitulación, que les fué negada. Rindiéronse al fin a discreción, suplicando que se les considerase como engañados y seducidos por aquellos que debían darles buenos consejos y ejemplos. El General, después de haber tomado posesión de la plaza, artillería, armas y municiones y asegurado a los cabezas principales de la revolución, acordó varias y prontas medidas para restablecer el orden y remediar los males de un sitio riguroso, en el que se ha-

bía desarrollado el más furioso fanatismo, a la par de la más desenfrenada licencia y de la más violenta anarquía. El ejército republicano tuvo de pérdida en esta campaña ochocientos muertos, entre éstos el apreciable joven capitán don Lorenzo Buroz, y mil quinientos heridos, siendo de este número el brigadier don Fernando Toro y el teniente coronel don Gabriel Ponte.

El Poder Ejecutivo destinó luego a Valencia una Sala de Justicia, compuesta del diputado don Juan Antonio Rodríguez Domínguez, doctor don Nicolás Anzola, doctor don Francisco Llanos y del señor González Orellana, Fiscal, con prevención de que a la mayor brevedad posible sustanciase y determinase la causa, remitiéndola, sin ejecutar la sentencia, para que fuese aprobada o reformada por la autoridad a que correspondiese.

Durante la campaña de Valencia, y aún después de concluida, se dirigieron al Congreso varias quejas y reclamos contra el general Miranda, por algunas resoluciones que había tomado en desempeño de la ardua empresa de salvar la patria, que le había confiado el Poder Ejecutivo, autorizándole con algunas de las facultades que el Congreso le había concedido extraordinariamente. Las más dignas de recuerdo son la del coronel don Juan Toro, nombrado Comandante de La Victoria por el General, por haberle impuesto arresto, por cosas del servicio, sin tener consideración a su carácter de diputado. La del presbítero don Tomás Montenegro que se presentó en persona ante el Congreso el 31 de agosto pidiendo le amparase contra la orden del Ejecutivo que después de haber acusado a Miranda de déspota y tirano, le obligaba a volver al ejército de Valencia, donde estuvo destinado bajo sus órdenes como Capellán, en lo que creía comprometida su seguridad. El Congreso resolvió que los querellosos ocurriesen al Ejecutivo, pudiendo recurrir si no se les hacia justicia. La del teniente coronel don Mariano Montilla que se quejó contra el Ejecutivo, por no querer determinar nada en la acusación que le presentó sobre la conducta militar y política del general Miranda. El Con-

greso, recordando los reclamos del coronel Toro y del presbítero Montenegro resolvió, en 6 de septiembre, que el general Miranda debía ser llamado y comparecer para dar cuenta de su conducta. El Poder Ejecutivo no convino en la comparecencia del general Miranda, por entonces, y el Congreso insistió en su resolución notando algunas contradicciones en las razones que se aducían, para no llevarla a efecto; y habiéndolas manifestado en toda su extensión al Ejecutivo, se dejó a su arbitrio y responsabilidad la comparecencia del general Miranda en la capital. En seguida apareció el teniente coronel don Miguel Carabaño quejándose del general Miranda y pidiendo se garantizase su persona en la resolución que había tomado de venir de La Victoria, donde se hallaba, a representar al Gobierno su queja; el Congreso resolvió que la propusiese ante el Poder Ejecutivo.

La deliberación del Congreso, aunque diferida, si no multiplicó, por lo menos alentó a los desafectos del General vencedor. El doctor Miguel Peña, exaltado panegirista de Miranda, le acusó de usurpador de las prerrogativas de la Soberanía, por haber exigido a su padre don Ramón, uno de los revolucionarios de Valencia, cierta cantidad por vía de contribución para el sostén de las tropas. Pidióse informe al Ejecutivo y contestó haber prevenido al general Miranda que los costos y gastos que sufriese el Estado debían sacarse de los bienes de los insurgentes, y a la Sala de Justicia de Valencia que aquéllos ascendían a más de doscientos mil pesos, en cuyo concepto resolvió el Congreso, en 6 de octubre, que pasase la queja del doctor Peña al Poder Ejecutivo para su decisión. Pero al siguiente día dispuso el Congreso que no se exigiesen contribuciones a los vecinos de Valencia, y que se retirasen las tropas si el Ejecutivo no las creía necesarias allí para atender a la seguridad del Estado, y repeler cualquiera invasión que intentase el Comandante Justicia Mayor de Coro, que se decía estar preparando una expedición por mar para invadir la provincia por el río del Tocuyo.

El encarnizamiento y furor contra Miranda se extendieron hasta el extremo de aseverarse que en repetidas ocasiones había dicho en público que no obedecería ninguna orden o resolución del Congreso, ni del Poder Ejecutivo, y que había dispuesto marchar con su ejército para Santa Fe de Bogotá a unirse con don Antonio Nariño, que era el solo hombre con quien podía contarse para la grande obra de libertar estos países de la dominación española. Dábase cierto aire de verosimilitud a tal patraña, con un proyecto o plan de gobierno que Miranda había traído de Europa y distribuido entre algunas personas notables, en que se proponía un sistema compuesto de dos jefes supremos, titulados Curacas o Incas, uno de los cuales se fijaría en el punto más conveniente, auxiliado de comandantes, gobernadores, alcaldes y cabildos, mientras que el otro, con un ejército de diez mil hombres libertaba toda la América del Sur de sus opresores.

El Poder Ejecutivo había pensado, después de la reducción de Valencia, que el general Miranda siguiese hacia el Occidente, hasta reducir a Coro y Maracaibo; mas fueron tantas las acusaciones, tan multiplicadas y repetidas, en todos sentidos las recriminaciones contra Miranda, que mandó viniese a la capital con las tropas, dejando en Valencia una guarnición de seiscientos hombres. Nueva alarma, susurros y vociferaciones. Decíase que el día de la entrada iba a ser proclamado *Jefe Supremo,* único y absoluto; mas pronto quedaron desvanecidas tan ridículas calumnias: los cuerpos entraron sucesivamente con el mayor orden, siguiendo luego a los puntos que les estaban señalados.

El General se presentó en el Congreso, contestó a los cargos que se le habían hecho, exhibió muchos documentos que justificaban su conducta civil y militar, y pidió se le juzgase en forma, bien por el Congreso, bien por el Poder Ejecutivo, o bien por un Consejo de Guerra de oficiales generales. El asunto quedó en suspenso, porque el Ejecutivo dijo que a su tiempo se abriría el juicio y

el Congreso se dió por satisfecho entre tanto de los buenos procedimientos del General, habiendo relevado su persona por un acto formal.

Desde la declaración de la independencia manifestó el M. R. Arzobispo al Gobierno, que interesaba a la Patria, a la Religión y a la seguridad de las conciencias, el que se pusiese cuanto antes de acuerdo con el Episcopado y Sacerdocio sobre materias de patronato y otras gracias y concesiones apostólicas hechas por concordatos y otros legítimos titulos de los romanos pontífices con los reyes católicos que, en su concepto, no podían regir, establecida y admitida la independencia de estas provincias, sobre cuyo maduro examen, discusión y fraternal allanamiento, sin comprometer los sagrados derechos de su esposa y de su venerable Cabildo le hallaría siempre pronto el Gobierno. El Congreso teniendo en consideración que el Patronato de Indias se concedió, no a los naturales y habitantes del nuevo mundo, ni a su territorio, ni a las iglesias, dignidades u oficios eclesiásticos de las Indias, sino a las personas de los Reyes de Castilla y León y a sus sucesores en esos reinos, *único* e *insolidum*, cuyos requisitos lo hacían indivisible e incomunicable, declaró en la sesión de 21 de octubre que había cesado el referido patronato, estando expedita la autoridad eclesiástica para proveer los beneficios eclesiásticos conforme a derecho.

Los considerables gastos de un Gobierno naciente, las expediciones por tierra y agua a Coro y Guayana y la guerra de Valencia, habían consumido cerca de tres millones que había en cajas el 19 de abril, y para ocurrir a las urgentes necesidades del Estado se escogitaron varios arbitrios: el más adaptable a las circunstancias fué la creación del papel moneda y para la formación del proyecto fueron nombrados los diputados Roscio y Cabrera, el doctor don José Domingo Díaz y don José Vicente Galguera. El Congreso decretó una ley en 27 de agosto por la que emitió un millón de pesos en papel moneda, bajo la garantía de los fondos públicos y

como especial hipoteca la renta del tabaco, ordenando circulase en todas las provincias de la Confederación y se recibiesen en sus tesorerías y corporaciones, oficinas y personas particulares, como moneda metálica, y que el que se negase a recibirlos sería penado con el duplo de los billetes que no quisiese recibir, disponiendo por otra ley adicional, que para precaver su falsificación y asegurar su circulación y crédito, empezase de nuevo la numeración, y que el Poder Ejecutivo nombrase sujetos de su confianza que sustituyesen a los que antes los habían firmado, y fueron elegidos don Lorenzo Sata y Zubiria, don José Alustiza y don José Joaquín Garza. Nombróse a don Juan Bernardo Larrain interventor de la caja de depósito, y no habiendo admitido, lo fué el diputado don Martín Tovar Ponte.

El Poder Ejecutivo había prevenido a la Sala de Justicia establecida en Valencia el exacto cumplimiento del artículo 43 del reglamento provisorio que disponía se consultasen al Congreso las sentencias de muerte, cuando no se interpusiese recurso, y que a su tiempo enviase los procesos originales sin dejar testimonio. Seguida la causa por los trámites ordinarios establecidos por las leyes, fué concluida y sentenciada a fines de este año: fueron comprendidos en ella como cabezas y principales agentes don Jacinto Istueta, don Clemente Britapaja, don Cristóbal Anso, don Luis María Oyarzábal, don Juan Antonio Baquero, Pantaleón Colón, José Miguel Campusano, fray Pedro Hernández, don Juan Bautista Echeandía, don José Moreyra, licenciado don Juan José García, don Manuel Errotavereda, don Melchor Somarriva, don Juan Bautista Botero, presbítero don Luis Ramírez, presbítero doctor don Juan Antonio Monagas, fray Nicolás Díaz, el sargento N. Alarcón y otros. Los ocho primeros fueron condenados a muerte y los demás a presidio, destierros, confinaciones, multas, etc. Esta determinación puso en movimiento los ánimos, pasiones e intereses de todas las corporaciones y partidos en la capital y algunos pueblos de Venezuela, obrando todos, aunque por diversos mo-

tivos, con dirección a un mismo fin, que era la revocación de la sentencia y la impunidad de los facciosos. El Arzobispo, el clero secular y regular, las monjas y beatas se interesaban por el fraile Hernández; los españoles por Istueta y demás paisanos suyos; los criollos, en fin, por todos, impulsados de sus sentimientos filantrópicos. La causa se pasó al Congreso para que designase el tribunal que debía reverla; propúsose que se remitiese a la Alta Corte de Justicia, asociándosele dos miembros del Congreso; pero no conviniendo esto a los partidos, después de largos y acalorados debates, se convino en que el Congreso nombrase los jueces, pudiendo elegir letrados, así de su seno como de fuera, y procediendo a la elección, resultó ésta en don Juan Germán Roscio, don Francisco Javier Yanes, don José Ignacio Briceño, don José María Ramírez y don Manuel Palacios, miembros del Congreso. No agradó la elección a los protectores de los principales reos y, para tener alguna tabla de salvación, se propuso que el tribunal debía pasar la sentencia al Congreso antes de trasmitirla al Ejecutivo, para que la mandase llevar a efecto. Suscitóse un fuerte debate sobre este particular, pero al fin se decidió que sin necesidad de consultar al Congreso, el Tribunal pasase al Ejecutivo su sentencia para su puntual cumplimiento.

Propúsose después en el Congreso recusación de los jueces Roscio y Yanes; mas no habiéndose alegado causa legal o razonable, se declaró inadmisible. Vióse la causa en muchos días, con suma detención y escrupulosidad, examinando por sí mismos algunos de los jueces las actas del proceso; oyéronse con paciencia los difusos e indigestos informes de los defensores, en que hizo valer el del fraile Hernández la aparición de un gran cometa, como una amenaza del cielo sobre Venezuela, si se confirmaba la sentencia dada en Valencia. El tribunal pronunció su fallo, a excepción de un voto (el del doctor Ramírez, que estuvo por la absolución de todos los reos) condenando a sufrir la pena de muerte, pasados por las armas, al fraile Hernández, a Istueta, Britapaja, y Anso,

revocando la sentencia en cuanto a Colón, Baquero y demás condenados al último suplicio, que fué conmutada en presidio, servicio al ejército de operaciones, destierro, multas y otras penas menores. Encargóse al doctor Roscio extender la sentencia para remitirla inmediatamente al Poder Ejecutivo, y aunque desempeñó este arduo trabajo en menos de veinticuatro horas, no pudo verificarse lo demás acordado por el tribunal, por no concurrir el doctor Ramírez a firmar la sentencia, sin embargo, de las repetidas y premiosas instancias que se le hicieron al efecto. Entre tanto, se reunió el Colegio Electoral de la provincia para nombrar los funcionarios del gobierno provincial, en el convento de padres franciscanos, quienes obsequiaron con espléndidos banquetes y refrescos, no sólo a los electores, sino a todos los concurrentes, por tres días que duraron las elecciones: concluídas éstas el colegio electoral, seguido de la comunidad religiosa y de un inmenso pueblo que parecía haberse convidado al efecto, se dirigieron a la sala del Congreso, y estando de pie los electores, y los frailes todos postrados en tierra, hicieron unos y otros, tales arengas y oraciones suplicatorias, en favor de los ilusos de Valencia, que enternecido el Congreso, por unánime aclamación, se anunció un indulto o perdón de la pena de muerte que por las leyes pudiera caberles o que, efectivamente, les hubiese cabido a los comprendidos en aquella causa, afectando no saber la sentencia pronunciada por los jueces. Después se extendió el decreto y se comunicó al Ejecutivo y al tribunal, que aún no había obtenido la firma de uno de los Ministros (*).

Fueron elegidos popularmente para el Poder Ejecutivo de la provincia de Caracas, el comandante don Diego Jalón, don Gabriel García Castro y don Francisco Talavera; y como segundos o suplentes don Francisco Berrio, don Francisco Espejo y don Luis de Escalona.

(*) *Gaceta de Caracas* del martes 10 de diciembre de 1811, N° 62 y la del 4 de febrero de 1812.

Cuando el Presidente de los Estados Unidos supo oficialmente haber declarado Venezuela su independencia, dirigió un mensaje al Congreso, instruyéndole de este acontecimiento, con la advertencia de que el Gobierno de Cádiz no había reconocido los que habían establecido la mayor parte de las colonias españolas. La comisión nombrada por la Cámara de Representantes opinó, en 10 de diciembre, que el Congreso manifestase que miraba con amistoso interés el establecimiento de soberanías independientes en las provincias españolas de la América, a consecuencia del estado actual de la monarquía a que pertenecían; que siendo vecinos y habitantes del mismo hemisferio, los Estados Unidos sentían la más viva ansiedad por su prosperidad; y que cuando dichas provincias hubiesen logrado el rango de naciones, por el justo ejercicio de sus derechos, el Senado y Cámara de Representantes se unirían con el Ejecutivo, para establecer con ellas, como Estados soberanos e independientes, relaciones de amistad y de comercio, según lo requiriese la autoridad legislativa.

El 21 de diciembre fué decretada y firmada la Constitución Federal para los Estados Unidos de Venezuela, basada sobre los principios de la general de los Estados Unidos del Norte, aunque con la notable diferencia que aquélla establece la Religión Católica Apostólica Romana, como la religión exclusiva del Estado, que el Gobierno debía proteger, sin permitir el ejercicio de ninguna otra en toda la Confederación. Se adoptó el sistema popular representativo y el Poder Supremo para su ejercicio fué dividido en Legislativo, Ejecutivo y Judicial, cuyas funciones y atribuciones especiales se designan con claridad y precisión como también las calidades o requisitos que deben tener los sufragantes primarios, los electores y los senadores y representantes.

El Poder Ejecutivo debía desempeñarse por tres individuos, elegidos popularmente, los que habían de ser nacidos en el continente *Colombiano,* llamado antes América Española y residido en el territorio de la Unión diez

años, inmediatamente antes de ser elegido, y gozar alguna propiedad de cualquier clase, en bienes libres. Es digna de recordar la excepción del artículo 74 que dice así: "No están excluídos de la elección los nacidos en la península española e islas Canarias, que, hallándose en Venezuela al tiempo de su independencia política, la reconocieron, juraron y contribuyeron a sostenerla y que tengan, además, la propiedad y años de residencia prescritos en el parágrafo anterior". Se especifican la naturaleza, extensión y límites de los gobiernos de las provincias, no pudiendo ninguna ejercer acto alguno de los que correspondan a las atribuciones concedidas al Congreso y al Poder Ejecutivo de la Confederación. Cuando las dos terceras partes de cada una de las Cámaras del Congreso o de las Legislaturas provinciales propusieren o aprobaren algunas reformas o alteraciones, se tendrían éstas por válidas y harían desde entonces parte de la Constitución. Esta debía sancionarse o ratificarse por el pueblo de cada provincia, por medio de convenciones particulares, reunidas expresamente para el caso o por el órgano de sus electores capitulares autorizados determinadamente al intento, o por la voz de los sufragantes parroquiales que hubiesen formado las asambleas primarias para la elección de representantes. Se proclaman, reconocen y detallan la soberanía del pueblo y los deberes y derechos de los ciudadanos, cuales son la libertad, la igualdad, la propiedad y la seguridad. Se establece como la primera garantía que ninguna ley, civil o criminal, tenga efecto retroactivo. Que ninguno sufrirá pesquisa, registro, averiguación, captura o embargos irregulares de su persona y bienes, siendo la casa de cada cual un asilo inviolable. Se recomienda a los futuros Congresos la institución del jurado en las causas criminales y civiles. Los extranjeros de cualquier nación que fuesen, serían recibidos en el Estado, y sus personas y propiedades gozarían de la misma seguridad que los ciudadanos, siempre que respeten la religión católica y reconozcan la independencia. Se declara que no habrá fuero personal

y que la naturaleza de las materias determinaría los magistrados a que pertenezca su conocimiento, quedando sujetos los empleados, en los asuntos que no fueren propios de su profesión, al juicio de los magistrados y tribunales ordinarios. Es libre el derecho de manifestar los pensamientos por medio de la imprenta, pero el que lo ejerza, se hará responsable si ataca y perturba con sus opiniones la tranquilidad pública, el dogma, la moral cristiana, la propiedad, el honor o estimación de algún ciudadano. Se encarga a los gobiernos provinciales el establecimiento de escuelas, colegios y academias para la instrucción de todos los habitantes, particularmente los indios. Anuláronse las leyes que imponían degradación civil a la gente de color, siendo restituidos los libres, al goce y ejercicio de los derechos que les corresponden, como a los demás ciudadanos. Fueron extinguidos todos los títulos concedidos por el anterior Gobierno, no pudiendo el Congreso, ni las legislaturas provinciales conceder otro alguno de nobleza, honores o distinciones hereditarios, ni crear empleos u oficio alguno, cuyos sueldos o emolumentos duren más tiempo que el de la buena conducta de los que los sirven. Abolióse el comercio de negros, prohibido por la Junta Suprema de Caracas, en 14 de agosto de 1810. Ordenóse que en todos los actos públicos se usase de la *Era Colombiana* que comenzaba del día 1º de enero de 1811, *1º de la Independencia.* En la Confederación nadie tendría otro título ni tratamiento público que el de *Ciudadano,* única denominación de los hombres libres; pero a las Cámaras se añadía el de *Honorable,* al Poder Ejecutivo el de *Respetable* y al Judicial el de *Recto.* Los diputados concluyen implorando el poderoso auxilio de la Divinidad para gozar por siempre de las bendiciones de la libertad, protestando la sinceridad de sus intenciones y obligándose a observar y cumplir inviolablemente todas y cada una de las cosas que se comprenden en la Constitución, sin embargo de poder alterar y mudar en cualquier tiempo sus disposiciones, conforme a la mayoría de los pueblos de *Colombia* que quisiesen reunirse en un cuer-

po nacional para la defensa y conservación de su independencia y libertad, acomodándolas oportunamente, a pluridad y de común acuerdo, en todo lo que tuviese relaciones directas con los intereses generales de los pueblos, y fuese convenido por el órgano de sus legítimos representantes, reunidos en un Congreso general de la *Colombia.*

El Vice-Presidente Miranda suscribió la Constitución bajo ciertos reparos, reducidos a la estructura del Gobierno y falta de equilibrio en los Poderes. Los diputados eclesiásticos, se ausentaron unos para no firmar, y otros lo hicieron protestando solamente contra el artículo que abolía el fuero personal de los clérigos; y más adelante el Arzobispo y clero de Caracas dirigieron al Congreso una exposición, reclamando la supresión del artículo, como contrario a los Sagrados Cánones, y no conforme a la voluntad general de los pueblos de Venezuela. El presbítero doctor don Ignacio Fernández Peña, diputado por Barinas, envió un oficio, en que presentaba sus excusas para tener el honor de firmar la Constitución, por hallarse impedido por sus males de venir de La Guaira, donde se hallaba convaleciendo. El diputado de Mérida, don Antonio Nicolás Briceño leyó una carta privada que le había dirigido el diputado Fernández, expresiva de sus opiniones liberales sobre el fuero eclesiástico, y pidió se insertase en el acta que debía acompañar la Constitución; pero habiéndose opuesto otros diputados, se tomó la votación y la pluralidad resultó por la negativa.

El Congreso mandó imprimir la Constitución, debiendo ponerse en cierto número de ejemplares las protestas que se habían hecho, y los demás sin esta adición, para lo que fueron comisionados los diputados Yanes y Briceño, de Mérida. Asimismo dispuso que el Poder Ejecutivo la circulase a los pueblos, en nombre y bajo la autoridad del Congreso, con una proclama o alocución análoga al objeto. Y, aunque ella debía ser ratificada por el pueblo de cada provincia, del modo que queda dicho, resolvió, sinembargo, se observase y cumpliese provisoriamente y que se instalasen los gobiernos provinciales.

Continuó el Congreso sus sesiones hasta el 23 de febrero de 1812, en que se puso en receso, quedando emplazados sus miembros para reunirse el 1º de marzo, en la ciudad de Valencia, que se había designado para residencia del Gobierno Federal.

La provincia de Guayana reconoció el 11 de mayo de 1810 a la Junta de Caracas, como Suprema de Venezuela, conservadora de los derechos del cautivo Rey Fernando VII, con independencia del Consejo de Regencia; y bajo los mismos principios se estableció allí una territorial subalterna, compuesta en su mayor parte de europeos la que, dirigida por los misioneros capuchinos, resolvió a los pocos días seguir la suerte de la metrópoli, cualquiera que fuese el gobierno, la familia o dinastía que en ella reinase, y con tal objeto tramaron una revolución, cuyo primer paso debía ser apoderarse de ciertas personas, disolver la Junta y reconocer el Gobierno existente en Cádiz, bajo el talismán de Fernando VII. Concertóse el plan con tal disimulo y reserva que se percibió cuando se estaba ejecutando: a un mismo tiempo fueron sorprendidos el Alcalde Ordinario don Juan Crisóstomo Roscio, el Asesor de Gobierno don Ramón García, don F. Moreno y los demás sujetos que se tenían o presumían adictos a la causa de Caracas, y cargados de prisiones fueron remitidos a Puerto Rico. El Gobernador don Felipe Ynciarte participó esta ocurrencia al titulado Capitán General de Venezuela don Fernando Miyares, y los capuchinos le ofrecieron abastecer de carnes a las tropas que defendían la causa del Rey, por todo el tiempo que durase la guerra, pues tenían más de 150.000 cabezas de ganado vacuno, fuera del caballar, porcino y lanar. Estos padres predicaban a los pueblos que no sólo era lícito sino meritorio quitar los bienes y la vida a los *insurgentes*, porque eran enemigos de Dios y del Rey, indignos de los Sacramentos de la Santa Madre Iglesia, aún de los del bautismo y la penitencia. Imbuídos de estas ideas los habitantes de la provincia y esperanzados de adquirir con poco trabajo los bienes espirituales y te-

rrenales, se consagraron a la persecusión y exterminio de los insurgentes, como enemigos de ambas majestades. Todas las embarcaciones, mayores y menores, fueron armadas en guerra, y dueños del Orinoco, se internaban en el Apure, Capanaparo, Meta, Arauca, Uribante, Tigre, Guarapiche, Manapire y demás ríos y caños que bañan las provincias de Barcelona y Cumaná, robando en todas partes lo que encontraban y destruyendo con el hierro y el fuego lo que no podían cargar.

El 2 de abril una expedición de cerca de doscientos guayaneses sorprendió el pueblo de Cabruta, y después de haberlo saqueado, le dieron fuego, llevándose prisionero a su Teniente Justicia Mayor don Francisco Pérez, al cura don José de la Cruz González y otras personas, con la custodia, lámparas, vasos sagrados y demás alhajas de la iglesia. Más adelante el capuchino Fray N. Coronil salió de Guayana con una escuadrilla y entrando en el Apure, atacó y saqueó la villa de San Fernando, marcando con el terror y la desolación los lugares por donde pasaba (*). Para reprimir a tan feroces enemigos el Gobierno había mandado levantar una fuerza, terrestre y marítima, que acupase a la mayor brevedad la capital de Angostura, señalando a cada una de las provincias de la Confederación, el contingente de hombres, armas, buques y numerario, conque debían contribuir. Nombróse para el mando en jefe del ejército a los coroneles don Francisco González Moreno, en primera, y a don Francisco Javier Solá, en segunda, ambos españoles, vecinos de Cumaná, que se conceptuaron muy adictos y decididos por la causa de Venezuela, por los informes que dieron los diputados de aquella provincia. La villa de San Fernando de Apure fué el lugar de asamblea, en donde se reunió un pie de ejército de las mejores tropas de Barinas y Caracas, con buenos jefes y oficiales, de conocido valor, siendo uno de éstos el alférez de fragata

(*) La relación de los hechos expuestos y los que siguen luego está sacada de las actas del Congreso, de las Gacetas y papeles públicos de aquel tiempo, y de lo que sabe y le consta al autor, como miembro que fué del mismo Congreso.

Manuel Piar, a quien veremos distinguirse con acciones heroicas en la lucha de la independencia. Dispuestas las cosas, se puso en marcha el comandante general Moreno, y habiendo hecho alto en el pueblo de Santa Cruz de Orinoco, dirigió el 21 de de 1811, una intimación a los que constituían el Gobierno de Guayana, convidándoles para que se acercasen a él para tratar, no de personalidades, ni como egoístas, ni para engañarse los unos a los otros, sino para asegurar la libertad de sus hijos, la tranquilidad de estos países y la religión de sus padres. El contingente que cupo a la provincia de Cumaná no pudo lograrse hasta principios del año de 1812, en que salió de su puerto una fuerza marítima de diez y nueve buques menores, bien tripulados al mando del alférez de navío ciudadano Felipe Esteves y José Videau, su segundo, y por tierra 900 hombres, al mando del coronel don Manuel Villapol, español, vecino de Cumaná y muy adicto a la independencia.

Para auxiliar las fuerzas marítimas, se ofreció y fué destinado, el ciudadano Santiago Mariño, a quien se verá figurar más adelante con un carácter elevado, digno de sus distinguidas acciones, el cual se hallaba situado, con el cuerpo de su mando, en Guaritica cuando la escuadrilla penetró por el caño de Pedernales, uno de los grandes del Orinoco.

AÑO DE 1812

Los españoles, que estaban ya prevenidos de la agresión, se habían situado a la salida del Caño Macareo a Río Grande, en cuyo punto se encontraron ambas fuerzas, el 27 de febrero, y después de cuatro horas de combate, se decidió la victoria por los independientes, que apresaron una goleta de cuatro cañones, tomando la fuga la escuadrilla enemiga que fué perseguida hasta cerca de la Vieja Guayana, donde recibió órdenes el comandante Esteves, del coronel Villapol, al que debía sujetarse, para que inmediatamente regresase a Barrancas para embarcarse aquél con su tropa y atacar a Guayana por tierra y agua, según el plan combinado con el comandante general, lo que ejecutó Esteves, después de haber reparado algunas pequeñas averías que recibieron sus buques en el combate.

En el Occidente había ocurrido la llegada a Coro de Puerto Rico, del brigadier don Juan Manuel Cagigal, con el auxilio de ocho mil pesos, pólvora, pertrechos, y ocho jefes, y en consecuencia don Fernando Miyares, como Capitán General de Venezuela, mandó formar una junta de guerra para saber si auxiliaba a Valencia. El primero de los votantes, que era el capitán de fragata graduado don Domingo de Monteverde fué de opinión que habiendo ocupado Miranda a Valencia y engrosado su ejército considerablemente, se tratase con la mayor actividad de organizar cuerpos de tropas respetables, en aquella provincia y la de Maracaibo, y se hiciesen grandes acopios de víveres y municiones, para ponerse en disposición de defenderse o de atacar, según lo exigiesen las circunstan-

cias. Más adelante se adoptó este partido y salió de Coro una división de más de 300 hombres al mando del teniente coronel don Julián Izquierdo, llevando por su segundo a don Domingo de Monteverde, y encontrándose con los independientes en el Valle de Baragua, jurisdicción de Carora, fùeron éstos completamente derrotados, haciéndoseles muchos prisioneros, uno de los cuales, el teniente F. Pérez, natural de Carora, fué asesinado, después de rendido por los soldados de marina de Monteverde, que decían que a los insurgentes no se les debía dar cuartel. Fué este hecho el origen de la guerra a muerte que después se generalizó en Venezuela. A fines de febrero el comandante Gil dispersó una partida de corianos que se habían introducido hasta las inmediaciones de Carora, haciendolos retirar precipitadamente a sus antiguas guaridas.

El 21 de marzo el Congreso reunido en Valencia y compuesto de treinta y dos miembros, procedió al escrutinio de las elecciones para miembros del Poder Ejecutivo, remitidas por las siete provincias de la Confederación, y no habiendo elección canónica en ninguna persona, se procedió a sacar las nueve que hubiesen obtenido la mayoría, sobre las cuales debía elegir el Congreso tres, y apareció haberla obtenido los ciudadanos Francisco Javier Ustáriz y Francisco Espejo, y para tenientes los ciudadanos Francisco Javier Mayz, Juan Germán Roscio y Antonio Nicolás Briceño, Fernando Toro, Manuel Marcano, Juan Germán Roscio, Cristóbal Mendoza y José María Peláez; contraído a éstos, resultaron electos, como principales, los ciudadanos Fernando Toro, Francisco Javier Ustáriz, Francisco Espejo, Francisco Javier Mayz, Cristóbal Mendoza, y por ausencia de éste, el ciudadano Antonio Nicolás Briceño.

El 26 se experimentó un sacudimiento de tierra, que si bien causó grandes estragos en lo físico, fué mayor aún en lo político y moral: el movimiento fué compuesto, es decir, en todas direcciones, y se sintió a las cuatro y siete minutos de la tarde, y su duración fué de un minuto y

cincuenta segundos. La ciudad de Caracas quedó casi destruida y del todo La Guaira, San Felipe, Barquisimeto y Mérida, calculándose las personas que murieron como en quince mil. La circunstancia de haber sucedido en Jueves Santo, día en que dos años antes habían sido depuestos los gobernantes y desconocido el gobierno de la península, causó una grande impresión, aún en los más despreocupados patriotas, alentó a los enemigos de la independencia y proporcionó a los sacerdotes la mejor oportunidad para desplegar su fanatismo y acusar de impío al Congreso, por haberles suprimido su fuero e inmunidad personal. Pocos momentos después del temblor un fraile de Santo Domingo, nombrado fray Felipe Mota predicó en la plaza de su convento, que aquel espantoso sacudimiento era un castigo visible del cielo, por haber desconocido al que estaba destinado por Dios para gobernar estos pueblos, y que habiendo concedido dos años para el arrepentimiento continuaban en su pecado. El coronel Bolívar que oyó la plática del fraile le acusó inmediatamente al gobierno provincial, que con algunos miembros del tribunal de justicia, se habían reunido en la plaza mayor y habiendo mandado que compareciese para juzgarle incontinenti, se le hizo cargo de su exceso, a lo que contestó que había anunciado al pueblo que el terremoto era un castigo de la Justicia por los *pecados públicos*, como en otro tiempo lo había sido el fuego que destruyó a Sodoma y Gomorra. Uno de los votantes fué de sentir que merecía la pena capital como sedicioso; pero los otros lo condenaron a estrecha reclusión, privado de todo trato y comunicación y así se ejecutó. Sinembargo, los ministros de la Religión continuaron repitiendo, en sus multiplicadas pláticas, que el temblor había sido un castigo justo del cielo, y con cierto énfasis y alusiones misteriosas, hacían entender al vulgo que era por la independencia; y aún se vió que los patriotas más exaltados practicaron actos de ridícula penitencia para apla-

car la ira del cielo (*). Pocos fijaron la consideración en que el cielo castigó en ese día a sólo dos patriotas conocidos: el médico doctor Villarreal y el ciudadano Mariano Ayala, mientras que en Caracas y La Guaira murieron muchos españoles y criollos eminentemente devotos y adictos a Fernando VII; y en Mérida murió también el Obispo don Santiago Hernández Milanés, que se había manifestado enemigo declarado de la independencia, por lo que el Gobierno había acordado las providencias convenientes para contenerle y reprimirle.

Las fuerzas destinadas contra Guayana tuvieron un éxito enteramente desgraciado. Las marítimas, correspondientes a la provincia de Caracas estaban a las órdenes del comandante Esteves y Joaquín Ornellas, y las de Cumaná y Margarita al mando del comandante José Videau. Las de Guayana las mandaba don Francisco de Sales Echeverría. El 25 de este mes se encontraron en el punto de Papagayos; embistiéronse con un ardor que tocaba en desesperación, mostrando los realistas tal coraje que a pesar de ser inferiores en número triunfaron completamente de las fuerzas combinadas, en términos que sólo escaparon los jefes y un corto número de marineros que debieron su salvación al conocimiento práctico que tenían del Orinoco y su navegación. Al siguiente día se batieron en tierra, cerca de la ciudad de Santo Tomás de Angostura, las tropas independientes y las realistas, con el mismo valor y denuedo; y cuando la victoria parecía declarada a favor de los primeros, se sintió el temblor de que se ha hablado más arriba, circunstancia que llenó de espanto a ambos contendientes, y más que a todos al comandante general Moreno, que abandonó su puesto, y tomando la fuga, no se creyó seguro hasta que

(*) En la *Gaceta de Gobierno* se publicó una relación de los terremotos que se habían experimentado en la América, bajo el gobierno español, principalmente el que se sintió en Caracas el día 11 de junio de 1641, que arruinó la ciudad, consternando a los vecinos hasta el extremo de pretender su traslación al sitio de Sabana Grande, poco menos de una legua al este; y el que se experimentó en la madrugada del 21 de octubre de 1766; demostrando con principios y hechos que aquel suceso no era más que un efecto tan común y un fenómeno tan regular en el orden de la naturaleza, como llover, granizar, centellar, etc.

se halló del otro lado del Orinoco. A la ausencia del comandante general fué consecuente la dispersión del ejército y el triunfo de los realistas, que tomaron todas las armas y municiones de guerra y sobre 500 prisioneros que remitieron a las bóvedas y presidios de Puerto Rico, como rebeldes. Los comandantes Moreno y Solá fueron puestos en juicio y su resultado acaso no les hubiera sido favorable, si los sucesos que ocurrieron no hubieran impedido concluir el proceso.

En los pueblos de Occidente causó mayor terror y produjo más fatales resultados el terremoto, pues hubo algunos que aturdidos con aquel suceso y seducidos por algunos eclesiásticos, resentidos de que la Constitución les hubiese privado del fuero personal en las causas puramente profanas, manifestaron al comandante de Coro, don José Ceballos, que estaban dispuestos a seguir la causa del Rey, siempre que los protegiese alguna fuerza. Ceballos, para asegurarse de esta disposición, destinó al capitán de fragata don Domingo Monteverde, con 230 hombres, quien salió de Coro, el 10 de marzo, con órdenes de avanzar hasta las fronteras y obrar según el estado y disposición de los pueblos; pero sin pasar más adelante, hasta no haber recibido nuevas órdenes que se le comunicarían en vista de los informes y partes que diese. Monteverde tomó el camino de la Sierra, con dirección a Siquisique, y habiendo llegado cerca de este pueblo, que era una de los que se habían revuelto contra el Gobierno, tuvo noticia de que el día 15 había sido proclamado Fernando VII por el capitán Reyes Vargas, indio, elevado sin mérito al grado de capitán veterano por el gobierno independiente; y con esta seguridad entró con su gente, el 17, en el mismo pueblo donde, reforzado y auxiliado por traidores a la patria que les dió el ser, y les declaró los derechos naturales de que estaban privados, marchó sobre Carora donde se hallaba una fuerza de 600 hombres, cuya ciudad ocupó después de una corta oposición, por haber fallecido el comandante Gil. Aquí

se encontraba Monteverde cuando se sintió el terremoto que lo elevó a un grado que jamás pensó ascender.

Las fuerzas que el Gobierno de Venezuela había establecido en Barquisimeto, bajo las órdenes del comandante general ciudadano Diego Jalón, constaban de más de 1.500 hombres, que perecieron en esta ciudad y en la de San Felipe y los restos que escaparon se habían dispersado en toda la comarca, llenos de terror y espanto. Monteverde fué instruído del estado de las cosas, y percibiendo las ventajas que podia lograr obrando con rapidez, anunciando la ira del cielo contra los insurgentes, por medio de los sacerdotes, se puso en marcha para Barquisimeto, sin haber recibido órdenes del comandante de Coro, y el 7 de abril ocupó la ciudad sin la menor oposición, antes bien, había tenido datos para contar con la sumisión de todos los pueblos de Occidente, sin mayor esfuerzo (*). De este punto destacó al oficial don Francisco Mármol, sobre la Villa de Araure, que guarnecía el comandante Florencio Palacios, con un cuerpo regular de tropas veteranas, como destinado allí por el Gobierno, con el empleo de Comandante General de Occidente, y fué sorprendido con toda su gente por aquel jefe el 18 de abril.

Cuando el Congreso supo la ocupación de Siquisique y Carora, y la defección de otros pueblos, conoció que era preciso obrar con celeridad y energía, y con tal objeto expidió un decreto, en 4 de abril, autorizando al Poder Ejecutivo para que ejerciese absolutamente bajo una responsabilidad racional, la plenitud de facultades, de que el mismo Congreso estaba investido (**).

(*) Desde Siquisique recibió Monteverde oficios de los pueblos de Moroturo, Río del Tocuyo y Maldonado, implorando su amparo, para sostener la proclamación que habían hecho del señor don Fernando VII y de las Cortes Generales y Extraordinarias del Reino. El 28 de marzo se le presentaron Juan Rodríguez, José Francisco Mendoza y José Simón Daza pidiéndole, a nombre del pueblo de Quíbor, le auxiliase para sostener contra los caraqueños, el reconocimiento que habían hecho del gobierno legítimo. La ciudad del Tocuyo y la mayor parte de los pueblos de su dependencia, habiendo reconocido al mismo Soberano, le pidieron auxilio para defenderse del enemigo. Con tales datos, Monteverde intimó a Trujillo, Barinas y Mérida, contando con la pronta sumisión, y así se verificó.

(**) Documento Nº 1.

El Ejecutivo contestó que no usaría de las facultades extraordinarias que se le concedían sino en casos muy urgentes, sujetándose en lo general a lo dispuesto en la Constitución.

El 6 de abril se puso en receso el Congreso encargando a las Legislaturas de los Estados acelerasen la formación de sus respectivas Constituciones y reemplazasen oportunamente a los diputados que hubiesen muerto o estuviesen impedidos, a fin de que se hallasen en la ciudad federal el día 5 de julio.

El Ejecutivo nombró al general Francisco Rodríguez del Toro, para mandar el ejército de Occidente, en atención al mal estado de salud del comandante Jalón, y por segundo al coronel Manuel Ruiz, que salió de Valencia con 400 hombres para reforzar la división que estaba en San Carlos, adonde no alcanzó por haber sabido en El Tocuyito la ocupación de esta plaza.

En efecto, el 23 de este mes llegó Monteverde al pueblo de San José, distante una legua de San Carlos, con una fuerza como de 1.000 hombres, y al siguiente día se pasó el comandante general de la caballería Julián Ontalvo, español, que de la clase de sargento fué elevado a ese empleo, por el Gobierno de Venezuela, quien le aseguró que cuando se diese una acción formal se pasaría toda la caballería que había estado bajo sus órdenes. Alentado Monteverde con tal noticia se presentó el 25 al frente de la Villa, y le salió al encuentro el coronel Miguel Ustáriz, segundo del ejército, por hallarse enfermo Jalón, y el mayor general Miguel Carabaño, con 1.300 hombres de todas armas. Trabóse la pelea con mucho denuedo, el primero y el segundo choque presagiaban la victoria por los republicanos; mas habiéndose pasado el comandante del escuadrón del Pao N. Cruces, con toda la caballería, fueron flanqueados aquéllos por la izquierda y quedaron triunfantes los realistas. En el mismo día entró Monteverde en San Carlos y engrosó sus filas con alguna gente y las armas y municiones que había toma-

do, y con los empréstitos y donativos voluntarios y los forzosos que acordó.

El doctor don Francisco Hernández Joya, diputado en el Congreso General y don Vicente Gómez, miembros de la Legislatura de la provincia de Caracas, hicieron grandes servicios a Monteverde, tanto a su entrada en esta villa, como para su internación en la provincia.

El coronel Ruiz se encontró al amanecer del 26 en la venta de Carabobo con los coroneles Jalón y Lazo y el mayor general Carabaño, e impuesto de lo sucedido y no hallando posición segura que tomar, pues todas quedaban cortadas, a retaguardia, por los caminos del Pao, San Felipe, Nirgua y otros, sin medios de adquirir subsistencia, dió cuenta de todo al Gobierno, que desde luego le mandó regresar a Valencia. El general Toro hizo dimisión del mando que se le había conferido del ejército de Occidente.

La ocupación de San Carlos por los realistas causó una gran sensación entre los republicanos, y dió a conocer que el peligro era mayor y más digno de atención de lo que hasta entonces se había dicho y conceptuado. El Ejecutivo conoció la necesidad de obrar con rapidez y energía y, convencido de que esto no sería posible mientras la dirección de la guerra y la ejecución de sus planes estuviesen en muchas manos, resolvió nombrar un general en jefe de todas las tropas de la Confederación, con facultades plenas para obrar en todo lo concerniente a la salvación de la Patria; y, efectivamente, nombró para este destino al mismo general Francisco Rodríguez del Toro, que no aceptó, y pocos días después salió de Valencia en conjunto con su hermano Fernando y del coronel Francisco Javier Mayz, miembros estos dos del Poder Ejecutivo Federal, bien que fueron destinados a dar impulso a la opinión decaída, y a levantar caballerías en El Sombrero y otros pueblos del alto llano. Estos dos miembros del Ejecutivo fueron reemplazados por los ciudadanos Francisco Javier Ustáriz y Juan Germán Roscio, y por la denegación del general Toro, fué nombrado el

general Francisco Miranda, en 26 de abril, con *absolutas facultades* para tomar cuantas providencias juzgase necesarias a salvar el territorio invadido por los enemigos de la libertad colombiana, sin quedar sujeto a ley alguna, ni reglamento de los que hasta entonces habían regido, antes por el contrario, no consultaría otra ley que la de salvar la Patria, a cuyo efecto le delegaba sus facultades naturales y las extraordinarias que le había conferido la Representación Nacional (*).

Miranda aceptó el nombramiento, pero hizo presente al Ejecutivo el ser indispensable que su carácter y autorización fuesen reconocidos, para que se obedeciesen en todos los Estados de la Confederación, y con estas miras dió al Dictador el título de *Generalísimo* y expidió las órdenes que estimó convenientes para que en toda Venezuela fuese reconocido, y obedecidos sus mandatos.

El gobierno provisional de Caracas, reunidos los funcionarios de los tres Poderes, con los jefes militares, reconocieron gustosisimamente este nombramiento, como el medio más acertado para proveer a la seguridad de la Patria. Las demás provincias no recibieron con el mismo agrado el nombramiento por razones que no corresponde detallar en una obra de la naturaleza de la presente.

Habiendo tomado el *Generalísimo* posesión de su elevado destino, señaló para cuartel general el pueblo de Maracay, con el preferente objeto de organizar un ejército respetable, reanimar la opinión pública, proporcionar subsistencias, etc.; para todo lo que creyó conveniente, y dispuso que el Ejecutivo Federal residiese en el mismo lugar, y que la guarnición de Valencia viniese a incorporarse al ejército que se organizaba, habiendo nombrado por gobernador de esta plaza al coronel Miguel Ustáriz. Mandó al gobierno de Barinas pusiese en pie una fuerza considerable de caballería para que, a su tiempo, obrase por la espalda del enemigo, y al mismo tiempo

(*) Documento Nº 2.

pidió auxilio de tropas y fuerzas marítimas a las provincias de Barcelona y Cumaná, comisionando al intento al doctor José Ignacio Briceño. Acordadas estas medidas salió el *Generalísimo* de Valencia con dirección a Maracay, y también los miembros del Congreso y del Poder Ejecutivo, cada uno a su respectivo destino.

Al siguiente día (27 de abril) se dió parte al Gobernador Ustáriz que todas las ventas de Valencia estaban cerradas, y la guarnición no tenía dónde proveerse de lo necesario; y averiguándose la causa de esta novedad se descubrió que el papel moneda conque la tropa hacía la compra de efectos para su subsistencia, no tenía ningún valor; mandóse recibir en la plaza como moneda corriente, pero la orden no fué cumplida, y desde este día comenzó a notarse la deserción, en términos que aunque después se le proveyó a la guarnición de una suma en metálico, dos días después desertaron 100 hombres, con dos sargentos veteranos, llevándose el dinero que se les había entregado para socorrer las compañías. La deserción aumentó el temor y la desconfianza, que llegaron a su colmo con la venida de los Valles de Aragua del coronel Pedro Arévalo, quien manifestó al gobernador militar que la tropa que existía en aquella ciudad estaba muy expuesta a ser sacrificada porque en todos los valles no había un soldado con qué poderlas reforzar; que el Generalísimo había seguido para Caracas, y que se decía iba a embarcarse en La Guaira, por cuyas razones creía necesaria la retirada a La Cabrera.

El Gobernador le contestó que en aquella misma noche tendría una junta de guerra, para la que le citaba, en la que expondría lo que acababa de decirle y se acordaría lo conveniente. Reunióse la junta, y no habiendo concurrido Arévalo, se mandó solicitarlo y se supo que en la misma tarde se había vuelto para los Valles llevándose consigo unos oficiales de su cuerpo que estaban de guarnición en Valencia. El Gobernador expuso todo lo que Arévalo le había dicho, y tanto por esto, como porque la deserción continuaba, y sobre todo por saber-

se de positivo que Monteverde estaba pronto a salir de San Carlos con fuerzas superiores, la junta acordó la retirada a la mayor brevedad, porque si se difería era probable que sólo se verificaría la de los oficiales, y dadas las órdenes correspondientes para la marcha, se emprendió ésta al medio día del 30, y el 1º de mayo se situó en La Cabrera.

Apenas la guarnición salió de Valencia, se dirigieron a Monteverde informes del estado de las cosas, suplicándole volase a ocupar la ciudad, seguro de que no había fuerzas que combatir y de que aumentaría las suyas; harto lo conocía él, pues desde que salió de San Carlos vió engrosarse sus filas con gente que se le presentaba en grupos, y su caja militar con donativos en metálico y especies que le ofrecían aquellos que por una filantropía mal entendida, se habían tolerado en el seno de la Patria, a pesar de ser conocida su desafección a la independencia: éstos fueron los que desacreditaron el papel moneda que al principio de su emisión fué bien recibido y corrió con aceptación, y ellos los que causaron la carestía de los víveres por el monopolio que organizaron en todos los pueblos, reduciendo a todos sus habitantes a los últimos extremos del hambre y la desnudez.

El 3 de mayo entró Monteverde en Valencia, en donde, efectivamente, se le unió alguna gente de armas, paisanos y eclesiásticos, entre éstos el doctor don Manuel Vicente Maya, el doctor don Juan Nepomuceno Quintana, miembros del Congreso, y el doctor don Juan Antonio Rojas Queypo, los cuales publicaron manifiestos y proclamas y esparcieron cartas seductivas a favor de la causa del Rey y en odio del Gobierno independiente.

Cuando el Generalísimo salió de Valencia se dirigió a Caracas, donde llegó el 29 de abril, y habiendo manifestado al Ejecutivo provincial el plan que se había propuesto, para la defensa del territorio, y los auxilios que para esto necesitaba, pidió que se le destinase en calidad de su segundo, y con el carácter de Inspector General, al coronel Juan Pablo Ayala, gobernador militar de Cara-

cas que era a la sazón, quedando encargado del mando, en calidad de interino, el coronel Francisco Carabaño, lo que fué concedido sin ningún reparo. La Legislatura se puso en receso, dejando una comisión y algunos representantes fueron encargados de trasladarse a sus respectivos partidos, para animar el espíritu público e informar el verdadero estado de las cosas. El Poder Ejecutivo envió nuevo auxilio de tropas, las que se mandaron detener por haberse oído en la noche del 30 unos cañonazos que hicieron pensar sería desembarco del enemigo en algún punto de la costa, habiéndose sabido después ser efecto del volcán que reventó en la isla San Vicente, circunstancia que impidió la llegada de estos cuerpos a Valencia antes que Monteverde la hubiese ocupado.

Muchos extranjeros distinguidos tomaron servicio y otros hicieron donativos en metálico, víveres y géneros para vestuarios. Levantóse un cuerpo de franceses al mando del coronel Du-Caylá. Sir Gregor Mar Gregor que había sido recomendado al Gobierno por el Duque de Kent, fué nombrado ayudante general del ejército. Luego que el Generalísimo llegó a Maracay mandó poner un fuerte destacamento en Los Guayos, al mando del comandante Antonio Flores, habiendo nombrado para el de la plaza de Puerto Cabello al coronel Simón Bolívar.

El comisionado extraordinario cerca del gobierno de los E.E. U.U. hizo presente la triste situación a que el terremoto había reducido a Caracas, La Guaira y otros pueblos del interior, con el objeto de que se relajase la ley del embargo para con los pueblos de Venezuela, a fin de que pudiesen exportarse y conducirse a sus puertos provisiones y otros artículos con que subvenir a las necesidades que experimentaban, y las que les amenazaban por la estación de las lluvias que debían inmediatamente sentirse: al efecto el comisionado dirigió al Secretario de Estado una comunicación concebida en estos términos:

"Washington, abril 28 de 1812.—Excelentísimo Señor. Es a nombre de la humanidad que turbo esta vez la atención de V. E. Lo hago con confianza; porque las

calamidades del género humano no pueden ser indiferentes a los seres justos y sensibles."

"La desgraciada suerte de las ciudades de Caracas, La Guaira, Puerto Cabello y pueblos inmediatos, es ya notoria; y, ¡ojalá! que sus efectos no fuesen tan trascendentales. Los que sobrevivieron a tal catástrofe no solo tienen que lamentar la pérdida de sus padres, hijos, amigos, y millares de sus conciudadanos, sino que ven su existencia amenazada de mil modos. Sin guarida contra la intemperie, destituidos de los alimentos que les produjo el campo, y que han quedado sepultados bajo las ruinas; privados de todo auxilio inmediato; el hambre, el desamparo y el rigor de las estaciones van a consumar su miseria y desolación, si alguna mano próvida no se conduele de tan grande calamidad. Si la comunicación con este país estuviese expedita, aquellos infelices fueran socorridos por la campasión y generosidad de cada individuo; pero existiendo el embargo, su suerte depende de las determinaciones de este Gobierno. Cualesquiera que sean las causas de aquél, me atrevo a esperar que una relajación de él para con los puertos de Venezuela no puede perjudicar a su objeto."

"No sería esto una parcialidad de que resultase queja: será un tributo debido a la humanidad doliente, y a las relaciones particulares entre ambos países; tributo que impone la justicia para evitar una entera aniquilación. Su desgracia ha sido involuntaria; sus necesidades exigen un pronto remedio; y no hay consideración que no haga sus súplicas más sagradas, y más imprescindible la obligación de remediarlas."

"Al exponer a V. E. la triste situación de aquellos a quienes represento ante este Gobierno, ofendería las virtudes de V. E. si dudase por un momento de su disposición a socorrerlos. Intimamente persuadido de ella; y de que tanto el Presidente como el Cuerpo Legislativo tomarán el interés debido en tan lamentable catástrofe, me atrevo a solicitar la relajación de la ley del embargo para con los puertos de Venezuela: que al menos sea permitido exportar de estos Estados provisiones y algunos ma-

teriales con que aquellos desgraciados puedan hacerse habitaciones de madera. Para que de resto aquella ley tenga todo su efecto, dejo a la consideración del Gobierno el que dicte las condiciones que deban preceder a la exportación para asegurarse del invariable destino de las expediciones a los puertos de Cumaná, La Guaira, y Puerto Cabello. Pero socorriéndolos de cualquier modo; salvemos, señor, los tristes restos del más horrible terremoto: así permita la providencia que este país nunca experimente un mal tan desolador; y que los pueblos de la América del Sur reconozcan la oficiosa y pronta generosidad de sus hermanos del Norte."

"Con sentimiento del mayor respeto y consideración soy de V. E. muy obediente servidor.—T. de Orea.—Señor James Monroe, Secretario de Estado, &".

Nota del Secretario de Estados Unidos contestando al comisionado del gobierno de Venezuela:

"Departamento de Estado, mayo 14 de 1812. — Las desgracias de vuestros conciudadanos en Caracas y otros pueblos de las provincias de Venezuela causadas por el último terremoto tan espantoso, ha excitado en un alto grado la sensibilidad de los Estados Unidos."

"El Congreso participando de la general simpatía, ha pasado una ley, de la que tengo el honor de trasmitir una copia, por la que ha autorizado al Presidente para que haga comprar, y se presenten al Gobierno de Venezuela en nombre del Gobierno de los Estados Unidos una cantidad determinada de provisiones para el alivio de los que han padecido."

"Tengo el honor de comunicaros que se han tomado las medidas necesarias para que tenga un efecto inmediato este acto amistoso del Congreso, y que su comunicación a vuestro Gobierno está confiado a Mr. Alexander Scott, quien saldrá pronto para Caracas en el carácter de Agente por estos Estados Unidos con vuestro Gobierno."

"Mr. Scott es un ciudadano distinguido de los Estados Unidos, en quien el Presidente tiene una gran confianza. Es de esperar que su residencia en Caracas tenderá a vi-

gorizar las relaciones de amistad que firmemente subsisten entre nuestros países."

"Tengo el honor de ser con gran respeto, señor, su obediente y humilde servidor.—James Monroe.—Al señor T. Orea, &".

En efecto las Cámaras de la Legislatura decretaron unánimemente una ley que fué sancionada el 8 de mayo, por la cual se autorizó al Presidente para que a nombre de la República presentase al Gobierno de Venezuela las provisiones que juzgase convenientes para el alivio de los ciudadanos que habían padecido por el terremoto, destinando a este objeto cincuenta mil pesos. El señor Alejandro Scott, nombrado agente por aquellos Estados cerca de Venezuela, entregó al Gobierno provincial de Caracas una gran partida de barriles de harina y de maiz.

El 8 de mayo salió de Valencia una división al cargo del teniente coronel don Antonio Bosch y del subteniente de marina don Genaro Ponce para desalojar el destacamento de Los Guayos: el primer choque fué favorable a los republicanos; pero hubieron de ceder, porque mucha parte de la tropa rehusó entrar en la pelea y casi toda la compañía de granaderos del primer batallón de línea, en que había muchos españoles, se pasó con su capitán don Pedro Pons, catalán elevado a este puesto, de la clase de sargento, en que se hallaba al tiempo de la transformación política. Miranda había salido el día antes del cuartel general, con el grueso del ejército, y habiendo sabido la derrota del destacamento, se volvió para Maracay y dispuso que se fortificasen los puntos de La Cabrera, Guayca y Magdaleno, al mismo tiempo que expidió órdenes enérgicas para el aumento del ejército, principalmente en el arma de caballería, para la que nombró por comandante general al coronel Mac Gregor.

En los días 11 y 12 atacaron los realistas, y tomaron por sorpresa dos destacamentos situados en las alturas que llaman de los Corianos y Ocumare, tomando algunas armas y municiones y quedando muerto en el campo

el capitán Fagúndez y algunos soldados. Las medidas ulteriores del Generalísimo indicaban que la guerra que pensaba hacer sería puramente defensiva. El 14 destinó al coronel Juan Paz del Castillo a los puestos de Güigüe y Guayca.

Engreído Monteverde con los triunfos que le habían proporcionado el terror, el fanatismo y la traición, resolvió obrar activamente y con celeridad, extendiendo sus operaciones a los llanos y pueblos interiores de la provincia de Caracas. Con este objeto destinó una división al mando del capitán de la Reina don Eusebio Antoñanzas, para que obrase por San Juan de los Morros, Calabozo y Camatagua hasta ocupar los Valles de Barlovento. Hubo algunos choques en Güigüe y en uno de ellos la fuerza que mandaba don Pascual Martínez ocupó el pueblo, que fué saqueado y muertos los prisioneros que hizo.

El 17 mandó el Generalísimo al coronel Juan Pablo Ayala a Guayca en relevo del coronel Castillo que fué destinado a Camatagua y otros pueblos del alto llano con una división bien equipada, llevando por segundo al coronel Pedro Arévalo, para sufocar una revolución que, a favor del Rey, había asomado en aquel pueblo y en el de San Francisco de Cara, y para oponerse a Antoñanzas, cuando recalase a ellos. El 19 atacó Martínez a Guayca con fuerzas considerables; pero Ayala con una corta guarnición lo rechazó, haciéndolo retirar al sitio de Maruria, con pérdida de muchos heridos, muertos y prisioneros, que fueron tratados con la humanidad que aquel caudillo no había ejercido con los independientes que habían tenido la desgracia de caer en sus garras.

En el propio día hubo una reunión en el cuartel general y sitio de la hacienda de la Trinidad, convocada y compuesta del Generalísimo, el doctor Juan Germán Roscio, diputado por el Poder Ejecutivo Federal, José Vicente Mercader, por la Cámara de Representantes de la provincia de Caracas, y Francisco Talavera, por el Ejecutivo de la misma, siendo su objeto tratar de la defensa de

la Patria y restablecimiento de su libertad; determinar y aclarar ciertos puntos, sobre el mando político y militar, y la armonía y cooperación que el gobierno político y civil debía observar con él, y después de una larga y detenida conferencia se resolvió: 1º, que se publicase la *ley marcial* y que el Generalísimo tuviese facultad de nombrar exclusivamente los jefes y comandantes militares que juzgase conveniente establecer en los pueblos, para su cumplimiento y ejecución; 2º, que además de las facultades concedidas al Generalísimo por el Poder Ejecutivo de la Unión, que eran las mismas que confirió a éste el Congreso General, se le concedieran, además, la de tratar directamente con las naciones extranjeras y las de América libres de la dominación española, a fin de proporcionarse los auxilios que juzgase convenientes para la defensa del Estado; 3º, que pudiese nombrar un sujeto de luces y conocido arraigo, para arreglar el sistema de rentas de la Confederación y de la provincia de Caracas, dar crédito y circulación al papel moneda y establecer bancos provinciales que lo garantizasen; 4º, que el sujeto encargado de esta negociación fuese el ciudadano Antonio Fernández de León, a quien se le recomenban a los ciudadanos Gerardo Patrullo y Juan Esteban Echezuría (*).

Publicóse la ley marcial que exceptuaba solamente a los ordenados *in sacris* y a muy pocos empleados en la administración civil; asimismo se publicó un decreto del Generalísimo, ofreciendo la libertad a los esclavos que se alistasen y permaneciesen en el servicio por el término de diez años, dándose a sus dueños el competente documento de acreencia, para satisfacerla en su oportunidad, de los fondos de la Confederación.

En Caracas se presentaron dentro de dos días, entre libres y esclavos, hombres para formar dos batallones, que marcharon inmediatamente para el cuartel general. De los esclavos remitidos de los demás pueblos se formó

(*) Documento Nº 3.

un cuerpo de cazadores al mando del comandante Chatillón.

En el día 20 de este mes y siguientes hasta el 23 Antoñanzas destruyó la corta fuerza que había en San Juan de los Morros y Calabozo, ejecutando actos de tal ferocidad, que para siempre harán detestable su memoria. Quitó la vida de muchos y bárbaros modos a todos los que cayeron en sus manos sin distinción de sexo ni edad, de suerte que al ver su proceder no pudo dudarse de que para los patriotas no había cuartel. Los que habían sido asesinados por sus propias manos a sablazos, y por sus satélites a lanzasos en San Juan de los Morros, los hizo suspender en los árboles y empalizadas para que sirviesen de espanto y terror a los insurgentes. En Calabozo se incorporó en su división Boves (*), aquel aborto del infierno, que tantos males causará después a Venezuela. Esta división, además de la bandera española, llevaba otra con la imagen de Nuestra Señora del Carmen, de la que era muy devoto Antoñanzas.

Habiéndose dado parte al Ejecutivo de Caracas de que en los pueblos de Santa Lucía, Yare y Ocumare se tramaba por algunos indios y gente de color una revolución a favor del Rey, nombró al ciudadano Francisco Javier Yanes, miembro del Congreso General, para que con el batallón de El Hatillo, a las órdenes del mayor Francisco Conde, pasase a aquellos pueblos, asegurase el orden y juzgase a los autores y cómplices, dando cuenta de todo al Gobierno. El comisionado formó prontamente la causa y pronunció sentencia, que remitió en consul-

(*) Don José Tomás Rodríguez, pilotín de profesión, natural de Gijón, fué encausado, convencido y condenado por pirata, en los años de 1808 y siguiente, a sufrir la pena de ocho años de presidio, por la Comandancia de Marina de Puerto Cabello, y por consideración a varios españoles, que intercedieron por él, se le conmutó el presidio en confinación a Calabozo, en donde puso una tienda de mercería, y cuando reventó la revolución, para disfrazar su conducta anterior, se agregó el sobrenombre de *Boves* aludiendo a los españoles Joves, del comercio de Caracas y La Guaira, sus decididos protectores. En el año de 1810 se manifestó adicto a la revolución de Caracas; pero más adelante mudó de opinión, y fué juzgado y declarado por desafecto, aunque al fin fué puesto en libertad por la interposición de algunos patriotas, señaladamente el doctor Roscio, que había sido su defensor en la causa de piratería.

ta, dejando asegurados a los reos principales en la cárcel de Ocumare. Remitió como sospechosos de tener inteligencia con Antoñanzas, al canario N. Trujillo y Salvador Gorrín; envió al cuartel general sobre trescientos esclavos que se habían manifestado voluntarios a servir en el ejército, e hizo ver la necesidad de establecer una división respetable en estos valles, a cuyo objeto convendría mandar un jefe de reputación y bien autorizado, y, efectivamente, se envió primeramente al coronel Juan Escalona y después al coronel Francisco Carabaño.

El 26 de mayo volvieron los realistas, con fuerzas considerables sobre Guayca; pero fueron rechazados con mayor pérdida que en la anterior tentativa, porque el coronel Ayala había recibido un refuerzo de 500 hombres y se había fortificado, aunque al siguiente día tuvo que retirarse a Yuma, por falta de pertrechos, volviendo el 29 a ocupar el mismo puesto, en donde permaneció hasta el 2 de junio en que fué revelado por el coronel Du-Cayla.

El 12 fué atacado por tercera vez el punto de Guayca, viniendo Monteverde en persona, pero también fué rechazado con bastante pérdida. Al mismo tiempo fué acometido el pueblo de Magdaleno y dispersado el destacamento que allí se hallaba al mando del capitán Fernando Carabaño. En la noche de este día ocuparon los realistas las alturas de Maracay, por lo que mandó el Generalísimo abandonar a Guayca y que el ejército se retirase a La Victoria, verificando él su salida en el peso de la noche del 17, habiendo dispuesto que se diese fuego a los almacenes de municiones y víveres de boca y guerra que allí se habían acopiado, a pesar de la espantosa necesidad producida por el terremoto y la guerra, por las activas medidas del gobierno de Caracas y los sacrificios gustosos de los particulares de esta provincia.

El 18 llegó el ejército a La Victoria y Monteverde entró en Maracay sin ningún obstáculo, pasando después a San Mateo, dos leguas distante de La Victoria, donde puso su cuartel general. Las ventajas que hasta aquí había

obtenido le animaron a tomar por sorpresa La Victoria, y para ello dispuso saliesen el 20 los cazadores del mando de don Pedro Juan Alsina, los de don Manuel Olivares, los de don José Emasabel, con dos compañías de corianos, y avanzando con celeridad, se introdujesen en La Victoria y se sostuviesen hasta la llegada del grueso del ejército. Al amanecer de este día fué sorprendida la gran guardia de los republicanos y aunque el Generalísimo no dió ningunas disposiciones por hallarse verdaderamente sorprendido, los jefes, oficiales y tropas obraron con tal tino y valor, que en pocos momentos los invasores se vieron precisados a tomar la fuga. Tal vez los patriotas hubieran sido completamente destruídos en este día, si la fuerza que se introdujo en la plaza no hubiera sido tan insuficiente, o hubiera sido oportunamente segundada, falta que intentó desvanecer Monteverde con la marcha demasiado precipitada de los cazadores. Los invasores pudieron haber recibido un completo escarmiento, si el Generalísimo aprovechándose de la confusión y apuro en que se vieron los realistas, cuyos cuerpos mezclados con los republicanos se hallaron en un completo desorden, hubiera tomado alguna resolución para rendirlos o para perseguirlos en su fuga, en vez de darles tiempo para reunirse y situarse en Cerro Grande, en donde se repusieron y engrosaron con tropas enviadas por Antoñanzas.

El 24 los negros esclavos y muchos libres de los Valles de Curiepe, Capaya, Guapo y otros puntos de Barlovento, fueron conmovidos y seducidos con la oferta de su libertad y grandes premios por don José de las Llamozas, presidente que había sido de la Junta Suprema, don Gaspar González y don Isidoro Quintero, españoles, y por los criollos Elzaburu y Galarraga, y proclamando a Fernando VII como el legítimo rey y señor de Venezuela, se dirigieron en masa sobre Caracas y pueblos de la costa, cometiendo atroces excesos e inauditas crueldades en las personas y bienes de los patriotas, sobre cuya novedad acordó algunas providencias el gobierno provincial, po-

niéndola inmediatamente en conocimiento del Generalísimo, a quien sorprendió y consternó sobremanera este acontecimiento, a que él había dado ocasión, ofreciendo la libertad a los esclavos que tomasen las armas en favor de la República.

El 29 volvió Monteverde sobre La Victoria por el camino de Cura, con la mayor parte de sus fuerzas, y en el sitio de El Pantanero, en que se había situado el coronel Ayala se trabó el combate que duró cerca de dos horas, retirándose aquél a sus posiciones de Cerro Grande y San Mateo, en tal estado, que apenas le quedaban 500 paisanos y un corto número de cartuchos, mientras que el Generalísimo, que tenía un ejército de más 5.000 hombres, no dió orden para perseguir y destruir completamente a Monteverde, que se dirigió después hacia Puerto Cabello, para dar calor a la insurrección que tramaban los revolucionarios de Valencia, indultados por el Congreso.

Los adictos a la causa del rey obraban ya con descaro, y el Generalísimo dispuso el arresto y expulsión de ciertas personas determinadas, entre las que se comprendía al Arzobispo don Narciso Coll y Prat, y para el arresto de éste, inventario y secuestro de sus bienes, y conducción a La Guaira, comisionó al canónigo Cortés y al ciudadano Francisco Javier Yanes, comunicando órdenes precisas al gobernador militar, coronel José Félix Ribas, para que se cumpliese inmediatamente aquella resolución, que no llegó a verificarse por las reflexiones que el segundo comisionado hizo al Gobernador y al Generalísimo.

El coronel Paz del Castillo remitió la causa que había seguido a dos eclesiásticos, el doctor don Martín González y don J. López, que con dictamen del licenciado Antonio Nicolás Briceño fué determinada, condenándolos a muerte por estar convencidos legalmente de haber predicado y obrado activamente contra la independencia que habían jurado, conmoviendo los pueblos de Cara y Camatagua, y el Generalísimo confirmó la sentencia y

mandó que se ejecutase. Puestos en capilla pidieron una audiencia porque tenían que manifestar cosas de importancia; Miranda fué a la pieza en que se hallaban y a la entrada se arrojaron a sus pies los padres implorando perdón y clemencia y asegurando que estaban inocentes de los cargos que se les hacían y que su conducta sucesiva haría ver que eran y habían sido buenos patriotas. El Generalísimo les contestó que él no estaba autorizado para infringir la ley que los condenaba, y al siguiente día, a las seis de la mañana, fueron ejecutados en el sitio del juego de pelota, sin preceder degradación.

El 30 de junio los presidiarios que se hallaban en el castillo de Puerto Cabello acaudillados por Jacinto Istueta se insurreccionaron en lo que tuvo principal parte el capitán de la guardia don Francisco Fernández Vinony, canario, subteniente del batallón de milicias de Aragua. El comandante de la plaza, coronel Simón Bolívar, participó este suceso al Generalísimo en comunicaciones que no fueron oportunamente recibidas por Miranda.

"A la una de la tarde se han apoderado del Castillo de San Felipe un oficial infidente con la tropa de su mando, y todos los reos que allí se encontraban han roto un fuego terrible sobre esta ciudad: en el Castillo se encuentran mil setecientos quintales de pólvora y casi toda la artillería y municiones de esta plaza: ella padece sumamente, sus casas son derribadas y yo trato, sin víveres ni municiones, defenderla hasta el extremo. Los marineros de los buques forzosamente han pasado al Castillo, y él se hace temible; espero que a la mayor brevedad me enviéis cuantos recursos estén a vuestro alcance, y que me socorrais antes que sea destruído. Puerto Cabello, junio 30 de 1812. — SIMON BOLIVAR. — Honorable Generalísimo".

"Ahora que son las tres de la mañana os repito como un oficial indigno de serlo, con la guarnición y los presos se han sublevado en el Castillo de San Felipe y han roto un fuego desde la una de la tarde sobre esta plaza: en el Castillo están casi todos los víveres y municiones y sólo

hay fuera diez y seis mil cartuchos: la goleta "Venezuela" y el comandante Martiarena han sido apresados, los demás buques se hallan bajo sus fuegos como bajo los míos, y solamente el "Celoso" se ha salvado muy estropeado. Debo ser atacado por Monteverde que ha oído ya los cañonazos. Si vos no lo atacáis inmediatamente y le derrotáis no sé como pueda salvarse esta plaza, pues cuando llegue este parte, debe él estar atacándome. Puerto Cabello, 30 de junio de 1812. — SIMON BOLIVAR".

A pesar de los grandes esfuerzos que, para reducir a los insurrectos, hizo Bolívar ayudado por algunos patriotas, no pudo lograrlo, escapándose él con su plana mayor en el bergantín de guerra "Celoso" que mandaba el comandante español Martiarena y llegaron a La Guaira desde donde participó de nuevo todo lo ocurrido al Generalísimo, que había recibido ya la noticia de este suceso en La Victoria el 5 de julio, cuando se celebraba el aniversario de la Independencia.

La pérdida de Puerto Cabello proporcionó a los realistas armas y municiones que encontraron en sus almacenes, al mismo tiempo que causó un desaliento que se aumentó por algunas medidas imprudentes de Miranda, de lo que resultó la deserción, no sólo del soldado, sino también de personas de alguna notabilidad, como el ciudadano José Francisco Montilla y un oficial, cuñado de éste que se pasaron a Monteverde. Estos acontecimientos y la apatía del Generalísimo, en los días 20 y 29 de junio redujeron a los republicanos al último extremo de desconsuelo (*).

Sin embargo, el 12 de julio fué sorprendida la descubierta de los realistas que mandaba el capitán Muñoz, tomándole la retaguardia, y cercándole por todas partes habiéndole hecho algunos prisioneros, entre ellos el teniente don F. Faria y un sargento de la segunda compañía americana. Después de esta ocurrencia el Generalísimo propuso a Monteverde un armisticio, o suspensión de armas, para tratar de poner término a la guerra y evi-

(*) Documento Nº 4.

tar la efusión de sangre, ofreciendo para ello rehenes. Contestó éste de Valencia que estaba pronto a recibir a los emisarios que proponía, sin perjuicio de que sus fuerzas continuasen, por tierra y mar, aproximándose a Caracas, cuya contestación condujo el teniente de la tercera compañía americana don Francisco Javier Cerberis, al que se le permitió entrar en La Victoria, sin vendar los ojos y se leyó ante los miembros del Poder Ejecutivo Roscio, Espejo y Uztaris y muchos jefes y oficiales criollos y extranjeros. El 16 fueron comisionados los ciudadanos José de Sata y Bussy y Manuel Aldao y en los días 19 y 20 hicieron las proposiciones de capitulación, bajo las cuales se entregaría el país al comandante de las armas de S. M.

Mientras que los comisionados arreglaban en conferencias y por escrito con Monteverde los términos de la capitulación, el Generalísimo dejó el cuartel general y se trasladó a La Guaira y se creyó que fuese con el objeto de preparar su salida en el bergantín de guerra "Celoso". Esta circunstancia dió más impulso a la deserción y tránsito al ejército realista, de modo que hasta el día 21 se habían pasado más de cuatrocientos hombres y entre éstos ocho oficiales.

Durante la ausencia de Miranda opinaron algunos jefes y oficiales que no debían entregarse a los españoles, ni con capitulación ni sin ella, sino que debía continuar la guerra, pues en la parte libre de la provincia de Caracas había más de 6.000 hombres sobre las armas dispuestos a morir antes que volver a la antigua servidumbre y que así debía hacérsele presente al Generalísimo y que si insistía en su intento debería deponérsele del mando. En este estado apareció Miranda en La Victoria y habiendo sido informado de lo que se meditaba removió a los jefes de los cuerpos que le eran sospechosos, principalmente a los extranjeros, y tomó otras medidas conducentes, como el arresto de otros, de los cuales fué uno el barón de Scholemberg que fué enviado en esta calidad a bordo del "Celoso". A pesar de que el convenio ajus-

tado en Valencia era sumamente degradante a los republicanos y al Generalísimo, éste, sin embargo, insistió en las capitulaciones, no siendo fácil comprender cómo es que Miranda adoptase este partido, cuando el gobierno español le tenía proscripto; cuando sabía que este gobierno jamás había tratado con vasallos rebeldes y cuando había consagrado lo más florido de sus años a la emancipación de la América Española. Jamás pudo concebirse que la sabiduría y experiencia de este hombre en las artes de la política y de la guerra fuese a echar por tierra la independencia que su país natal proclamó sin sus consejos y auxilios. Cierto es que ni de Barinas ni del Occidente recibió socorro alguno, porque Monteverde desde Barquisimeto mandó a don Manuel Geraldino a ocupar a Trujillo y a don Pedro González a Barinas, los que consiguieron su objeto sin la menor oposición; lo es también que las provincias de Cumaná, Margarita y Barcelona con nada habían contribuido en apoyo de la de Caracas, antes por el contrario, en esta última fué tan mal recibido el ciudadano José Ignacio Briceño que había sido enviado en el bergantín "Botón de Rosa" para conducir la tropa que se pidió, que se vió en peligro de perecer. Es cierto, en fin, que la insurrección de los pueblos de Barlovento, la pérdida de Puerto Cabello y la diaria deserción eran ocurrencias de grave consideración, pero es de toda verdad que tenía medios y fuerzas suficientes para resistir y triunfar del enemigo, pues existía un ejército de más de 6.000 hombres y muchos pueblos decididos por su independencia y libertad. Algunos adictos al gobierno peninsular que rodeaban a Miranda y que nunca le desamparaban, le insinuaban con sagacidad que era indispensable arreglar las cosas por un tratado pacífico, que tendría su puntual cumplimiento, porque el Gobierno no podía hacer sino lo que las Cortes ordenasen y éstas se componían de americanos y europeos ilustrados y filantrópicos.

El 24 volvió el Generalísimo a hacer nuevas proposiciones por medio del Marqués de Casa León, español,

a las que contestó definitivamente Monteverde en el mismo día concediendo doce horas para la ratificación de los convenios, siendo digno de notar que el comisionado, ciudadano Antonio Fernández de León, se quedó con Monteverde y devolvió sus credenciales y contestaciones con el oficial que el Generalísimo destinó para que le acompañase. Las capitulaciones se reducían en sustancia, a la seguridad de las personas y propiedades existentes en el país no reconquistado, sin que pudieran ser presas ni juzgadas por sus anteriores opiniones, a la libertad de los prisioneros bajo las mismas bases y a la concesión de pasaportes a los sujetos que quisieran emigrar. También se ofreció promulgar la Constitución española, debiendo regir entre tanto las leyes del reino y las disposiciones de las Cortes de la metrópoli.

El Generalísimo ratificó el 25, en virtud de las últimas y definitivas contestaciones del señor Comandante General de las tropas de la Regencia Española don Domingo de Monteverde, a las nuevas que se le habían hecho de su parte, consultando sólo al Poder Ejecutivo Federal por no haber tiempo para hacerlo *con el pueblo de Caracas*, y nombró para el arreglo y formas de la entrega de los diferentes puntos, y de todo lo demás concerniente al cumplimiento y ejecución de lo estipulado al sargento mayor de artillería, graduado de teniente coronel comisionado, don José de Sata y Bussy, al que autorizó, con todos los poderes necesarios al efecto, a fin de que terminase esta negociación de ambas partes, para la perpetua felicidad de los pueblos que tenían parte en esta capitulación.

Ratificados y canjeados los tratados de capitulación los comunicó Miranda a la Municipalidad de Caracas y a los gobiernos de Cumaná y Margarita para su cumplimiento y observancia, sin hacerlo a Barcelona por lo que después se dirá (*).

Es indispensable notar aquí 1º, que cuando se trataba de dar ensanche a la autoridad del Generalísimo

(*) Documento Nº 5.

fué disuelto el gobierno provincial de Caracas y los miembros de la Legislatura fueron destinados a sus respectivos cantones para animar el espíritu público; 2º, que el gobernador militar ciudadano José Félix Ribas fué relevado y nombrado en su lugar el coronel Juan Nepomuceno Quero; 3º, que varios patriotas, cuales fueron el canónigo doctor José Cortés Madariaga y su sobrino Francisco Cámara, Antonio Nicolás Briceño, Francisco Javier Yanes, coronel Pedro Arévalo, Francisco de Paula Navas, Pedro Gual, Juan Mariano Picornell, Angel Mendoza, Sir Gregor Mac Gregor, Judas Tadeo Piñango y una multitud de franceses que habían tomado servicio en el ejército, y otros que habían establecido considerables casas de comercio en Caracas, partieron para La Guaira, con el objeto de embarcarse para las colonias extranjeras, porque no querían vivir bajo el Gobierno español, aún cuando éste guardase y cumpliese religiosamente lo que se acordase en el tratado de capitulación.

Al mismo tiempo que se ratificaba la capitulación en La Victoria, los negros levantados en los pueblos de Barlovento, habían avanzado hasta los de Guarenas y Naiguatá, amenazando la capital y la plaza de La Guaira, después de haber ejecutado en los del tránsito, principalmente en Guatire, las mayores atrocidades en las personas y bienes de los patriotas. El gobernador Quero salió con una división a contenerlos y se acantonó en el sitio que llaman de Los Dos Caminos, entre Petare, Caurimare y Chacao, y despachó al doctor don Pedro Echezuría, cura de Antímano, a quien acompañó don Guillermo Alzuru, para que manifestasen a los caudillos de los negros que habiéndose acordado entre el general Miranda y el comandante don Domingo de Monteverde una suspensión de armas, mientras se arreglaba un tratado de capitulación, no podían ellos adelantar sus marchas, sino que debían retirarse a sus antiguas posiciones, según lo convenido en el armisticio. Los negros no avanzaron más, pero tampoco se retiraron a sus antiguas posiciones, esperando en Guarenas el resultado de la capitulación.

El 26 salió de La Victoria para Caracas el ejército republicano y los oficiales encargados de entregar aquella plaza lo hicieron con la debida formalidad al capitán Mármol que entró en ella con una división y, al siguiente, Monteverde con el resto de su ejército.

El gobernador Quero, que desde que se convino en el armisticio tuvo inteligencia y comunicación con Monteverde, escribió a éste suplicándole acelerase su marcha y entrada en la capital, porque recelaba algún movimiento de los pardos y morenos, sugerido tal vez por algunos caudillos de la independencia, aunque le aseguraba que no había que temer ningún fatal resultado, pues la mayor y más sana parte de la ciudad deseaba su llegada, además de que él tenía tomadas las medidas conducentes a evitar o destruir cualquier atentado. Con este aviso mandó Monteverde activar la marcha y el 29, al medio día, llegó la primera división al pueblo de Antímano, a donde fué Quero, volvió inmediatamente y manifestó a Miranda que las tropas iban a entrar, a lo que le contestó que se necesitaba algún tiempo para que la entrega de la plaza se hiciese con la debida formalidad; mas habiéndole significado Quero que la entrada de la división de vanguardia en aquella tarde estaba determinada, de cualquier modo que fuese, se marchó inmediatamente para La Guaira. En efecto, entraron las tropas y Quero entregó la plaza, armas, almacenes de artillería, y fueron ocupados los puestos militares de las inmediaciones de la ciudad. Enarbolóse el pabellón español y Quero mandó saludarlo con veintiún cañonazos.

En la noche del 30 fué preso Miranda y asegurado en el Castillo de San Carlos, de La Guaira, por orden del comandante Manuel María Casas y del gobernador político doctor Miguel Peña, ambos colocados en estos destinos por el mismo Miranda, que algunos días antes les había prevenido, bajo la más severa responsabilidad, mantuviesen cerrado el puerto, sin permitir que fuese a bordo ninguna persona. Sin embargo, lograron trasladarse al bergantín americano "Matilde" a la consignación

de Mr. Robert K. Lawri, agente de los Estados Unidos, su capitán Mr. Alejandro Chataing, más de cien personas francesas de uno y otro sexo, incluso Mr. Pierre Labatut que había venido a tomar servicio en el ejército, los patriotas, doctor Cortés Madariaga y su sobrino Cámara, Antonio Nicolás Briceño con su mujer y criados, Francisco Javier Yanes, y Francisco Mendoza y en otros buques el coronel Pedro Arévalo, el doctor Gual, Francisco de Paula Navas, Juan Picornell y Judas Tadeo Piñango. Los ejecutores del arresto de Miranda fueron el coronel Simón Bolívar, Tomás Montilla, el francés Chatillon y otros oficiales que estaban altamente indignados contra él, porque, decían ellos, que los había entregado a Monteverde sin ninguna garantía. Poco después de verificada la prisión vino Peña a dar parte de este suceso a Monteverde. Se dijo entonces que el motivo que tuvieron Casas y Peña para dar la orden de arresto, fué porque Miranda les había faltado a la promesa de darles una cantidad de diez mil pesos, de mayor suma que tenía perteneciente al Estado, en el "Celoso", para que pudiesen transportarse a las colonias; mas hay fundamentos para creer que ninguno de los dos pensó salir del país y que presentando a Monteverde esta ilustre víctima merecerían su gracia y borrarían la culpa de haber servido al Gobierno independiente. Es digno de transcribirse aquí lo que dice el oficial encargado del diario de operaciones del ejército de Monteverde, don Ruperto Delgado, desde que salió de Valencia, el 8 de junio, hasta que lo concluyó en La Guaira el 5 de agosto: "El 31 (de julio), dice, por la mañana, salió la división para La Guaira, en cuya plaza entró sin resistencia, hallando la novedad de haber puesto preso a Miranda en el Castillo de San Carlos, la noche anterior, su gobernador don F. Casas, en virtud de orden terminante que para ello recibió del señor Monteverde, como también para que no dejase salir buque alguno de la rada, lo cual no pudo cumplir a pesar de su actividad, pues se hicieron a la vela, poco antes de llegar la vanguardia, una fragata inglesa y el bergantín "Celoso", y lo hubieran hecho otros,

a no haberlo impedido con la artillería de la plaza, echando a pique una goleta de las que intentaban marcharse. En la fragata había embarcado Miranda 22.200 pesos los cuales se llevó con otros equipajes pertenecientes a los patriotas. En esta plaza se encontraron un gran número de los principales magnates de la revolución, a donde, sin duda, habían ido con intención de trasportarse a países extranjeros, como solicitaron después varios de ellos y demostraba el embarque de sus equipajes: tales eran los insignes Ayalas, Mires, los Castillos, los Aymerich, el canónigo de Chile, Roscio, Pellín, Padrón, los Martínez, etc., etc., los cuales se aseguraron para que acompañasen y consolasen a su Generalísimo Miranda, verificándose, por fin, aquella sagrada igualdad que con tanto fanatismo han predicado y tan mal han sostenido, pues desde la entrada de la vanguardia todos viven juntos, en iguales habitaciones, con un mismo adorno, y con un par de calcetas viscaínas. De admirar son los decretos de la Providencia que en aquel mismo lugar en que poco antes habían hecho gemir, por muchos días, a tantos mártires y defensores de los derechos del Rey y de la nación, vengan a pagar en algún modo una levísima parte de los horrores, ultrajes y crímenes que han cometido contra ella. El 1° de agosto se hizo la jura de nuestro amado Rey Fernando VII (en La Guaira), para lo que se formó la guarnición y concurrió todo el vecindario. Se hicieron a la vela dos goletas aprovechándose de la noche y lo verificaron el 2 otras dos, de resultas de un fuerte brisote, achacado les habían faltado los cables. El 4, por la mañana, llegó una división de negros de Curiepe (de los que habían levantado el estandarte de Fernando VII) que iba a Caracas a presentarse al señor Comandante General, y después de dejar las armas, a la entrada de la puerta de Mulatos, pasaron para dicha ciudad".

Se han transcrito las relaciones que hacen los agentes de Monteverde, después de aprobadas las capitulaciones y de su pacífica entrada en Caracas, para que los imparciales comparándolas con las que hacen los inde-

pendientes, juzguen y decidan de qué parte están la justicia, la sinceridad, la buena fe y la lealtad. En cuanto a la prisión de Miranda se dijo que había sido por orden de Monteverde. Súpose después que éste recomendó a la Regencia el mérito relevante que contrajeron Bolívar, Casas y Peña, por haberle preso y entregado. En cuanto a lo demás, las cosas ocurrieron en estos términos. La fragata de guerra inglesa "Saphire" recibió a su bordo a Sir Gregor Mac Gregor y su consorte y debía darse a la vela para Curazao el 31 a las diez de la mañana, y corrió en la rada la noticia de que se pondría de por medio entre los buques que se dispusiesen a salir, para salvar a los patriotas. Luego que la fragata levó sus anclas, intentaron seguirle el "Matilde" y otras embarcaciones, pero fué tal y con tanto acierto el fuego que se hizo de la plaza que la cámara del "Matilde" quedó destrozada, y se echó a pique un pailebot de Curazao nombrado "Villemin", por lo que desistieron de su intento las embarcaciones mercantes, siguiendo la "Saphire" su rumbo, sin que sobre ella se hubiese dirigido ningún tiro. Por la tarde ocupó la plaza Cerveris, y en la noche se escapó el bergantín "Celoso" en el que se hallaban diez mil pesos en moneda macuquina. En la misma el capitán del "Matilde", Mr. Chataing, deseoso de salvar a los patriotas Cortés, Briceño, Cámara y Yanes, los trasladó a un bergantín americano que se hallaba en el puerto cargado de harina, y aunque se estuvo remando toda la noche, no fué posible sacarlo fuera del tiro del cañón, por la calma y corriente contraria, por lo que volvió a fondear en el punto en que estaba antes. Al siguiente día, muy temprano, el capitán del puerto, don Tomás Francia, colocado en este destino por el gobierno independiente, se presentó con una cañonera al frente del bergantín americano exigiendo que inmediatamente se le presentase el canónigo Cortés, pues de lo contrario echaría a pique el buque, añadiendo que aunque se sabía que en el mismo estaban Briceño y Yanes, diputados del titulado Congreso de Venezuela, no tenía orden para llevarlos, pero que dentro de poco les

llegaría su turno. El canónigo pasó a la cañonera, en donde fué colocado entre un piquete que lo condujo con violencia a la presencia de Cerberis, quien después de haberlo ultrajado y cubierto de oprobio le mandó poner en las bóvedas. En seguida dispuso que se desembarcasen los equipajes de los que querían emigrar, y que después se haría el de los *tabacos*, dando a entender con esta expresión a los patriotas que se hallaban a bordo. Desembarcáronse los equipajes y se entregaron a Cerberis que se los apropió, como despojos adquiridos en guerra contra rebeldes. Como a las tres de la tarde, comenzó a soplar una fuerte brisa, con señas de aumentarse; el capitán del "Matilde", al que se habían trasladado Yanes y Briceño, se fué a tierra con el pretexto de pedir un ancla, dejando dispuesto que si arreciaba el viento picasen el ancla y se pusiesen fuera de tiro del cañón, en donde debían esperarle hasta la noche; y en no recalando con su bote, siguiesen para Curazao, pues lo que él pretendía era salvar a la gente que se había acogido a su buque, aunque el déspota español lo aprisionase. Cuando el capitán Chataing llegó al muelle hizo una seña convenida, porque el viento había aumentado extraordinariamente, y Mr. Labatut, que estaba en observación cortó las anclas y dentro de pocos minutos el buque se puso fuera del tiro del cañón, y lo mismo hicieron otras dos pequeñas goletas, sin haber hecho la plaza ninguna demostración, sin duda por ineficaz y ridícula. Al anochecer llegó el capitán Chataing y siguiendo la derrota que se había fijado, al cuarto día entró en Curazao, donde fueron tan mal recibidos por el Gobernador tanto la emigración como el buque, que fué secuestrado y al fin confiscado, por no llevar papeles de navegación, y por haberse declarado la guerra entre la Gran Bretaña y los Estados Unidos.

El día 2 de agosto publicó Monteverde una proclama dirigida a los habitantes de Caracas, en que decía que sus votos y esperanzas habían sido siempre restituir esta ciudad a la tranquilidad, a la felicidad y a la *verda-*

dera libertad, que sólo conocía en palabras; que olvidasen la deidad aparente tras la cual habían corrido algunos, sin que jamás pudieran palparla; que ese tiempo estaba ya *olvidado,* y que todo el mundo sería testigo de lo que anunciaba (*)

El 3 dirigió otra proclama a los mismos habitantes de Caracas repitiendo las mismas promesas, los mismos sentimientos, asegurando que aquéllas eran sagradas y su *palabra inviolable,* que ya habían oído de su boca un *olvido eterno,* y que así se había verificado; que los acontecimientos condenados al olvido estaban borrados en su memoria, y que eran para él lo mismo que las confusas imágenes que restan después de un sueño tumultuario. Advierte, sin embargo, con suma astucia, que sus promesas no se extendían a todas las épocas de esta desgraciada historia, pues que unos tuvieron su término en el momento de firmar y ratificar las capitulaciones, mientras que los sucesos posteriores estaban comprendidos dentro de otro círculo, en el que debía obrar la autoridad absoluta de la ley (**).

En el mismo día fueron remitidos de Caracas a las bóvedas de La Guaira el doctor Roscio, el brigadier José Salcedo, español decidido por la independencia, el cirujano José María Gallegos y Florencio Luzón, los que fueron presos antes de publicarse la proclama, sin haber cometido hecho alguno contrario a las leyes. Roscio y Luzón estuvieron expuestos al público, en un cepo, en la plaza de Capuchinos, insultándoles la chusma de españoles y canarios, con denuestos, apodos y sarcasmos alusivos a los destinos que habían servido en el gobierno independiente.

El 5 dirigió Monteverde otra proclama a los habitantes de la Provincia de Caracas, anunciándoles que todo estaba bajo la legítima autoridad del señor don Fernando VII, exhortándolos a que olvidasen los sucesos que él

(*) Documento Nº 6.

(**) Documento Nº 7.

olvidaba y despreciasen con honradez las ilusorias ideas que pudieran presentarles, a fin de que todos fuesen felices y dignos de la protección de las leyes y de la beneficencia del Gobierno (*).

El 13, ocho días después de publicada esta proclama, en el silencio de la noche fueron allanadas las casas de los indiciados y notados de patriotismo y todos los que se aprehendieron fueron remitidos a La Guaira del modo más violento e inhumano. El fundamento de tan negra felonía fué una lista que formaron el canario don Vicente Gómez y el español don Gabriel García. Al mismo tiempo circuló órdenes estrechas a los justicias mayores para que prendiesen y remitiesen a La Guaira y Puerto Cabello a cuantos tuvieren por sospechosos, y dentro de quince días se vió en las cárceles a más de mil quinientas personas de las más distinguidas por sus costumbres y bienes en los pueblos, sin contar con más de ciento que él mismo y sus satélites habían remitido del interior a Coro, que fueron insultadas por el pueblo y no bien tratadas por Ceballos. Más adelante se verá cómo cumplió las capitulaciones Monteverde, siendo indispensable aquí hacer un corto recuerdo de su conducta militar y política en la conquista de Venezuela, como él la llamaba.

Es constante que cuando el Capitán General Miyares, a propuesta de Ceballos, que había sido nombrado Gobernador de Coro por el Comisionado regio, destinó a Monteverde, con una expedición sobre la provincia de Caracas, le ordenó que luego que se apoderase de Carora, su artillería y municiones, operación que se conceptuó muy fácil, por los avisos que se tenían, se retirase a Siquisique, y cumpliese con las instrucciones que le había dado sobre la conducta que debía observar con este pueblo. Monteverde entró en él dos días después de haberse reconocido a Fernando VII, le concedió de propia autoridad el título de *Leal Villa;* ocupó a Carora y, lejos de cumplir las órdenes de retirada, avanzó hasta Barquisimeto, de donde mandó a don Manuel Geraldino a ocu-

(*) Documento No 8.

par a Trujillo, a don Pedro González a Barinas y a don Francisco Mármol a Araure. Cuando el mismo Miyares pasó a Puerto Rico a tratar con el Comisionado regio, dejó en su lugar a Ceballos como Gobernador de Coro y Comandante General, con las órdenes que debían observarse en la expedición confiada a Monteverde, a quien se le ordenó al mismo tiempo que cumpliese las órdenes que este jefe le comunicase.

Convencido Ceballos del aturdimiento, espíritu de insubordinación y excesos de Monteverde y su tropa, determinó ponerse a la cabeza de la expedición, pues daba fundadas esperanzas de que ocuparía a Caracas, y el 29 de mayo llegó a Tocuyito con una fuerza de 600 hombres, de donde remitió un oficio con su ayudante don Mariano Arcaya a Monteverde, para que le diese a reconocer en el ejército, a lo que contestó éste que no podía entregar el mando, porque se hallaba con órdenes del Capitán General para obrar sin limitación ni sujeción a jefe alguno, a menos que se le mostrasen otras. A instancias del presbítero doctor don Juan Antonio Rojas y de Fray Pedro Hernández, volvió Ceballos a oficiar a Monteverde, acompañando la orden del Capitán General, en que le autorizaba para que arreglase y dirigiese las operaciones de la guerra, que sería conveniente continuar hasta el punto que lo permitiesen el estado de la fuerza y la situación del enemigo, de cuyo oficio fueron conductores los mismos padres que volvieron con la segunda negativa de Monteverde, bien que suplicaron a Ceballos que pasase a Valencia a tener una conferencia con aquél. Túvose ésta delante de varias personas, pero insistiendo Monteverde en que no entregaba el mando, porque tenía órdenes reservadas para retenerlo, resolvió Ceballos regresarse a Coro, como lo verificó con su plana mayor.

El Capitán General Miyares salió de Coro para Puerto Rico a fines de marzo de 1812 y regresó a Puerto Cabello el 21 de julio, cuando se trataba de las capitulaciones que continuó y concluyó Monteverde sin darle parte ni conocimiento a su jefe superior, sinembargo de ha-

llarse tan inmediato. Reconvenido para que le diese cuenta del estado de las cosas, Monteverde le contestó que los pueblos y el ejército le habían manifestado decididamente que si él le permitía desembarcar e internarse en la provincia de Caracas, ellos de ningún modo lo recibirían ni reconocerían, añadiendo después de muchas contestaciones que en la capitulación se había estipulado y convenido que él exclusivamente sería quien debía ocupar el territorio no reconquistado, por cuyas razones le exhortaba a que se trasladase a otro punto de Venezuela, donde fuese menos alarmante su presencia. Ya queda dicho que Miranda ratificó el 25 de julio las capitulaciones, y para el arreglo y entrega de los diferentes puntos nombró al mayor Sata; Monteverde para dar un colorido a su inobediencia celebró un convenio con el comisionado, cuyo primer artículo dice así: "El comisionado del ejército de Caracas pone por condición de este pacto, que la ejecución y cumplimiento de cuanto se ha estipulado, como la ocupación y posesión del territorio de la provincia de Caracas debe pertenecer exclusivamente al señor don Domingo de Monteverde, con quien se ha iniciado este convenio, no accediendo los pueblos de Caracas a ninguna variación en esta parte". Ni el Generalísimo, ni el Ejecutivo provincial, ni los pueblos dieron poder ni ratificaron el convenio celebrado últimamente entre Monteverde y el sargento mayor Sata y, por consiguiente, ni éste pudo añadir al tratado de capitulación ya concluído y ratificado un artículo de tanta importancia, ni aquél aceptarlo, ni tenerlo como título legítimo para ejercer el mando superior. Sin embargo, desde este día se quitó la máscara, y el 27 previno desde San Mateo al Ayuntamiento de Valencia que no reconociese a Miyares por Capitán General; y aunque aquel cuerpo le contestó que reflexionase y acordase mejor sobre un asunto tan delicado en las circunstancias en que se hallaban, él insistió en la resolución que había tomado, de ser el jefe único del país que había conquistado. Es digno de considerar que habiendo recibido Monteverde una comi-

sión limitada a proteger a los pueblos adictos a la causa del Rey, sin pasar más adelante, tratando a todos con humanidad y respetando las propiedades; él desde sus primeros pasos desconoció a sus jefes inmediatos, y al fin se alzó con el mando, no para hacer el bien, sino para causar el mal, siendo lo más notable que éste fuera el hombre a quien el gobierno de la península dió el título de Pacificador y confirmó en el destino de mantener en sujeción y dependencia a los venezolanos que dos años antes habían cometido el delito de deponer a los gobernantes sospechosos y odiosos, y no haber reconocido la soberanía de la Regencia de Cádiz.

No puede prescindirse aquí de una breve reflexión sobre la conducta de los españoles en el nuevo mundo en cuanto a su deseo de mandar: el mando era su ídolo, y para obtenerlo no reparaban en los medios, por más arriesgados y criminales que fuesen y aunque lo ejercieran sólo por cierto tiempo. Miraban el mando, no por el aspecto del honor y gloria que en sí tiene y comunica a los que lo desempeñan con rectitud, sino como un medio de satisfacer la ambición, la codicia, el orgullo y demás pasiones. Todos los descubridores, conquistadores y pacificadores pelearon y se destrozaron recíprocamente por el mando, unas veces por abrogarse y ejercer las funciones propias de la autoridad suprema, otras, y era lo más frecuente, por apoderarse de los gobiernos que tenían sus contrarios, con la intención y esperanza fundada de pedir y obtener de la Corte la confirmación del empleo o mando de que se habían apoderado, por la fuerza o por el fraude, despachando allá personas bien expensadas con los caudales que habían robado, y capaces de presentar su conducta como la más arreglada a las leyes de la Religión y del Estado, necesaria a la conservación del país, urgente en el tiempo y circunstancias en que se ejecutaron, lo que bastaba para no medirla ni calificarla por la letra expresa de las leyes y de las ordenanzas, y por consiguiente, lejos de ser punibles tales hechos, merecían sus autores el que se les continuase en el destino

que habían conquistado y ocupaban de hecho. La historia está llena de sucesos que comprueban esta aserción, bastando sólo recordar aquí, en general, los de Roldán en Santo Domingo, Velázquez, Pánfilo de Narváez, Cristóbal Tapia y Cortés en Méjico; los Contreras en Panamá; los Pizarros, Blasco Núñez, los Carbajales y Aguirres en el Perú; Sebastián de Castilla y sus compañeros, con Hinojosa, Francisco Hernández Girón, con Alonso Alvarado, Núñez de Balboa, Belalcázar, Almagro, Alvarado, Quesada, en la Nueva Granada, Popayán, Quito, etc., y en Venezuela los de Juan Carbajal, quien falsificó una real provisión de la Audiencia de Santo Domingo, para hacerse Gobernador de Coro y Venezuela, por los años de 1545, en cuyo destino ejerció toda especie de maldad y cometió todo género de crímenes y abominaciones, que expió en la horca, por sentencia del Gobernador licenciado Tolosa, que se ejecutó en el Tocuyo, que había sido el teatro de sus maldades, y en el mismo árbol que había sido testigo mudo de sus injusticias (*); los de Lope de Aguirre, que en el Perú mató al Gobernador Pedro de Ursua y otros varios sujetos; proclamó y juró por Príncipe del Perú a don Fernando de Guzmán, a quien quitó después la vida y toda su comitiva, y se tituló *Caudillo de la Nación Marañona,* recalando después de indecibles trabajos a Margarita, en cuya isla cometió horrendos crímenes y crueldades, igualmente que en Borburata, Valencia y Barquisimeto, en donde fué muerto por el famoso conquistador Paredes, cortada la cabeza y hecho cuartos el cuerpo (**) y, finalmente, los de Monteverde que, como se ha visto, desconoció la autoridad de sus inmediatos jefes y se abrogó la autoridad de Capitán General de Venezuela, que la Regencia había conferido a Miyares, siendo constante que mientras, y desde el momento en que ejerció este mando, permitió, autorizó y ejerció

(*) Oviedo, *Historia de la Conquista y Población de Venezuela,* parte 1, libro 2, capítulo 13 y libro 3, capítulo 4.

(**) Idem, libro 4, capítulo 1º y siguiente.

por sí mismo, actos de despotismo, violencia y depredaciones, permitiendo a sus oficiales y tropa libre saqueo de bienes y personas en Carora, Barquisimeto, Araure, Calabozo, San Carlos, Valles de Aragua, Caracas y La Guaira, en cuyos lugares se ejecutaron actos de crueldad e inmoralidad que la memoria rehusa recordar y la pluma trasmitir a la posteridad.

El Ayuntamiento de Caracas compuesto de don Juan Esteban Echezuría, don Luis José de Escalona, don Ignacio Ponte, don Antonio Carballo, don Pedro Ignacio Aguerrevere, don José Martínez, don Francisco Antonio Carrasco y don Juan Bernardo Larrain dirigieron a las Cortes una exposición en que refieren el origen de la desgraciada transformación política de Venezuela, su reconquista y pacificación por Monteverde, los males que había sufrido y el remedio que creían conveniente para curarlos, destinando a don José Joaquín de Argos, Regidor del propio Ayuntamiento, y al presbítero don Juan Nepomuceno Quintana para que, sobre todo, hiciesen un informe completo y pidiesen que Monteverde fuese nombrado Gobernador y Capitán General. Las ciudades de Valencia, San Carlos, Tocuyo y Barquisimeto nombraron por sus apoderados al presbítero don Pedro Gamboa y Fray Pedro Hernández, para que fuesen a felicitar a las Cortes por la *admirable pacificación de Venezuela,* y solicitasen ciertas gracias. Estos apoderados que más pueden considerarse de Monteverde que de los pueblos, dieron a las Cortes y Regencia su exposición dirigida principalmente a disculpar el levantamiento y excesos de Monteverde, y hacer graves cargos a Miyares y Ceballos, pidiendo que se confiriese a aquél la Capitanía General, que se declarase a Valencia capital de Venezuela, que se ampliase el comercio, facilitando la exportación de frutos para lo que se habilitarían todos los puertos de la costa, especialmente los de Coro y Maracaibo, que se suprimiese la alcabala; y finalmente que por los singulares servicios hechos por todos los vecinos y habitantes de las cuatro ciudades, se les concediese, en adelante el

titularse cada una de *fidelísima*, y añadir a su escudo de armas un cuartel con el geroglífico de un *perro*, símbolo de la fidelidad.

El Capitán General Miyares volvió a reconvenir a Monteverde sobre su irregular comportamiento, haciéndole ver que éste podría producir la insubordinación y disolución del ejército y una sección política en las provincias, de lo que sería forzosa consecuencia una guerra civil que volvería a sumergir estos desgraciados en los mismos horrores de que acababan de salir; que apoyar la resolución que había tomado para arrogarse el mando, en un artículo de las capitulaciones, era recibir la ley del vencido en el momento en que estaba en sus manos reducirlo a cenizas; añadiendo, por último, que su mando en estas provincias acababa de recibir nueva sanción del Gobierno, pues se le había conferido el mando político de ellas, bajo cuyo concepto se le había remitido la Constitución política de la Monarquía para que la publicase, igualmente que la convocatoria para las próximas Cortes ordinarias, con otras muchas órdenes, cuyo cumplimiento se le encargaba personalmente, que bajo ningún pretexto podrían pasarse para su cumplimiento y ejecución a una persona que no tenía autoridad conocida, y debía la que quería arrogarse a un artículo de una capitulación dictada por un enemigo del Estado. Monteverde contestó haciendo cargos más o menos directos a Miyares, por su conducta desde la revolución de Caracas y principalmente desde la salida de la expedición conquistadora de Coro, observando al mismo tiempo, que el articulo incluso en las capitulaciones o *tratados de paz* que había celebrado con el comisionado del general de las tropas caraqueñas, nada tenía de incompatible con la reforma del Gobierno, con la fidelidad al Rey y con la seguridad pública; que éste había sido un voto espontáneo del resto de la Provincia de Caracas, movida de la observación que había hecho de la prosperidad y gustosa calma en que se hallaban las demás, después de restablecidas al legítimo gobierno; que

en virtud de estas razones, y después de haber conferenciado detenidamente con el coronel don Manuel del Fierro, destinado al efecto por Miyares, le era indispensable insistir en su resolución, y que sin dejar el mismo Miyares de ser Gobernador y Capitán General de estas provincias, *convenía al servicio del Rey y al bien del Estado en que por ahora* y hasta que la pacificación de ellas quedase perfectamente cimentada, o hasta que S. M. se sirviese tomar la resolución que tuviese a bien sobre este asunto, en vista de los informes que iba a dirigirle, exhortándole, por último, a que tuviese a bien suspender el uso de sus empleos, y que podría trasladarse entre tanto a la provincia de Coro, Maracaibo u otro paraje que tuviese por conveniente y le proporcionase el pronto regreso a Caracas, cuando S. M. lo tuviese a bien y le enviase la nueva Constitución española y las demás órdenes extensivas a la causa común, para que estos habitantes gozasen de su influjo y les sirviese de mayor aliciente para su seguridad. En 13 de agosto avisó a Monteverde su partida para Coro y le remitía veinte ejemplares de la Constitución para que la publicase.

En Barcelona se tuvo noticia de las proezas y triunfos de Monteverde hasta Maracay, por la división de Antoñanzas que llegó a Calabozo, y por las comunicaciones de los caudillos de la insurrección de los negros en los valles de Barlovento, y el 4 de julio algunos españoles y canarios, con otros criollos realistas formaron una revolución que se manifestó enarbolando el pabellón español y proclamando a Fernando VII Rey de España y las Indias y levantando una fuerza capaz de resistir cualquiera otra que de Oriente u Occidente pudiera atacarla. El principal caudillo fué el criollo don José María Hurtado, con Arias Reina, español, y otros varios y algunos canarios, entre los cuales se hallaba Francisco Tomás Morales, asistente que había sido en el gobierno anterior del teniente coronel don Gaspar Cagigal, comandante de Barcelona, por cuyo respeto fué nombrado teniente de urbanos en el gobierno independiente, manifestando en esta

empresa los sentimientos feroces que abrigaba su alma y que desarrolló sucesivamente en la guerra de exterminio que hizo en Venezuela. En lo interior se levantaron algunas partidas, siendo la principal la que capitaneaba el fraile español de la *profananda fide*, Fray Joaquín Márquez, hombre tan ignorante y fanático como inmoral y sanguinario. A consecuencia de esta reacción emigró el antiguo Gobernador ciudadano José Manuel Morales y otros patriotas con sus familias al puerto de La Guaira.

Ignorábase en Cumaná el estado de la guerra de Occidente y luego que se supo la insurrección de Barcelona se dispuso una expedición a las órdenes del coronel Vicente Sucre y el teniente coronel Luis Vallenilla, compuesta de diez y ocho buques y 1.000 hombres de tropa de línea, en la que se alistaron muchos patriotas, en clase de aventureros, entre los que merece un particular recuerdo el ciudadano José Francisco Bermúdez, que más adelante será terror de los tiranos y libertador de su patria. Desembarcó la tropa sin ningún obstáculo en el pueblo de Piritu y mientras se obtenían noticias ciertas de las fuerzas de los insurrectos, llegaron los ciudadanos capitán Joaquín Vallenilla, José Graü y Rafael Mejías, comisionados del gobierno de Cumaná, para avisar al jefe de la expedición el haberse recibido noticias oficiales de La Guaira que aseguraban estarse tratando entre el Generalísimo y el comandante Monteverde sobre un arreglo pacífico; por lo que se tuvo una junta de guerra en la que se acordó se suspendiesen las hostilidades, se reembarcasen las tropas y se regresase a la capital hasta saber el resultado definitivo de la negociación pendiente.

Cuando iban a embarcarse los últimos hombres de caballería fueron asaltados por una partida emboscada de barceloneses, en términos que todos fueron hechos prisioneros a excepción de uno que murió en el acto de la sorpresa y seis que se arrojaron al agua y pudieron coger el buque más inmediato. Esta perfidia hizo dirigir el rumbo al Morro de Barcelona que por una medida

bien combinada había sido sorprendido y ocupado por una lancha cañonera con 60 hombres al mando del alférez de fragata José Miguel Machado, y reunidas las fuerzas se estableció un riguroso bloqueo que duró ocho días, en cuyo tiempo hubo algunos encuentros en que los republicanos tuvieron cinco hombres muertos, retirándose al fin a Cumaná, por haber llegado allí el Marqués del Toro y su hermano Fernando, quienes aseguraron que la capital se había entregado mediante una capitulación, y se embarcaron para la isla de Trinidad a pesar de la oposición de algunos patriotas, de los que varios tomaron el mismo partido llevándose el bergantín "Botón de Rosa".

Luego que Monteverde ocupó a Caracas y redujo a prisión a Miranda y las demás personas que arriba quedan dichas, nombró al doctor don José María Ramírez y al comerciante don Joaquín García Jove para que condujesen al gobierno de Cumaná oficio que detallaba sus triunfos, protegidos por la Divina Providencia, su entrada en Caracas, conforme a las capitulaciones, de que acompañó una copia auténtica, añadiendo que no debía extrañarse la falta de concurrencia del Jefe del Ejército de Venezuela, que pudiera parecer necesaria, porque éste, después que dejó las cosas en la capital en estado de entrega, intentó embarcarse, sin presenciarla, llevándose consigo algunos caudales e intereses del Estado, por cuya razón su subalterno, el comandante militar de La Guaira le impidió la salida, igualmente que a otros que consideró cómplices en la misma falta y permanecían asegurados en la misma plaza; y, por último, que los comisionados, que estaban cerciorados de las verdades que refería en su oficio, informarían de todo y, además, iban autorizados para que concluyesen, a la mayor brevedad, el cumplimiento de un convenio que, por su parte, tan religiosamente había observado. El 23 de agosto se reunieron la Legislatura, el Poder Ejecutivo y algunos padres de familia para tratar de un asunto de tanta gravedad, y aunque en el mismo oficio de Monteverde veían la prueba más evidente de la violación del tra-

tado, reflexionando que el espíritu público había decaído enteramente; que la ciudad estaba dividida en partidos; que muchos y distinguidos patriotas habían emigrado para las colonias; que no había fuerzas suficientes para una resistencia que pudiese tener buen resultado; y, finalmente, que los pueblos de Cariaco, Carúpano, Río Caribe y Cumanacoa habían proclamado al Rey, convinieron uniformemente en someterse a su autoridad bajo las garantías estipuladas en la capitulación y las seguranzas que hacían los comisionados, en cuya virtud se mandó enarbolar el pabellón español, aunque continuó el gobierno de la provincia en el mismo Poder Ejecutivo, hasta que Monteverde nombrase los empleados que tuviese a bien; y para presentarle el acta de reconocimiento y sumisión fueron diputados los ciudadanos presbítero Diego Botino, José Manuel Sucre y Pedro Betancourt, quienes le suplicaron que para conservar la paz y borrar las desgracias pasadas, nombrase para Gobernador de la provincia un militar instruído, de prudencia y exento de las pasiones del tiempo presente.

No pasaron muchas horas después del reconocimiento del gobierno español cuando aparecieron, sin saberse cómo ni por dónde, la chusma de catalanes y algunos criollos expulsados del territorio por su ingratitud y felonías, clamando venganza, produciendo quejas y demandas contra los patriotas, para ser indemnizados de las considerables, aunque en realidad abultadas o imaginarias pérdidas que habían sufrido en sus bienes y personas, a las que siguieron insultos y persecuciones escandalosas y violentas, que para contenerlas fué indispensable acordar medidas y prisiones tan notoriamente injustas, que muchos partidarios del gobierno del Rey salieron de la ciudad a encontrar al Gobernador que venía destinado a Cumaná, para que acelerase su marcha y evitase una reacción que era de temer en un estado tan irregular y violento.

El 27 de septiembre llegó a la ciudad el Gobernador de la provincia con 200 corianos de guarnición. En el

oficio en que se participó su nombramiento decía Monteverde que condescendiendo a las insinuaciones de los diputados Botino, Sucre y Betancourt había nombrado al coronel don Emeterio Ureña, oficial de probidad, juicio, prudencia y madurez, de quien no dudaba que mantendría la paz y el sosiego de los habitantes. A su llegada se hallaban ya reunidos en Cumaná todos los catalanes, andaluces y criollos que habían sido expulsados por conspiradores y enemigos del gobierno independiente, los cuales se le presentaron pidiendo resarcimiento de daños y perjuicios, contra los que los habían hecho salir del país y que se les castigase como rebeldes y traidores. Ureña conoció las funestas consecuencias que debían seguirse a la pacificación si se daba acogida a las demandas de estos hombres, a quienes hizo ver que era preciso observar y cumplir la capitulación de Monteverde, que había aceptado gustosamente la provincia, exhortándoles a que olvidasen todo lo pasado, dedicándose al mismo tiempo a conciliar los ánimos y establecer la paz y buena armonía entre las familias, y para seguridad pública e individual publicó un bando llamando a los prófugos, al mismo tiempo que encargó a las autoridades subalternas celo y vigilancia sobre los pasaportes, armas que mandó recoger y otras medidas semejantes, disponiendo al mismo tiempo las solemnidades para la jura de la Constitución, como se verificó en los días 13 y 14 de octubre, y fué el primer magistrado que la juró en Venezuela. Insoportable se hizo esta conducta a los catalanes sedientos de sangre y para conseguir sus fines o comprometer al Gobernador suponían cada día, revoluciones tramadas por los patriotas, las que denunciaban formalmente, representando al mismo tiempo lo peligroso que era la existencia de ciertas personas en la ciudad y provincia, para que se asegurasen en prisiones. Como Ureña conocía el móvil y objeto de estas denuncias, que no se fundaban en hechos determinados, practicados después de la sumisión, no les daba acogida ni curso, por lo que se atrajo el odio de aquellas fieras que en seguida trataron de

vengarse. Llegó por este tiempo a Cumaná, de la isla de Trinidad, el doctor don Antonio Gómez, que había sido expulsado de Venezuela como comprendido en la conspiración el 11 de julio del año anterior, a quien había llamado Monteverde para que le sirviese de director o asesor privado y ejerciese el empleo de contador mayor del tribunal de cuentas, al que ocurrieron los catalanes para que les aconsejase lo que debían hacer en las circunstancias en que se hallaban, por la indolencia o connivencia del Gobernador. En una reunión secreta, en que le informaron de todos los sucesos ocurridos, les dijo Gómez que hiciesen una representación al Capitán General en que los refiriesen circunstanciadamente, haciendo ver al mismo tiempo que Ureña, si no disimulaba, al menos era inepto para mandar a criollos rebeldes, de lo que resultaba el estar expuestos los leales al Rey, y la provincia toda en absoluta inseguridad, ofreciéndoles el buen despacho de su gestión, luego que él llegase a Caracas. Comisionaron para llevar la representación al Capitán General a don Manuel Tejada, español, y a don José Antonio Gómez, criollo, quienes, además, fueron encargados de hacer presente que convendría, para la seguridad de la provincia, poner otro Gobernador. Monteverde dirigió a Ureña un oficio en 30 de octubre, en que le mandaba que asegurase a todos los que hubiesen tenido parte en la revolución de la provincia y los remitiese a La Guaira; pero conociendo éste los malos resultados que debían seguirse al honor de la Nación y al suyo particular, representó que eran muchos y muy graves los obstáculos que encontraba para llevar a ejecución semejante orden, añadiendo que respecto a que el mismo Monteverde le había prevenido en oficio de 10 de septiembre que se entendiese con la Real Audiencia sobre cualquiera causa de revolución y otras materias de justicia, y remitiese a ella los procesos que se formasen, teniendo a su disposición a los reos; consultaba el caso presente y obraría conforme a la resolución de este superior tribunal. A pocos días de la conquista de Monteverde se restableció en la

nueva Valencia del Rey la Real Audiencia, compuesta de los ministros don José Francisco Heredia, decano, don Pedro Benito y Vidal, don Francisco de Paula Vilches y don José de Costa y Gali, fiscal. La Audiencia conoció lo imprudente e ilegal de la orden de Monteverde y los funestos resultados que se hubieran seguido de su ejecución, y asi es que aprobó y aún aplaudió la conducta del Gobernador Ureña, de cuya determinación instruido Monteverde, juzgó desairada su autoridad, y no consultando ni oyendo otros dictámenes que los de ciertos españoles y canarios de Caracas, resentidos por motivos anteriores, y que obraban por los propios fines de los catalanes de Cumaná, resolvió llevar a cabo su proyecto primitivo y lo que los comisionados de éstos le habían indicado, y asi es que nombró un comisionado especial que lo fué el teniente Cerberis, para que fuese a dar cumplimiento a sus órdenes. Es conveniente notar aquí que ya antes había autorizado un corsario particular que mandaba el italiano Juan Gabazzo, para que cruzase el Golfo Triste y las costas de Güiria, con órdenes para vigilar sobre los insurgentes que habían escapado en el bergantín "Botón de Rosa" y se hallaban en el islote de Chacachacare, dependiente de Trinidad; y hostilizar con disimulo a los habitantes y hacendados que se habían establecido en aquellas costas en que había algunos franceses, ingleses, etc. Gabazzo, como un filibustiers, recorrió la costa de Barlovento, cometiendo muchos actos de piratería y penetrando en el golfo impuso a los hacendados y habitantes contribuciones tan duras, arbitrarias e injustas y repetidas, que se vieron obligados a ocurrir al Gobernador Ureña, quien reconvino a Gabazzo, el cual se disculpó con las órdenes que tenía del Capitán General, a quien dió cuenta para la contención de semejantes abusos. Mas, cuando se esperaba una resolución que inspirase confianza a las personas y asegurase las propiedades, sujetándolas al solo imperio de las leyes, se presentó el 15 de diciembre, en Cumaná, el comisionado Cerberis, con un aire de importancia y misterio, que anun

ciaba una autoridad ilimitada para asuntos de la más alta importancia, lo que alentó a los catalanes para producirse en términos depresivos de la autoridad y persona del Gobernador, y enfáticas amenazas contra ciertos vecinos honrados. El Gobernador exigió a Cerberis, por dos ocasiones, las letras de su comisión, y se excusó de no haber llegado su equipaje y sin cumplir esta ritualidad prescrita por las leyes civiles y militares del gobierno español, llamó a ciertos oficiales, a quienes previno que armasen y municionasen a los veteranos y las dos compañías del comercio, compuestas de catalanes, y que se reuniesen a esta fuerza los guardas de la renta de hacienda y tabacos, con sus respectivos jefes, se preparase la artillería y sus almacenes, y esperasen las órdenes que les comunicaría. En el peso de la noche destinó varias partidas a distintos puntos de la ciudad y otras a determinadas casas, para que las hiciesen abrir y allanar a nombre del Gobernador, sacando de ellas amarrados a sus dueños y conduciéndolos al cuartel, lo que se ejecutó con la mayor celeridad y violencia.

El aparato y estrépito de esta ejecución puso en consternación la ciudad que reposaba al abrigo de una solemne capitulación y de las promesas de Monteverde y del Gobernador que allí había enviado, y bajo esta garantía y la que inspira la inocencia se dirigieron a la casa de Gobierno las esposas, los hijos, padres, hermanos y parientes de los aprisionados, implorando con súplicas, llantos y gemidos la fe de lo pactado e inocencia de los ofendidos. El Gobernador, cerciorado de lo ocurrido y escandalizado con tan inesperado atentado, deseando conciliar los extremos de la posición en que se hallaba constituído, dijo a los suplicantes que todo se había hecho sin su conocimiento y que procuraría el remedio conveniente. Al siguiente día participó Cerberis al Gobernador haber dado principio al cumplimiento de las órdenes que tenía del Capitán General, prendiendo una porción de individuos *sospechosos* que formaban un complot con depravados intentos, los que había depositado

en el cuartel de veteranos para remitirlos donde debía, a cuyo efecto le pidió veinte pares de grillos y buques suficientes para el puerto de La Guaira. Ureña le contestó que le había causado una gran sorpresa su procedimiento, ejecutado sin su previo consentimiento ni noticia, añadiendo que él no se oponía a las órdenes del Capitán General, pero que éste sólo sería el responsable de sus resultas. Al mismo tiempo dió parte a la Audiencia, con remisión del expediente instructivo de lo ocurrido, para la resolución que tuviese por conveniente. Las personas presas por Cerberis fueron de las más notables, en número de veinticuatro, algunas enfermas y sexagenarias, cuyos nombres es justo trasmitir a la posteridad, y fueron los coroneles Dionisio Sánchez, Diego Vallenilla, Vicente Sucre, teniente coronel José de Jesús Alcalá, ayudante Francisco Sánchez, administrador de correos Manuel Machado, oficial 1º de la renta de tabaco Pedro Betancourt, el cura Andrés Callejón, presbítero Jacobo Laguna, teniente Francisco Escalante, Gaspar Millán, Francisco Marcano, Ramón Landa, Pedro Coronado el padre, Juan Prado y sus hijos Baltasar y León, José Eustaquio Márquez, José Francisco Brito, Jesús y Fabián Meza, Ignacio Zertal, Pedro Hermoso y Sebastián Bolívar.

Es de advertir aquí que antes de la llegada de Cerberis, y en el gobierno del *justo y filantrópico* Ureña, fueron presos y remitidos a las bóvedas de La Guaira, sin más causa ni motivos que haber obtenido empleos o manifestado decisión por el gobierno independiente, el teniente coronel Pedro Mejías, el ministro principal de hacienda Casimiro Isaba y su hermano Manuel, visitador general de la renta de tabaco.

Después de las prisiones hechas por Cerberis en la noche del 15 se hicieron otras, como fueron las del teniente coronel Luis Vallenilla, el doctor Juan Martínez, los ayudantes Ramón Machado y Quintín Vallenilla, el presbítero Diego Botino, José María Márquez, Diego Bernardo Sánchez, Manuel Ramírez Figueroa y otros sujetos cuyos nombres no tenemos en la memoria, debiendo

advertir que ésta fué la tercera remesa que se hizo de Cumaná, después de aceptada allí la capitulación de San Mateo, y que de los prisioneros remitidos por Ureña y Cerberis fueron destinados a las bóvedas de La Guaira el teniente coronel Vallenilla, el doctor Martínez, los ayudantes Vallenilla y Machado, el presbítero Márquez y Manuel Ramírez Figueroa y el presbítero Diego Bernardo Sánchez a Puerto Cabello, quedando la cárcel y los calabozos de los cuarteles llenos de prisioneros, librándose órdenes a los pueblos de la provincia para que se hiciese lo mismo con *todos los sospechosos* en cumplimiento de lo que el sargento mayor José de Sata y Bussy que había obtenido pasaporte de Monteverde para la isla de Trinidad y se hallaba a la sazón en Cumaná para seguir su viaje, fué también reducido a prisión por orden de Cerberis y remitido a las bóvedas de La Guaira.

La Audiencia, en vista de los documentos remitidos por el Gobernador Ureña y de lo representado por el fiscal Costa y Gali, declaró legal y prudente la conducta del Gobernador, a quien ordenó que formase sumario a Cerberis sobre los excesos que había cometido, y lo remitiese con los documentos originales que contribuyesen a acreditarlo. Instruido Monteverde de esta determinación comunicó a la Audiencia una real orden de 27 de noviembre, que había recibido de la Regencia, por la cual se le autorizaba para obrar en todas las ocurrencias, según lo exigiesen las circunstancias, y que en uso de ella había resuelto que Cerberis continuase en el ejercicio de la comisión que le había conferido. Quejóse Ureña del despojo que se le hacía, y Monteverde le separó del Gobierno, poniendo en su lugar al famoso Antoñanzas. Así es que conociendo Cerberis que estaba en libre ejercicio para cometer y llevar a cabo nuevos atentados sin que el exonerado Ureña pudiese proceder a la instrucción del sumario prevenido por la Audiencia, soltó las riendas a su despotismo y apoyado de los catalanes prendió a las personas y secuestró los bienes que se le antojó y cuando le pareció remitió los sumarios al Tribunal el que

no hallando en ellos sino desorden, arbitrariedad y muestras de las pasiones más groseras, determinó se pusiesen en libertad a los arrestados, y que se pasase una lista de ellos al Capitán General para que, sacándolos de las prisiones y librándoles el correspondiente pasaporte, quedasen a cubierto de nuevos insultos. Monteverde que, además de haber merecido el que se aprobase su insubordinación y levantamiento, había recibido la real orden para obrar según las circunstancias, se persuadió, como Emparan, que en Venezuela no había más autoridad ni ley que su libre voluntad y puso a continuación de la lista y resolución de la Audiencia este memorable decreto: "Apruebo la libertad de estos individuos, menos la de don Manuel Villapol, que deberá subsistir preso, en un castillo, para ser extrañado de estas provincias". Al mismo tiempo mandó al comandante militar de Puerto Cabello, que por ningún motivo pusiese en libertad hombre alguno de los que estaban presos en esa plaza por resultas de la causa de infidencia, sin que precediese orden suya, aún cuando la Real Audiencia determinase la soltura, en cuyo caso debería ésta participárselo, para la resolución correspondiente.

Propúsose Monteverde proclamar él mismo al Rey en Caracas, y habiéndolo manifestado al Ayuntamiento, le contestó éste que por las leyes (*), cédulas y costumbres correspondía a la corporación la prerrogativa de llevar el estandarte, en la proclamación del Rey, con exclusión de los Virreyes y Presidentes. Sin embargo, insistiendo en su propósito dijo resolutivamente al cuerpo, que había dispuesto efectuar el acto de reconocer a Fernando VII militarmente, con sus tropas, y así lo verificó el 23 de septiembre.

El 10 de octubre fueron embarcados en una goleta corsaria nombrada antes "La Venezuela" y después "Fernando VII" al mando del oficial de marina don Eusebio Tíscar, y remitidos sin proceso ni sumario a disposición

(*) L. 56, tít. 15, lib. 3, Rec. Ind.

de la Regencia, el canónigo Cortés Madariaga, el doctor Roscio, Juan Pablo Ayala, Juan Paz del Castillo, criollos Manuel Ruiz, José Mires, Francisco Isnardi y Antonio Baraona, españoles, que habian abrazado la causa de la independencia. Miranda fué remitido a las bóvedas de Puerto Cabello. En el propio día Monteverde manifestó a la Audiencia la necesidad de que se trasladase a Caracas, porque los esclavos de la costa de Barlovento abiertamente se habían rebelado, a los que probablemente, decía, seguirían los del Tuy y algunos habitantes de Caracas; y que siendo el real acuerdo, a quien S. M. había dado privativamente el conocimiento de este género de causas, creía que éste debía estar junto a él, en aquellas circunstancias, para que ejerciese todo el lleno de sus facultades, advirtiendo que había formado una *Junta de Seguridad y Vigilancia,* compuesta de algunos letrados de quienes podía tener confianza, cuyas funciones terminarían en el instante mismo en que llegase la Real Audiencia. Esta no convino en la traslación, pero libró una *Real Provisión Secreta,* cometida al Oidor don Pedro Benito y Vidal, para que, pasando a la mayor brevedad posible a Caracas, recogiese los autos que se hubiesen formado sobre la insurrección indicada, y procediese a instruírlos hasta el estado que tuviese por conveniente.

El 19 de noviembre juró públicamente Monteverde la Constitución de la monarquía española, decretada por las Cortes Generales y Extraordinarias y promulgada en Cádiz a 19 de marzo del presente año, en manos del brigadier don Manuel del Fierro, practicándolo en seguida el batallón de voluntarios de Fernando VII, compuesto de españoles y canarios, avecindados en Caracas, y de algunos criollos. El 3 de diciembre se publicó la misma Constitución, y el 8 se juró en la iglesia del convento de San Francisco, por el pueblo y el clero reunidos indistintamente, habiendo precedido una invitatoria a todos los vecinos, en que se les anunciaba el haber llegado el día en que todos gozasen de paz, libertad y seguridad, bajo la garantía de la Constitución. Mas, a poco de con-

cluído tan solemne acto, fueron sorprendidos, presos y remitidos a las bóvedas de La Guaira varios individuos notados de patriotas y por consiguiente *sospechosos*, haciendo correr la voz en el público de que en el mismo día debía efectuarse una revolución.

Es de notar aquí que el día 4 de este propio mes Monteverde convocó a su posada una junta para resolver lo conveniente a la pública tranquilidad, junta que los más adictos al gobierno peninsular denominaron de *proscripciones*, acaso más atroces que las de Mario, Sila y Octavio. Compúsose la junta del Capitán General Monteverde, de su tío don Fernando Monteverde, don Manuel del Fierro, don Gonzalo Orea, doctor don Antonio Gómez, don Vicente Linares, canarios; don Juan Esteban Echezuría, don Pedro Lamata, don Jaime Bolet, don Manuel Tejada, don Manuel Rubín, don Pedro Benito y Vidal, oidor; don Antonio Tiscar, el Marqués de Casa León, españoles; don Luis Escalona, doctor don José Manuel Oropeza, presbíteros doctor don Manuel Vicente Maya, doctor don Juan Antonio Rojas Queipo y Fray Juan José García, fraile dominico, criollos. Monteverde presentó a la junta algunos hechos particulares y excéntricos de miras políticas y dijo que había tenido denuncios repetidos y circunstanciados, por *personas de forma y carácter*, del inminente peligro en que se hallaba la *seguridad pública y la particular* de los leales súbditos que, confundidos aún con los traidores, por no haberse hecho la debida separación, querían y habían intentado éstos asesinar a aquéllos, de lo que tenía antes de aquel día muchos ejemplares ocurridos, ya con dos soldados de marina, a quienes un tumulto maltrató a palos, para que jurasen a gritos la independencia, los que se hallaban muy graves en el hospital; ya por las denuncias e informes del sargento mayor del batallón de voluntarios don Juan Nepomuceno Quero y del honrado pardo José María Cordero, que decían que había un plan combinado por los facciosos para levantar el grito, principiando por un degüello de

todos los defensores de la justa causa del Señor Don Fernando VII. Añadió, en fin, que el proyecto de rebelión estaba bien comprobado, pues lo habían de antemano anunciado los pasquines y anónimos que se habían difundido en esta ciudad y la relación y concordancia que tenían con la revolución que acababa de descubrirse en el pueblo de La Victoria que, sin duda, estaba en inteligencia con los facciosos de Caracas, sobre lo que se estaban siguiendo diversos expedientes. La junta acordó que se formasen listas comprensivas de las personas que tuvieron parte, activa o pasiva, en las ocurrencias del 19 de abril de 1810, para proceder por ellas al arresto y expulsión de la provincia. Monteverde mandó instruir, por ante su secretario don Bernardo Muro, una justificación sumaria de los hechos que había expuesto a la junta, para proceder a la seguridad de todas aquellas personas que por sus hechos y empleos obtenidos del gobierno insurgente, fuesen sospechosas, o las que por sus ideas subversivas o antievangélicas fueran perniciosas, o las que por su influjo en el pueblo, su actitud, persuasión e intereses fuesen a propósito para ponerse a la cabeza de una asonada, violencia o motín. Recibiéronse sus declaraciones a don Gabriel García, Timudo, Quero y los músicos Cordero, Vázquez, y Ponce, sin que ninguno de ellos se contrajese a hechos positivos, ni a persona determinada; sin embargo, Monteverde expidió un auto el día 11, mandando que se asegurase a todos los individuos que habían sido considerados como *peligrosos* a la seguridad pública y como tales colocados en las listas presentadas al Gobierno por los sujetos de honor y confianza que concurrieron el día 4 a la junta para hacer oír sus opiniones, y que se remitiesen a La Guaira, cuya resolución y listas se entregaron a don Pedro Pons, sargento mayor interino de la plaza, para su cumplimiento y ejecución, y el día 14 estaban llenas las bóvedas de La Guaira y Puerto Cabello con más de mil doscientos individuos de todas clases y edades, de modo que en la capital y pueblos inmediatos no se encontraban más que mujeres anegadas en llan-

to por las prisiones de sus maridos, hijos, padres, hermanos y parientes.

No pudiendo la Audiencia desentenderse de los clamores y recursos de más de mil quinientas personas que se hallaban en bóvedas y calabozos, reclamó la observancia de las capitulaciones y del artículo 176 de la Constitución, y Monteverde, con el dictamen de su asesor Oropeza, contestó que su procedimiento lo había impulsado el haberse descubierto una conspiración favorecida y auxiliada por los insurgentes de Santa Fe, a la que pensaba ir a conquistar, siéndole antes necesario limpiar un poco esta tierra, de los hombres que pudiesen aspirar a inquietarla. La Audiencia dió cuenta a la Regencia de la conducta despótica y arbitraria de Monteverde, observando que luego que se instaló le comunicó un acuerdo circular pidiendo la causa de infidencia y que el Capitán General fué el primero que desobedeció la real provisión, sin dejar de prender y soltar a su antojo; que se hallaban reos sin causa y otros cuya providencia se ignoraba; otros que el que los prendió no podía dar razón del motivo de su prisión; reos que no se sabia dónde paraban, ni quién los puso en libertad; otros que tenían causa formada y remitida a la Audiencia y se habían hallado en libertad; otros excarcelados bajo fianza o sin ella, sin saberse la calidad y gravedad de sus delitos; añadiendo, así en éste como en otros informes, que Monteverde y sus adherentes, parecía estaban provocando por todos los medios imaginables la paciencia de los habitantes de Venezuela. La Regencia, que siempre había disimulado o autorizado los excesos del *conquistador*, sólo porque había conquistado a Venezuela, no pudiendo desentenderse de los reclamos de la Audiencia, expidió más adelante una real orden (fecha 18 de mayo de 1813) limitándose a decir a Monteverde que guardase armonía con la Audiencia, sin mezclarse en asuntos judiciales. Recuérdense las providencias arbitrarias de Emparan sobre levas, prisiones y destierros, sus repetidos choques con la Audiencia, el Ayuntamiento y demás cuerpos que

reclamaban la observancia y cumplimiento de las leyes, y compárense a la conducta del conquistador Monteverde, que entró en Caracas hollando las leyes civiles y militares, los usos y costumbres más respetables de un pueblo, tratando vilipendiosamente a la Audiencia, al Ayuntamiento y a las corporaciones y personas más notables, que no deferían a sus tenebrosos y bárbaros designios; y no será aventurado predecir que éste será destruído dentro de un término igual a la duración del gobierno de aquel bajá, aunque con circunstancias más degradantes para su sucesor. Monteverde, en efecto, a fines de este año, tenía en Venezuela 10.000 hombres sobre las armas, había encarcelado la parte más florida y significante de su población, secuestrándole o destrozándole sus bienes, a beneficio de los españoles y canarios que habían auxiliado su levantamiento y sostenían su facción. Agréguese a esto que, aunque con inaudito descaro e insolencia, desconoció, como a su inmediato superior al Gobernador Comandante General Ceballos, éste, sin embargo, habiendo sabido positivamente, que Trujillo y Mérida habían sido ocupados por Geraldino, y Barinas por González, con la noticia de que habían escapado de estos puntos algunos patriotas respetables, y que se dirigían a la Nueva Granada unos por Guasdualito y otros por los Valles de Cúcuta, los que se agregaron a las milicias de Pamplona, y se formó un cuerpo de 600 hombres mal armados, mandó al coronel don Ramón Correa, yerno de Miyares, para que los persiguiese hasta su completa destrucción y, en efecto, los atacó el 13 de junio sobre las alturas del pueblo de San Antonio, y fueron completamente derrotados aquéllos, haciéndoles sobre doscientos prisioneros y tomándoles algunos fusiles, con ocho piezas pequeñas, quedando de resultas de esta escaramuza dueño de los Valles de Cúcuta, y Monteverde en aptitud de invadir el Reino por esta vía, como debía hacerlo Tiscar por Guasdualito. Pronto se verá el resultado de este proyecto, secundado, apoyado y sostenido por españoles enemigos

entre sí, por su desenfrenado amor al mando en el nuevo mundo.

Las prisiones, proscripciones, tiranías y crueldades decretadas y consentidas por Monteverde causaron una desolación en Venezuela, mucho más espantosa que la de los Belzares, pues este caudillo, ligado con vínculos naturales con los habitantes del país y siendo inferior a éstos en el concepto de la metrópoli, los trató con tal felonía, depredación y crueldad sistemática, como tal vez no lo hubiera hecho Alfinger, si hubiera venido a hacer su conquista en el año de 1812. En efecto, los naturales y habitadores de Venezuela, arrastrados del sentimiento que inspira la Naturaleza al hombre aislado o reunido en sociedad, para gozar de su libertad e independencia, informados, más o menos exactamente de las ocurrencias de la península y del estado de toda Europa, creyeron que era llegado el tiempo de ser libres e independientes; hicieron lo que para ello debían y podían hacer, y cuando vieron la inutilidad de sus últimos esfuerzos y sacrificios, se volvieron a la metrópoli y se entregaron los pueblos al jefe que se decía autorizado por ésta, para reunirse fraternalmente, unos voluntariamente y ya desengañados, y otros bajo la capitulación ajustada y ratificada solemnemente por los jefes de los dos partidos beligerantes. Monteverde fué el que infringió el tratado y el que holló las leyes que la naturaleza bruta y la civilizada han reconocido como medio seguro para fiarse un hombre a otro y una nación a otra nación. Los venezolanos que no cayeron en prisión, se vieron obligados, para salvarse de la más atroz perfidia, a ocultarse en los montes, abandonar su nativo suelo, si lo podían lograr con sumas inmensas y refugiarse en países extraños, en que al fin tendrían una muerte menos vilipendiosa. Los pueblos se convencieron de lo que el ilustrado patriota, ciudadano Miguel José Sanz les había anunciado en *El Semanario* de 24 de marzo de 1811, en estas memorables expresiones: "Las protestas o promesas de clemencia y olvido de lo pasado, servirán de emboscadas a los suplicios,

persecuciones y destierros; y en vez de un arco iris que prometa serenidad se formarán espesas nubes preñadas de rayos.... Huid, caraqueños, de los que quieran alucinaros. Son como la culebra que vahea para embobar al hombre, adormecerle y tragárselo".

La experiencia hizo ver que los grandes conocimientos del general Miranda eran especulativos, sin la práctica necesaria, como lo habia advertido Dumouriez en Europa (*) y que fué una gran falta que en vez de emplear al coronel Bolívar en la campaña, lo destinase a servir la Comandancia de Puerto Cabello. Este es el hombre a quien la Providencia tenía destinado para afianzar la independencia, como se verá más adelante, por aquel temple de un alma privilegiada que manifestó en una larga y espantosa lucha, en las circunstancias más críticas y apuradas, señalando todas sus empresas y medidas con rasgos de elevada política y de cualidades guerreras que debían conducirle al templo de la inmortalidad, con una gloria más sólida que la que se atribuyó, en otro tiempo, a los Corteses, Pizarros, etc. Habrá revoluciones y calamidades, pero producirán resultados más favorables a Venezuela, al nuevo y antiguo mundo más provechosas, que las que se experimentaron en esta comarca desde el año de 1749 hasta julio de 1812. "Las revoluciones, dice Mr. de Pons (**), aunque indispensables a grandes intervalos en los grandes Estados, son siempre una calamidad para el pueblo que se compromete en ellas, calamidad que es más o menos pasajera, más o menos terrible, según los que la dirigen son más o menos sabios o ilustrados y según el pueblo tiene un interés más o menos uniforme".

Bolívar, por la interposición del honrado español don Francisco Iturbe, obtuvo pasaporte de Monteverde, y con algunos pocos compañeros llegó a Curazao, con las miras de ir a Europa a servir en el ejército de Welington, mas habiendo sabido que sus bienes se habían

(*) *Memorias de Boumuriez*, tomo 2, pág. 18.
(**) *Viaje a la Parte Oriental de la Tierra Firme*, tomo 1, cap. 3, pág. 234.

secuestrado, las violencias y atentados de Monteverde y que si volvía a Caracas sufriría la misma suerte que los demás que habían abrazado la causa de la independencia, de acuerdo con los otros refugiados en aquella isla determinó trasladarse a Cartagena, en busca de auxilios para libertar a su patria de tan pérfido tirano. A fines del año se hallaban en Cartagena todos los venezolanos que habían podido escaparse del furor de Monteverde y muchos de los franceses que habían tomado parte en la defensa de su causa. Todos ofrecieron sus servicios al Gobierno de Cartagena, que se hallaba en circunstancias bien apuradas, habiendo destinado dos emisarios para que tratasen con el Virrey, que se hallaba en Panamá, de un acomodamiento racional, pacífico, fraternal, porque creía no poder resirtir por mucho tiempo la guerra desoladora que le hacían los españoles de la provincia de Santa Marta, con algunos pueblos de aquélla, seducidos por los mismos.

El 7 de noviembre Mr. Labatut, destinado por el Presidente de Cartagena contra los realistas que tenían casi sitiada la plaza, con 200 milicianos, dos lanchas y otros buques menores atacó las posiciones de Sitio Nuevo, El Palmar y Sitio Viejo que ocupaban aquéllos, tomándolas por asalto. El 18, con 300 hombres tomó también por asalto el punto de El Guáimaro, en donde se apoderó de la artillería, municiones, cuatro bongos armados y una lancha cañonera, por cuyas hazañas el Gobierno le confirió el mando en jefe del Magdalena. Favorecido de la fortuna y apoyado del entusiasmo patriótico que desplegó Cartagena con la llegada de los fugitivos venezolanos, pocos días después Labatut ocupó la capital de la provincia de Santa Marta, después de un choque con los españoles en la Ciénega, abandonando la plaza el Gobernador don José Castillo y los demás empleados, que se embarcaron para Portobelo en algunos buques de guerra y trasportes que había en el puerto.

El coronel Bolívar, en conjunta del doctor Vicente Tejera, Ministro de la Alta Corte de Justicia y del coman-

dante de infantería Miguel Carabaño, a su llegada a Cartagena publicaron por la imprenta las capitulaciones del general Miranda con Monteverde y la conducta felona y atroz de este agente o funcionario del gobierno peninsular, para que jamás diesen ascenso a las promesas falaces y para que por lo ocurrido en Venezuela dedujesen lo que podían esperar de los españoles que miraban a sus descendientes y hermanos, como viles y como víctimas a sus vencidos, no quedando otra tabla de salvación que la victoria o la muerte en el campo del honor. No podían persuadirse los cartageneros de que Monteverde, a quien conocieron allí como teniente de fragata, y como un hombre fanático, imbécil y poltrón, hubiese podido reconquistar a Venezuela, sin mengua y oprobio del concepto que la Nueva Granada tenía formado del patriotismo y valor de los hijos de esa comarca; mas Bolívar publicó una memoria, dirigida a los ciudadanos de la Nueva Granada, en que expone exacta y brevemente las causas que contribuyeron inesperada y simultáneamente al triunfo de Monteverde y a la pérdida de la independencia y libertad, asegurando que en Venezuela había millares de valerosos patriotas que suspiraban por ver aparecer a los que se habían escapado, para sacudir el yugo de los tiranos; y excitando a los gobiernos, para que consultando su propia seguridad, su honor, y dando oídos a los clamores de sus hermanos oprimidos se levantase una fuerza que despejando los Valles de Cúcuta siguiese a Venezuela por La Grita, Mérida, Trujillo, igualmente que por Santa Marta, Riohacha, Maracaibo, debiendo aprovecharse prontamente el estado favorable que presentaba el país, antes que viniesen tropas de Europa y se perdiese la oportunidad de asegurar la suerte de ambos Estados (*).

El gobierno provincial de Cartagena admitió a su servicio a Bolívar en su grado de coronel, y le destinó a la campaña del Magdalena y Santa Marta, que se había

(*) Documento . Nº 9.

confiado, en primeras, a Labatut, y con una corta fuerza que sacó de la plaza, cuya mayor parte era de venezolanos, tomó la Villa de Tenerife, que es la Angostura del Magdalena, y el 24 de diciembre, en una reunión que hizo formar de lo más escogido de la población, sus dos cabildos y todos los empleados y subalternos de la jurisdicción, se celebró un acta en que manifestó los principios que seguía el Gobierno que le había enviado, los que él había adoptado desde que abrazó la causa de la independencia, y, en consecuencia, preguntó a los concurrentes si juraban obediencia y fidelidad al Gobierno de Cartagena; y habiendo respondido todos afirmativamente, fué establecido el Gobierno independiente, popular, representativo, federal. Tocado Labatut de una indiscreta emulación, se quejó al Gobierno de Cartagena, pidiendo que fuese juzgado Bolívar, por haberse batido sin su consentimiento; pero el Presidente Manuel Rodríguez Torices terminó la cuestión, enviando a Bolívar a obrar sobre el Alto Magdalena, y en pocos días, con los auxilios que le proporcionó la patriótica Villa de Mompox, lanzó a los realistas de todos los puntos que ocupaban en el río, en Chiriguaná, el Banco, Tamalameque y Puerto Real, tomándoles cuatro embarcaciones de guerra, la artillería y pertrechos, ocupando en seguida la ciudad y jurisdicción de Ocaña, en donde recibió una orden, fecha 28 de enero de 1813, del Presidente Gobernador de Cartagena, para que auxiliase al Coronel de la Unión Manuel del Castillo, para defender la provincia de Pamplona, previniéndole que las tropas estuvieran a las órdenes y fueran costeadas por el Congreso de la Nueva Granada o por el Gobierno que inmediatamente las empleara y obtuviera el mando el oficial más antiguo.

El coronel don Ramón Correa se hallaba en los Valles de Cúcuta con una fuerza de 1.400 hombres dispuestos a invadir el Reino. Bolívar resolvió atacarlo y habiendo comunicado su designio al coronel Manuel del Castillo, Gobernador Militar de la provincia de Pamplona, emprendió su marcha con 400 mompoxinos y al-

gunos emigrados de Caracas, y forzando los desfiladeros conocidos con el nombre de *Callejones de Ocaña,* puso en fuga las avanzadas de Correa hasta San Cayetano. Su división, reforzada con dos compañías del 5º de la Unión, pasó el río, en las propias embarcaciones que abandonó el enemigo y al siguiente día, domingo de carnestolendas, 28 de febrero, a las nueve de la mañana, se rompió el fuego en los cerritos inmediatos a la Villa de San José, a la sazón en que Correa se hallaba en la iglesia comulgando; trabóse la pelea con mucho ardor y después de cuatro horas de un reñido combate la victoria se decidió por los patriotas, con muy poca pérdida, habiéndose distinguido, sobre todos, el coronel José Félix Ribas. Correa se retiró herido hacia La Grita, diseminándose su tropa por todas partes, y con los prisioneros y muchos que se presentaron después, con sus fusiles, aumentó Bolívar su ejército y siguió en persecución del enemigo; pero habiendo éste escapado, volvió a San Antonio, primer pueblo de Venezuela libertado. Dió parte Bolívar al Presidente de Cartagena, de hallarse libres los Valles de Cúcuta, significándole la fundada esperanza que tenía de que aquella extinguida República sería libertada con igual rapidez que lo habían sido las provincias de Santa Marta y Pamplona, y que para ello sólo esperaba sus órdenes. Con el mismo objeto y para obtener algunos auxilios envió un comisionado cerca del Gobierno General que residía en Tunja, y al coronel José Félix Ribas cerca del Presidente Antonio Nariño, que lo era de la provincia de Cundinamarca. Ni el Congreso ni Nariño tenían los medios suficientes para sostener aquella empresa, por el estado de consunción a que se hallaban reducidos por las discordias civiles. Sin embargo Nariño auxilió la expedición con 100 hombres, y el Congreso concedió a Bolívar el título de *Ciudadano de la Nueva Granada* y el ascenso a Brigadier de la Unión, puso a su disposición el 5º batallón, como base del ejército, con declaración expresa de que para concederle el permiso de internarse en Venezuela, había de sujetarse a estas condiciones: 1ª, que estaría

siempre sujeto al Gobierno de la Unión; 2ª, que no adelantaría sus marchas sin formar un consejo de guerra en que se examinara la posibilidad de la empresa; 3ª, que el ejército sólo tuviera el carácter de *libertador de Venezuela,* cuyo Gobierno seria restablecido en el mismo pie en que se hallaba a la invasión de Monteverde. Nombrósele por segundo al brigadier Joaquín Ricaurte. Poco después fué aumentado el ejército con parte del 4º batallón de la Unión y con muchos venezolanos de las provincias internas que habían emigrado por la vía de Guasdualito a la Nueva Granada. Agregóse, por último, una pequeña columna de 200 hombres, criollos y extranjeros, que en Cartagena había levantado a su costa el ciudadano Antonio Nicolás Briceño, de quien se hablará más adelante con alguna extensión, y la presentó en San José de Cúcuta bajo ciertos pactos y condiciones, siendo una de ellas que podría obrar con caballería por Guasdualito, internándose por San Cristóbal y la montaña de San Camilo; de modo que Bolívar, a mediados de marzo, tenía una fuerza de más de 1.200 hombres y esperanzas fundadas de que se le aumentaría a medida que se internase en Venezuela.

AÑO DE 1813

La conducta atroz que Monteverde observaba y había permitido a sus subalternos en Baragua, San Juan de los Morros, Calabozo y otras partes, hizo conocer a los patriotas que habían escapado de sus garras, que no podían volver a su país, ni gozar de felicidad sino destruyendo al tirano por la fuerza, y restableciendo el Gobierno independiente. Todos resolvieron tomar las armas y contribuir del modo que le fuese posible a formar un ejército. El ciudadano Briceño levantó en Cartagena una compañía de 200 hombres, y en el convenio que firmaron, en 16 de enero, se ofrecían grados, empleos y premios a los que acreditasen haber destruído cierto número de españoles o canarios, que eran los capitales y furiosos enemigos de los patriotas (*). Cuando, en 20 de marzo, se puso a disposición de Bolívar y le entregó las armas que había comprado con su propio peculio, le manifestó el convenio, bajo el cual los enrolados, en la mayor parte extranjeros, entraban al servicio, manifestándole que, aunque en algunas expresiones parecía que iba a hacerse una guerra capital e individual, no era así en realidad, sino que se premiarían las acciones, en razón de lo que cada uno acreditase haber hecho contra aquellos declarados enemigos de los americanos, en el campo de batalla, añadiendo que él creía muy conveniente que se le diese cierta publicidad al convenio, porque era probable que causase en los enemigos una impresión terrorífica que les impulsara a dejar el país o acobardara para las acciones de guerra. Bolívar y Castillo le mani-

(*) Documento Nº 10.

festaron por escrito, en 20 de marzo, no estar del todo conformes, con dos de las proposiciones del convenio, aunque nada se adelantó después.

Habiéndose tenido noticia de que el canario don José Yañes obraba sobre Guasdualito, salió Briceño de Cúcuta a observarle, con el mando de la caballería, y el 7 de abril publicó un bando en la Villa de San Cristóbal, en que anunciaba que el español o canario que no se mostrase activamente decidido por la independencia y libertad de Venezuela, sería considerado como enemigo declarado y proscrito, y, por consiguiente, pasado por las armas, al mismo tiempo que ofrecía la libertad a los esclavos que tomasen servicio, satisfaciéndose a sus dueños su justo valor.

Dos europeos que había en la Villa, aunque de edad avanzada, lejos de intimidarse con el bando de Briceño, trataron de burlarse de él, ya con especies que soltaban entre la gente que estaba habituada a mirarlos como señores, ya con avisos que dirigieron a Yañes, para que viniera a vengarlos, lo que descubierto por Briceño, mandó pasarlos por las armas el día 9, y tuvo la imprudencia de haber remitido a Cúcuta sus cabezas, lo que causó un gran escándalo en esos valles, y en Bolívar y Castillo señales de indignación, de modo que se le mandó juzgar en Consejo de Guerra, de lo que instruído Briceño, juzgó conveniente para aplacar las pasiones, seguir su marcha hacia Guasdualito por la montaña de San Camilo, y habiendo hecho alto en el hato de un tal don Francisco Antonio Fortoul, furioso realista por aspiraciones y goce a nobleza y distinciones locales, dió éste a Yañes una exacta noticia de lo ocurrido en los valles, de las miras de Bolívar, fuerza y designios de Briceño; de modo que cuando éste salió de la montaña, fué sorprendido, atacado y completamente derrotado el 15 de mayo, quedando prisionero con otros oficiales, algunos muertos y muchos dispersos que llevaron a Cúcuta la noticia de este acontecimiento. Conducidos a Barinas los prisioneros, y formado un breve sumario, fueron juz-

gados el 12 de junio por un Consejo de Guerra, compuesto del mayor general don Rafael de la Iglesia, don José Joaquín Nieto, don José Jiménez, don Julián Ontalva, don Manuel Ruiz, don Luis Dato y don Antonio Ruiz; fiscal don José Martí y secretario don Carlos Ortega, que condenó a unos a muerte y a otros a presidio, cuya sentencia aprobó el Comandante General don Antonio Tíscar el 11, y al siguiente día fueron ejecutados Antonio Nicolás Briceño, Pedro Baconet, Antonio Rodrigo, Marcelo Solage, Nicolás Lerreux, Ramón Mena, José Antonio Montes de Oca y Toribio Rodríguez.

A pocos días de haber llegado a Cúcuta el coronel Castillo tuvo contestaciones desagradables con Bolívar, las que comenzaron por un bando que éste publicó, en que se titulaba Comandante en Jefe de las Tropas de Cartagena y de la Unión, observándole aquél que *todas eran tropas de la Unión.* Después hacia cargos a Bolívar de que no ponía orden en la división; que todos los recursos y el botín tomado en Cúcuta se disipaban locamente, y, en fin, que trataba de seguir a libertar a Venezuela, sin las tropas y elementos necesarios, en cuya temeraria empresa iba a sacrificar a los soldados de la Unión, dejando desguarnecida la Nueva Granada. Bolívar decía que Castillo había introducido la discordia, que era un oficial insubordinado, inepto e incapaz de ejecutar nada útil, y que bajo el pretexto de que era preciso obrar con orden y con los elementos necesarios, perdía el tiempo miserablemente. Sin embargo, él cedió en algunas cosas, aunque fué en vano, porque Castillo tenía pretensiones al mando en jefe de la división que trajo de Pamplona a Cúcuta, y como tal obraba en la Villa del Rosario en donde residió.

El coronel Correa se había fortificado en el paso que llaman de la *Angostura de la Grita,* con 1.400 hombres y para desalojarlo destinó Bolívar al coronel Castillo con 800, quien después de largas demoras para preparar su movimiento, se puso al fin en marcha, y en el pueblo de Táriba celebró el consejo de guerra que había preveni-

do el Congreso, haciéndole fuera del territorio de la Nueva Granada, contra lo que él mismo había opinado, y sin la asistencia del general y demás personas que tenían conocimiento del estado de la opinión de los pueblos de Venezuela. El consejo fué de sentir que se representara al Congreso el ser muy peligroso atacar a Venezuela llevando tan pocas fuerzas, y que éstas, sin duda, serían sacrificadas si se avanzaban más allá de Mérida, bajo el mando de Bolívar, cuyas empresas eran temerarias y sin orden alguno, y concluía pidiendo que a la mayor brevedad enviara el Congreso al general Baraya, para que mandase el ejército. Después de este acto continuó Castillo su marcha, con dirección a La Grita, y habiendo tomado sus medidas, atacó a los realistas en sus fuertes posiciones el 13 de abril, Jueves Santo. El combate en su principio fué reñido; pero aterrado Correa abandonó el puesto, con una pérdida considerable, dejando la artillería y dirigiéndose a Betijoque, habiéndose distinguido en esta acción muchos oficiales de la Nueva Granada, entre ellos el sargento mayor del 5º, Francisco de Paula Santander.

Castillo volvió a Cúcuta para dar cuenta de sus operaciones y sosteniéndose en que el ejército no debía adelantar sus marchas; las desavenencias de Castillo con Bolívar, manifiestas desde mucho antes por motivos y miras particulares, tomaron un aspecto más serio y trascendental, pues los oficiales del partido de Castillo opinaban que el ejército no debía internarse por no ser suficiente a destruir las fuerzas que existían en varios puntos de Venezuela, y otros decían que Bolívar estaba de acuerdo con las ideas del Presidente Nariño, que era opuesto al gobierno federal, como lo había manifestado en los papeles que había publicado en Cartagena y en sus conversaciones, y que lejos de restablecer el Gobierno al pie que tenía antes, establecería el que le acomodase. El 5º batallón y la mayor parte de sus oficiales manifestaron de todos modos su inconformidad, para seguir a Venezuela, y lo mismo se notó en algunos del 4º, de lo

que resultó la deserción de muchos soldados, cabos y sargentos de ambos cuerpos y de la compañía de Cundinamarca. Castillo regresó a Tunja, y Bolívar, alentado con las generosas ofertas de otros oficiales, señaladamente el teniente coronel Atanasio Girardot, el capitán Rafael Urdaneta, D'Elhuyar, París, Vélez, Ortega, Ricaurte, Mantilla, Lamprea, Rosa, Serrano, Maza y Tejada, se puso en marcha el 15 de mayo con sólo 500 soldados, quedando en Cúcuta una guarnición del 5º, y el 1º de junio ocupó a Mérida y reforzado considerablemente su pequeño ejército, destinó a Girardot sobre Trujillo, quien siguió para Aguaobispos, en donde alcanzó y derrotó completamente al comandante don Manuel Cañas que, con una columna de 450 hombres, iba en retirada para Carache.

En Mérida publicó Bolívar una proclama manifestando que los verdugos, que se titulaban nuestros enemigos, habían violado el sagrado derecho de las naciones en Quito, La Paz, Méjico, Caracas y, recientemente, en Popayán sacrificando en las mazmorras a nuestros virtuosos hermanos y degollando a los prisioneros, como acababa de hacerse en Barinas, cuyas atrocidades debían vengarse con el exterminio de sus autores, y que debiendo ser nuestro odio a esos monstruos tan justo como implacable, la guerra que se haría en adelante sería a muerte.

El Congreso, a quien Bolívar había dado cuenta de todas las ocurrencias y debates con Castillo, y de su marcha a Venezuela, dió una proclama, en 20 de mayo, manifestando a los venezolanos que las provincias de la Nueva Granada tomaban la parte que les correspondía en sus desgracias y que después de haber arrojado de su seno a los bandidos que la infestaban, enviaba sus armas vencedoras al centro de Venezuela, en retribución de los señalados servicios que había recibido de sus hijos que habían escapado al furor de la tiranía; exhortándoles a que sacrificasen a cuantos se opusiesen a la libertad que había proclamado y jurado defender, con los demás pueblos que habitaban el mundo de Colón.

Arreglado el Gobierno de Mérida, según las circunstancias, siguió Bolívar para Trujillo, no habiendo ocurrido cosa digna de referencia. El coronel José Félix Ribas atacó en Niquitao, el 23 de junio, al comandante José Marti, que mandaba una columna de 800 hombres y se habia situado en este punto, por disposición del comandante general don Antonio Tíscar, con el objeto de cortar a Bolívar sus relaciones con la Nueva Granada.

El triunfo de esta acción, obtenido por 400 hombres dirigidos por la inteligencia y serenidad de Ribas y del mayor general Urdaneta, fué de mucha importancia para la libertad de Venezuela, pues además de 450 prisioneros que se hicieron, con sus armas y municiones, los que quedaron en el campo de batalla muertos y los que huyeron hacia Nutrias y otros puntos, introdujeron tal terror, que cuando Bolívar se dirigió hacia Barinas, desapareció la fuerza de más de 2.600 hombres que allí se habian reunido para invadir la Nueva Granada, tomando la fuga Tíscar, con dirección a Nutrias y dejando en la capital de la provincia abandonadas más de treinta piezas de cañón y muchas armas y pertrechos.

El 15 de junio publicó Bolívar en Trujillo otra proclama, ratificando la declaración de la guerra a muerte, que había hecho en Mérida, contra todos los españoles y canarios que se encontrasen con las armas en la mano, como también contra los que no tomasen una parte activa en la libertad de Venezuela (*). Más adelante, después que se hayan referido los hechos, habrá ocasión más oportuna para hablar de este duro derecho de la guerra. Ahora importa notar aquí que el comandante Girardot fué despachado por Bolívar, de Barinas en persecución de Tíscar y su fuerza, y aunque lo hizo con la mayor actividad y tesón, nunca pudo alcanzarlo, por haberse embarcado en Nutrias, después de haber saqueado este rico pueblo, de donde siguió Apure abajo con su segundo Nieto, abandonando a los ilusos criollos que le ha-

(*) Documento Nº 11.

bian acompañado hasta esta población, libertándole de muchos peligros. El canario Yañes bajó de Guasdualito y se situó en San Fernando. Bolívar nombró Gobernador de la provincia de Barinas y siguió su marcha por Guanare, a San Carlos.

En la parte oriental ocurrieron sucesos que deben referirse ahora. Las tropelías y violencias ejecutadas por orden de Monteverde en los cumaneses, llegaron a noticia de los que se habían refugiado en Trinidad y excitaron su sensibilidad e indignación de tal manera, que juraron libertar a su patria de aquellas fieras o perecer en el campo del honor. El coronel Santiago Mariño, José Francisco Bermúdez, Agustín Armario, José María Hermoso, Manuel Valdés, Manuel Piar, Juan Bautista y Nicolás Cova, Joaquín Vallenilla, José Francisco Azcue, Bernardo Bermúdez, Juan Bautista Videau, José Leonardo Brito Sánchez, José de la Paz Valdés, N. Ochoa, jefes y oficiales del ejército republicano, fueron los primeros que concibieron y emprendieron tan noble empresa. Reunidos cuarenta y cinco patriotas, con sólo seis fusiles, salieron del islote de Chacachacare, con dirección a Güiria, en donde mandaba el alférez de fragata don Juan Gabazzo, quien teniendo aviso de que iba a ser atacado, pidió auxilio al Gobernador, que destinó inmediatamente 100 hombres, de Barcelona a Maturín, mientras que consideró suficiente en la plaza de Güiria la fuerza de 300 hombres que allí había, y nueve cañones de campaña.

En la noche del 13 de enero atacó Mariño el cuartel de Güiria y, a pesar de la desigualdad del número, de las armas, y de los preparativos que habían hecho los satélites del déspota, no pudieron resistir el ímpetu de los que peleaban por la libertad. Un movimiento hecho a propósito llamó la atención de aquéllos a su flanco derecho, mientras que los patriotas cargaron sobre el izquierdo con tal denuedo que a los cinco minutos de combate fueron derrotados y dispersos los realistas, con pérdida de algunos hombres, armas y municiones.

Al siguiente día se incorporaron al ejército libertador como doscientos hombres con algunas armas y se destinó a Maturín una partida a las órdenes del comandante Bernardo Bermúdez, y a su hermano José Francisco con 75 hombres a Irapa, que ocupó el 15, donde fué atacado el mismo día por Cerveris con 400 hombres; pero fué derrotado con la misma celeridad que Gabazzo. La ocupación de Güiria, Irapa y otros puntos no produjo los ventajosos resultados que se esperaban, porque la mayor parte de los habitantes de esta comarca, agobiados con las prisiones, multas y exacciones que habían sufrido, se hallaban tan degradados que ni aún se atrevían a manifestar sus sentimientos y opiniones, por temor de experimentar mayores injusticias, si volvían a caer bajo el Gobierno del Rey.

El Gobernador de Trinidad, Mr. Williams Monro, habiendo sabido que la expedición se organizó, aunque sigilosamente, en la isla dió una proclama, el 16, ordenando la publicación de la ley marcial, con declaración expresa de que todo individuo de cualquier clase y condición que fuese, que en algún tiempo fuera convencido de haber contribuido, en la más mínima parte a aquel proyecto, se le secuestrarían y confiscarían los bienes que tuviese en la isla, con destierro perpetuo de ella y sus adyacentes. Reconvenido el señor Monro, por el Gobernador de Cumaná, sobre la formación y salida de la expedición de Puerto España, contestó en 5 de febrero asegurando que, por su parte, no se habían infringido los principios de neutralidad adoptados por el Gabinete británico, aunque había sabido por noticias particulares que Santiago Mariño y otros vagabundos, con un francés llamado Videau habían salido para Chacachacare, llamado por el lamento de sus parientes y amigos, cuyas personas habían sido presas y embargadas sus propiedades en violación del convenio de San Mateo, añadiendo que a él le parecía, como imposible que una nación que se valuaba a sí misma por su fidelidad en los empeños, pudiese ser acusada por tal violación de la buena fé.

Se ha visto antes que Monteverde exoneró a Ureña y puso en su lugar a Antoñanzas, quien tomó las providencias más prontas y eficaces para acabar con el puñado de insurgentes que habían turbado la tranquilidad de su provincia, sin que pudiese escapar ninguno. 1.500 hombres de buena tropa se pusieron en movimiento en varias direcciones, y trece buques de Barcelona y Cumaná, a las órdenes de don Francisco de Sales Echeverría, pusieron sitio a Güiria, de modo que los patriotas se vieron encerrados y cercados por todas partes, privados de auxilios exteriores y faltos de víveres, en términos que por espacio de seis meses no se alimentaron sino con plátanos y cacao.

El teniente don Antonio Zuazola, más inhumano que Cerveris y discípulo de Antoñanzas, fué destinado por Monteverde, a reforzar a Cumaná, con 300 hombres, contra los patriotas que se habían situado en Maturín, y desde su salida de Cumaná empezó a saquear y quemar las casas y los graneros de los habitadores pacíficos. En los Magueyes derrotó una partida, en la villa de Aragua de Cumaná, distante de Maturín 16 leguas, se encontró con otra que también había salido de aquel punto, la que fué destrozada al momento, retirándose los que escaparon al lugar de donde habían salido y todos los vencidos y prisioneros fueron muertos. Es necesario hacer aquí un breve recuerdo de los hechos atroces de Zuazola, porque este monstruo fué el que descaradamente comenzó en el Oriente la guerra a muerte que Monteverde en Baragua y Antoñanzas en San Juan de los Morros y Calabozo habían practicado sin rebozo. Luego que ocupó la villa publicó un bando ofreciendo indulto y perdón a los que se presentasen, lo que no produjo ningún efecto, porque todos los vecinos espantados con el aparato estrepitoso de la guerra, que jamás habían visto, se retiraron a sus labranzas y al fondo de los bosques. Repitió una y otra vez sus llamamientos y promesas por bandos, toques de alarma y proclamas, ofreciendo a todos seguridad y protección, al mismo tiempo que amenazaba con el exterminio a los

que no se presentasen dentro del término últimamente señalado, de lo que siendo sabedores los refugiados, se determinaron a presentarse y entregarse en los brazos del que tantas veces los había llamado con la voz de un buen padre, a pesar de las advertencias que les habían hecho algunos pocos más avisados, para que no confiasen en aquellas promesas, por los ejemplos que estaban a la vista, de la violación de las capitulaciones.

Un considerable número de labradores y criadores ocurrieron a Aragua; pero todos los que se presentaron sufrieron las especies de castigo, que aquella fiera disfrazada con la forma humana había de antemano concebido, preparado y dispuesto, plan atroz y abominable que en la regeneración política de Venezuela deberá llamarse *el martirio de Zuazola.*

Había dispuesto este nuevo Fálaris un banquillo, en que mandaba a sentar, por cierto orden sucesivo a los presentados, y después de hacerles befa y escarnio, se les cortaban las orejas, que se ponían en manos del paciente, después de cuya operación, seguía el desmembrado a sus verdugos que le conducían a una laguna que se halla inmediata a la población, en la que eran arrojados los miembros de su cuerpo, después de separarlos a golpes de hacha o de machete. Las orejas se remitían en cajones a Cumaná, en donde se recibían con salvas de repiques de campanas, y los catalanes las clavaban en las puertas de sus bodegas y en sus sombreros, como escarapelas. Otros eran unidos espalda con espalda, traspasándoseles el cutis con punzones o clavos y cosiendolos con un látigo de cuero: a estos los desorejaban antes, o en el momento de arrojarlos al lago que era el sepulcro, en donde debían reposar los insurgentes sacrificados a la vindicta española. Otros eran puestos en el cepo, de cabeza o de pies, en donde se les mutilaba una o muchas partes de sus miembros, según su sufrimiento en el suplicio y las órdenes del sacrificador; siendo certísimo que a uno que se resistió a aquella operación, le ataron de pies y manos, le desollaron el pecho hasta el vientre in-

ferior, clavaron el pedazo de cutis, que le arrancaron en la pared que tenía al frente, y manteniéndose aquél impasible y sereno fué al fin conducido a la laguna. Es también evidente que a un jovencito de diez y nueve años que se ofreció a morir por su anciano padre que se hallaba en el cepo, para ser sacrificado, y era la columna de su madre y ocho hermanos de edad más tierna, el execrable Zuazola lo mandó degollar en presencia del viejo padre, para hacer más acerba la muerte de éste, que se ejecutó inmediatamente (*). A otro joven ofreció perdonarle la vida a condición de que no hiciese ningún movimiento al cortarle las orejas; sufrió con admirable entereza la operación, y en seguida mandó pusiesen en sus manos los miembros para que los considerase, entre tanto que le hacía preguntas y reconvenciones irónicas sobre la patria y su gobierno; y aunque sus respuestas eran la mejor prueba de su inocencia, fué destrozado y arrojado al lago. Tampoco escaparon las mujeres del furor del bárbaro, porque las hacía azotar o apalear, y a una que le rogó por su marido le cortó la cabeza, y porque el feto animado que tenía en el vientre se movía le mandó abreviar la muerte a bayonetazos. Las que pudieron escapar a los montes sufrieron el saqueo de sus casas y tala de sus campos y muchas perecieron de hambre y al rigor de la intemperie. Tal es el resumen de los hechos ejecutados en Aragua por Zuazola, soldado distinguido del batallón veterano de Caracas y oficial de Monteverde, por los que se granjeó el renombre de *valeroso y buen español*, y los mismos que celebraban sus compañeros en Cumaná, con públicas fiestas y acciones de gracias al Altísimo, como victorias ganadas contra los enemigos de la Religión y del Rey. La pluma se detiene al estampar semejantes crueldades y la humanidad se estremecerá al oirlas; pero es necesario consignarlas en la historia, para justificar los motivos que tuvieron los venezolanos para aventar de su suelo a unas gentes tan perversas que

(*) Véase un caso semejante en don José de Oviedo y Baños. *Historia de la Conquista de Venezuela*, parte I, lib. 6, cap. 8º

para alucinar a los incautos y colorir sus horrendos crímenes los cubrían con el manto de la religión y su lealtad a un soberano imaginario. Los que duden, o crean abultados los hechos indicados y otros que se referirán más adelante podrán ocurrir a los lugares en que se han ejecutado, en donde hallarán personas que los han visto, oído y presenciado y aún sufrido. Podrán leer a los escritores antiguos sobre las cosas de América, don Fray Bartolomé de las Casas, Gonzalo Fernando de Oviedo, Antonio Herrera, Torquemada, Solís, Remesal, Garcilaso, Oviedo y Baños, Muñoz y otros que, aunque españoles, no pudieron silenciar los excesos y abominaciones de los primeros conquistadores, para que comparándolos con los que cuenta el P. Mier en su historia de la Revolución de Méjico, las memorias de William Davis Robinson sobre la misma, con los escritos que se han publicado en América desde 1810 se vea claramente que los hechos de Monteverde, Cerveris, Zuazola, Antoñanzas, Venegas, Trujillo, Callejas, Cruces, Arredondo, Hevia, Concha, Villasmil, Liñan, Montes, Ruiz de Castilla, Goyeneche, Gainza, Pezuela etc., no son más que la repetición de los ejecutados por Alfinger, Carvajal, Cortés, Bobadilla, Obando, Pizarro, Almagro, etc., etc.

No habiendo ocupado Zuazola a Maturín tan pronto como deseaba, destinó Antoñanzas en el mes de marzo al coronel don Lorenzo Fernández de la Hoz, Gobernador de Barcelona, con una fuerza de 1.500 hombres, para que obrando de acuerdo con aquél, tomasen la plaza sin dilación. Reunidos ambos atacaron a Maturín; pero fueron derrotados por el comandante Manuel Piar, en quien había recaído el mando después de haberse retirado, dejando a La Hoz en posesión del pueblo, y volviendo inmediatamente sobre él, después que se rehizo.

En el mes de abril volvió La Hoz reforzado por el teniente coronel don Remigio Bobadilla y el capuchino Friar, con órdenes de reducir la población a cenizas; pero también fueron rechazados con mayor pérdida que antes siendo herido Bobadilla en una pierna. Conociendo

Piar el empeño de los realistas por ocupar a Maturín, y que pronto volverían con mayores fuerzas, de acuerdo con el comandante de ingenieros José Francisco Azcúe, levantó dos baterías con dos cañones de a ocho y seis, y se reunieron hasta 300 hombres de caballería y 150 de infantería al mando del comandante Andrés Rojas.

Entre tanto, Monteverde no se ocupaba en Caracas sino en secuestrar bienes, descubrir conspiraciones y reducir a prisión a los sospechosos de patriotismo. El 15 de febrero dió una proclama a los habitantes de Caracas, anunciándoles que se había descubierto una horrible conspiración, que iba a envolverlos promiscuamente en las ruinas de las autoridades constituidas y en estragos más espantosos que las desgracias pasadas, y que para salvar la vida y las propiedades de todos había mandado formar una comisión militar apoyándose en la cédula de 29 de noviembre de 1811, expedida por las Cortes Generales y Extraordinarias, por la que se le concedieron las facultades necesarias para salvar la patria del exterminio, consolidar el Gobierno y fijar el orden público hasta su perfecta radicación; y en las reales órdenes que le había comunicado la Regencia, en 27 y 28 de noviembre de 1812, para que obrase en todas las ocurrencias, según lo exigiesen las circunstancias, hasta la perfecta tranquilidad del país.

Los vocales de la Junta fueron el capitán de fragata don Juan Tíscar, el teniente coronel don Lorenzo Ros, don Antonio Bosch y los capitanes Bengoa y La Ginestier, y asesor el doctor Isidro González, con facultad de conocer, sustanciar y decidir la causa consultándole la sentencia. La sumaria formada por el mismo Monteverde se componía de la delación de un pardo nombrado Ricardo Castro que había manifestado que estando en su casa llegó Ildefonso Ramos, pardo, todo asustado, pidiéndole un par de espuelas y otro de pistolas, y diciéndole que a las cuatro de aquella tarde (día 13) se iba a dar el golpe. Produjéronse como testigos al canario don Juan Cabrera, quien declaró que por no haber ocurrido

Ramos a su llamamiento y por haberle visto todo armado le dijo a su paisano Roque que le siguiese hasta asegurarle. Roque Sánchez siguió a Ramos que se metió en un monte donde lo alcanzó, prendió y condujo al Capitán General, quien mandó registrarle y sólo se le hallaron unos papeles de diligencias para casarse en Cagua. El fiscal de la Real Audiencia, manifestó que los delitos de lesa majestad, traición o infidencia correspondían por las leyes comunes a la jurisdicción ordinaria, y a la Audiencia en casos de Corte; que por los posteriores decretos de las Cortes, correspondían al conocimiento de la Audiencia, con exclusión de todo fuero privilegiado, lo que corroboraba la ley de 9 de octubre de 1812, que dejó reducidos a los Virreyes, Capitanes Generales y Gobernadores al puro ejercicio de la jurisdicción militar, bajo cuyos datos y que la Constitución prohibía en el artículo 242 a las Cortes y al Rey mezclarse en las funciones judiciales, era evidente que ni las Cortes, ni la Regencia habían delegado ni podido conferir al Capitán General facultades que no tenían ni podían delegar sin infringir el artículo 247 que disponía que ninguno pudiese ser juzgado en causas civiles y criminales por ninguna comisión, sino por el tribunal competente determinado por la ley; por todo lo que debía extinguirse la comisión y que se remitiese la causa al juzgado ordinario, y así lo acordó la Audiencia, de cuya resolución enterado Monteverde contestó que había tomado aquella medida, porque consideraba la plaza en las actuales circunstancias, en estado de sitio; que obraba en virtud de reales órdenes; que no infringía la Constitución, pues terminando ésta en todos sus ramos a la seguridad y prosperidad de los ciudadanos, y concurriendo él a este saludable objeto y procediendo contra los perturbadores del orden público, con energía y firmeza, se lisonjeaba de que el Supremo Gobierno no reprobaría su conducta, pues ya le había manifestado, que si había publicado la Constitución había sido por un efecto de respeto y obediencia, no porque considerase a la provincia de Venezuela me-

recedora todavía a que participase de los efectos de tan benigno Código. Instruído el fiscal de esta contestación, dijo: que pues Monteverde no consideraba la provincia acreedora a los beneficios de la Constitución, sin embargo de que las Cortes y la Regencia la consideraban muy digna aún antes de la pacificación, era ya inútil hacerle presente que la situación de Caracas no le autorizaba para erigir tribunales que no harían más que los constituídos, ni las órdenes comunicadas por las secretarías del Despacho, en nada alteraban lo dispuesto por la Constitución y leyes, y que no restaba sino dar cuenta al Supremo Gobierno, como así se acordó.

El 13 de marzo publicó por bando y circuló Monteverde una orden del Secretario de la Guerra, de 11 de enero, en que la Regencia aprobaba su conducta y el plan acordado para la pacificación de Venezuela, reducido a que fuesen pasados a cuchillo, por las tropas españolas todos los insurgentes pertinaces en los lugares donde se hiciese resistencia; que donde no hubiese obstinación serían tenidos como criminales y reos de Estado, los que hubiesen admitido empleos y cooperado de cualquiera manera que fuese al sistema revolucionario, y sentenciados a último suplicio, juzgándolos antes breve y sumariamente; que todos los que contribuyeron con dinero o efectos, si justificaban haber sufrido en esto alguna violencia, se les confiscarían las dos terceras partes de sus propiedades, y serían obligados a vivir en otro lugar menos revoltoso, previniendo a los jueces que velasen sobre su conducta.

Habiendo sabido Monteverde que el general Miranda dirigió de las bóvedas de Puerto Cabello, una exposición a la Audiencia, pidiendo el cumplimiento de la capitulación (*) le envió a Puerto Rico, con orden al capitán del buque de arrojarlo al agua, en cualquiera ocurrencia en que pudiera ser libertado por algún corsario insurgente, habiendo antes dicho a la Regencia, que por

(*) Documento Nº 12.

no haberse hallado con suficientes tropas europeas no lo había hecho fusilar.

Aunque la Audiencia había dirigido a la Regencia y a las Cortes varias exposiciones, detallando los excesos y atentados cometidos por Monteverde contra la Constitución y las leyes, y aunque cuando estableció la comisión militar, la misma Audiencia dijo que era lo último que faltaba al trastorno del orden y al imperio de la arbitrariedad; con todo transigió al fin con el déspota arbitrario, a fin de conservar la dependencia de Venezuela a la Metrópoli, y habiendo precedido una comisión para que el Regente interino tratase con el Capitán General y jefe político interino de estas provincias, entre otras cosas, sobre el modo de llevar a efecto la capitulación concluída y firmada en San Mateo, y previas las conferencias que exigía la gravedad de la materia, el Superior Tribunal hizo un acuerdo en 7 de abril, en que se arregló interpretando o eludiendo las mismas leyes, el modo de terminar y concluir las causas de individuos existentes y comprendidos en el territorio de la capitulación, que hubiesen sido procesados por hechos anteriores a ella, puramente relativos a la revolución que había afligido a estas provincias, desde el 19 de abril de 1810, con otras medidas que manifestarán después las apuradas circunstancias en que se decretaron, igualmente que la política falaz y versátil de los peninsulares, pues aunque aparentasen amor al orden, respeto y sumisión a las leyes, para arrogarse el mando absoluto cada uno de ellos, y parezca se contienen y moderan unos a otros: cuando se pone en peligro la subordinación a la madre patria, todos se avienen y se escogitan medios de justificar o disimular los atentados cometidos por sus rivales, porque al fin eran sus paisanos y compatriotas.

La Audiencia de Caracas tuvo iguales choques con Emparan por el mando, y el 19 de abril estuvieron de acuerdo con él y sostuvieron su autoridad cuanto lo permitieron las circunstancias. La Audiencia de Valencia manifestó cierta disposición al gobierno moderado que

adoptaron para sí los peninsulares, restringiéndolo odiosa e injustamente para las Américas; también dió pasos para que Monteverde entrase en su deber, pero es claro que la vanidad y la ambición fueron los móviles de su conducta, porque contaba con la docilidad de un canario estúpido; mas cuando se desengañaron de que él se plegara a sus miras tortuosas, pusieron en movimiento las chicanas del foro, y después de haberlo degradado y envilecido hasta el extremo, intentaron reanimarlo con el acta que se ha indicado, porque tanto por el Oriente como por el Occidente había peligro de perder sus destinos, y Monteverde era el que podía disiparlo, por lo que dispusieron que, aunque había algunos comprendidos en la capitulación, no podían de pronto gozar de la libertad absoluta que les correspondía en virtud de ella, y que debían quedar detenidos hasta que el Capitán General resolviese sobre sus destino.

La derrota de Cerberis, La Hoz y Bobadilla causó algún cuidado a Monteverde; mas creyendo que su nombre solo bastaría a imponer y destruir los pelotones de Mariño, tomó en Caracas 260 soldados de línea que la Regencia había destinado a Santa Marta, a los que agregó algunos de marina y corianos, y el 27 de abril se embarcó en La Guaira, dejando el mando al capitán de fragata don Juan Tíscar, y arribó a Barcelona, llevando a su lado al coronel Fierro y al doctor Gómez. El 6 del propio mes algunos vecinos de la Villa de Espino, en el alto llano, que habían concertado una revolución para restablecer el Gobierno independiente, fueron pasados a cuchillo por Boves y no solamente a los que se tuvo por principales, sino a todos los que se sospechó o presumió adictos a la patria. El 3 de mayo dió Monteverde en Barcelona una proclama ofreciendo a los habitantes y asegurando a su tropa que *con la misma prontitud con que se disipa el humo al impulso del viento, del mismo modo iban a desaparecer los facciosos de Maturín, por el valor y fortaleza de las armas del Rey, que tenía el honor de mandar y conducir a la victoria.* Y que bajo esta confian-

za podían reposar todos los hombres honrados y dignos del nombre español. Púsose en marcha para el pueblo de Santa Rosa, donde recibió oficios de Antoñanzas en que le hacia presente no ser tiempo de atacar a Maturín, asegurándole que si lo verificaba sin combinación ni conocimiento del terreno, quedaría infaliblemente derrotado. Monteverde estimando estas advertencias como efecto de cobardía, mandó a Antoñanzas que se retirase a Cumaná, y sin dar descanso a la tropa, ni esperar que se le reuniese la caballería del Padre Márquez, echó por delante música, víveres, equipajes, caja militar, y el 25 se presentó al frente de Maturín, con más de 2.000 hombres, y con un parlamentario envió una intimación, advirtiendo que si en el término de dos horas no se entregaban y reconocían a su legítimo soberano, serían abandonados al furor irresistible de sus soldados. Inmediatamente se le contestó que el pueblo de Maturín, sus virtuosos moradores y los jefes que los mandaban estaban resueltos y decididos a defender su libertad hasta perder la vida (*). Rompióse luego el fuego, y después de algunos encuentros se decidió la victoria por los republicanos, con gran mengua de los realistas y de su imbécil y jactancioso general, quien dejó en el campo su mezquino equipaje, y escapó al auxilio del fascineroso *Zambo Palomo*, que desde Valencia tenía siempre a su lado, entrando en San Mateo de Barcelona sólo con éste y su privado asesor Gómez, el cual aterrorizado con lo que acababa de ver, se trasladó a la isla de Trinidad, a hacer en este lugar a los patriotas los males que, sin peligro de su existencia, no podía continuar haciéndoles en Venezuela, al lado de Monteverde. El parte oficial (**) da una idea más circunstanciada de esta batalla.

En el equipaje de Monteverde se encontraron algunos papeles que deben tener lugar en la historia, porque contienen hechos importantes que dan una idea del carácter intrigante del conquistador de Venezuela y sus

(*) Documento Nº 13.
(**) Documento Nº 14.

adeptos (*). El día 30 dió parte al interino de la acción de Maturín, y no puede omitirse aquí el siguiente rasgo: "Ataquë, dice, a Maturín, el 25, con una intrepidez asombrosa: se rechazó su caballería por tres veces, pero por último los enemigos arrollaron la nuestra y ambas el cuerpo de reserva, lo que causó una dispersión general, y yo escapé de milagro, y he pasado trabajos que nadie se podrá figurar; pero felizmente lo cuento. El punto de Maturín es de la mayor consideración, no como me lo habían pintado siempre, su situación local es lo más diabólica".

Cuidadoso al mismo tiempo, por las intrigas y manejos que se urdían en Caracas, contra su poder personal, y temiendo que Tíscar aprovechándose de su desgracia le depusiese del mando, como él lo había hecho con Miyares y Ceballos, resolvió inmediatamente regresar a la capital y nombró para el mando del ejército que debía obrar en la parte oriental, al Mariscal de Campo don Juan Manuel Cagigal; pero siendo acometido por todas partes, se puso en fuga para la Guayana, acompañado de Morales y Boves, y hallándose próximo a pasar el Orinoco le manifestó el último sus deseos de permanecer en aquel territorio, para hostilizar a los rebeldes, cuya idea fué aprobada por Cagigal. Poco después reunió Boves algunos llaneros y habiendo atacado, en el sitio de La Corona, cerca de Santa María de Ipire, una partida que allí se hallaba, logró destruirla, degollando a todos los que cayeron en su poder.

Apenas llegó a La Guaira Monteverde, siguió para Caracas, donde entró sin esperársele y al instante separó del mando a Tíscar y lo confió al brigadier Fierro, y acordadas algunas otras medidas, marchó para Valencia, porque sabía que los patriotas habían salido de Barinas con dirección a la provincia de Caracas.

Los ocho patriotas que Monteverde remitió a España, dirigieron a las Cortes, desde la cárcel de Cádiz, una

(*) Documento Nº 15.

exposición reclamando en su favor y, principalmente en el de Venezuela, la observancia del convenio de San Mateo, que pasada a una comisión expuso, con vista de todos los documentos concernientes al asunto, que éste debía observarse y obrar todos sus efectos, como obró inmediatamente la sujeción pacífica y entrega de los pueblos disidentes. Mas en cuanto a la causa, porque fueron enviados, hubo variedad en las opiniones, pues aunque todos convinieron en que a ninguno se podía molestar por las cosas anteriores a la capitulación, por exigirlo la 2ª y la 3ª de las primeras proposiciones concedidas por Monteverde, tres de los miembros opinaron que los papeles e información remitidos por él mismo denotaban ser los ocho individuos culpados posteriormente a la capitulación, y dos juzgaban que la remisión de ellos era sólo providencia gubernativa de precaución, aunque ejecutada de un modo no conveniente ni a las concesiones del convenio ni al derecho de las personas que lo reclamaban. En 5 de mayo fueron trasladados de Cadiz al presidio de Ceuta bajo la más exacta vigilancia, y se ordenó a Monteverde que formalizase judicialmente una información sumaria de los hechos que le obligaron a arrestarlos y mandarlos a la península, evacuando las citas que resultasen, y poniéndola en estado de poderles recibir sus declaraciones y confesiones, acerca de lo que resultase, en punto a la conducta que observaron después de la capitulación.

El ejército libertador de Occidente se dirigía a San Carlos, y el coronel Ribas con una división de 500 hombres, se encontró, el 22 de julio, en el sitio de Los Horcones, inmediato a Barquisimeto, con el comandante don Francisco Oberto, que mandaba una fuerza más que triple, y fué destruída después de un reñido combate. A los dos días supo esta derrota el teniente coronel don Julián Izquierdo, que se hallaba en San Carlos con una división y se replegó a Valencia, por no experimentar la misma suerte; mas en El Tinaquillo recibió orden de Monteverde para que volviese a ocupar a San Carlos, la que

rehusó cumplir por las noticias que había recibido, de hallarse los patriotas en esa Villa.

El 28 ocupó Bolívar a San Carlos, habiendo derrotado 6.000 realistas en Mérida, Trujillo, Carache, Niquitao, Barinas y Horcones, y publicó una proclama en que por última vez convidaba a los españoles y canarios, a gozar de todas las ventajas que les ofrecían el país y su Gobierno independiente, siempre que prefiriesen la causa de la libertad a la de la tiranía, en cuyo caso no sólo serían perdonados, sino que disfrutarían de sus bienes y sus empleos. Púsose después en marcha con un ejército de 2.500 hombres de todas armas, y el 31, se encontró en el sitio de Los Taguanes, a inmediaciones del pueblo de Tinaquillo, con Izquierdo a la cabeza de 2.800, cuya mayor parte era infantería escogida. Trabóse la pelea con mucho ardor de una y otra parte, mas habiendo desplegado en aquellas sabanas la caballería republicana una movilidad y arrojo inesperados, la de los realistas tomó la fuga, y su infantería fué envuelta y destrozada, quedando en el campo sobre 700 muertos entre éstos el comandante Izquierdo, armas, municiones, caja militar, etc.

Monteverde había dado sus disposiciones para ponerse a la cabeza del ejército, el día 30; pero cerciorado de lo ocurrido en Los Horcones y Taguanes abandonó la plaza de Valencia, en la noche del 1º de agosto, retirándose a Puerto Cabello con 250 hombres de infantería y algunos de caballería, siendo tan precipitada su fuga que dejó hasta su despacho de capitán de navío, expedido en Cádiz a 24 de junio de 1812, habiéndole participado por una carta particular al interino Fierro lo ocurrido, para que si le parecía se pusiese en el mejor estado de defensa, porque los enemigos debían marchar inmediatamente sobre la capital.

El 2 entró Bolívar en Valencia y mandó pasar por las armas a algunos españoles asesinos y feroces, marcados con horrendas maldades, que daban a entender que se habían resuelto a esperarle para burlarse de sus amena-

zas, o para asesinarle en la primera coyuntura que se presentase. Aquí encontró cañones, fusiles, considerable cantidad de municiones de boca y guerra, caballos, ganados e intereses de muchos leales que no creyeron jamás en la resurrección de los patriotas. Habiendo acordado las medidas convenientes para la seguridad de esta plaza y continuación de la guerra, siguió para Caracas, en donde el Capitán General interino, brigadier Fierro, y los miembros de una junta que formó para tratar con el General en Jefe o Comandantes Generales del ejército independiente, para la que fueron nombrados el Marqués de Casa León, don José Vicente Galguera, don Felipe Paúl, presbítero don Marcos Ribas y don Francisco Iturbe, los cuales encontraron en La Victoria a Bolívar, quien aceptó y ratificó, por su parte, una capitulación honrosa, por consideraciones debidas a la humanidad, siempre que ellas lo fuesen del mismo modo aprobadas y ratificadas por Monteverde (*). El brigadier Fierro, las tropas y casi todos los empleados españoles evacuaron a Caracas, el día 4, luego que supieron la fuga de Monteverde, dejando de Gobernador al ciudadano Francisco Antonio Paúl, y se embarcaron en La Guaira precipitadamente, tomando unos para Puerto Cabello, otros para Curazao u otras colonias neutrales. La capital se vió en completa anarquía, y aunque aparecieron como por encanto los patriotas que estaban ocultos en los escombros de la ciudad y en los montes y cavernas, ninguno manifestó deseos de venganza contra los autores de sus padecimientos que tenían en su poder, porque no les fué posible emigrar, sin que después se hubiese oído reclamos en razón de pérdida de sus intereses. Lo mismo sucedió en La Guaira, donde el 26 de julio hubo una reacción intentada por ciertos jóvenes patriotas que tuvieron noticias de los triunfos obtenidos por sus compañeros en Oriente y Occidente; y aunque sus principales autores fueron destrozados y vilmente asesinados por los españoles, los que

(*) Documento Nº 16.

escaparon y obtuvieron su libertad con la entrada de Bolívar, ninguna venganza ejecutaron ni pidieron contra los asesinos.

Bolívar entró en Caracas el día 7 y fué recibido con el mayor júbilo y esplendor, aclamándolo los patriotas como *Libertador de la Patria*, y los mismos traidores como el *amigo de la humanidad*. Al siguiente día publicó una proclama en que manifestaba el objeto de su misión, el renacimiento de la República, bajo los auspicios del Congreso de la Nueva Granada, expresando que él no venía a dar leyes, sino a restablecer las extinguidas por la irrupción de los bárbaros (*). Invitó al mismo tiempo a las personas notables, padres de familia, propietarios, sabios y hombres virtuosos, para que, reunidos en una junta, discutiesen y acordasen el plan o sistema de gobierno que conviniese al país, y los funcionarios que deberían ejercerlo en las críticas circunstancias en que se hallaban, protestando como Libertador de Venezuela que no aceptaría autoridad ni mando alguno que no fuese el de conducir los soldados al peligro hasta haber salvado la Patria.

Nombró asimismo al doctor Felipe Fermín Paúl, don Francisco González Linares, don Gerardo Patrullo, presbítero don Salvador García Ortega y don Nicolás Peña, para que fueran a Puerto Cabello, a fin de que Monteverde ratificase las capitulaciones propuestas por Fierro, aprobadas en La Victoria; y por una proclama ofrecía perdón y seguridad a cuantos el Gobierno español había abandonado a merced de los vencedores, siempre que los restos acogidos en Puerto Cabello, a quienes se extendía también la gracia, no hiciesen resistencia, pues si la había, su obstinación labraría la ruina de todos, para que sirviese de saludable escarmiento. Monteverde con-

(*) El 8 de mayo el Congreso de la Nueva Granada, queriendo tener un influjo directo en la campaña de Venezuela, al mando del Brigadier de la Unión Simón Bolívar, nombró una comisión con el objeto de dirigir las operaciones militares, y de hacer en el territorio libertado los arreglos políticos que fueran necesarios; y los sujetos que la compusieron fueron el doctor Frutos, Joaquín Gutiérrez de Caviedes, miembro del Congreso y presidente de ella, el Canónigo de Mérida doctor Luis Ignacio Mendoza y el coronel Antonio Villavicencio, los que se establecieron en el Rosario de Cúcuta, cuando Bolívar estaba en Mérida.

testó a los comisionados que ni don Manuel Fierro, ni el Cabildo de Caracas tenían facultad para enviar misiones de capitulación, ni otras que eran privativas del Capitán General, por lo que jamás podía convenir en unas proposiciones impropias del carácter y espíritu de la nación grande y generosa de que tenía el honor de depender; de cuya regla fué el primer transgresor el propio Monteverde, que aprobó y ratificó las capitulaciones sin conocimiento y aún contra las órdenes del Capitán General Miyares, que se hallaba en Puerto Cabello.

Para fomento de la población, agricultura e industria, publicó Bolívar una proclama que circuló en las colonias, por la que invitaba a los extranjeros, de cualquier nación que fuesen, para que viniesen a establecerse en Venezuela, bajo la inmediata protección del Gobierno, a gozar de las ventajas que ofrecía la feracidad de su suelo, la benignidad de su clima y de su prudente administración que garantizaba a todos la seguridad individual y el sagrado derecho de propiedad, concediendo el de ciudadano a cualquier extranjero que militase bajo las banderas de la República, con las demás preeminencias de que gozaban los hijos del país. El orden fué restablecido en menos tiempo del que debía esperarse por el estado de anarquía en que quedó la capital en los primeros días de este mes. El Arzobispo, por sí y por su clero secular y regular, dirigió una congratulación al Congreso de la Nueva Granada, por haberse restablecido felizmente el Gobierno independiente, con la entrada del General Bolívar a Caracas, suplicándole se dignase recibir estas iglesias y sus ministros bajo su amparo y protección.

Deseoso Bolívar de restablecer el Gobierno de Venezuela sobre las bases de la libertad política y civil, y darle el vigor y nervio necesarios para sostener y adelantar la guerra, consultó al ciudadano Francisco Javier Ustáriz y otros sujetos de saber y patriotismo, para que le manifestasen su concepto sobre la forma de gobierno que debería adoptarse, atendidas las críticas circunstancias

en que se hallaba el país. Convinieron todos en que no era ni posible ni prudente restablecer el sistema federal, sino que debía adoptarse y establecerse un gobierno provisorio, a cuya dirección y manejo estaba, naturalmente, llamado el mismo Bolívar.

Los principios cardinales de este gobierno se contraían a que el Supremo Poder Legislativo residiría en el General en Jefe del Ejército Libertador, sin otras restricciones que las que proviniesen del Congreso de la Nueva Granada, su comitente hasta la paz. Que la primera ley, el objeto preferente, más recomendable y urgente que debía ocupar toda la atención del General en Jefe era la seguridad del país, es decir, la entera y completa expulsión de los enemigos que pretendían subyugarlo por diferentes puntos de su territorio. Que el Poder Ejecutivo residiese en el General en Jefe, bajo las mismas restricciones, con especialidad en todo lo tocante a la fuerza armada de tierra y mar. Que para que los negocios de justicia tuviesen la expedición posible, en las actuales circunstancias, se estableciese un Tribunal Supremo de Justicia en la capital, compuesto de tres letrados, al que se llevarían en apelación los negocios contenciosos de que conocían los tribunales de primera instancia de la provincia de Caracas y de las otras del departamento de Venezuela.

En cuanto a los demás ramos de la administración, así en lo gubernativo como en lo económico y de policía, estarían éstos a cargo de sus respectivos magistrados, bajo la dependencia del General en Jefe. Que los asuntos contenciosos, civiles o criminales, de la jurisdicción ordinaria, del ejército y rentas nacionales, se dejase a cargo de sus respectivos jueces o tribunales, con entera independencia de otro poder que el de las leyes establecidas o que se establecieren en adelante. Que en cada provincia de las de Venezuela habría un Gobernador político y otro militar para la administración y despacho de los negocios pertenecientes a sus respectivos objetos. Que los Gobernadores políticos de las provincias,

exceptuando el de Caracas, serían jefes de la hacienda nacional de su provincia, con dependencia del Director y Superintendente General de las rentas del Estado, que residiría en Caracas. Que el gobierno militar de la provincia de Caracas residiría en el General en Jefe, cuando se hallase en la capital, y cuando saliese a expediciones, recaería en la persona que él nombrase, o en el oficial americano de mayor graduación, que a su salida estuviese empleado en la misma capital. Que para la mayor celeridad en el despacho de los asuntos gubernativos, y que se facilitase con prontitud el acopio de abastos, bagajes y demás cosas necesarias a los ejércitos, en los pueblos por donde hubieren de transitar durante la guerra, cada provincia se dividiría en grandes corregimientos, cada uno a cargo y dirección de un jefe corregidor, del que dependerían los demás corregidores del partido en lo gubernativo, como cada jefe corregidor. del gobierno superior político de la provincia. Que serían jefes corregidores en la provincia de Caracas todos los de las ciudades y villas actuales, para sus respectivos partidos capitulares, con algunas excepciones. Que en las provincias se proporcionaría esta división por los Gobernadores políticos de ellas, de acuerdo con el militar y con el Cabildo de la capital. Que en lo contencioso ordinario, civil y criminal, todos los corregidores, jefes o subalternos, continuasen ejerciendo las mismas funciones judiciales de primera instancia, que habían acostumbrado antes en sus respectivas jurisdicciones y las demás que no se coartaban por esta organización. Que los cabildos continuasen bajo el mismo pie en que se hallaban antes, mandándose restablecer y reintegrar en sus funciones municipales a los que las ejercían al tiempo de la entrada de Monteverde, reemplazándose los que faltasen conforme a la práctica seguida en el sistema republicano. Que la dirección de las rentas nacionales estaría a cargo de un Magistrado Supremo, cuyas facultades se extenderían a todas las provincias, en lo gubernativo, económico, contencioso y criminal, en la misma forma que lo eran los antiguos in-

tendentes y los directores de la renta del tabaco, debiendo ser este Magistrado persona distinta del Secretario de Hacienda. Que sería muy conveniente para el más pronto curso de los negocios, que se estableciese un Consejo, al que podría consultar el General en Jefe, en las materias de gravedad e importancia, sin ser preciso que esta corporación fuese permanente y costosa al Estado, bastando que eventualmente se reuniese, cuando ocurriera motivo para ello, pudiendo variarse sus miembros, aumentarse o suprimirse, según fuesen los asuntos de guerra, marina, rentas, comercio, etc., que hayan de tratarse, y personas inteligentes que hayan de dar su opinión, sin estar obligado el General a seguirla. Finalmente se exponía la necesidad de buscar la unión con la Nueva Granada conforme al voto y deseos del Congreso de Venezuela, manifestados explícitamente en la Constitución federal publicada en 1811.

Este plan de gobierno fué adoptado con las modificaciones que demandaban las circunstancias del tiempo, y Bolívar lo participó al Congreso de la Nueva Granada, que al concederle permiso y auxilios para que se internase en Venezuela, fué entre otras condiciones, que su gobierno sería restablecido en el mismo pie en que se hallaba a la invasión de Monteverde. Después se verá que circunstancias más apuradas determinaron al pueblo de Caracas a poner en manos de Bolívar la palma de la Dictadura.

La denegación de Monteverde a ratificar la capitulación fué la señal de alarma que debía encender una guerra de devastación y exterminio. El 26 la gente de color, libres y esclavos, de los valles al sur de Caracas, alucinados y acaudillados por los españoles y canarios que habían sido por su hipocresía tratados con la indulgencia que ciertamente no merecían, se conjuraron contra el Gobierno, y proclamando a Fernando VII, reunidos en masa invadieron los pueblos de Santa Lucía, Santa Teresa y Yare, cometiendo en ellos, principalmente en el último, robos, homicidios, violencias y tales abominacio-

nes, que la memoria se estremece al recordarlas y la pluma rehusa describirlas en sus pormenores. Destinóse para destruirlos al comandante José Francisco Montilla y poco después, al comandante Campo Elias, con una división respetable, que habiendo (recorrido) los pueblos sublevados, aprehendió y ejecutó a muchos de los cabecillas y principales, y los restantes fugaron a los montes para volver después, con más furor, a continuar sus depredaciones, muertes, sacrilegios, etc.

La tenacidad de Monteverde y la actitud hostil que afectó, obligaron a Bolívar a establecer un sitio formal contra la plaza de Puerto Cabello, que se adoptó y sostuvo con entusiasmo, de modo que el 31 de este mes los patriotas tomaron por sorpresa el fuerte nombrado Mirador de Solano, del que era comandante Zuazola, aquella bestia feroz de quien se ha dado alguna idea más arriba, que con otros pocos escapó al abrigo de la oscuridad de la noche. Dos dias después fueron hechos prisioneros y conducido Zuazola a presencia de Bolivar, postrado en tierra le suplicó humildemente que lo canjease con el coronel Diego Jalón, que estaba preso en las bóvedas del castillo, en lo que convino Bolívar, y hecha la propuesta contestó el bravo y filantrópico Monteverde, que hallándose horrorizado de las crueldades cometidas contra los europeos por don Simón Bolívar, se veia en la dura necesidad de valerse de la recíproca, y que había resuelto que por cada uno que en lo sucesivo fuese sacrificado entre los republicanos, lo haría él con dos de los que tenía en prisiones, y que de ningún modo podía acceder a dar a Jalón por Zuazola; en vista de lo que fué condenado este insigne sanguinario a morir en una horca, puesta al frente de la plaza, y así se verificó al día siguiente, siendo de advertir que en el acto de la ejecución, cuando vió que su suerte estaba decidida, desplegó el orgullo propio del español, y el furor, rabia y ferocidad que había ejercido impunemente con las inocentes víctimas de los pueblos de la provincia de Cumaná.

Los sucesos que ocurrieron en esta parte de Venezuela, después de la acción de Maturín, fueron siempre favorables a la independencia y libertad. Mariño fué reconocido como primer jefe en lo político, civil y militar, y en uso de esta autoridad, mandó reunir las partidas que obraban en varios puntos para marchar sobre Cumaná, en cuyas circunstancias se tuvo noticia de que los habitantes de Margarita, cansados de las vejaciones y crueldades del Gobernador don Pascual Martínez, aquel gigante de los tiranos, digno esbirro de Monteverde, levantaron el grito, y acaudillados por el joven José Rafael Guevara, se dirigieron contra el déspota y sus secuaces, que se refugiaron en el castillo de Pampatar, y después de tres días de asedio se rindieron, implorando la clemencia de los que tenían y habían tratado como bestias feroces. Enarbolóse el pabellón republicano y fué nombrado Gobernador de la isla el coronel Juan Bautista Arismendi, que se hallaba preso en el Castillo, quien, informado de lo ocurrido en Güiria, despachó un comisionado al General de Oriente, participando la resolución de los margariteños y su disposición a contribuir, en todo lo posible, a la destrucción del enemigo común. Mariño recibió esta noticia en Guanaguana, y manifestó al Gobernador la falta de armas que experimentaba para obrar tan pronto como se requería sobre Cumaná, en cuyo concepto le envió Arismendi una gran parte del armamento que había en la isla, y después un montaje de cañón de a diez y ocho, con su correspondiente dotación, y al mismo tiempo se armaron tres goletas y otros buques menores, hasta el completo de catorce, que se destinaron a destruir la fuerza realista que había en Güiria y bloquear a Cumaná, bajo las órdenes del comandante José Bianchi. Cuando los margariteños supieron las atrocidades cometidas por los españoles en la tierra firme y la guerra a muerte que hacían, pasaron por las armas a Martínez y veintiocho más de sus cómplices y secuaces.

El ejército libertador de Oriente había triunfado de los realistas en diez acciones, entre Güiria y Maturín, y

con los auxilios que había enviado Arismendi, emprendió su marcha hacia la capital, puso el cuartel general en Capuchinos y se estableció un bloqueo por tierra y mar (*). El 31 de julio dirigió Mariño una intimación al Gobernador Antoñanzas, para que entregase la plaza dentro del término de dos horas, y en no verificándolo haría uso de la fuerza y pasaría a cuchillo a toda la guarnición, a la que contestó el jefe español, que no le intimidaban aparentes amenazas, y que él y todo su pueblo se hallaban resueltos a imitar a Sagunto, reduciendo antes de rendirse a cenizas cuanto existiese. La intimación causó tal terror en Antoñanzas, en los frenéticos catalanes y en los criollos leales, que desde que se recibió no pensaron ni trataron de otra cosa que trasladarse a las embarcaciones que tenían en el puerto, estando todos ellos muy distantes de seguir los ejemplos de Numancia y Sagunto, así es que se retiraron precipitadamente a la boca del río, nombrando Antoñanzas al sargento mayor don Juan Nepomuceno Quero, para que se hiciese cargo de la plaza, arreglase las cosas del modo que le pareciese y entretuviese a los patriotas mientras él iba en busca de auxilios. Había Monteverde nombrado a Quero como criollo y ligado con algunas familias de Margarita, para que tomase el mando de la isla, y aplacase la cólera del pueblo, excitada por las atrocidades de Martínez; pero habiendo sido despreciados los buenos servicios que ofrecía en un oficio que envió de Punta Araya, hubo de trasladarse a Cumaná, a esperar mejor ocasión para hacer respetar las órdenes de su amo. No dejó de conocer lo crítico de la posición en que lo puso Antoñanzas; pero deseando acreditarse cada día más, en la lealtad a su Rey, aceptó la comisión, concibió que el mejor modo de salir de su aprieto era proponer un tratado de capitulación, y con tal objeto nombró a don José Antonio Or-

(*) Allí se presentaron a Mariño los ciudadanos Antonio José de Sucre y sus hermanos Gerónimo, Pedro y Francisco Sucre y el joven Francisco Mejía, que fueron recibidos por aquel jefe con demostraciones de contento y colocados en el ejército los tres primeros y los dos últimos en el Estado Mayor General por ser muy jóvenes.

tegoso, español, relacionado con las principales familias de Cumaná, quien instruido de su comisión, pasó al cuartel general, previas las formalidades del derecho de la guerra, propuso ciertos artículos que fueron modificados y al fin concedidos, con tal de que fuesen aceptados y ratificados dentro del término de dos horas. Mas apenas salió del cuartel general el comisionado, supo Mariño que el interino Quero, los jefes, oficiales y tropa que guarnecían la plaza, la desampararon después de haber saqueado algunas casas de la ciudad, botando la pólvora, clavado los cañones, roto los fusiles y destruido todo lo que no pudieron llevar consigo, por lo que se puso en movimiento el ejército sitiador, haciéndose a los fugitivos un vivo fuego, con un cañón que se montó, de cuyas resultas fueron heridos algunos, entre ellos el Gobernador Antoñanzas, y muerto el catalán don Agustín Coll, antes de salir del puerto.

No habiéndose ratificado por el Gobernador de la plaza las proposiciones hechas por el mismo y sus contestaciones, pudo el ejército sitiador usar del derecho de guerra que permite el de gentes; con todo entró la misma noche en la ciudad con el mejor orden y ocupó la plaza, sin causar violencia ni extorsión a persona alguna.

La escuadrilla al mando de Bianchi persiguió a los realistas con una viveza y tesón que no es fácil describir en pocas líneas. Ninguno de los buques de estos manifestó disposición a otra cosa que a huir; mas cuando fueron atacados pelearon vigorosamente. La goleta de tres palos nombrada "Fernando VII", en que iba Antoñanzas, fué la primera que tomó la fuga y aunque se la persiguió, haciéndosele continuo fuego, logró, al fin, escaparse, por ser de marcha superior. Con los demás buques se trabó un horroroso combate, en el que de todos modos fueron víctimas los criollos que iban en ellos, por seguir a los españoles, pues durante la acción no se les dió una gota de agua, para refrescar el calor de la bodega que se aumentaba sucesivamente, en términos que murieron sufocados en un solo buque veintiocho personas, la mayor

parte mujeres y niños. De los que estaban sobre cubierta, murieron más de ciento, siendo uno de estos don Francisco Javier Flores. Algunos se arrojaron al agua, por no ser prisioneros, y todos llegaron a considerar la muerte, en aquel conflicto, como un bien. Antoñanzas recaló a Curazao, en donde murió, poco después, de resultas de la herida que recibió al salir del puerto, de la astilla que sacó a su buque una bala del cañón que mandaba el español A. Tánago, pasado en este año a los patriotas, después de haberse pasado en el anterior a Monteverde, en el pueblo de Los Guayos. A los dos días volvió Bianchi al puerto, con casi todas las embarcaciones que salieron de él, a excepción de las goletas "Fernando VII", "Los Dos Amigos" y el buque armado de Félix Sánchez.

Al evacuar la plaza intentaron los catalanes degollar a los patriotas que estaban presos en las bóvedas del castillo de San Antonio, lo que no ejecutaron por la mediación y ruegos del Prefecto de Capuchinos Fray Francisco de Aliaga, siendo constante que todo el día anterior estuvieron privados del alimento necesario y sólo se les dió agua con pólvora, permaneciendo encerrados en los calabozos, por haberse llevado las llaves los fugitivos, y de donde salieron porque el Vicario eclesiástico mandó descerrajar las puertas. Entre estos presos se hallaba el capuchino Fray Ramón de Calanda, cura y vicario de Maturín, perseguido cruelmente como patriota, por sus mismos cohermanos y paisanos.

No pudieron escapar con sus compañeros algunos catalanes y criollos desnaturalizados, entre éstos don Antonio Mayz, Gaspar Miguel Salaverria, Pedro Flores y Juan Chaves que fueron aprehendidos y conducidos a la ciudad, con algunos otros que no pudieron embarcarse, y convencidos muchos de ellos, por un proceso verbal, de la felonia con que obraron, antes y en los momentos de la capitulación que jamás pensaron concluir ni cumplir, y de muchas atrocidades ejecutadas en ciertas personas, sólo porque las reputaban de patriotas, por resolu-

ción del General en Jefe del ejército libertador, fueron pasados por las armas cuarentisiete europeos.

Habiéndose mantenido Cerberis en el pueblo de Yaguaraparo, y cuando supo la rendición de la capital, se embarcó para Guayana, en la escuadrilla que se hallaba en el Golfo de Paria, al mando de don Francisco Sales Echeverría, disponiendo antes se diese muerte al ciudadano Bernardo Bermúdez, que se hallaba en cama, gravemente herido, a causa de que habiendo sido hecho prisionero y mandado fusilar, se le perdonó la vida, por no haber muerto en la primera descarga, rindiéndola al hierro de los asesinos de Cerberis. Tan feroz atentado hirió la sensibilidad del comandante José Francisco Bermúdez, hermano de aquél, en términos que habiendo salido de Irapa para Cumaná, usó de represalias en todos los españoles que encontró en Río Caribe, Cariaco, Carúpano y la capital ejecutando actos que estremecen la humanidad de que fueron causantes el feroz Cerberis y sus compañeros (*).

El comandante Piar, segundo jefe del ejército de Oriente, marchó sobre San Mateo, donde se hallaba el general Cagigal, a libertar la provincia de Barcelona, como lo estaba la de Cumaná, lo que no pudo verificarse tan pronto como se había creído. En este estado recibió Mariño una comunicación del comandante de La Guaira, Leandro Palacios, fecha en 8 de agosto, en que le participaba la ocupación de Caracas y de la mayor parte de la provincia, por el ejército libertador a las órdenes del general Bolívar, indicando las medidas que creía conveniente adoptar para la entera libertad de Venezuela.

(*) Cerberis fué nombrado Teniente de una compañía compuesta de los presidiarios de Cádiz que se enviaron a Venezuela y destinado por Monteverde, para jefe de la vanguardia de su ejército, se distinguió con toda su gente en el saqueo de los pueblos. Siendo Comandante de La Guaira se apoderó de los presos en las bóvedas. Comisionado a Cumaná, cometió muchas rapacidades e injusticias. Situado en Yaguaraparo hizo eterna la memoria de un árbol nombrado por excelencia el *Totumo*, donde amarraba y azotaba a todos los que recalaban allí, huyendo de los patriotas que habían ocupado a Güiria. Incorporado en el ejército del general Morillo, cometió en la Nueva Granada tales hurtos y maldades que el Pacificador tuvo que prenderlo y encausarlo.

Mariño envió a Bolívar una diputación que le felicitase por sus victorias, le manifestase las operaciones que se había propuesto seguir, invitándole al mismo tiempo a entablar una comunicación armoniosa y estrecha, que cerrando las puertas a la maligna emulación, al orgullo y la ambición, asegurase los vínculos que por el bien común debían formar, para que caminando conformes, en las ulteriores operaciones, se consiguiese el entero rescate de estas provincias, el establecimiento de un gobierno enérgico y duradero y el perpetuo destierro de la tiranía gótica y sus ministros.

En seguida marcharon para Barcelona por tierra y agua 1.500 hombres de infantería y caballería, y desembarcada la tropa en la playa, se presentaron como 500 realistas, dando a entender que deseaban combatir. Trabóse, en efecto, la pelea con bastante ardor y después de dos horas de tiroteos en que no hubo pérdida considerable por ninguna de las dos partes, se retiraron aquellos a la plaza mayor y reunidos con otra poca tropa que allí se hallaba emprendieron la más precipitada fuga al interior, en donde se reforzaron con algunas partidas sueltas que vagaban en la provincia.

Apoderado Mariño de la ciudad, el 19 de agosto, trató de organizar en el modo posible los principales y más importantes ramos de la administración, atajando con providencias oportunas el espantoso y premeditado desorden en que la habían dejado los españoles. Verdad es que no se experimentó aquí la tenacidad, felonía y abominaciones que en Cumaná, y así es que fueron tratados con sobrada indulgencia, aún aquellos que por crímenes anteriores y notorios merecían la muerte y sólo fueron destinados a sufrirla veintitrés individuos cuya vida se la habría quitado el mismo pueblo si hubieran conseguido el perdón del vencedor. El fraile Márquez y Arias Reina fueron del número de aquellos.

Margarita después de haberse libertado del despotismo de Martínez, fué agitada de partidos y se vió expuesta a ser la presa de la anarquía. Para ocurrir a tan

funesto mal, los principales sujetos invitaron a Mariño para que se hiciese cargo del gobierno, pero éste se excusó por evitar la nota de ambicioso. Instáronle repetidas veces y reflexionando que este era el único medio de sufocar los partidos y el más eficaz para ligar los intereses de las tres provincias, pasó a la isla, donde, generalmente, fué recibido con demostraciones de benevolencia, gratitud y respeto, y reconocido como General y Jefe Supremo de Oriente.

El gobierno que se estableció en las tres provincias fué el militar, residiendo el mando supremo en el General en Jefe que debía consultar en los negocios de gravedad, con un consejo privado, confiándose una parte de la administración civil y de la policía a los alcaldes y municipalidades, cuyo régimen debía observarse hasta que concluida la guerra de Venezuela, los jefes de Occidente y de Oriente, con presencia del estado del país, costumbres, genio y carácter de sus habitantes, leyes que regían y males que habían sufrido, adoptasen la forma de gobierno más propia para asegurar la independencia y libertad de Venezuela y hacer felices a sus habitadores. Bajo este régimen marchaban las tres provincias, gozando los ciudadanos de su libertad, propiedades y seguridad, sin temor de ser turbados en la posesión de estos bienes porque los enemigos habían sido vencidos. Pero el 20 de septiembre se descubrió una horrible conspiración tramada por algunos europeos y criollos, a quienes se había perdonado por economizar la efusión de sangre; su objeto era asesinar a todos los gobernantes y restablecer la dominación española. Lo atrevido de la empresa, la experiencia de que ni los beneficios recibidos, ni los triunfos y prestigio del ejército libertador, ni el temor de penas moderadas podrían contener a unos hombres tan perversos, recordaron la máxima de que la salud de la patria era la primera ley, y que la existencia de ésta era incompatible con la vida de hombres tan pérfidos e ingratos: sesenta y nueve de ellos expiaron sus crímenes en el patíbulo.

Es importante notar que casi todos los españoles que huyeron del ejército libertador de Oriente, o escaparon de las penas que merecían sus crímenes, por la bondad de los criollos, se trasladaron, por las colonias, a la provincia de Caracas, porque en ésta continuaba la guerra, y la guerra les proporcionaba satisfacer sus furores y venganzas. Fué uno de éstos el abominable Zuazola que fugitivo escapó a Cumaná y fué a unirse, en Puerto Cabello a su protector Monteverde; pero la justicia divina dispuso que este monstruo sanguinario cayese en manos del ejército libertador de Occidente, y que su ilustre jefe mandase al fin ahorcarlo, como se ha dicho. Puelles y otros marcharon a aquella provincia a continuar la carrera de sus maldades, pero más adelante se verá el fin que tuvieron.

Por este tiempo apareció en las costas una expedición que, por un bote equipado que mandó a Punta Araya, se supo que venía de Cádiz, con tropas para Venezuela (*). No habiendo regresado el bote por haberse hecho prisionero, siguió para sotavento la expedición, la cual constaba de una fragata y tres buques de guerra, con trece transportes en que venía el regimiento de Granada, al mando del coronel don Miguel Salomón, constante de 1.200 plazas, con algunos empleados civiles y militares. El 9 de septiembre apareció el convoy sobre Naiguatá, con calma y ventolina del noroeste, donde permaneció cuatro días, circunstancia que dió tiempo para dar parte a Caracas, y que bajase el Comandante General de la provincia José Félix Ribas, con 300 veteranos y tomase las providencias que estimó convenientes, siendo la primera de ellas mandar que se arbolase en la vigía y los castillos el pabellón español. El 13 apareció al fren-

(*) Monteverde había pedido muchas veces este auxilio, principalmente después de la derrota que sufrió en Maturín y para facilitarlo lo más pronto posible, abrió en Caracas una suscripción, entre el comercio y los adictos a la causa del Rey, imponiendo sobre los demás un empréstito forzoso, y al efecto envió a España a don F. Begoña, Capitán de un buque mercante quien habiendo manifestado a la Regencia el objeto de su comisión y los caudales que había traído, no sólo fué prontamente despachado con los auxilios que solicitaba, sino que se le concedió el grado de Alférez de fragata y destinado al servicio de la de guerra Venganza.

te del puerto la expedición y advirtiendo que después de media hora ninguna embarcación se acercaba, viraron de vuelta afuera, en cuyo estado el Capitán del puerto, ciudadano Esteban Molony fué en un bote de la matrícula a manifestar a los jefes que la plaza estaba por el gobierno de S. M., sin haber dejado ninguna combinación con los de tierra. Los jefes de la fragata "Venganza" le tuvieron por sospechoso y dejándole a bordo con la tripulación de su bote, se envió a tierra al alférez Begoña, a informarse del verdadero estado de las cosas. Ríbas hizo sacar de las bóvedas al comandante don Francisco Mármol, su sargento mayor que había sido don N. Morales, con otros oficiales, previniéndoles, bajo gravísimas penas y también grandes premios hiciesen entender a los expedicionarios que toda la provincia estaba por el Rey, cuya conferencia presenciaría el mismo Ribas haciendo el papel de ayudante. Mármol y sus compañeros desempeñaron muy bien el suyo, y vuelto Begoña a bordo, se dejó en libertad a Molony y su bote, que en compañía de una lancha armada de la fragata, condujo al segundo comandante del regimiento don Vicente Marimón, con toda la correspondencia. Después de dos horas vinieron al ancla todos los buques y se envió a bordo al oficial Esteban Quintero a invitar a comer al comandante de la fragata, a Salomón y los principales jefes; y aunque se manifestaron gustosos de venir a tierra, habiéndoles expuesto Begoña las sospechas que tenía y sus fundamentos, no sólo desistieron de su intento, sino que trataron de darse a la vela, por cuya novedad mandó Ribas que se les hiciese fuego de las baterías, y entonces picaron los cables, habiendo recibido la fragata dos balazos a flor de agua, no pudiendo ser rendida por falta de palanquetas. Todo el convoy favorecido de un chubasco que en aquellos momentos se formó en la parte del sureste facilitaron su escape, y al fin desembarcaron en Puerto Cabello. Diez o doce soldados y marineros, de los que desembarcaron con Marimón, fueron muertos por el pueblo, a causa de los violentos esfuerzos que hicieron para reembarcarse.

El propio día 13, el comandante de Occidente Ramón García de Sena, que pocos días antes había llegado a Barquisimeto, tuvo noticias de que el indio Juan de los Reyes Vargas, Acevedo, Quintero, y el presbítero Torrellas, esbirros de Monteverde, venían a atacarlo, con una columna de 1.000 hombres, y poniéndose inmediatamente en marcha, se encontraron en los Cerritos Blancos. Trabóse un fuerte combate, y cuando la victoria parecía decidida a favor de los patriotas, por las armas, y pertrechos que habían tomado y los muertos y heridos del enemigo, éste recogió el triunfo, habiendo muerto de una bala de pedrero el capitán Antonio Leamus y heridos de gravedad el capitán José María Carreño y el teniente Carlos Carabali y levemente el teniente José María Paz. Igual desgracia experimentó la columna que operaba a las órdenes del comandante Miguel Valdés, en las acciones de Bobare y Yaritagua, a inmediaciones de San Felipe.

Enterado Bolívar de lo sucedido en La Guaira y del auxilio que había recibido Monteverde, dió una proclama, anunciando esta novedad y levantó el sitio, disponiendo que quedasen algunas partidas de observación, en las alturas y la fuerza se situase en Naguanagua, al mando del comandante Girardot. El cuartel general se estableció en Valencia, para ocurrir a las diversas partidas enemigas que obraban, y las que cada día se levantaban en lo interior.

Las intrigas y sugestiones continuas de Monteverde, acompañadas de amenazas y lisonjeras promesas, alentaron a los españoles y canarios que se hallaban en el seno de la República, en tales términos que no sólo fomentaban conspiraciones, sino que muchos se pasaban a las columnas enemigas. Bolívar dió una proclama, ratificando la guerra a muerte declarada en Mérida y Trujillo, anunciando que el que faltase a los principios que habían manifestado y cumplido fielmente él y su ejérci-

to, o contribuyese directa o indirectamente a turbar la paz, el orden y la tranquilidad pública sería castigado con la pena ordinaria de muerte. Al mismo tiempo publicó (20 de septiembre) un manifiesto, en que exponía al mundo imparcial las atrocidades de los españoles y canarios, el despotismo, crueldades, felonía y pertinacia de Monteverde, durante su gobierno en Venezuela (*) y aún después de vencido, cuyos hechos habían sido y eran la base de su conducta y la de sus compañeros de armas, en la empresa de romper el yugo opresor, para sacar a sus hermanos, parientes y amigos de los calabozos, bóvedas, cárceles y encierros, en que yacían oprimidos, vejados y ultrajados, y los que habían dado motivo a la guerra sangrienta que se hacía y justificaba las represalias de la mortal, que afligía a la humanidad.

Envalentonado Monteverde con los auxilios que había recibido, hizo una salida, el 30, hasta el sitio de Bárbula, en donde las nuevas tropas ostentaron su orgullo y creyeron arrollar a los patriotas, aunque pronto vieron su desengaño; 300 de estos destrozaron a 800 andaluces, haciéndolos retirar precipitadamente hasta Las Trincheras, donde se había quedado Monteverde, siguiendo después a Puerto Cabello. El mayor general Urdaneta se distinguió mucho en esta acción, que al decidirse, una bala muerta privó de la vida a Girardot. La columna de cazadores al mando del comandante Luciano D' Elhuyar y su segundo el sargento mayor Manuel Manrique, se situó en Las Trincheras. Bolívar publicó una ley declarando que el día 30 de septiembre sería aciago para la República y de luto para todos los venezolanos; que todos los ciudadanos llevasen luto por un mes consecutivo; que el corazón de Girardot fuese llevado en triunfo a Caracas, donde se le haría la recepción de los libertado-

(*) Aunque Monteverde perdió a Venezuela por su impericia, arbitrariedad y despotismo, la Regencia, por orden de 30 de septiembre de 1813, le concedió el empleo de Capitán General, con el título de Pacificador de estas provincias, y por otra orden de 8 de octubre le confirió el de Jefe Político de las mismas.

res, (*) depositándose en un mausoleo en la Catedral; que sus huesos serían transportados a su país natal, la ciudad de Antioquia, en la Nueva Granada; que el cuarto batallón de línea, instrumento de sus glorias, se titularía en lo futuro el *batallón de Girardot;* que el nombre de este benemérito ciudadano se escribiese en todos los registros públicos de las Municipalidades de Venezuela, como el primer bienhechor de la Patria; que la familia de Girardot disfrutaría por toda su posteridad de los sueldos de que gozaba este mártir de la libertad de Venezuela, y de las demás gracias y preeminencias que debe exigir del reconocimiento del Gobierno. Pocos días después (17 de octubre) fué conducido en triunfo de Valencia a Caracas el corazón de Girardot y colocado en un suntuoso panteón, erigido en la metropolitana, en la que se celebraron, al siguiente día, los funerales, a los que concurrieron el General en Jefe con su estado mayor, las autoridades civiles con los empleados en rentas, el clero secular y regular, las personas notables de la ciudad y numeroso gentío de ambos sexos. El presbítero doctor Francisco José Ribas hizo un elocuente y patriótico discurso y concluido el acto religioso desfilaron las tropas de caballería, artillería e infantería, después de haber hecho las correspondientes salvas en la plaza mayor. Volvió Monteverde personalmente el 3 de octubre, con una fuerza considerable sobre el punto de las Trincheras, donde fué rechazado y tuvo un éxito más desgraciado que el de Bárbula, pues D'Elhuyar y Manrique inflamaron el entusiasmo de los cazadores, aunque inferiores en número, y después de una larga contienda, los bravos del regimiento de Granada y sus adherentes y admiradores, dejando muchos muertos, heridos y prisioneros, se pusieron en vergonzosa fuga. Monteverde fué gravemente herido, con la circunstancia de haberlo sido por detrás, lo que hizo

(*) El 22 de octubre se instituyó la orden militar de los *Libertadores de Venezuela,* para que fuesen conocidos los esforzados que la habían libertado. La venera de la orden era una estrella de siete radios, símbolo de las siete provincias que componían la República. En la orla tenía esta inscripción: *Libertador de Venezuela,* y en la espalda el nombre del libertador. La ley designa las prerrogativas de los libertadores.

creíble la voz que entonces corrió, de que la bala que lo hirió fué disparada por uno de los fieles españoles, defensores de los derechos de Fernando VII. La pérdida de los patriotas consistió en pocos muertos y heridos y los cazadores obtuvieron el distintivo de *valerosos*.

Destinado el comandante Tomás Montilla con una división a obrar en los llanos de la provincia de Caracas, se situó en Calabozo, de donde despachó la fuerza suficiente para cubrir los puntos de Guayabal, Cunaguaro, Guadarrama, Guárico, Orituco, Sombrero, Tiznados y otros. Otra división que debía incorporarse a ésta, había ocupado en el Alto Llano, a fuerza de armas, a Camatagua, Chaguaramas, tomando después posiciones en el Valle de la Pascua y Barrancas. En este estado Boves, que en Barcelona había reunido sus fuerzas con las de Cagigal y Ponce de León y dirigiéndose a la provincia de Caracas había desbaratado en Santa María de Ipire y Espino las fuerzas que se le presentaron, ocupando en seguida a Santa Rita, resolvió dirigirse a Calabozo, como centro del plan de operaciones que había concebido, y habiendo embarcado en Cabruta algunos oficiales, elementos de guerra y caudales, siguió su marcha por Barrancas, San Miguel, Morichal Grande y se situó en el Calvario, donde permaneció cuatro días. Montilla resolvió atacarlo en este punto antes que avanzase y se reuniese con el comandante don José Yañes, que con fuerzas considerables había ocupado los pueblos del Guayabal y Camaguán, y al efecto hizo marchar el 21 de septiembre, al teniente coronel Carlos Padrón, con 140 fusileros, un cañón de montaña, 25 carabineros y tres escuadrones de lanceros de a caballo, cuya fuerza alcanzaba a 600 hombres, quedando Montilla en Calabozo, a la espectativa de Yañes, con 100 hombres y dos cañones. Boves acompañado de Morales, con 580 hombres de caballería y 120 de infantería, se había situado, en el mismo día, sobre el caño de Santa Catalina, a donde alcanzó a Padrón, quien síntiendo, a las dos de la mañana que Boves se ponía en marcha, le salió al encuentro y trabado

el combate, después de dos fuertes choques, en que sufrió éste alguna pérdida, abandonó el campo y emprendió retirada, saliendo herido Boves. La caballería que debió cargar huyó cobardemente, y esta falta reanimó a Boves, quien volviendo sobre los patriotas retomó el campo y destrozó su infantería, quedando tendidos sobre 150 fusileros y cazadores, el oficial de artillería y otros. No pudiendo Montilla hacer resistencia, emprendió la retirada que hizo en buen orden, sostenida por un cañón del lado acá del Guárico y los restos de las compañías de Aragua y Húsares, salvando los caudales, municiones, armamentos y archivos.

El General en Jefe fué instruido oportunamente de estos acontecimientos, y no dudó de que Boves avanzaría hasta La Victoria y más adelante, si no encontraba oposición; pero más cuidadoso de lo que podía intentar Monteverde, dispuso que el coronel Vicente Campo Elías que se hallaba en los Valles de Aragua, con el batallón Barlovento, pasase inmediatamente a situarse en la Villa de Cura y esperase allí el resultado de la batalla que debía darse a los españoles que habían llegado a Puerto Cabello, advertido de que si ésta era favorable debería seguir hasta Calabozo, y reuniendo la columna que mandaba el comandante Torres que ocupaba el Alto llano, y la otra que por el mismo llano venía de las provincias de Oriente, a las órdenes del comandante Amaya, y recogiendo los dispersos en Santa Catalina, continuase hasta encontrar y destruir a Boves. Como las acciones de Bárbula y las Trincheras se decidieron favorablemente, Campo Elías emprendió su marcha, y el 2 de octubre se reunió en las inmediaciones del Sombrero y Barbacoas, en el sitio de la laguna de Montero, con las columnas de los comandantes Amaya y Torres, en donde ordenó su división en esta forma: en la vanguardia se colocó el escuadrón de Maturín, al mando del capitán Sedeño, dos compañías de fusileros y otra de flecheros, a las órdenes del comandante Amaya; al centro se destinaron el batallón Barlovento, los tres escuadrones de la columna

del comandante Torres y un piquete de artillería, con un pedrero, mandado por el teniente Mora, y su jefe era el coronel Miguel Ustáriz, segundo de la división. En la retaguardia o izquierda se colocaron dos compañías de infantería de milicias de Aragua y el escuadrón del mismo Valle, inclusos 50 carabineros cuyo jefe era el capitán Francisco Padrón. El comandante general de la caballería era el teniente coronel Rafael Castillo y su ayudante general Carlos Padrón. La división, constante de 2.400 hombres, marchó, en esta forma, hacia Calabozo, por la vía del pueblo del Calvario, donde llegó el 13 y tuvo la noticia de que Boves salía, en este día, de Calabozo, con su ejército, al encuentro de los patriotas, que al siguiente día continuaron su marcha dispuestos y prevenidos, para verse con el enemigo, con cuya descubierta se encontraron como a las nueve de la mañana, y por dos prisioneros que se hicieron se supo que Boves había dispuesto esperar a los insurgentes en la sabana de Mosquitero, y que su principal fuerza consistía en caballería. En tal concepto se mandó doblar el fondo de la infantería, que se reunió al centro, y dos escuadrones de éste pasaron a la vanguardia para reforzar al de Maturín. El comandante Torres con el tercer escuadrón se situó en marcha por la sabana de la derecha, para que al formar en batalla sobre la izquierda, cubriese la retaguardia y batiera cualquiera caballería que atacara por aquella parte. Como a las diez de la mañana se avistó la división republicana con la realista, que estaba formada en la Sabana de Mosquitero, a la izquierda, y su avanzada de 20 carabineros, situada en un montecillo, antes de entrar en ella; la de los patriotas se colocó a su frente, mientras que el grueso de la división siguió su marcha y entró sin ningún obstáculo en la sabana. La fuerza de Boves constaba de 2.500 hombres, incluso un batallón de infantería de 750 a 800 el cual estaba formado en batalla, y apoyadas sus dos alas, en dos fuertes columnas de caballería y dos cañones de a cuatro; el resto era una numerosa caballería que formando un semicírculo, cubría su batalla con la

artillería, por ambos flancos y retaguardia, teniendo a su espalda el caño de Mosquitero. Luego que la vanguardia de los republicanos entró en la sabana, rompió el fuego la artillería de los realistas, y para ponerse aquella en batalla a su frente fué preciso redoblar el paso, y logrado esto, mandó Boves formar en columnas su caballería, por derecha e izquierda, y que marchase sobre los flancos del enemigo. Igual movimiento hizo la caballería republicana de la izquierda, cargando a paso de trote, sobre la izquierda de aquellos, mientras que la infantería cargó sobre el centro, y a un mismo tiempo avanzando ambas fuerzas, se trabó lo más fuerte del combate. Al principio logró Boves dispersar la izquierda de los patriotas, haciéndola perseguir con furor; pero al fin sucumbió, quedando tendida en el campo toda su infantería, perdiendo también la artillería, pertrechos, municiones y bagajes, escapando con alguna dificultad él mismo, y su compañero Morales, herido, y algunos pelotones de caballería que fueron perseguidos y lanceados por espacio de tres horas, siendo muy considerable la mortandad de los realistas y muy corta la de los patriotas, los que acamparon en el sitio de Santa Catalina, entrando al siguiente día en Calabozo, siguiendo despavoridos Boves y Morales, con otros pocos, al Guayabal, pueblo tenazmente adherido a la causa del Rey por el influjo y persuasión de los misioneros capuchinos. Es muy probable que Boves no hubiera tenido más soldados, si Campo Elías no se hubiera portado con tanta fiereza, mandando quitar la vida a los vencidos, por los consejos del Capellán Zembi, al mismo tiempo que trató con dureza y desprecio a los que se le presentaron después, conducta que hirió tan vivamente a los llaneros, que volvieron a buscar al mismo caudillo derrotado, para que los vengase de la injusticia y ultrajes que ellos y sus compañeros habían recibido del vencedor.

Mientras que los republicanos triunfaban en los llanos de los enemigos de la independencia y libertad, los magistrados y Municipalidad de Caracas, en nombre

de los pueblos, proclamaron el mismo día 14 a Bolívar, Capitán General de Venezuela, con todas las prerrogativas y preeminencias correspondientes a este empleo, como también el título de *Libertador de Venezuela* para que usase de él como de un don que le consagraba la patria agradecida a un hijo tan benemérito. Bolívar aceptó estas demostraciones de munificencia, con manifestación de alto respeto y gratitud, protestando que este título le era más glorioso y satisfactorio que el cetro de todos los imperios de la tierra, añadiendo que el mariscal de campo José Félix Ribas, el coronel Atanasio Girardot, el brigadier Rafael Urdaneta, el comandante D'Elhuyar, Campo Elías y los demás oficiales y tropas eran los verdaderos e ilustres libertadores.

Por el mismo tiempo el teniente coronel Antonio Castillo atacó en San Felipe a 200 hombres de los que habían escapado de la derrota de los españoles en Las Trincheras, los cuales se habían apoderado de la ciudad, en unión de unos que se habían levantado en Aroa, los que fueron destrozados y dejando en el sitio 50 muertos y algunos heridos, el resto se puso en fuga hacia Coro.

La provincia de Barinas se hallaba en la mayor consternación, a causa de que abandonando la plebe sus ocupaciones agrícolas y pastoriles, por las sugestiones de los españoles, se habían dedicado al brigandaje, llevando en sus labios los nombres del Rey y de la Religión. El Gobernador comandante general de la provincia ciudadano Manuel Pulido, destinó al teniente coronel Francisco Olmedilla, para que persiguiese y redujese a su deber a estos foragidos. El demasiado rigor de que se usó, los condujo a una especie de frenesí que tocaba en la última desesperación. En tal estado salió Yañes de San Fernando, con una fuerte división, que aumentó sucesivamente por los triunfos obtenidos en Bancolargo, Nutrias, y Guanare, y convencido Pulido de la imposibilidad de resistirlo en la capital, ni otro punto de la provincia, resolvió evacuarla, y a principios de noviembre, emprendió la retirada para San Carlos, con muchas familias y

algunos pelotones de caballería que mandaba el coronel Pedro Briceño, emigrando otros a la provincia de Mérida, por no caer en las garras de Yañes, cuyo carácter sanguinario y cruel era notorio, por las personas que había hecho pasar a cuchillo en los pueblos por donde había pasado y muy notablemente en Guanare, en donde el comandante militar Juan José Liendo fué asesinado y dividido su cuerpo en pequeños trozos, antes de haber expirado, presenciando aquel monstruo tan horrorosa escena.

El general Urdaneta había sido nombrado para tomar el mando en Occidente, en lugar de García de Sena, que lo había entregado provisionalmente al comandante Miguel Valdés, y con tal objeto marchó de Valencia para Barquisimeto, con 700 hombres de infantería y un escuadrón, fuerzas que se creyeron suficientes, para continuar hacia Coro, agregando la columna que se hallaba en Barquisimeto.

El brigadier Ceballos había salido de Coro, por orden de Monteverde y a mediados de octubre derrotó a Valdés en Yaritagua y Bobare, dirigiéndose después a Barquisimeto, que ocupó sin resistencia. Urdaneta participó esta ocurrencia al Libertador, quien marchó inmediatamente con el batallón de Aragua y el campo volante de caballería de San Carlos, a las órdenes del comandante Teodoro Figueredo, y el 10 de noviembre atacó a Ceballos que con 2.000 hombres defendía a Barquisimeto. Las fuerzas independientes eran algo mayores y el combate fué tan vigorosamente sostenido por los realistas, que les presagiaba un favorable resultado, aun que entrando en desorden hubieron de recular, siendo perseguida y lanceada su caballería hasta el extremo opuesto de la ciudad, y teniendo los patriotas por terminada la acción y completa la victoria, no persiguieron al enemigo, sino que se entregaron a celebrar su triunfo, con repiques de campanas, en cuyo estado un tambor, sin orden del General tocó retirada (*) que emprendió el ba-

(*) Díjose entonces que la oficiosidad del tambor emanó de haber querido retraer a la tropa del pillaje y saqueo en que se ocupaba estando los españoles a orillas de la población.

tallón Caracas con suma precipitación y fué causa del desorden que se introdujo en los demás cuerpos, haciéndose tanto más difícil repararlo, cuanto que había comenzado por una errada operación del coronel Ducaylá, por el costado derecho de la línea. Ceballos aprovechándose del desorden cargó sobre los patriotas, con tal denuedo que casi toda la división fué muerta, herida o prisionera, escapando sólo aquellos que en tiempo emprendieron la fuga. Entre los muertos se contó a los jefes Mauricio Ayala, Juan José Bujanda y entre los oficiales a Blas Borges (*).

La venganza que los españoles ejercieron fué tan atroz y espantosa que no sólo quitaron la vida a los vencidos, sino que mutilaron y causaron nuevas heridas a los prisioneros que anteriormente lo habían sido y se hallaban en el hospital, siendo uno de éstos el capitán Peña, de Mérida, sobre quien descargaron veintidós machetazos. El batallón Caracas quedó despojado por una orden general del ejército, de su nombre y de sus banderas, por lo que se le denominó el *batallón sin nombre*. Bolívar se dirigió a Valencia a reunir nuevas tropas y Urdaneta se situó en San Carlos con el mismo objeto.

El triunfo de Barquisimeto hizo creer a Monteverde que obrando las fuerzas que tenía bajo su autoridad, con viveza y simultaneidad, la República desaparecería dentro de pocos días: con tal objeto ordenó que las de Barinas al mando de Yañes, se reuniesen a las del brigadier Ceballos y que éste marchase hasta ocupar a Valencia. Al mismo tiempo dispuso que el coronel del Regimiento de Granada saliese de Puerto Cabello con 1.200 hombres, ocupase los valles de Aragua, amenazase a Caracas y cortase su comunicación con todo el interior. En efecto, salió por el camino de Patanemo Salomón y ocupó varias alturas de los cerros de Vigirima, donde fué atacado el 23, por el general Ribas, que había llegado a Valencia, de Caracas, con nuevas tropas, aunque éstas, en gran parte, se componían de gente bisoña y estudiantes de

(*) Documento Nº 17.

la Universidad. Tres días duró la pelea, y el 25, después de un sangriendo ataque, los veteranos de Granada fueron arrollados y humillados, huyendo cobardemente a su antigua guarida, con pérdida de muchos hombres, tres piezas de artillería, multitud de fusiles y algunos prisioneros y heridos.

El Libertador se hallaba en San Carlos cuando Salomón se presentó en Vigirima, y avisado de esto, voló al encuentro del nuevo campeón, pero cuando llegó al campo, la victoria se había decidido por los patriotas. Restableció el sitio de la plaza de Puerto Cabello, bajo las órdenes del coronel D'Elhuyar y encargó la defensa de los llanos al coronel Pedro Aldao, que se situó en Calabozo.

Restituido a San Carlos para formar el ejército que debía obrar en el Occidente, designó por punto de asamblea el inmediato pueblo de San José, donde se reunieron los valerosos cazadores, los soberbios dragones, los vencedores en Mosquitero y Vigirima, el batallón sin nombre, los restos de la derrota de Barquisimeto, con nuevos refuerzos que se enviaron de Caracas y Valencia, y organizados, equipados, y provistos de todo lo necesario, marchó el ejército, bajo las inmediatas órdenes del general Urdaneta, al que siguió después el Libertador con su estado mayor, en busca del enemigo.

A principios de diciembre se habían reunido las fuerzas de Yañes a las de Ceballos, que formaban un ejército, acaso el más respetable y numeroso que hasta entonces se había visto en Venezuela, pues constaba de 7.000 hombres de todas armas, diez piezas de artillería de grueso calibre, con su correspondiente dotación y muy bien servidas. Las pocas fuerzas republicanas que había en Guanare, Ospino y Araure no pudieron impedir esta *junción*, y que Yañes entrase en esta última villa, la entregase al saqueo, permitiendo y autorizando todos los excesos y la muerte del anciano español don Salas, la del Licenciado Pablo Garrido y otras personas de consideración, situándose después en la sabana inmediata a la parte occidental.

El ejército republicano apenas alcanzaba a 5.000 hombres, y habiendo llegado al medio día del 4 al pueblo de Agua Blanca, hizo alto, mientras el Libertador y Urdaneta con dos piquetes de caballería hicieron la descubierta de los enemigos que estaban formados en línea de batalla sobre la Galera de Araure y siendo ya más de las cuatro de la tarde, se acordó que el ejército acampase en la sabana de aquel pueblo, para prevenir la confusión que pudiera haber con la oscuridad si la batalla no se decidía antes de cerrar la noche. Al siguiente día, muy temprano, emprendió su marcha el ejército republicano, al que ninguna impresión causó el cambio de posición que hicieron los realistas, eligiendo otra más ventajosa. Esta fuerza se distribuyó en cuatro divisiones mandadas por los coroneles Villapol, Florencio Palacios, Luis Rivas Dávila y Campo Elías, a las cuales pertenecían como encargados de la caballería, el coronel Pedro Briceño, el teniente coronel Juan Landaeta y el comandante Teodoro Figueredo. Urdaneta mandaba la primera línea. La acción comenzó por los valerosos cazadores, que entusiasmados con el ejemplo de su jefe, teniente coronel Manuel Manrique, se arrojaron sobre el grueso de los enemigos, con tal precipitación que al instante se hallaron flanqueados y cortados por los 1.000 hombres de caballería, de cuyas lanzas y de un fuego horroroso de artillería y fusilería sólo escaparon siete u ocho oficiales, sin que tan considerable descalabro causara en los demás cuerpos el menor desaliento, antes por el contrario, contribuyó a inflamar su coraje, para vengar a sus conmilitones, cargando a la bayoneta sobre el enemigo que fué envuelto en el más espantoso desorden, cuando se creía victorioso, y casi destruido el regimiento de Granada y el de Numancia, cuya bandera se tomó y sirvió de premio al batallón sin nombre, denominado por Bolívar, durante el combate *Vencedor de Araure*, por la bizarra intrepidez con que se hizo digno, en aquellos momentos, de la admiración de sus compañeros. Ceballos y Yañes tomaron la fuga temprano y aunque se les persiguió por seis leguas, no

pudieron ser alcanzados, el primero fué a parar a Guayana y el segundo se sepultó en los escondrijos de los llanos, a esperar la oportunidad de satisfacer sus venganzas. La pérdida de los realistas fué de 500 muertos y más de 600 heridos y prisioneros, diez piezas de artillería, cuatro banderas, ochocientos fusiles, treinta mil cartuchos, 19 cargas de pertrechos y seis sacos de dinero. Los dispersos fueron perseguidos el resto del día hasta el pueblo de la Aparición de la Corteza y murieron sobre 200. Los patriotas tuvieron entre muertos y heridos sobre 400 hombres.

Después de la batalla, la columna de Villapol retrogradó a Barquisimeto, Campo Elías fué destinado a ocupar la ciudad del Tocuyo y los demás cuerpos conducidos por Urdaneta, confirmado jefe de Occidente, siguieron para Guanare, con el intento de libertar a Barinas, lo que no tuvo efecto, por haberse tenido noticias que los enemigos huían despavoridos y creyéndose bastante despachar a García de Sena con un batallón y un escuadrón a la ciudad de Barinas en conjunta del coronel Florencio Palacios, dirigiéndose Urdaneta con el resto de las fuerzas hacia Barquisimeto.

El Libertador pensó que la victoria de Araure produciría un saludable desengaño en los criollos alucinados que volverían al seno de la patria, si se olvidaban sus extravíos, y con tal objeto publicó el 7 en San Carlos un indulto a favor de los americanos que hubiesen tomado las armas en favor de la causa del Rey, con tal que se presentasen al juez del pueblo u otra cualquiera autoridad en el término de un mes, seguros de que no se les perseguiría, en manera alguna por haber servido en el ejército español o por haberse alistado en las cuadrillas de salteadores. Pronto se vió lo infructuoso de tanta generosidad.

La permanencia tranquila de Boves en El Guayabal, le animó a organizar un ejército y al efecto, envió a Morales a Guayana, con algunas partidas de mulas, para que adquiriese fusiles y pertrechos y enganchase algunos que pudieran servir de oficiales. El 15 de diciembre se

presentó al frente de Calabozo, con un ejército de 4.000 hombres, casi todos hijos del país; y el coronel Aldao que no tenía más que 900 reclutas, emprendió su retirada, y al llegar al paso de San Marcos, en el Guárico se vió forzado a defenderse, aunque sin esperanzas de ningún favorable éxito, y en efecto, fué destrozada la columna, muertos Aldao, su segundo Carlos Padrón, el teniente coronel Rafael Castillo y los oficiales. Todos los prisioneros fueron pasados a cuchillo, en venganza, decía Boves, de lo que había hecho Campo Elias en Mosquitero y Calabozo, continuando Morales en esta ciudad una horrorosa matanza, sin distinción de sexo ni edad.

El despotismo tenebroso e inflexible de Monteverde había agotado el sufrimiento de sus humildes súbditos y aún el de sus adictos, y sicofantas y para ponerle fin, los voluntarios europeos se sublevaron en Puerto Cabello el 18 de este mes, y deponiéndole del mando, le obligaron a retirarse a la isla de Curazao, sucediéndole el mariscal de campo don Juan Manuel Cagigal (*). Monteverde dejó a Venezuela incendiada, prostituida y escandalizada por la conducta insubordinada que lo colocó en el mando, por su incapacidad, por la indiferencia con que veía los delitos de sus dependientes y sobre todo por su desprecio a las leyes, siendo todavía más escandalosa y reprensible la indiferencia con que el gobierno peninsular oía la relación de tan abominable proceder, sin tomar una medida eficaz para su contención, siquiera para ponerse a cubierto de la censura de las naciones imparciales, y de la nota de complicidad de que era tildado por los mismos que furiosamente sostenían la causa del Rey en Venezuela.

(*) Desde el 19 de abril de 1810, hasta fines de este año, se calculó que habían muerto en Venezuela, por los terremotos y la guerra sobre cuarenta mil personas y consumídose cerca de veinte millones de pesos.

AÑO DE 1814

Entramos en el año de 1814, año funesto, en que desarrollándose los principios de la bárbara política de Monteverde, parece que al mismo tiempo se desencadenaron las furias infernales para destruir a Venezuela. La multitud abandonó el trabajo, para buscar la subsistencia en el robo y la destrucción de sus semejantes; la población se dividió en dos partidos encarnizados, y fueron pocos los días en que no corriera sangre, en acciones de guerra, generales o parciales, sin desistir los unos de querer perpetuar a la fuerza su opresora dominación, ni desistir los otros de recuperar su independencia y su libertad.

La guerra fué individual y el hombre cuyo partido no triunfaba perecía a manos de su contrario. Ni las leyes, ni los magistrados eran obedecidos y cada uno quería mandar y ser árbitro de sus diferencias con los otros, por la fuerza de las armas que tenía en sus manos.

En tal estado de cosas se reunieron las autoridades y pueblo de Caracas, el 2 de enero, en la iglesia del convento de religiosos franciscanos y teniendo en consideración las tristes circunstancias en que se hallaba la República y las calidades y prendas que concurrían en el Libertador le nombraron *Dictador de Venezuela,* quien admitió protestando que sería el depositario de la Autoridad Suprema hasta que cesase el peligro, y que pasado éste, ningún poder humano haría que empuñase el cetro despótico que la necesidad ponía en sus manos.

La provincia de Trujillo fué invadida por el canario don Pedro González, con una columna de corianos que puso en fuga el general Joaquín Ricaurte, que salió de Mérida para incorporarse al ejército. En los valles de

Barlovento de Caracas los pueblos de Macayra y Riochico fueron sublevados por dos canarios, a los cuales, junto con sus cómplices escarmentó el coronel Juan Bautista Arismendi. Los sitiados en Puerto Cabello hacían frecuentes salidas por la costa. De Calabozo salió Boves con más de 4.000 llaneros, dirigiendo su marcha hacia los Valles de Aragua. Yañes, en fin, apareció en los llanos de Barinas.

Ya se ha dicho que después de la batalla de Araure fueron destinados a esta provincia García de Sena y Palacios, y ahora debe notarse que al acercarse a la ciudad de Barinas, el catalán José Puig comandante de la plaza, que diariamente mandaba quitar la vida a los sospechados de patriotismo, los cuales eran conducidos por la noche, a las orillas del río Santo Domingo, cuando pronunciaba la sentencia, reducida a estas cortas palabras: *llévenlos al baño,* dispuso fuese alanceada una multitud de personas que tenía aherrojadas en la cárcel, escapándose algunos porque el feroz catalán fué informado de que no había tiempo para consumar tan cruento y horroroso sacrificio: fué uno de estos el capitán José Antonio Páez, a quien la Providencia libertó de esta catástrofe para que fuese el terror de los tiranos. Sena destinó sucesivamente a San Fernando, La Cruz y Nutrias al coronel Palacios y al capitán Francisco Conde, teniendo éste que retirarse a Barinas, el 4 de enero, después de haber resistido, por todo el día, un vigoroso ataque de Puig. El 10 se presentaron al frente de la ciudad con 1.200 hombres, fuera de 200 indios flecheros, el asesino e incendiario Remigio Ramos y Puig y se estableció un sitio durante el cual cometieron todo género de atrocidades. El capitán Páez pidió permiso para hacer una salida, respondiendo con su cabeza si el éxito no era favorable, pero no se le concedió. El sitio duró nueve días; la fuerza de Sena era de 300 fusileros mal armados, siete mil cartuchos, y 160 hombres de caballería. Yañes con algunos de caballería que había juntado en San Fernando se unió a Puig y Ramos y la toma de Barinas parecía indefectible. El comandante general Sena formó una junta de guerra, para

tratar si debía o no evacuarse la plaza, y los vocales convinieron unánimemente, en que debía evacuarse en el mismo día, lo que no se verificó hasta el siguiente 19 por la tarde, en que salieron las tropas, con dirección a la serranía y al llegar al Santo Domingo se encontraron con el enemigo, sosteniendo un fuego graneado hasta que, entrada la noche, se retiraron los realistas, y los patriotas continuaron su marcha hacia los callejones de Mérida (*). Yañes y Puig entraron en la ciudad y quitaron la vida a cuantos hallaron en ella.

El general Urdaneta, como Jefe de Occidente, tuvo aviso del sitio de Barinas después que había salido de Barquisimeto con dirección a Coro y batido en Baragua 500 hombres de Reyes Vargas; pero siendo aquella ocurrencia de grande importancia y trascendencia, suspendió sus operaciones para acudir al socorro de la plaza sitiada, y al efecto se dirigió a Guanare con 200 hombres y una corta escolta de caballería, aunque su celeridad fué infructuosa, porque al llegar al paso del río de la Portuguesa supo la pérdida absoluta de Barinas. A pesar de esta noticia se adelantó para cerciorarse de la verdad, pero tuvo que retirarse a Ospino, a vista de Yañes que ya era dueño de Guanare y tenía fuerzas suficientes para destruirlo, por lo que dejó en Ospino su pequeña columna a cargo del impertérrito comandante José M. Rodríguez, con órdenes de conservar la villa a toda costa, mientras volvía con tropas de auxilio que marchó a sacar de Barquisimeto. No fué posible a Urdaneta volver con los auxilios ofrecidos a Rodríguez, por haber enfermado, pero envió al comandante Manuel Gogorza con 300 hombres y órdenes de reunírsele a viva fuerza y así se verificó, porque aunque al avistarlo el enemigo lo cargó con dos columnas de caballería, los sitiados de Ospino hicieron una

(*) El comandante Sena con parte de su tropa siguió por las Piedras hacia San Carlos, y otros para la provincia de Mérida, siendo uno de éstos el capitán Páez, que habiendo llegado a la ciudad cuando se hallaba amenazada de una expedición que había salido de Maracaibo, y siendo invitado por el gobernador Juan Antonio Paredes a que entrase en esta campaña, reunió algunos compañeros emigrados, salió en busca del enemigo y encontrándole en la serranía inmediata a la villa de Bailadores, le atacó con denuedo y obtuvo un completo triunfo.

salida oportuna en favor de Gogorza y después de un corto tiroteo, fué arrollada la línea, por haber caído Yañes muerto de un balazo el 2 de febrero, ocurrencia que produjo el desaliento en sus tropas, que se retiraron a Guanare, recayendo el mando en el comandante don Sebastián de la Calzada.

Al siguiente día de este triunfo apareció Boves con más de 6.000 llaneros en el sitio de La Puerta, donde se hallaba Campo Elías con 4.000, entre el pueblo de San Juan de los Morros y la Villa de Cura. No duró mucho el combate y aunque Boves fué herido obtuvo la victoria, quedando en el campo muchos muertos, un considerable número de prisioneros, armas, municiones, bagajes, &. Todos los prisioneros fueron pasados a cuchillo y tan bárbara acción obligó al Dictador a repetir la observancia y exacto cumplimiento de las proclamas de Mérida, Trujillo y San Carlos y los decretos expedidos en 19 de noviembre y 17 de diciembre del año próximo pasado, sobre los españoles y canarios que se hallaban en el seno de la República.

A consecuencia del desgraciado suceso de la Puerta dispuso Bolívar que una columna de las fuerzas que cubrían el Occidente viniese a Valencia a las órdenes de Villapol, quedando por esto en inseguridad la ruta de Coro, Barinas, &. El general Ribas levantó con la mayor prontitud en Caracas una columna y marchó con ella a La Victoria, mientras que Campo Elías tuvo orden del Libertador para situarse en el punto de La Cabrera, en donde reorganizó una pequeña columna, bastante sólo para distraer la atención del enemigo y ponerlo en perplejidad sobre la ruta que debiera seguir al penetrar en los Valles de Aragua, a los cuales se dirigió Boves con el grueso de su ejército, habiendo destinado una columna a las órdenes del detestable Rosete, para que obrase por la Sabana de Ocumare, al sur de Caracas.

El 11 entró Rosete en el pueblo de Ocumare matando a cuantos se hallaban en las calles y las casas, y aún a los que por huir de su bárbaro furor se habían refugiado a la iglesia, quedando sobre la arena más de trescientas

personas de todas edades y sexos. Boves destinó a este segundo Zuazola a este punto, para que privase a la capital de toda especie de víveres y apoyase la conspiración que desde algún tiempo antes tenían tramada en Caracas, La Guaira y Valencia los españoles y canarios, por cuya razón fueron mandados poner en prisión en el mes de octubre del año anterior (*).

Todo el territorio de Venezuela estaba plagado de guerrillas fomentadas por los españoles, que se cruzaban por todas las rutas y era muy difícil realizar las combinaciones que se concertaban para el buen suceso de las operaciones. El cuartel general de occidente, situado en Barquisimeto y las fuerzas que de él dependían, no sólo tenían grandes inconvenientes para comunicarse entre sí, sino que también les era muy dificultoso hacerlo con el resto del ejército de la República, y con el cuartel general libertador, de modo que parecía una fracción abandonada a sus propios recursos. En los llanos de San Carlos se enseñoreaba la guerrilla de Carlos Blanco, la de Pedro Ramos entre Araure y Sarare, el catalán Millet en la jurisdicción de San Felipe, Reyes Vargas, Oberto, Inchauspe y Torrellas recorrían las de Quíbor, Tocuyo y Barquisimeto, que se reforzaron después con una división con que apareció Ceballos por la vía de Coro y la de Calzada por la de Guanare y Ospino.

Presentóse el día 12 de febrero el ejército de Boves en el pueblo de La Victoria, trabándose en las calles uno de los combates más largos y sangrientos que han ocurrido en la guerra de la independencia. Empeñado Morales con casi todas sus fuerzas en destruir a Ribas, cuyas tropas suponía aterradas por la reciente derrota de La Puerta, sólo pudo sacar de su obstinada empresa el convencimiento de que peleaba contra hombres decididos a defender su libertad. El ataque comenzó a las ocho de la mañana y a pesar del esforzado valor de los patriotas, se vieron tan oprimidos por el número de los enemigos que no les fué posible conservar todas sus posiciones y tuvie-

(*) Documento Nº 18.

ron la desgracia de perder también las calles de la población, defendidas palmo a palmo, pero sin desmayar aun cuando se hallaron reducidos a la plaza, sin contar con ningún auxilio. Como a las cuatro de la tarde se columbró alguna esperanza de socorro, y en efecto la columna de La Cabrera conducida por el coronel Manuel Aldao y Campo Elías forzando extraordinariamente su marcha, lograron llegar a tiempo de penetrar en el pueblo y tomar parte en la contienda, circunstancia que cambió el aspecto de las cosas, pues Morales fué rechazado y obligado a situarse en las alturas del Pantanero, a inmediaciones del mismo pueblo y allí fué reforzado por Boves con la reserva que había dejado apostada sobre Cura. Al siguiente día fueron atacados por los patriotas en sus ventajosas posiciones, de las cuales fueron al fin desalojados y puestos en desordenada fuga, siendo vivamente perseguidos habiendo perdido su artillería, pertrechos, equipajes y hasta los libros de órdenes. Este triunfo se obtuvo a costa de la pérdida del coronel Rivas Dávila, del capitán Rudecindo Canelón, Ron, Picón y otros bravos oficiales, cien muertos de la tropa y más de trescientos heridos. A los enemigos no se dió cuartel y todo el recinto de La Victoria quedó cubierto de cadáveres. El Dictador dió una proclama, aplaudiendo el comportamiento de los jefes, oficiales y soldados, recomendando el mérito y la gloria de los que habían muerto por la Patria y declarando que desde aquel día el general Ribas debería titularse el *Vencedor de los tiranos en La Victoria.*

En el propio día 12 el Gobernador militar interino de Caracas, coronel Juan Bautista Arismendi mandó poner en ejecución en Caracas y La Guaira, el decreto dado últimamente, para el exterminio de los españoles y canarios que estaban presos o se encontrasen sueltos, acordado por el Dictador, a virtud de sus anteriores resoluciones, de la conducta de Monteverde, Cerberis, Zuazola, Yañes, Ceballos, Boves y Morales en Calabozo, La Puerta, Cura, &.; y la de Rosete en Ocumare, que jamás habían querido canjear prisioneros, mientras que daban un duro e ignominioso trato a los que tenían en su poder, y era

muy crecido el número de los que estaban bajo la autoridad republicana y trataban de derrocarla por sordas y repetidas conspiraciones. El número de éstos no pasó de mil y más adelante se hablará de las motivos que impulsaron esta medida y las razones que la justifican (*).

Las hazañas de Boves animaron a los realistas solapados del distrito de Valencia y bien pronto plagaron el territorio varias partidas y guerrillas. La más considerable fué la que levantó en El Pao el español Ruiz, vecino de Guacara, y ascendía a 800 hombres que se habían destinado a hostilizar a Valencia; pero su Gobernador coronel Juan Escalona los atacó y derrotó en el sitio del Hervor, con 400 patriotas bisoños, haciéndoles algunos prisioneros y tomándoles muchos efectos de los que habían robado en sus excursiones. El teniente coronel Jugo y el comandante Manuel Sedeño limpiaron el territorio de Cagua, Santa Cruz y Las Guasguas que estaban infectadas de partidas de ladrones, que ejecutaban sus violencias a la voz de *viva Fernando VII.* El capitán Mateo Salcedo destruyó otras gerrillas que infectaban los lugares inmediatos a la laguna, quedando tendidos más de cien de los que las componían y llevando a Valencia más de doscientos caballos, trescientas reses y muchos pertrechos. Por el mismo tiempo el general Urdaneta destruyó las partidas que desolaban el pueblo de Jujure, jurisdicción de Araure, y escarmentó a los cabecillas, cuya operación resultó de un movimiento combinado de la guarnición de Araure y el campo volante de Ospino, por la que se lograron cuatrocientos caballos y algunos fusiles.

Mientras que Boves y Morales atacaban en La Victoria a los republicanos, los sitiados en Puerto Cabello hicieron una salida en la noche del 13, por diferentes puntos de sus atrincheramientos.

Después del triunfo de La Victoria el general Ribas, con una columna de los vencedores, marchó acelerada-

(*) Documento Nº 19

mente a la Sabana de Ocumare, y el 20 derrotó a Rosete en Charallave, haciendo fusilar a los prisioneros, en represalia de más de trescientas víctimas que habían sido sacrificadas durante su permanencia en Ocumare.

El Libertador se situó con su cuartel general el mismo día 20 de febrero en San Mateo y en el 24 se publicó por el Secretario de Estado un manifiesto dirigido a justificar los motivos que habían determinado las ejecuciones sangrientas de que se ha hablado antes. Volvió a presentarse en la palestra Boves, el día 25, con 7.000 hombres, procedente de Cura, y ocupó el pueblo de Cagua, después de tirotearse sus avanzadas con las de San Mateo. Parte de las fuerzas vencedoras de Rosete en los Valles del Tuy, a las órdenes del mayor general de la izquierda Mariano Montilla, entraron en San Mateo el día 26, y al siguiente por la mañana, entraron la columna del mayor Ponce y la del capitán Salcedo, ascendido a comandante, y por la tarde se incorporó el coronel Villapol que venía de Barquisimeto con el batallán Barlovento, penetrando hasta el pueblo a pesar de los fuegos del enemigo. Bolívar estableció sus líneas de defensa de un extremo de la última calle del pueblo hacia el norte, que termina en dirección recta, en la hacienda de caña que era de su propiedad, donde se establecieron diferentes campamentos, dejando avanzado de la línea principal, en una pequeña colina, al coronel Lino Clemente, con el mando de dos piezas de artillería y un piquete de infantería débilmente parapetado, y con órdenes de defender el punto a toda costa. Colocáronse el parque y el hospital de sangre en la casa de habitación, cuya altura domina la misma hacienda, y se confió su defensa al capitán Antonio Ricaurte. El total de las fuerzas republicanas montaba a poco más de 2.000 hombres de todas armas.

Confiado Boves en la mayoría de su fuerza dispuso un ataque general, y el 28 de febrero rompió el fuego en todas direcciones, moviendo al mismo tiempo su artillería. El combate fué sangriento y duró diez horas y media; las masas de caballería cargaban incesantemente por todos los flancos de la línea de los patriotas; el pueblo y las al-

turas, a derecha e izquierda, arrojaban un fuego horroroso y continuo; y habiendo llegado la noche se retiraron los realistas a las alturas, atemorizados con las vigorosas y acertadas cargas dirigidas personalmente por Bolívar, de cuyas resultas salió herido Boves, las calles y plaza de San Mateo y los campos inmediatos cubiertos de cadáveres y de gran cantidad de municiones, fusiles y otros despojos. Por parte de los republicanos fueron pocos los muertos, entre éstos el coronel Villapol, el joven capitán Jaime Picón y otros distinguidos oficiales. Campo Elías fué herido y pocos días después falleció de las resultas.

El 6 de marzo volvió Rosete a ocupar a Ocumare, con 3.000 hombres y ejecutó las crueldades de costumbre, sublevando además contra el Gobierno independiente a los esclavos de aquellos valles ofreciéndoles la libertad y el saqueo de los pueblos; y para contenerlos salió el 13 de marzo de la capital el coronel Arismendi con una columna que ascendió a 800 hombres, luego que se le incorporaron en Charallave algunas partidas. El 16 atacó al enemigo en Ocumare, pero con tal desgracia que por casualidad escapó de la misma suerte de casi todos los de su columna, pasados a cuchillo por el vencedor, en cuyo poder quedaron armamento, municiones, equipajes, situándose Rosete en El Guayabo, en ademán de venir sobre Caracas. Impuesto Bolívar de esta ocurrencia, a pesar de las pocas fuerzas con que defendía a San Mateo, encargó al mayor general Mariano Montilla la conducción de una columna, en auxilio de la que debía tener el general Ribas, quien con 900 hombres más, atacó y derrotó completamente, el 20, en el mismo pueblo de Ocumare a Rosete, destinando al coronel Leandro Palacios para perseguirlos hacia el llano, por donde debería salirle al encuentro el ejército de Oriente, quedando restablecido el orden en todos los valles del sur de Caracas.

La invasión de Rosete en los valles del Tuy causó en la capital la mayor carestía de toda especie de víveres y comestibles, en términos que fué forzoso implorar los socorros de las provincias orientales. Barcelona y Cumaná con una presteza y generosidad admirables enviaron mu-

chos auxilios y Margarita despachó tres lanchas cargadas de víveres, sin exigir siquiera ningún interés, vinieron algunos oficiales y tropas para reforzar el ejército y las margariteñas remitieron quinientas gallinas de donativo para los heridos en las acciones de La Victoria y San Mateo (*).

Situado Boves en las alturas, al frente de San Mateo, se repetían diariamente escaramuzas y encuentros que no producían resultados de grande importancia, aunque en la del día 8 tuvieron los patriotas la sensible pérdida del valiente capitán Rodríguez. El 16 practicó el comandante Maza, por orden de Bolívar, un movimiento tan acertado, que facilitó el ataque dado el 17 al amanecer a los realistas, los cuales perdieron doscientos hombres, entre muertos y heridos y tuvieron que retirarse a La Encrucijada perseguidos vivamente por una parte de la caballería patriota, a las órdenes del mayor general Tomás Montilla, jefe de las operaciones en este día.

Desde el 20 de marzo siguió Boves estrechando el sitio de San Mateo hasta el 25 que atacó con furor todas las posiciones de los patriotas, aunque no con el éxito que presumió pues el triunfo lo obtuvieron éstos con sólo la pérdida de poco más de 100 hombres entre muertos y heridos, mientras que los realistas tuvieron 800 entre unos y otros y además muchos dispersos. El coronel Clemente mandó la artillería con un acierto admirable, y se distinguieron por su intrepidez y constancia los capitanes Pedro Salias, Ignacio Luque, Antonio Camejo y Miguel Borrás, que a la cabeza de tropas bizarras perdieron y retomaron diferentes veces las alturas que Boves había ocupado en persona y lo persiguieron al fin encarnizadamente, bajo la dirección del mayor general Tomás Montilla. El teniente coronel Ramón García de Sena y el capitán Pedro Alcántara Mantilla se hicieron notables por haber atacado y lanzado del pueblo a los que se habían hecho fuertes en su caserío; el teniente coronel Ramón Ayala manifestó la misma serenidad que en los ataques de La Victoria y

(*) Véase *Gaceta de Caracas* del 21 de mayo de 1814, Nº 51.

en otras funciones intermedias; y en general los oficiales y soldados no aspiraron en este día, más que a la gloria de las armas republicanas y a la destrucción de sus enemigos, en nueve horas de pelea, principiada a las ocho de la mañana y terminada a las cinco de la tarde. Memorable será este día por la extraordinaria acción del capitán Antonio Ricaurte, de la Nueva Granada, que rodeado por todas partes y no pudiendo salvar los pertrechos, los incendió y voló con ellos para impedir que los tomase Boves, quien volvió a ocupar sus posiciones y las conservó por haberse agotado las municiones de los patriotas por muy pocas horas, tanto por el gran descalabro que habían sufrido sus tropas, como por el aviso que tuvo de que el ejército de Oriente venía a tomarle la retaguardia, por lo que determinó batirlo antes que entrara en los Valles de Aragua y al intento se retiró de San Mateo el mismo día 30 tomando el camino de Cura.

El general Urdaneta llegó a Valencia con 480 hombres, en cuya plaza no había más fuerzas que los convalecientes de los hospitales, de la que hasta entonces se había servido el Gobernador coronel Juan de Escalona. Bolívar mandó que pasaran a reforzar la línea de Puerto Cabello 200 hombres y el resto guarneciera la plaza de Valencia, previniendo a Urdaneta su defensa hasta el último extremo, considerando que de su pérdida resultaría en aquellas circunstancias, la de toda la República. El 28 de marzo fué sitiada la ciudad por Ceballos, Calzada y Ramos que con 4.000 hombres principiaron sus operaciones incendiando varias casas antes de intimar la rendición, la cual desechada, ocuparon inmediatamente los realistas las alturas de las cercanías, entre éstas las del Puto y del Morro, que la dominan del todo. A los tres días de contínuos y sangrientos ataques quedaron los sitiados privados del río y sin otra agua que alguna recogida en vasijas y la salobre de pocos pozos, siendo insuficiente una y otra para el consumo de la guarnición, vecindario y emigrados aglomerados dentro de las fortificaciones.

La situación del general Urdaneta, encargado de la defensa de Occidente, era verdaderamente crítica: con-

centrado en Barquisimeto después de perdida la villa de Ospino y toda esa ruta hasta San Carlos, lo mismo que la ciudad de San Felipe y sus inmediaciones, es claro que quedó completamente flanqueado por su derecha y su izquierda. En tal estado se presentó una nueva invasión por los pueblos de Carora y los de la vía de Quíbor, por las tropas de Ceballos, y para oponérseles fueron destinados el comandante Domingo Mesa y el capitán Andrés Linares, con una pequeña columna, permaneciendo entre tanto el General en una vigilante espectativa, para trazar con nuevos datos sus operaciones ulteriores; pero el movimiento del jefe español fué puramente estratégico, y lo dispuso con fuertes guerrillas, mientras que a la cabeza de su bien organizado ejército marchó por la costa de Capadare a salir a Duaca, de donde se dirigió secretamente por la ruta de Barquisimeto, en donde amaneció el 7 de marzo formado en batalla, sin que antes hubiera tenido el jefe republicano ningún conocimiento de los movimientos de Ceballos: prueba inequívoca de la adhesión que la mayoría de los habitantes de Occidente tenían entonces a la causa del Rey. En vano intentó combatir Urdaneta con tropas inferiores en número, debilitadas y sorprendidas, y al fin tuvo que emprender la retirada por la vía de San Carlos, habiendo perecido en el ligero combate con mucha bizarría el capitán de "Soberbios Dragones" Nicolás Briceño. Los oficiales Mesa y Linares cerciorados de la ocupación de Barquisimeto, sin esperanza de ningún auxilio, tomaron la ruta de Trujillo y Mérida, habiendo perdido en el páramo de Las Rosas algunos soldados y otros que se dispersaron.

La villa de San Carlos, mandada por el coronel Pablo Arambarri, español decidido por la independencia, se hallaba reducida a un vigoroso sitio, por los guerrilleros Carlos Blanco, Torralba y otros, que se vieron después reforzados con la división de Calzada, de suerte que el general Urdaneta tuvo que forzar esta línea, para entrar en la plaza, en la que resistió continuos choques, en uno de los cuales perdió una pierna, de resultas de una herida,

el valiente capitán Antonio París. Permaneció en este punto hasta el 17 de marzo, en que salió para Valencia, siendo constantemente perseguida y molestada su retaguardia por los realistas, que se posesionaron luego de San Carlos, donde celebraron su triunfo con el asesinato de veintiuna personas de ambos sexos.

No se tendrá por extraña a este escrito una breve disgresión relativa a los patriotas Roscio, Cortés, Ayala, &., que Monteverde, sin causa legal, y violando una solemne capitulación, remitió a la península, para que pereciesen en sus presidios y mazmorras, como perecieron otros muchos en los de Venezuela. Esos dignos patriotas aherrojados en el presidio de Ceuta, en la noche del 17 de febrero lograron escaparse de él, por el auxilio y nobles oficios de Mr. Tomás Richards, refugiándose en la plaza de Gibraltar, donde fué inmediatamente a reclamarlos un oficial del Gobierno español y el 20 por la noche fueron arrestados de orden del Gobernador Campbell, quien mandó entregarlos al Capitán del jabeque que había ido en su persecución y reclamo. Al siguiente día entraron en la plaza de Ceuta estas inocentes víctimas de la libertad de su patria, en medio de la algazara y vociferaciones del populacho español, que con frecuentes instancias pedía su muerte, y por pronta providencia fueron puestos en calabozos separados, privados de toda comunicación, y aún de aquellos auxilios que en ninguna nación se deniegan a los reos convencidos de los más atroces crímenes. En estas horrorosas mansiones permanecieron hasta que por enérgicos reclamos del gobierno inglés fueron restituidos a Gibraltar, en pleno goce de su libertad individual, de donde se trasladaron a las colonias de América, con el noble objeto de continuar sus servicios en favor de la independencia y libertad de Venezuela y de todo el nuevo mundo.

Corresponde a este escrito, y viene bien aquí decir algo de la guerra a muerte que Venezuela hizo, a su pesar, en este año, la que atribuyen a Bolívar los españoles, siendo ellos sus primeros autores y los más tenaces en sostenerla.

No es preciso remontarse úno a los tiempos de la conquista, en que la guerra sin cuartel y de exterminio era la suprema ley de los conquistadores, contra los pueblos y personas que no se sometían al dominio del Rey, o que procuraban recuperar su perdida independencia y libertad (*). Basta tener presente que desde que en 1810 los americanos manifestaron su franca voluntad por la independencia, todos los jefes y mandatarios del Gobierno peninsular siguieron constantemente la misma regla. Gainza en Chile, Goyeneche en el Alto Perú, Cruces y Callejas en México, en Venezuela Monteverde, Antoñanzas, Cerberis, Zuazola, Morales, Boves, el fraile Márquez, Martínez, Urreiztieta, Ceballos, Tiscar, &. todos obraron del mismo modo, tratando a los prisioneros como a rebeldes y a todos los americanos como bestias feroces que debían exterminarse. Semejante conducta hizo sentir a los pueblos y a sus conductores la necesidad primera de su conservación y la de cortar la destructora mano de la tiranía que talaba los campos, incendiaba las poblaciones, robaba y profanaba los templos, sacrificaba a los niños, asesinaba a las madres, ejecutaba los martirios más crueles sobre el sexo fuerte, levantando por trofeos de sus infernales triunfos, y a vista de los patriotas, las partes del cuerpo humano, y hasta aquellas que la decencia no permite indicar, sirviendo tan atroces espectáculos de estímulo a su brutal alegría, y de suplicio y escarnio a los habitantes de estas regiones malhadadas. Cuantos géneros de atrocidades inhumanas, cuantas maneras de destrucción inventaron los tiranos más feroces, de otras tantas hicieron uso los defensores del Gobierno español,

(*) La despoblación de la América, la introducción de las viruelas y la rapidez con que se propagó este mal, indujo a muchos escritores a considerar este suceso como consecuencia de un plan no menos meditado que atroz. Los españoles, dicen, convencidos de la imposibilidad de ocupar las inmensas regiones que habian descubierto, y de mantener su autoridad sobre naciones infinitamente más numerosas que sus conquistadores, resolvieron, para conservar la América, exterminar a sus habitantes y convertir el nuevo mundo en un desierto, antes que perder su posesión. Montesquieu hablando de la monarquia de España dice asi: "Para conservar la América, hizo lo que no hace ni aún el despotismo, que fué destruir a los habitantes, le fué preciso para conservar su colonia tenerla dependiente de su propio sustento". (*Espíritu de las Leyes*, lib. 8, cap. 18).

para extinguir en los americanos el amor o el conato de la independencia.

No dejaron los españoles de conocer la justicia de esta causa, como también que la necesidad que impelía al mayor número de los americanos hacia tan noble objeto, habría de impeler, al fin, a todos generalmente, y para contener su marcha decretaron que el sacrificio de la presente generación era el único medio de contener o eludir su esforzada y común solicitud. Este concepto no era de un solo español, ni solamente de los que mandaban, era de todos los individuos de esa obsecada nación y no fué uno el que de entre ellos empuñó la cuchilla sangrienta, en ejecución de tan bárbaro proyecto, pues notorio es que todo español obró desde entonces en este sentido y del propio modo que los altos empleados. Mil plumas han publicado esas escenas espantosas de que se horroriza la humanidad, que la historia debe conservar para oprobio de sus autores.

La guerra a muerte, en su origen, procedió del Gobierno español. El Consejo de Regencia, con consulta del Supremo de España e Indias, expidió una real orden, en 30 de agosto de 1810, declarando en estado de bloqueo a Venezuela, y como rebeldes a todos los pueblos que siguiesen los perniciosos ejemplos de Caracas, con expresión de que se habían tomado todas las medidas más a propósito para la completa extirpación de estos males y para castigar a sus autores con todo el rigor de que los derechos de soberanía le autorizaban a usar, en caso de que no hiciesen una previa y voluntaria sumisión. Las Leyes de Partida, de Castilla e Indias califican de rebelde y traidor al que resista o se opone a la voluntad del Soberano, y por disposiciones posteriores se previno que fuese fusilado todo el que se aprehendiese llevando armas contra el Rey, confiscándosele sus bienes y notado de infamia. Así es que la Regencia declarando en estado de bloqueo a Venezuela, y por traidores y rebeldes a los habitantes que no hiciesen una previa y voluntaria sumisión, declaró desde entonces la guerra a muerte a los mismos habitantes, y por esto era que no se castigaba a

los que sacrificaban a los insurgentes que caían prisioneros.

A fines del año de 1811, el Gobernador de Coro don José Ceballos destinó una división de más de 300 hombres de infantería y caballería, entre los que iban ciento y pico de españoles de la tropa de marina, al mando del teniente coronel don Julián Izquierdo y su segundo el capitán de fragata don Domingo Monteverde, con el objeto de que hiciese una recorrida por el valle de Baragua, jurisdicción de Carora, en cuya ciudad había una fuerza republicana respetable, y contuviese las empresas o incursiones que intentasen los patriotas, sobre el territorio de Coro, de que se tenían fundadas noticias. A pocos días se encontraron las dos partidas en el sitio de Las Perdices, y después de algunos choques fueron derrotados los patriotas y perseguidos por los milicianos de Coro, que aprehendieron al teniente Manuel Pérez, padre de familia y vecino de Carora, y cuando le conducían a la presencia de Izquierdo, una partida de la tropa de marina de Monteverde, pidió en voces descompasadas la muerte de Pérez, a lo que se opuso el cabo de milicias; pero en un descuido de éste, un español le descargó en el pecho el fusil y le derribó en tierra sin vida, cuya acción aplaudieron con regocijo sus compañeros. El cabo dió parte del hecho al comandante Izquierdo; pero ni éste, ni su segundo, ni el Gobernador Ceballos castigaron al alevoso, ni desaprobaron el atentado, por lo que dijeron los soldados corianos que los prisioneros que hiciesen los insurgentes experimentarían igual suerte.

Cuando en 1812 el Capitán General Miyares confió al propio Monteverde, una expedición de 230 hombres, que debía obrar solamente hasta las fronteras y violando éste aquella orden se introdujo hasta Carora, permitió, autorizó y ejecutó los crímenes que el mismo Miyares denunció al Gobierno y se expresan en estas breves palabras: "En Carora se entró, no como las instrucciones prevenían, sino asolando, saqueando, y afligiendo al miserable pueblo, llegando a tal el desorden, que un infeliz, de cuya existencia pendía una amable familia, llamado

Alvarez, fué muerto en el balcón de su casa, por un individuo de la compañía de marinas, sin más antecedente que el acomodarle aquella víctima" (*). Lo mismo aconteció y ejecutaron en los demás pueblos Martínez, Mármol y señaladamente Antoñanzas en San Juan de los Morros y Calabozo; por lo que dijo un elocuente escritor (Zea) que cuando Monteverde invadió a Venezuela, los españoles entraron desde luego haciendo la guerra a muerte, no sólo a las tropas republicanas, sino a los habitantes pacíficos y laboriosos, a los labradores inocentes, a toda la creación orgánica, resueltos a no dejar en América más que la tierra y el cielo y la memoria de sus espantosas maldades.

Ocupó la capital, mediante una solemne y formal capitulación, en que se estipuló la seguridad de las personas y propiedades existentes en el país no reconquistado, sin que pudieran aquellas ser presas ni juzgadas por sus anteriores opiniones, como también la libertad de los prisioneros, bajo las mismas bases y la concesión de pasaportes a las personas que quisieran emigrar. Pero este tratado fué inmediatamente violado, como hecho con una parte inhábil, destacándose por la ciudad y los campos partidas de españoles y canarios, que saquearon las casas, embargaron los bienes y aprisionaron a un pueblo entero, conduciendo a estos desgraciados a las bóvedas de La Guaira y Puerto Cabello, donde los cargaron de grillos y cadenas, para que agobiados de su peso, de la miseria, del pesar, de la humedad y el calor de esas horrorosas mansiones, rindieran la vida, como muchos la rindieron, privados de auxilios corporales y espirituales, porque impíamente los vejaban los esbirros del sátrapa, o los concedían cuando ya estaban sin fuerzas, acción ni voz el moribundo. Las mismas escenas se representaron en Cumaná, siendo sus autores Cerberis, Antoñanzas y Zuazola, comisionados de Monteverde; y aunque la Audiencia quiso contenerle, no por amor a la humanidad,

(*) Véase *Relación del origen y progreso del trastorno de las Provincias de Venezuela*, por don Pedro Urquinaona, pág. 67.

sino porque con tales procedimientos era indefectible la pérdida de Venezuela, sus reclamos no produjeron otro efecto que hacer a Monteverde su enemigo declarado, y más encarnizado perseguidor de los patriotas. En este sentido le decía Cerberis, desde Río Caribe, en carta particular de 18 de junio: "Yo creo que en el día conocerá V. S. quiénes son sus verdaderos amigos, y conceptúo que el primer paso que debe darse, es dispersar esa Audiencia que tanto mal ha hecho, creyendo que aquí puede establecerse la Constitución. No hay más, Señor, que un Gobierno militar, pasar a todos estos pícaros (los patriotas) por las armas; yo le aseguro a V. S. que ninguno de los que caigan en mis manos se escapará".

En las instrucciones que el Gobernador de Maracaibo don Pedro Ruiz de Porras, asesorado por don Vicente Anca, dió, en 2 de mayo del propio año de 1812, al coronel don Ramón Correa, jefe de la expedición destinada a la sujeción y sumisión de los pueblos de Mérida y valles de Cúcuta, se previene, entre otras cosas, en el artículo 13, lo que sigue: "Si, lo que no es de esperar, los pueblos a la intimación que se les haga no cedieren a las armas del Rey, el señor Don Fernando VII, sus llamados jueces y oficiales y demás personas, de cualquier estado o condición, que capitaneen, manden o animen, e induzcan de obra o palabra a la resistencia *serán pasados por las armas inmediatamente*, sin más proceso que hacer constar el hecho en un testimonio o certificado, que firmarán los testigos, comprensiva del descargo del reo, y de la sentencia dada por el jefe de la expedición, o el de la tropa si se dividiere".

En dicho año el Presidente de la Junta de Popayán, Caycedo, y Mr. Alejandro Macaulay, joven de los Estados Unidos, que había tomado servicio en esta provincia, después de una capitulación ajustada en Pasto con los realistas, y pendiente la ratificación de un armisticio, fueron hechos prisioneros y poco después mandados pasar por las armas por el mariscal de campo don Toribio Montes, nombrado Presidente y Comandante General de las provincias de Quito, por la Regencia de Cádiz; los oficiales

prisioneros en Pasto fueron quintados y diezmados los soldados.

Este mismo jefe, después de la acción que le abrió las puertas de Quito, en carta confidencial decía al Virrey de Lima que la división de Ibarra sólo se ocupaba en perseguir a los principales insurgentes que no se habían presentado, y que pagaría con la vida todo el que fuese aprehendido, como se había ejecutado ya con Calderón, el sargento mayor de ingenieros don Manuel Aguilar, el francés Marcos Buyon y un cura (*).

En junio del propio año el comandante Tíscar mandó pasar por las armas al ciudadano Antonio Nicolás Briceño y siete oficiales más que fueron hechos prisioneros en una acción campal cerca de Guasdualito, por el canario Yáñes (**).

En vista de tan repetidos hechos, reprobados por el derecho de gentes y por el de la guerra que deriva de éste, fué que Bolívar publicó las proclamas de Mérida y Trujillo, declarando la guerra a muerte contra los españoles y canarios que no cooperasen a la destrucción del Gobierno intruso de España y al restablecimiento de la República de Venezuela, persuadido de que con tan franca manifestación los europeos adictos al Gobierno peninsular abandonarían el territorio, y los que quedasen se adherirían de buena fe al sistema de libertad que venía a restablecer; pero estuvo bien distante de que fuesen ejecutadas desde el momento de su publicación como lo prueba la otra proclama que dió en San Carlos, el 28 de julio, en que dijo: "Por la última vez, españoles y canarios, oíd la voz de la justicia y de la clemencia: si preferís

(*) Véase Restrepo, *Historia de la Revolución de la República de Colombia*. Tomo 3, cap. 5º, págs. 168 y siguientes. — Véase tomo 6º, pág. 79.

(**) Tomamos del proceso original el siguiente documento: "Guardia de Real Cárcel.—El 15 de junio estando en capilla el Coronel Antonio Nicolás Briceño, después de haber recibido el viático, suplicó le llevasen a Buena Ventura Yzarra, uno de sus compañeros, sentenciado últimamente a presidio; y cuando estuvo presente, le pidió perdón de rodillas, diciendo a los oficiales presentes: Señores, Yzarra está inocente, soy la causa porque padece, pues de San Cristóbal a San Pedro desertó tres veces, y otras tantas fué preso por mi orden, intimándole le pasaría por las armas, como volviese a reincidir; lo deben creer por el terrible momento en que me hallo y para descargo de mi conciencia".—Eran las dos de la mañana.

nuestra causa a la de los tiranos, seréis perdonados y disfrutaréis de vuestros bienes, vida y honor, y si persistís en ser nuestros enemigos, alejáos de nuestro país o preparaos a morir". Es constante que todos los que se presentaron al ejército y dieron pruebas de no ser desafectos al Gobierno republicano, fueron recibidos con amistad y algunos conservados en los destinos que tenían antes y considerados como americanos. En Valencia fueron pasados por las armas unos pocos como asesinos, ladrones famosos y denunciados como cabezas y agentes de una reacción; pero habiendo Bolívar aprobado, el 4 de agosto en La Victoria, la capitulación propuesta por los comisionados del Gobernador interino de Caracas, don Manuel Fierro, por la que se adoptó una reconciliación general, olvidándose todo lo pasado respecto de todos los habitantes, sin más distinción de origen ni clases, de modo que no podrían sufrir extorsión alguna ni en sus personas, ni en sus bienes, por la adhesión que hubiesen manifestado al Gobierno español, siendo libre la emigración de todos los que la pretendiesen, para retirarse con sus intereses, a donde más le acomodase; es claro que aquellas proclamas quedaron sin eficacia, ni fuerza legal. Monteverde no sólo se negó a ratificar la capitulación, sino que recargó de grillos y cadenas a los patriotas que se hallaban en los pontones, destinándolos a trabajos duros e ignominiosos y obligándolos con el hambre y toda clase de privaciones; y de aquí que las proclamas del General en Jefe quedaran en vigor, y sujetos a su vindicta sobre 4.000 europeos que se hallaban en el territorio.

Hallábanse en las bóvedas y pontones de Puerto Cabello niños impúberos, sacerdotes y muchas personas que no habían hecho la guerra, porque no eran militares y habían sido conducidos allí en virtud de las órdenes de Monteverde y de las que daban los canarios sus esbirros. Apareados y arrastrando pesadas cadenas eran obligados por la fuerza a trabajos groseros y fuertes, insoportables a hombres que por su nacimiento y educación habrían preferido mil veces la muerte, como la recibieron muchos

después de haber sufrido un prolongado y vilipendioso martirio.

La fragata de guerra española "Venganza" que partía de Puerto Cabello a Veracruz completó su tripulación con treinta patriotas que por su educación y costumbres no podían servir ni desempeñar las fatigas de un marinero, siendo uno de ellos el oficial prisionero Bartolomé Salom. En vano reclamaban el derecho de gentes y de la guerra, la constitución y leyes españolas, pues Monteverde y sus satélites no conocían otros principios que los de muerte y exterminio. El frenesí sanguinario de estos monstruos llegó hasta el punto de que para celebrar la festividad de un Santo determinaron fusilar a cuatro patriotas que tuviesen el mismo nombre, cuya ejecución encargaron al capitán español F. Urbina, el mismo que dió de palos al ciudadano Juan Tinoco, antes de conducirlo al patíbulo. Por último Bolívar propuso un canje de los oficiales aprehendidos en las últimas acciones, por igual número de americanos, según su grado y carácter y el resultado fué que Monteverde hiciese poner en una bóveda al emisario parlamentario, presbítero Salvador García de Ortigosa, con violación del derecho de gentes, escapando éste de la muerte a costa de ruegos y lágrimas y de la mediación de sus paisanos. La guerra continuó con furor y encarnizamiento; los caudillos subalternos de Monteverde no daban a nadie cuartel, las poblaciones eran incendiadas y las propiedades destruidas; los españoles que existían en los pueblos fomentaban las partidas y no cesaban de tramar conspiraciones. En tan apuradas circunstancias ¿qué partido debía tomar el encargado de la seguridad y bienestar del Estado?; el que permite el derecho de la guerra: el de *las represalias;* pues éste es el único medio de contener a un enemigo, que violando la ley de las naciones, se abandona a tales excesos. El derecho de la defensa natural permite oponer al enemigo su misma conducta, las armas de que se sirve, y hacer que se conviertan contra él sus propios furores y locura (*).

(*) Véase Grocio. *Droit de la guer et de la paix,* lib. 3 cap. 2°, Nos. 6 y 7.—Pufendor. *Droit de la Nature et des gens.* Libro 8, Cap. 6 Nº 13.—Vatel, Lib. 3º Cap. 8º Nº 142.—Martens, Droit de gens. Lib. 8, Cap. 2. Olmeda. Elemento del De-

La conducta de Bolívar y de los jefes republicanos está justificada por la necesidad de contener la ferocidad de sus enemigos, y aunque en ella hubiera habido alguna demasía o exceso, debería imputarse a estos nuevos vándalos, pues la sola necesidad de contener a estos monstruos del averno, más bien que el deseo de venganza, hizo adoptar aquella medida de justa represalia, fundada en el derecho de la guerra y justificada por su mismo origen, es decir, por la conducta que observaron los españoles. La historia imparcial manifestará al mundo que la guerra a muerte que hicieron los patriotas, precediendo su declaración, fué nacida de las circunstancias, cuando se hubo agotado, por las innumerables crueldades de sus enemigos, los sentimientos filantrópicos de los americanos a cuya generosidad genial y denodado valor repugnaban las mismas acciones que ejecutaban.

Los sucesores de Monteverde, legítimos o intrusos, siguieron el plan de exterminio y devastación que principió y dejó trazado en Venezuela ese bárbaro, y más adelante se verá hasta qué punto llegó bajo las hordas de Boves y Morales. Apareció después el *Pacificador Morillo,* más feroz, sanguinario y cruel que todos sus predecesores, y al mismo tiempo el más hipócrita y taimado, pues aunque perdonó la vida, en Margarita, al coronel Arismendi, sabiendo que había hecho ejecutar en Caracas y La Guaira a los españoles y canarios, fué con la mira de asegurar la sumisión del país, por las vías pacíficas sacrificando después a todos los que directa o indirectamente hubiesen tenido parte en la revolución de la independencia. Así es que triunfante en Cartagena hizo fusilar a todos los que aprehendió en la plaza autorizando las atrocidades que en Bocachica ejecutó Morales en mujeres y niños, viejos y hombres inermes, condecorándole por tales hazañas con el sobrenombre de *Terror de los malvados.* Cuando llegó cerca de Santa Fe de Bogotá desaprobó el indulto que en Zipaquirá publicó a nombre

---

recho Público. Tomo 2, Cap. 6.—Bell, *Principio de Derecho de Gentes,* parte 2, Cap. 3º Nº 3.

del Rey, el coronel don Miguel de la Torre, y fueron pasados por las armas muchas personas que se quedaron confiadas en él, otras destinadas a presidios, desterradas muchas señoras y confiscados los bienes de aquéllos, ejecutándose lo propio en las demás provincias. Contestando el Pacificador un parte que le dió desde la provincia de Antioquia el Capitán de Húsares de Fernando VII don Vicente Sánchez Lima, sobre unos prisioneros que había hecho, le previno que en lo venidero hiciera muy pocos prisioneros al fin de una acción, aparentando benignidad, porque muchos prisioneros le serían embarazosos (Restrepo, Tomo Sexto, página 123. Edición de 1827).

Es de notar que Bolívar y los patriotas hicieron la guerra a muerte, habiéndola antes declarado, no por venganza, sino para contener a sus encarnizados enemigos, y la sostuvieron hasta que pudieron infundir a éstos el respeto y consideraciones que merecían como hombres y exigía el sistema que habían proclamado. Los españoles la hicieron sin declararla, cuando eran los más fuertes, desde el momento en que se empuñaron las armas, para sostener la independencia, privando de la vida natural y civil a los patriotas que caían en su poder, de mil modos que manifestaban un encarnizado odio y una ferocidad tan espantosa que no es posible describir sin el más acerbo dolor y sin la más justa indignación. Los realistas cuando eran los más fuertes fueron crueles, perseguidores, feroces, carniceros, exterminadores, inflexibles; los republicanos triunfantes fueron prudentemente tolerantes, inmensamente generosos, compasivos, liberales y humanos sin limitación.

Habiendo llegado el general Bolívar, en el año 16 a Margarita, con la expedición que formó en Los Cayos, después de haber triunfado de los realistas en el mar y en la tierra, hizo una intimación al brigadier Pardo para que evacuase el punto de la isla que ocupaba, bajo las condiciones que propusiese, advirtiéndole que por parte de la República habían cesado los horrores con que hasta entonces se había hecho la guerra; a lo que contestó el jefe español que su honor no le permitía tomar otro par-

tido que el de sostenerse hasta lo último; y que en cuanto a la naturaleza de la guerra, no era a las tropas del Rey, a quien debían imputarse aquellos horrores, sino al mismo Bolívar y a sus colegas que habían sido los primeros en ejecutarla. Por lo que queda dicho se conoce lo infundado de semejante aserción, y por los sucesos que se verificarán, en la serie de esta relación, se conocerá cuál de los dos partidos fué el que se propuso el total exterminio de su contrario, no pudiendo omitirse aquí el acotar un capítulo de la carta que el brigadier don Manuel Fierro dirigió a un paisano suyo, residente en Colonias, después de la catástrofe de Maturín y dice así: "Mi estimado amigo: Gracias a Dios que hemos concluido con esta gavilla de bribones que se habían refugiado en el inexpugnable Maturín; aún quedan algunos vagando por los montes y, a decir la verdad, para extinguir esta canalla era necesario no dejar uno vivo, y así es que en las últimas acciones habrán perecido, de una y otra parte, más de doce mil hombres, pero afortunadamente todos los más son criollos y muy raro español: si fuera posible arrazar con todo americano sería lo mejor, pues Vd. desengáñese, estamos en el caso de extinguir la generación presente, porque todos son nuestros enemigos, y el pueblo que no se ha sublevado es porque no ha podido, observándose con admiración que los hijos de los españoles son los más exaltados. En fin, amigo, nosotros debemos sembrar la guerra intestina a los criollos, para que se acaben unos a otros y que tengamos menos enemigos".

Las provincias unidas de Cumaná, Margarita y Barcelona se gobernaron por el sistema de libertad rescatada por las armas y conducida por la moderación hasta fines de este año, en que multiplicándose las partidas de bandidos en las provincias de Barcelona, Caracas y Barinas, los pueblos y sus jefes se vieron en la necesidad de alterar sus reglamentos, tanto en el Oriente como en el Occidente. Sin embargo de los triunfos obtenidos en Bárbula, Trincheras, Mosquitero, Vigirima y Araure, el general Bolívar hizo ver a Mariño la necesidad de reunir sus fuerzas, para salvar la patria que estaba en peligro, y fueron

tan poderosas y convincentes las razones que manifestó. que el Jefe de Oriente resolvió ponerse prontamente en marcha para ayudar a su esforzado compañero a destruir a los enemigos que plagaban el Occidente. Libráronse las órdenes convenientes al efecto, y en consecuencia se embarcaron en Cumaná, para Barcelona, el batallón primero de línea que mandaba el coronel Manuel Valdés, el segundo de idem al mando del coronel Bermúdez, 300 milicianos, que formaban la reserva, a las órdenes del teniente coronel Manuel Isaba, 200 zapadores a las del capitán Pedro Sucre y un piquete de artillería, con dos piezas del calibre de a 8 a las del teniente Ignacio Zertal. Estas tropas incorporadas al batallón veterano de Barcelona que mandaba el coronel Sebastián Blesa y al de milicias de la misma plaza, del que era comandante el teniente coronel Manuel Antonio Lovatón, siguieron a la villa de Aragüita, en dónde debía organizarse el ejército.

El general Mariño emprendió su marcha por tierra a Maturín para tomar caballerías, en diciembre, con su estado mayor, que lo componían el licenciado Gaspar Marcano, el teniente de ejército Ramón Machado, Secretario; edecanes los tenientes de infantería Vicente Sánchez, Luis Alcalá, José S. Rauseo, Antonio Tárrago, F. Chevalier y el capellán José María Márquez.

Dióse orden para que en el pueblo de Aragua, distante de Maturín doce leguas, se derribase la casa en que Zuazola había sacrificado la multitud de víctimas de que arriba se ha hecho memoria y se erigiese en el mismo lugar una pirámide que recordase a aquellos mártires de la patria, y así se ejecutó con aplauso de todo el vecindario. Habiéndose alistado en Maturín cinco escuadrones, cuyos comandantes eran los tenientes coroneles José Tadeo Monagas, Manuel Sedeño, Antonio Arrioja, José Calderón y Lucas Ballivian, de cuyo cuerpo era sub teniente Francisco Carvajal, conocido por *Tigre Encaramado,* que tanto se distinguió después en el ejército por su valor, se dispuso la marcha para Aragüita, siendo de notar que la noche antes recibió el comandante de Maturín Andrés Rojas

un oficio firmado de tres individuos, que lo fueron Alejandro Rondón, zambo, que se titulaba general en jefe de una facción que se había levantado en el Caño Aponte, inmediato a Aragüita, otro zambo, que se denominaba comandante general de artillería y Pedro Alemán, blanco, que se apellidaba *defensor de la fé,* en el que le invitaban, para que con toda la gente de su pueblo les ayudase a destruir el Gobierno de Barcelona, por no poder sufrir las alcabalas y otros pechos, con que estaban recargados los habitantes de la provincia, de cuya novedad dió parte a Mariño, quien determinó marchar a estos puntos, ante todo, como lo hizo al siguiente día, con todas las caballerías.

Al llegar al pueblo de Areo, distante de Maturín diez y seis leguas, recibió otro oficio del Gobernador Manuel Valdés, participándole haberse apoderado de Aragüita los facciosos del Caño Aponte, los que le habían hecho ciertas proposiciones, a las que había accedido, por no tener tropas que oponerles, cuyas proposiciones aprobadas las devolvió con el coronel Pedro María Freites y el ciudadano Francisco Rivas. Mariño desaprobó la conducta de Valdés, a quien dijo que la República no estaba en estado de tratar con facinerosos y que para escarmentarlos marchaba sobre ellos con fuerza suficiente. El verdadero objeto de estos facciosos, era someter la provincia a los españoles y no librarse de pechos y contribuciones, como se acreditó cuando habiéndose apoderado del Teniente Justicia mayor de Aragüita, conduciéndole a la plaza para matarlo, le reconvenían diciéndole: *Ahora pagarás tú las muertes del padre Márquez y de Arias Reina,* exceso que no se consumó, porque siendo el Justicia Mayor un hombre sumamente bueno, halló defensores entre los mismos malvados, que lo libertasen del suplicio a que lo conducían. El General continuó su marcha por la Villa de Urica y Santa Rosa, donde hizo alto y destinó al comandante Antonio Arrioja, para que fuese a Chamariapa en busca del *defensor de la fe,* que dentro de poco fué traído al cuartel general, en donde habiéndosele tratado al principio con indiferencia, sobre lo ocurrido, y después con ca-

riño, no sólo confesó su extravío, sino que se obligó a reunir y traer a los hombres que había en aquel partido, que eran los mismos facciosos, y habiéndosele conferido esta comisión, prevenido de conducir la gente al pueblo de Aragüita, siguió el General con su estado mayor en dirección a él, donde al siguiente día de su llegada se presentó el *defensor de la fe,* con 300 hombres y los principales cabecillas, incluso Alejandro Rondón, y reducidos éstos a prisión, se les formó causa, que fué sentenciada, con dictamen del Auditor, condenándose a muerte a veinticinco de los principales facciosos, y los demás se destinaron al servicio del ejército, y se publicó en orden general, la pena capital para los que desertasen igualmente que para los Justicias de los pueblos que los abrigasen, cuya medida produjo el mejor resultado, pues fueron pocos los que desertaron (*).

Restablecido el orden en los pueblos de esta comarca, siguió el ejército su marcha a la provincia de Caracas, en esta forma: el batallón primero de línea, con dos escuadrones de caballería a las órdenes del coronel Manuel Valdés, componía la derecha; los batallones de línea y de milicias de Barcelona y dos escuadrones, la izquierda, al mando del coronel Agustín Arrioja; el batallón número segundo de Cumaná con el cuerpo de reserva, zapadores, un escuadrón y la artillería, a cargo del teniente coronel Antonio Freites, el centro, al mando del coronel José Francisco Bermúdez. Estas tres columnas salieron de Aragua a fines de enero del año 1814, con órdenes de obrar cada una de por sí, pero con dirección a la espalda del pueblo de San Mateo, donde se hallaba Boves con más de 6.000 hombres, fuera de la división de Rosete que obraba en la Sabana de Ocumare con miras sobre Caracas, prevenidos los jefes de no dejar enemigos a la retaguardia.

Los comisionados licenciado Juan Antonio Rodríguez Domínguez y don José Manuel Sánchez, a quienes el general Bolívar había enviado a instar por el auxilio pedido,

(*) *Historia de Cumaná.* (Obra inédita del autor).

llegaron a la Villa de Aragua y manifestaron a Mariño el estado de las cosas, y que el ejército de Oriente hallaría en sus operaciones la concurrencia de las tropas de Occidente, el día que se batieran con el enemigo, la ocupación y atrocidades cometidas en Calabozo y pueblos inmediatos; y enterados del plan y disposiciones del General regresaron prontamente para informar de todo a Bolívar.

La columna al mando de Valdés siguió por los pueblos de Tucupido, Orituco y Lezama, y para ocuparlos fué preciso batirse, porque en todos se manifestó oposición a los patriotas, siendo la más notable resistencia la que hicieron los indios de Tucupido, bajo la dirección de su cura, el Padre Ybarrolaburu, en cuyos encuentros murieron tres soldados de la columna, y se tomaron algunos, de los que se ejecutaron cinco, entre los cuales fué uno, el nombrado *Antonio el manchado*, hombre que a todos causó admiración: su estatura era agigantada, el color pardo claro, sus facciones muy toscas, la espalda de cerca de una vara de ancho y la mitad de su cuerpo verticalmente cubierto de una cerda de cuatro dedos de largo, tan gruesa y espesa como la del caballo, siendo notable que no se le privó de la vida, hasta que no se le descargaron siete balazos.

El ala izquierda, al mando de Arrioja siguió por las riberas del Orinoco y ocupó el pueblo de Cabruta, después de dos horas de fuego, y allí tomó armamento, caballerías empotreradas, un cañón de bronce, del calibre de a dos, y en el Caño de las Garcitas una lancha con mercancías secas y caldos que se repartieron entre las tropas, la que había sido despachada de Guayana, por Cagigal, para Boves, con pliegos que conducía como comisionado don Isidoro Quintero, español del comercio de Caracas, que fué hecho prisionero, con un dependiente suyo nombrado Antonio Lara y remitidos al hato de Belén, de don Juan Ascanio, en donde fueron juzgados y pasados por las armas, en el sitio de La Lajita, como enemigos activos e inveterados de la causa de la independencia de Venezuela.

El centro no tuvo encuentro ni acción alguna hasta llegar a este hato, por haber hecho sus marchas por despoblados; y reunido el ejército siguió su ruta, aunque habiéndose tenido noticias de que el teniente coronel español don Pedro López, se hallaba a un día de distancia, con una división de 500 hombres, en el Sitio de Memo, que era el mismo camino que debía llevarse, y fué destinado Bermúdez para batirlo, quien volvió pronto, sin haberlo encontrado y se incorporó al ejército. Ocurrió en esta mansión una novedad que impresionó mucho a los jefes y fué que después de haber acampado las tropas, se sintieron atacadas de un accidente, que causaba un letargo mortal, de modo que el capellán hubo de administrar los Sacramentos de la penitencia y extremaunción. Investigóse la causa y se descubrió que los soldados habían comido yuca amarga, tomándola por dulce, y con esta noticia el cirujano Vicente San Pedro aplicó los remedios convenientes, y con otros auxilios que suministró la parda holandesa Mariana, sirvienta del General, se restablecieron todos, y sólo murió el soldado F. Salcedo.

Continuóse la marcha en dirección a Camatagua, sin haber ocurrido novedad hasta llegar sobre las montañas de San Casimiro de Güiripa, en donde la descubierta encontró unos esclavos del ciudadano Isidoro López Méndez que venían huyendo de Ocumare, y decían que el general Ribas había derrotado en este pueblo el 20 de marzo a Rosete, que había tomado la fuga para los llanos, en cuyo concepto se destinó a Bermúdez, con la mitad de su batallón hacia el punto por donde debía salir aquél, y al siguiente día se le descubrió cerca de Los Pilones donde se trabó un recio combate que duró desde las nueve de la mañana hasta las seis de la tarde, en que Bermúdez por no tener más de quinientos cartuchos tomó una altura, de donde destinó un sargento a pedir auxilio a Mariño, ofreciéndole que si desempeñaba la comisión con la celeridad que exigían las circunstancias en que se hallaba la división, le haría subteniente y le gratificaría con cincuenta pesos. El sargento llegó a Camatagua a las siete de la mañana del siguiente día, y entera-

do Mariño de lo ocurrido, se puso en marcha él mismo con 300 hombres de la reserva, su estado mayor y la compañía de cazadores del primer batallón de línea, al mando del capitán José Antonio Laplaza, con dos piezas de a cuatro.

El coronel Palacios, según se ha dicho, salió de Ocumare con los batallones Barlovento y Valencia, en persecución de Rosete y habiéndole encontrado en el Sitio de Los Pilones, le batió completamente, en términos que tomó la fuga, sin que se supiese más de él, quedando fuera de peligro la división de Bermúdez, con la que se avistó al otro día; y habiéndose remitido a Caracas los heridos, siguieron unidos a encontrarse con el ejército de Oriente. Es curioso notar que en una de las cargas que Bermúdez dió a Rosete, antes de tomar la altura, le quitó las cargas de su equipaje y el botín que había hecho en Ocumare en el que se encontraron muchas alhajas y prendas de las que había robado, y órdenes de Boves, para que pasase a cuchillo a todos los que cogiese. Encontróse además muerto un hombre en traje de fraile y una mujer de color mestizo, vestida de chaqueta de uniforme con dos presillas, que iban con los arrieros.

Reunido el general Mariño con Palacios y no ofreciendo cuidado el cabecilla Rosete, se dirigieron a Camatagua, donde se hallaba el resto del ejército, al que se dió nueva organización, quedando de vanguardia el coronel Palacios con los batallones Barlovento y Valencia, y se nombró por Jefe de Estado Mayor al coronel Mariano Montilla. Hecho este arreglo se continuó la marcha en dirección al punto señalado a la salida del ejército, y cuando ya pisaba el territorio inmediato, ocurrió el 31 de marzo la novedad de que habiendo hecho alto las tropas, para almorzar en la Quebrada de Bocachica, como a las diez de la mañana se oyeron unos cañonazos en la Villa de San Luis de Cura, y en seguida un tiroteo de fusilería que, pronto se supo, lo sostenía el escuadrón al mando del coronel Ballivian que hacía la descubierta y se batía

en retirada, con el ejército de Boves, que venía sobre el ejército de Oriente con 5.000 hombres de todas armas. Formóse la línea de los republicanos y se mandó a la vanguardia pasar la quebrada, que sufrió las primeras descargas y sostuvo los primeros choques, por dos horas, con una firmeza admirable, hasta que se observó que flaqueaba y aún se hallaba cortada, y entonces fué auxiliada con el centro que mandaba el coronel Bermúdez, quedando firme el ala izquierda que comandaba Valdés. La acción se hizo general y el fuego se cerró con prodigios de valor por una y otra parte: los realistas ocuparon las alturas de ambos costados del ejército republicano, fijando en ellas para imponer, la bandera española con las armas de Castilla y de Borgoña; y para no ser desalojados, pusieron fuego a la paja de los cerros; operación que les resultó contraria, pues soplando el viento hacia ellos, y destinándose al mismo tiempo una compañía de morenos que habían sido esclavos en Cumaná, los cuales marchaban por el fuego, sin ningún embarazo, haciendo buen uso de sus armas, resultó que los realistas tuvieron que abandonar sus puestos, despeñándose algunos por los cerros antes que exponerse a las bayonetas de los patriotas. Durante el combate intentó muchas veces la caballería de Boves cortar a los republicanos; pero nunca pudo conseguirlo, porque el capitán de artillería Tánago, con la pieza que mandaba les hizo un gran destrozo. Una parte de la infantería se apoderó de una casa que dominaba el centro de los patriotas, de la que se les hacía mucho estrago; pero a las cinco de la tarde fueron destacados los lanceros y la tomaron por asalto, dando muerte a cuantos en ella había. A las seis de la tarde indicó Valdés al General el ser ya hora de decidir la batalla, y convenido en ello, marchó el mismo Valdés con su división en columna sobre Boves, quien mandó tirar un cañonazo sin bala, y se puso en retirada por el camino de la quinta plantación, persiguiéndolo Valdés más de una legua de donde retrocedió a incorporarse con el ejército. La batalla duró como ocho horas, perdiendo los realistas, entre muertos y heridos, como quinientos hombres, fuera de los dis-

persos; los republicanos tuvieron cincuenta muertos y ciento cincuenta heridos. Por el estado que se pidió a los cuerpos se vió que no tenían las municiones necesarias para una persecución, por lo que se resolvió seguir la marcha a La Victoria, la que se emprendió a la media noche por El Pao de Zárate, en cuyo tránsito se encontró ardiendo la hacienda y el trapiche del ciudadano J. Paz del Castillo, por haberle puesto fuego cinco zambos que aprehendidos fueron fusilados en el mismo lugar en que habían cometido el crimen.

Dirigióse Boves hacia Valencia y fué perseguido por las tropas de San Mateo a las órdenes del teniente coronel Tomás Montilla, que le tomaron muchos caballos, prisioneros y equipajes que contenían muchas alhajas de las que se habían robado. Rescatáronse al mismo tiempo sobre mil cuatrocientas personas, entre mujeres, niños y ancianos, a quienes se obligaba a ser conductores de todo aquel tren, alanceándoseles cuando los rendía el cansancio o el hambre; pero a ningún prisionero se quitó la vida.

El 3 de abril a las cinco de la tarde entró el ejército de Oriente en La Victoria, a donde había venido el General Bolívar, y se le hicieron los honores correspondientes, practicándose lo mismo con el General y Jefe Supremo que fué tratado con demostraciones de benevolencia y gratitud. Bolívar salió inmediatamente para Valencia, con prevención que el ejército de Oriente siguiese la misma ruta, y en efecto al siguiente día temprano se puso en marcha y el 5 entró en Valencia, donde fué recibido con júbilo y regocijos, y se acuarteló y racionó con preferencia en todo a las tropas de Occidente.

Reunido Boves a Ceballos y Calzada dieron un fuerte ataque a Valencia, que comenzó a las ocho de la mañana por todos los ángulos de la plaza, por las alturas, por los techos de todas las casas inmediatas, poniendo artillería en todas las bocacalles que caían a la plaza, de suerte que a las dos de la tarde estuvo tomada por los realistas; pero fueron tales los esfuerzos y prodigios de valor de los patriotas, que aquellos vieron malogradas sus esperanzas, teniendo que retirarse a su campamento a las cinco de la

tarde, dejando las calles cubiertas de cadáveres. Toda la noche estuvieron tiroteando la plaza con los seis cañones de a cuatro que habían traído para el sitio; mas, al amanecer del siguiente dia, domingo de ramos, se advirtió que había dejado el lugar e inmediatamente dispuso el gobernador Escalona que saliesen 25 hombres de caballería que habían en la plaza a observar la ruta que llevaba y perseguir a los atrasados, como se verificó, habiéndose hecho en la persecución algunos prisioneros y recobrado muchas alhajas robadas a los templos de San Francisco, Candelaria y beaterio de educandas, entre las cuales se recogió la custodia de San Francisco, que dejaron en una pulpería, la que se entregó al Arzobispo Coll y Prat, que se hallaba en visita y sufrió los rigores del sitio. La caballería prosiguió, y al otro día, habiendo avanzado cerca de la sabana de San Pablo, camino de San Carlos, supo que Ceballos había acampado poco más allá del sitio de Carabobo, y que Boves dejándole la mayor parte de su gente, había seguido para Calabozo.

En el día del último ataque perdieron los patriotas ciento ochenta personas, entre muertos y heridos, siendo de este número la señora Angela Lamas en una mano y otras dos mujeres que estaban dentro de la plaza ocupadas en los trabajos como lo estaba todo el vecindario. El mismo día que se retiró Ceballos se supo en Valencia por una india que dijo ser enviada por Bolívar, que éste se hallaba a inmediaciones de la laguna en el sitio de La Negra, y habiéndosele informado por Urdaneta y Escalona todo lo ocurrido y el estado de la plaza, a las dos de la mañana del siguiente día entró en ella con su estado mayor y 700 hombres de los que habían combatido en La Victoria y San Mateo.

Organizóse inmediatamente el ejército de Oriente y Occidente y se destinó una división de 2.000 hombres a las órdenes del general Mariño, para que fuese a batir a los realistas. El 16 se encontró con éstos en el sitio del Arao, cerca de San Carlos y apenas comenzó la lid, se introdujeron la confusión y el desórden, por haber sido

envuelta la izquierda por Ceballos y Calzada, de modo que Mariño pudo salvarse con infinito trabajo. Urdaneta, Ayala y otros jefes sostuvieron la acción en el centro y la derecha el tiempo que les fué posible; y habiendo tenido por la noche una junta de guerra, en que se convino que debían retirarse para no perder las fuerzas, se ejecutó esto sin ser molestados, salvándose algunas cosas. El Libertador se hallaba a la sazón sobre la linea de Puerto Cabello y regresó a Valencia para mandar en persona el ejército persuadido de que la ciudad sería inmediatamente embestida.

Pocos días después supo Bolívar que Cagigal se había reunido con Ceballos y Calzada y que marchaban con una fuerza de 6.000 hombres, y determinó salirles al encuentro con poco más de 5.000. El 28 de mayo, a las nueve de la mañana, se descubrió la línea del ejército realista, que se había situado en la sabana de Carabobo, seis leguas distante de Valencia y al momento se formó en batalla el ejército libertador, cuyas divisiones de vanguardia, centro y retaguardia estaban mandadas por los coroneles José Francisco Bermúdez, Manuel Valdés y Leandro Palacios y los flancos de cada una estaban cubiertos por dos piezas de artillería. A las doce y media se dió la orden de marchar en batalla y la línea republicana avanzó sobre la realista, sufriendo sin disparar un tiro el fuego de su artillería. Antes de empezar la acción el Libertador habló al ejército diciéndole: "Soldados!, vosotros tenéis delante a los mismos jefes y a los mismos españoles de quienes habéis triunfado en más de cien combates; éste debe ser el último". El general Mariño recorrió la línea y con la mayor serenidad dijo: "Soldados de Oriente: mostrad vuestro antiguo valor, y concluyamos hoy con el que se nos escapó de Barcelona, con Cagigal que al oir vuestro nombre, huirá ahora como huyó antes despavorido de las provincias orientales. Seguidme y avanzad con firmeza". El general Ribas arengó a las tropas con entusiasmo, y dirigiéndose al antiguo batallón Barlovento, que él mismo formó y del que ha-

bía sido jefe, le dijo: "Soldados: vosotros, en quienes jamás ha podido influir la suerte varia de la guerra, pues que siempre habéis sido vencedores, váis hoy, más que nunca, a mostrar vuestro valor y disciplina, y si se nos presenta algún obstáculo para conseguir hoy la victoria, debéis vencerlo". El combate fué crudo y duró hasta las tres de la tarde, en cuyo transcurso apenas hubo algunos minutos, en que un fuego vivísimo o los choques de las caballerías dejaran de causar estragos en los dos cuerpos que se disputaban la victoria, pero entrando al fin los realistas en desorden, se pusieron en vergonzosa fuga su reserva y su caballería por los caminos del Pao y San Carlos, haciendo lo mismo Cagigal, Ceballos, Calzada, Correa y otros jefes y oficiales, dejando el campo cubierto de muertos y heridos y en poder de los patriotas cerca de cuatro mil caballos, gran número de prisioneros y artículos de guerra y todos los equipajes, de que se aprovechó la tropa, hallando en ellos muchas onzas de oro y algunas alhajas. Fué uno de los muertos el mayor general Paz Méndez; el mayor general de infantería don Melchor Somarriba y el teniente coronel don Joaquín Puelles fueron muertos por Bermúdez, cuya acción desaprobó Bolívar.

Distinguiéronse en esta memorable jornada Bermúdez, Valdés, que fué levemente herido, Mariano Montilla, Antonio María Freites y el comandante de caballería Francisco Carvajal, alias *Tigre encaramado,* que salió del campo con un escuadrón y persiguió a los que huían hasta El Tinaquillo. Al siguiente día se dividió el ejército vencedor para perseguir a los fugitivos y destruir otras facciones. El general Urdaneta fué destinado, con cerca de 2.000 hombres, a perseguir a Cagigal y Ceballos y obrar en el Occidente. El general Mariño con Jalón, Aldao, García y otros jefes a la Villa de Cura. El general Ribas, con una fuerte columna, siguió para Caracas, a donde se dirigió Bolívar. Urdaneta ocupó a Barquisimeto y recogió la partida que antes de su salida había despachado hacia Quíbor y El Tocuyo, en busca de víveres.

Habiendo regresado el ejército de Oriente a Valencia, formó un complot que fué descubierto casualmente por el gobernador Escalona, quien yendo de ronda una noche con algunos dragones montados, encontró en el sitio de Los Cerritos un grupo de hombres armados que habiéndose puesto en fuga, aprehendidos resultaron ser soldados del ejército de Oriente, quienes reconvenidos sobre su conducta, declararon que el batallón del coronel Bermúdez, alojado en el Hospital de Caridad, estaba dispuesto a desertar para Cumaná, y que lo acababan de hacer todos los que estaban francos en el cuartel y la guardia de prevención. Volvió Escalona a la plaza con los aprehendidos y mandó al comandante Espinosa saliese al momento con su caballería para los pueblos de San Diego y Los Guayos, a impedir la fuga de los desertores; de lo que dió parte a Bolívar y Mariño que aún se hallaban en Valencia. Al siguiente día, temprano, volvió Espinosa con casi todos los desertores, y como a las once mandó el general Mariño formar el ejército de Oriente y el batallón desertor en la plaza de San Francisco, y después de haber pronunciado un discurso, mandó a un ayudante que diezmase el batallón delincuente, resultando diez y ocho de la diezma, entre ellos el sargento que los sedujo. Puestos en fila, una escolta de los mismos desertores los pasó por las armas, y cuando ésta se incorporó en el ejército, se levantaron de entre los tendidos, dos hombres que corrieron a las banderas implorando perdón e indulto, que les fué concedido, aunque el uno murió al día siguiente y el otro resultó no haber sido ofendido por las balas. Con este escarmiento se contuvo la deserción.

El Libertador siguió para Caracas y Mariño para Cura, adonde se remitieron de Valencia dos piezas de artillería, armas, municiones de guerra, víveres y otros efectos, no habiendo quedado en la plaza más que treinta y cinco buenos artilleros.

Un grande acontecimiento ocurrió por este tiempo en Europa, que debía producir iguales resultados en la

España constitucional y en la América independiente. El emperador Napoleón previendo y queriendo impedir su caída, ajustó en Valencey, el 11 de diciembre de 1813, un tratado con Fernando VII, su cautivo, restituyéndole su libertad y poder absoluto, bajo ciertas condiciones que él sabía no habían de cumplirse. Las Cortes sospechando de las intenciones de Napoleón y de Fernando se negaron a ratificar el tratado, y por un decreto dado en 2 de febrero de 1814, dispusieron que si Napoleón dejaba volver a España al Rey, debía la real familia entrar sólo con la gente de su servidumbre, compuesta únicamente de españoles; que luego que S. M. llegase a la frontera, se pondría en camino para ir a recibirle el Cardenal Presidente de la Regencia; que el Rey debería restituirse inmediatamente a Madrid, sin ejercer su autoridad hasta que, libre en el seno del Congreso, hubiese jurado la conservación de la Constitución. Sin embargo, Fernando salió de Valencey, y el 19 de marzo, entró en tierra de España, por Perpiñán, rodeando por Reus y Zaragoza, para venir después a Valencia del Cid. El 30 del propio mes entraron los *Santos Aliados*, de la tercera coalición, en París, mediante una capitulación, habiendo declarado antes que no tratarían con Bonaparte, ni ninguno de su familia, por lo que el Senado conservador formó un gobierno provisorio y expidió un decreto, destituyendo a Napoleón del trono de Francia; aunque después los mismos soberanos coligados le dieron la insignificante soberanía de la isla de Elba.

El 4 de mayo Fernando VII, en uso de su poder absoluto, declaró como no hecho, todo lo que se había hecho en favor de su persona durante su ausencia; disolvió la representación nacional, con pena de muerte a los que la aclamasen o defendiesen; declaró nula y sin ningún efecto la Constitución que se dijo reconocida y jurada por casi toda la nación, suprimió la libertad de imprenta y anunció en pocas palabras el reino de su despotismo organizado, aunque ofreció convocar las Cortes, con arreglo a las antiguas leyes fundamentales de la nación. La

ejecución del abominable plan enunciado en este fatal decreto fué encargada a una división del ejército del general Elio, mandada por Eguia, que rodeó a Madrid y en la noche del 10 al 11 de mayo fueron presos los miembros de la Regencia, y lo fueron también Agar y Ciscar, los Ministros, el Presidente y los Secretarios de las Cortes, igualmente que los más de los individuos de las primeras y segundas Cortes, porque todos ellos se hallaban en la lista que se presentó a Fernando; y se apoderaron de todos los papeles que se hallaban en las diferentes oficinas, siendo notable que la mayoría de los diputados habían desempeñado sus funciones en la mañana de aquel día y fueron en el silencio de la noche encerrados estrechamente en prisiones, sin dejarles ninguna especie de comunicación con sus familias y amigos. Dos días después de esta tragedia hizo Fernando su entrada en Madrid, que fué algo lucida por las demostraciones costeadas por los amigos del poder absoluto, secundadas por los embajadores de algunas potencias extranjeras. El decreto de Valencia se comunicó a los gobernantes españoles, por circular de 24 del propio mes, expedida por el ministro Lardizábal, en la que se repite que la Constitución decretada y promulgada en Cádiz había sido obra de personas que carecían de legítimos poderes, y que una comisión se ocupaba de la nueva convocación de Cortes, compuesta de procuradores de España y América, que más adelante se verán los resultados que tuvo (*). El mismo ministro dirigió, en 20 de julio, a los habitantes de las Indias, una alocución en que, después de ponderarles las bellas cualidades del rey Fernando, les asegura que éste tratará benignamente y recibirá como padre, con un total olvido de sus delitos, a los extraviados, si ellos de buena fe, se les entregan, para ser perdonados y no le obligan, por su contumacia a usar de severidad, sujetándolos por las armas; y últimamente asegura que la independencia era una quimera impractica-

(*) Documento N° 20.

ble, que el intentarla no podía producir más que su propia ruina (*).

Pocos días después de la batalla de Carabobo se tuvo noticia de que Boves había levantado un fuerte ejército en Calabozo y venía para la Villa de Cura, donde estaba situado Mariño con 1.500 infantes, 100 artilleros y 700 decaballería, mal montados por el desorden que hubo después de dicha batalla, tolerándose la apropiación que hicieron algunos de los mejores caballos cogidos en aquel campo. El 14 de junio tuvo aviso de haberse avistado el enemigo en San Juan de los Morros y se dirigió a ocupar posiciones en el sitio de La Puerta, y al siguiente día por la mañana llegó de Caracas el Libertador y tomó el mando. La fuerza de Boves se calculó en 4.000 caballos, 2.500 de infantería y lanceros y dos piezas de artillería. Aunque la posición que ocupaban los republicanos era ventajosa, la desigualdad numérica era muy notable, al que se agregó el desacierto de Bolívar, en haber mandado desplegar intempestivamente en batalla al batallón de Aragua, que desapareció con su jefe Manuel Aldao, sirviendo su pérdida como de señal de la más completa derrota, no obstante la firmeza y serenidad del resto de la infantería, sacrificada casi toda, pues fueron pocos los que escaparon. El batallón primero de Cumaná, aunque formó cuadro para resistir la numerosa caballería que le rodeaba, fué completamente destruido, tomando su comandante Antonio María Freites la resolución de darse dos pistoletazos, antes que caer en poder del enemigo. La caballería se puso en fuga y esta falta causó la pérdida de más de 1.000 hombres muertos en la acción o después de heridos y prisioneros, comprendidos en ellos el Secretario de Estado Antonio Muñoz Tébar, García de Sena y el coronel Jalón que, después de haber comido con Boves, le mandó éste tirar y alancear. Bolívar y Mariño, con algunos jefes y poca tropa, pudieron escapar. El primero mandó de La Victoria al general Ribas que levantase

(*) Documento Nº 21.

2.000 hombres de a caballo en la ciudad y sus alrededores, se recogiesen las patrullas y fusiles de La Guaira y del Tuy para hacer su defensa caso de ser atacada (*). Asimismo participó la desgraciada acción de La Puerta al gobernador Escalona y al general Urdaneta, previniendo al primero que mantuviese a todo trance la plaza de Valencia, pues él seguía para Caracas a formar un poderoso ejército, con el que vendría en su socorro; al segundo que se acercase con su división a Valencia. El gobernador Escalona, que no tenía más fuerzas que 35 artilleros, reunió al momento 325 hombres, entre soldados inútiles, sacados unos del hospital y otros de la cárcel, hizo reparar las fortificaciones, se proveyó de agua y víveres y se dispuso a resistir al enemigo que ya tenía casi al frente.

Enterado Boves por los informes que le arrancó al coronel Jalón, antes de asesinarlo en Cura, de las fuerzas de la República y su situación, y suponiendo que en Caracas apenas habría una corta guarnición, destacó una división de 1.500 hombres, a las órdenes del capitán de vanguardia don Ramón González para que ocupase la capital, siguiendo él con el grueso de su ejército a Maracay.

El general Mariño salió de Caracas en la noche del día 19 acompañado de algunos oficiales y paisanos, para las provincias de Oriente, con el objeto de organizar un ejército que dejase éstas en seguridad y pudiese auxiliar al de Occidente. Aproximándose don Ramón González a la capital, salió con una columna el general Ribas, y habiendo destruido la descubierta de aquél, recibió en el sitio de Las Cocuizas, una orden de Bolívar en que le mandaba retrogradase a Caracas, sin adelantar por ningún motivo sus operaciones, sin tener órdenes posteriores, y así lo ejecutó Ribas.

El mismo Bolívar mandó retirar la línea de Puerto Cabello y que replegase a Caracas, y el 5 de julio llegó

(*) Documento Nº 22.

a La Guaira el comandante D'Elhuyar con 500 hombres. Al siguiente día se presentó una fuerte columna realista, en el pueblo de Antímano, legua y media al oeste de Caracas, y Bolívar y Ribas salieron con todas las fuerzas que había en la ciudad, a batirla, como se verificó, retirándose aquéllos en fuga precipitada.

Los generales volvieron con la mayor parte de las tropas, a la capital, en la misma noche, dejando un destacamento y la caballería en observación. En esta misma noche hubo una junta de guerra, que presidió el general Bolívar, para tratar sobre el partido que debía tomarse, atendidas las circunstancias de no haber los medios y recursos necesarios para resistir a un enemigo que se había hecho poderoso, y que estaba ya a las puertas de la ciudad. Muchos jefes opinaron que debía defenderse la capital y que no faltaban ni faltarían medios de sostenerse hasta que se recibiesen auxilios de las provincias de Oriente; pero Bolívar insistió en evacuar la ciudad y que se retirasen las tropas a Barcelona y Cumaná, y sobre la marcha se expidieron las órdenes correspondientes, nombrándose una junta compuesta del Arzobispo, del Marqués de Casa León y don Rafael Escorihuela, para que con su autoridad y respeto aplacasen el furor de Boves, que había jurado muchas veces la destrucción de Caracas.

Difundida tan inesperada noticia en la mañana del 7, casi todos los habitantes de la ciudad salieron despavoridos de ella, dirigiéndose unos a La Guaira, con las miras de embarcarse para las colonias, y otros, que fueron los más, en dirección a Barcelona.

Los heridos y enfermos salieron de los hospitales arrastrándose, resueltos a morir en los caminos, antes que esperar a un enemigo feroz y brutal. Los alaridos de éstos, los gemidos y clamores de las mujeres y los niños, causaban tal confusión y aturdimiento que nadie se entendía ni atinaba con la ruta que debía seguir, olvidándose de llevar aún lo más preciso para cubrir sus cuerpos y conservar la vida, siendo muchas las desgracias que

se experimentaron en tan aciagos momentos y mucho mayores las que ocurrieron en La Guaira, al tiempo de embarcarse los que emigraban. Sobre veinte mil personas salieron de la capital y sus inmediaciones, desprevenidas para tan ardua empresa, y así es que al fin perecieron las tres cuartas partes, a impulsos del hambre, de la desnudez, de la sed, del cansancio y de la fiebre intermitente, pues en los barrizales de la montaña de Capaya, en los ardientes arenales de Unare y Tacarigua y en los climas malsanos de Barcelona, hallaron su sepulcro, tanto el hombre robusto, como las personas delicadas del bello sexo.

El comandante don Ramón González, ocupó el 8 a Caracas y La Guaira y publicó un bando invitando a todos a que volviesen a sus casas, en el supuesto de que sus vidas serían salvas, sus propiedades ilesas y su seguridad inviolable; para todo lo cual empeñaba su palabra de honor, y todo el crédito de la nación española en nombre del Rey, y bajo la garantía del jefe del ejército don José Tomás Boves (*).

El 17 de junio atacó Boves el punto de La Cabrera, en donde había dos fortines y 500 hombres a las órdenes del coronel José María Fernández, y cuatro lanchas cañoneras a las del ciudadano Pedro Castillo. A las once de la mañana conmenzó el fuego defendiéndose la guarnición contra 4.000 hombres con un valor admirable, al mismo tiempo que las lanchas hacían un fuego muy vivo y certero. Después de dos horas de combate, pidió don José León, hijo del Marqués, que se le diese una división para atacar por las alturas de su hacienda, la espalda de la principal fortaleza, lo que concedió Boves, y en efecto, tuvo la empresa el resultado que se deseaba, pues el fortín fué reducido, y entrando en él los vencedores se hicieron dueños de La Cabrera, pasando a cuchillo al comandante, oficiales y sargentos, escapando solamente los que pudieron refugiarse en las lanchas, que se retiraron a la isla del Burro.

(*) Documento Nº 23.

Al siguiente día pasó Boves a Guacara, donde reorganizó y reforzó su ejército con algunos prisioneros y derrotados, con la partida de Ruiz de que antes se ha dado noticia y con las guerrillas de las inmediaciones de Valencia, El Pao y demás pueblos. Por unos prisioneros que se hicieron en la noche de este día supo el Gobernador Escalona que el ejército de Boves se componía de 5.000 hombres, y que esperaba 400 de los pueblos de Magdaleno, Maracay y sus vecindarios; que traía ochocientas reses, seiscientos caballos en pelo, y le acompañaban don Diego Toro, don José León, don Manuel Cayetano Monserrate, don José María Correa, don Esteban Yanes, el doctor don José Antonio Borges y otros señores, y que venía sobre Valencia, con cuya noticia se puso en alarma Escalona y su pequeña guarnición, dando las órdenes convenientes a las vigías, que al otro día temprano hicieron señal de aproximarse un considerable ejército, cuya avanzada se hallaba en el sitio de Quigua, por lo que se previno a aquéllas se retirasen a la plaza y se levantasen los puentes levadizos. En este estado se recibió un oficio del general Bolívar, remitido por el comandante de la línea de Puerto Cabello, en que se prevenía a Escalona que si el enemigo atacaba primero a Caracas que a Valencia, le incomodase por la retaguardia con las tropas que tuviese; pero que si sucedía a la inversa, él vendría con un ejército poderoso a socorrerlo, no debiendo en ningún otro caso abandonar aquella plaza.

Habiendo ocupado Boves el punto del Morro, y formado en batalla su ejército en la sabana, envió a la plaza como parlamentario al presbítero don Pedro Osio, Cura de Guacara, que fué recibido e introducido en ella, con las formalidades prescritas en las ordenanzas del ejército, y entregó al Gobernador un oficio en que Boves exigía la entrega de la plaza dentro de una hora, puesto que tenía fuerzas suficientes para tomarla por asalto. De conformidad con el voto de los jefes y autoridades civiles y militares se le contestó que Valencia estaba en el caso de hacer su deber, como lo había hecho

antes, y que se defendería hasta el último extremo, pues tenía hombres y municiones con que hacerlo y esperaba ser auxiliada por las fuerzas con que contaba la República. Esta contestación, con copia de la intimación de Boves, se trasmitió al Libertador por la línea de Puerto Cabello con expresión de que dos días antes le había invitado al comandante D'Elhuyar, para que con el todo o parte de su tropa auxiliase a Valencia, y que éste se denegó absolutamente.

Persuadido Boves de que lo imponente y efectivo de su fuerza haría sucumbir la debilidad de los patriotas, volvió a enviar el mismo día al presbítero Osío, con otra comunicación, en que decía que para evitar la efusión de sangre y mayores desgracias de las que hasta entonces habían sucedido, el Gobernador podía proponer las condiciones bajo las cuales se entregaría la plaza a las armas de S. M., a lo que se le contestó que nada había que añadir a su primera determinación, y que en tal concepto ningunas proposiciones tenía que hacer. Por tercera vez volvió el mismo padre Osío con un anatema de Boves, en que decía que si a las doce de aquel día no se rendía la plaza, la tomaría por asalto con 6.000 hombres que tenía a su mando, y que pasaría a cuchillo a todos los que se encontrasen dentro del tiro del cañón; y siendo la contestación igual a las anteriores, mandó desmontar la caballería, e incorporándola en la infantería, atacó a las doce del día la plaza por todas las bocacalles de sus ángulos, viniendo por detrás de las columnas que atacaban oficiales con foetes sacudiendo a los soldados, para que avanzasen sobre la artillería, mientras que la situada en el Morro disparaba continuamente sobre la plaza: la infantería hizo los mayores esfuerzos por tomar algunas de las casas de las esquinas que defendían la entrada a la plaza aunque nunca pudieron lograrlo porque la artillería de los republicanos los rechazaba. Después de seis horas del más furioso combate hubieron de retirarse arrastrando más de cien muertos y mayor número de heridos, según se supo en la noche, por el

informe que dió un prisionero de La Puerta, natural de Tunja, que se pasó a los patriotas: éstos tuvieron cuatro muertos y nueve heridos, siendo de este número el coronel José María Ortega, de Bogotá.

En los días subsiguientes de este sitio, que debe ser memorable en los anales de Venezuela, se repitieron los ataques con igual furor, durante el día y por las noches; pero la artillería de la plaza los contenía, causándoles un estrago considerable. Dos soldados nombrados Medinas, de San Carlos, se pasaron a Boves, y apenas llegaron a su campo, se formó la caballería en círculo y poniéndoseles en la frente unos cuernos, los toreaban y al fin los alancearon y mataron como toros, sacándolos después a rastra a las colas de los caballos.

El 26 se observó que una división como de 2.000 hombres, marchó por el camino de San Carlos, y se supo después que iba a batir a Urdaneta que había ocupado aquella villa, después de haber derrotado a Remigio Ramos en el sitio de Las Brujitas, aunque tuvo que evacuarla, por la pérdida de una columna, en El Torito, que fué destrozada por la división que se vió salir, cuya noticia la dieron los mismos sitiadores y la confirmó una mujer conocida que entró en la plaza y se halló en la acción.

La situación de los patriotas era funesta, y se aumentaban los males cada día, sin esperanzas de ser socorridos. Habíanse consumido los víveres y aún los caballos, mulas, gatos y perros que se habían matado y salado, para asistir a los enfermos y heridos que existían en los hospitales, en número de seiscientos.

Boves marchó el 29 con una división hacia Puerto Cabello, y a las nueve de la noche asaltó Morales la plaza, retirándose a las dos de la madrugada a sus posiciones, con bastante pérdida. Repitiéronse los ataques en los días subsecuentes hasta el 3 de julio que regresó Boves y se temía un fuerte asalto. Habiendo pasado Escalona revista general de tropas y almacenes, encontró que de 441 hombres que había para la defensa de la plaza sólo quedaban doscientos, pues en las acciones anteriores se

habían perdido ciento diez y nueve hombres, entre muertos y enfermos de otros accidentes. Para ocurrir a tan urgente necesidad se vió en la precisión de hacer tomar las armas a los miembros de la Municipalidad, a los esclavos y aún a personas inútiles que se portaron bien en los ataques que se dieron después.

Al siguiente día atacó Boves con todo su ejército y con tal arrojo que se apoderó del convento de San Francisco y de todas las casas inmediatas a la plaza, único punto que ocupaban los patriotas y defendieron con un ardimiento inexplicable hasta las tres de la tarde, en que Boves y toda su oficialidad se dirigieron al sitio de Los Corrales, a recibir al Capitán General Cagigal que traía 1.200 hombres con Ceballos, Calzada y otros jefes realistas, de modo que el ejército sitiador ascendió a cerca de 7.000 hombres.

Las tropas de Cagigal y Boves atacaron el 6 con tal furia y precipitación, que llegaban hasta la boca de los cañones, de modo que a las tres de la tarde la plaza estuvo casi tomada; pero fueron rechazados, por la serenidad de Escalona, del teniente coronel Uzcátegui y el capitán Velazco, de Santa Fe, que colocando un obús en un ángulo, los obligaron a retirarse dejando en las calles algunos muertos y armas. Los patriotas tuvieron veintidós muertos y treinta y seis heridos, entre los primeros, seis oficiales que fueron los capitanes Velazco y Churión y los tenientes Piñango, Pérez, González y subteniente Olivo, español.

En los días siguientes continuaron los ataques con el mismo empeño, arrojándose de los techos de las casas que circuían la plaza granadas que habían traído de Puerto Cabello, mosquetería y toda clase de proyectiles, y para colmo de las desgracias se acabaron todas las municiones de infantería y artillería, no quedando más que doscientos cartuchos de fusil y siete de cañón. La guarnición quedó reducida a noventa hombres enfermos que no tenían otra ración que un poco de ron y mantequilla, la mayor parte del armamento descompuesto y sin modo de recom-

ponerlo porque los carbones y maderos se habían agotado en la maestranza. En tan desesperada situación todos los oficiales determinaron encerrarse en el almacén de pólvora y volarse; pero ni había la cantidad suficiente, ni medios para hacerlo, por lo que acordaron mantener el orden con patrullas hasta ver si se podía hacer una salida desesperada.

El día 9 se hizo en el campo de los realistas una salva de veintiún cañonazos, la cual concluída, se fijó una bandera blanca a que contestó la plaza con igual seña, y en seguida mandó Boves un oficial con un pliego que contenía un oficio firmado por el Arzobispo, don Antonio León y don Rafael Escorihuela, participando que Bolívar y sus tropas habían evacuado a Caracas y estaba ya ocupada por las armas del Rey, manifestando que era llegado el momento de entrar en negociaciones, porque de lo contrario tomaría la plaza por asalto, sin dar cuartel. Contestósele que era preciso, para resolver sobre lo que proponía que hubiese una suspensión de armas; y conviniendo en ello, reunió Escalona al Gobernador Político doctor Francisco Espejo, la Municipalidad, el Vicario doctor Francisco Javier Narvarte, los notables del pueblo, a todos los jefes y capitanes y por los tenientes y subtenientes uno de cada clase, y haciendo presente a la Junta el estado en que se hallaba la plaza, exigió su opinión sobre el partido que debería tomarse.

La mayor parte de los concurrentes opinó que era forzoso entrar en capitulación, aunque el Gobernador Político y Militar y los más de los oficiales se opusieron a ello, porque dijeron, que los españoles jamás cumplían su palabra; pero insistiendo la Junta en que se tratase de capitulación por no haber recursos para sostener la plaza, ni otro medio de libertar al vecindario del rigor de la guerra, se nombraron para que ajustasen el tratado al doctor Miguel Peña y al teniente coronel Uzcátegui, que era el segundo de la plaza. Dados los respectivos rehenes, pasaron los comisionados al campo de Boves, de donde volvieron con el tratado, del que se rechazaron algunos

artículos y se aprobaron y ratificaron los demás en que se convenía en la seguridad de las vidas y propiedades de cuantos existían dentro de la plaza, así militares como paisanos, sin que pudieran ser molestados, por hechos u opiniones anteriores, para lo cual ofreció Boves como garantía su vida y palabra de honor, protestando ante el Ser Supremo guardarlos, cumplirlos y ejecutarlos y hacer que se guardaran, cumplieran y ejecutaran. Entró Boves en la plaza con 3.000 hombres, acompañado de Morales, Calzada, don Diego Toro, don Manuel Cayetano Monserrate, don José León, el presbítero Montesinos, Correa y otros, y el Gobernador Político y Militar entregaron el mando en la Sala Capitular, donde permanecieron hasta que con el mismo Boves pasaron a la casa de don Miguel Malpica que dió un espléndido convite, al que asistió el Capitán General Cagigal. El mando de la plaza se confió al oficial Dato, y se le dió por asesor al licenciado don José Vicente Mercader que desempeñó su oficio conforme a la voluntad del que le nombró. En la propia noche fueron pasados a cuchillo muchos vecinos de Valencia comprendidos en la capitulación, continuándose en los días subsiguientes la matanza, en los términos más descarados y atroces, que no esperaban los más frenéticos sectarios del Gobierno peninsular: la ciudad fué entregada al saqueo, y entregada al brutal furor de una soldadesca depravada por sus propios jefes, que por complacerlos robaba, mataba, violaba y destruía cuanto encontraba, al mismo tiempo que proclamaba al Rey Fernando a presencia del Capitán General Cagigal, cuyo título y carácter solo le sirvió para su eterno oprobio y humillación. La barbarie, insolencia y ferocidad de Boves en Valencia llegaron a tal punto, que después de haber mandado asesinar a todas las personas notables que pudo haber, dió en su casa un gran baile, al que hizo concurrir a las señoras adoloridas por la muerte de sus maridos, hijos, padres y parientes, obligándolas a que bailaran y cantaran. El número y nombre de las personas sacrificadas no ha sido

posible ponerlos en claro; pero se agrega una lista (*) de los que se sabe y son conocidos y fueron asesinados ocultamente o pasados por las armas, por Boves y Dato.

El día 13 se puso en movimiento el ejército realista. Morales con una fuerte división marchó para Barcelona, en persecución de los patriotas que habían salido de la provincia de Caracas, emigrados, fugitivos y enteramente malparados. Calzada con la división que había traído a Valencia siguió al Occidente en persecución de Urdaneta que tenía a sus órdenes una división compuesta de los batallones de Caracas, Barlovento y La Guaira, con la mejor oficialidad de Venezuela, y se decía replegaba sobre la Nueva Granada. El resto del ejército siguió con Boves y el Capitán General Cagigal en dirección a Caracas, aunque a la llegada a Guacara riñeron los dos aspirantes al mando absoluto de Venezuela, bien que la cuestión se decidió por el más fuerte (Boves) quien dispuso que Cagigal se retirase a la plaza de Puerto Cabello y mandase todo el Occidente desde San Carlos, reteniendo él todo lo demás de Venezuela, como que había sido conquistada por sus armas una parte, y la otra aún no estaba conquistada. El ilustrado Cagigal obedeció humildemente la resolución del pirata y guerrillero Boves, retirándose al punto que se le había señalado, como lo habían hecho antes Ceballos y Miyares, por las resoluciones de Monteverde.

El 16 entró Boves con sus tropas en Caracas y publicó un bando, ofreciendo un olvido de los hechos pasados, protección a los leales y castigo inexorable a los que habían asesinado a los europeos y canarios, sin más garantía que su espontánea oferta, en medio de un ejército victorioso (**). Dos días después repitió la misma promesa ofreciendo un absoluto olvido de todos los horrores ejecutados durante el Gobierno intruso, invitando a todos los vecinos volviesen a sus casas, seguros de su palabra y de la clemencia del Rey, en cuyo nombre concedía el

(*) Documento Nº 24.
(**) Documento Nº 25.

indulto. Cuando consideró que los fugitivos habían vuelto a sus hogares, circuló a los tenientes una orden reservada para que, tomando informes de personas de probidad, pasasen inmediatamente por las armas, en sus respectivos pueblos, a los que hubiesen sido causa de que se sacrificase a los europeos, canarios e hijos del país adictos al Rey. Por último, publicó otro edicto ratificando el indulto que había concedido, ofreciendo a nombre del Soberano, que ninguno sufriría en su persona, familia y bienes la más leve extorsión, porque a todos los estimaba como a fieles vasallos y adictos a su legítimo y justo Gobierno.

Para el cumplimiento y ejecución de estas resoluciones y de sus miras ulteriores, confió Boves el Gobierno Militar al sargento mayor del ejército don Juan Nepomuceno Quero, y el político al Marqués de Casa León, y creó un Tribunal Superior de Justicia, compuesto del doctor don Tomás Hernández Sanavia, don Juan de Rojas y don Francisco Rodríguez Tosta, bajo la presidencia del mismo Marqués de Casa León, cuyo tribunal se instaló el 4 de agosto.

Los restos del ejército derrotado en La Puerta, las reliquias que se salvaron de Puerto Cabello, La Guaira y Caracas, después de haber superado grandes obstáculos y sufrido indecibles trabajos se reunieron en la Villa de Aragua de Barcelona, con el objeto de formar allí un grande ejército y volver pronto a libertar la capital y todo el Occidente. Tal era el patriotismo de que todos estaban poseídos y los recursos que de las provincias se esperaban (*).

La isla Margarita, por los esfuerzos personales de Mariño y de las activas providencias de Arismendi, proveyó de algunos fusiles y municiones, y además envió 300 hombres para componer el grande ejército de Oriente. De Cumaná se mandaron 700 hombres armados, de modo que pronto se formó un cuerpo de 1.000 hombres que marchó para Aragua. El general Bolívar y Bermúdez se pu-

(*) Historia de Cumaná.

sieron a la cabeza de esta fuerza y la caballería se confió a los comandantes Manuel Sedeño, José Tadeo Monagas y Pedro Zaraza: hiciéronse algunas fortificaciones y se tomaron todas las medidas necesarias para esperar y resistir en este punto al enemigo.

Presentóse Morales el 17 de agosto al frente de Aragua con 8.000 hombres, mientras que el ejército republicano ascendía a poco más de 3.000. El combate fué encarnizado y sostenido; principió en el paso del río y terminó dentro de la población, en donde entró Morales por no haberse cubierto debidamente uno de los puestos más importantes. La victoria se decidió por los realistas, quedando casi del todo destruídos los patriotas. El comandante Francisco Carvajal (Tigre encaramado), el hombre más valeroso y arrojado de todos los conocidos hasta entonces en los ejércitos de Venezuela desde el principio de su revolución, fué muerto en el acto de tomar una pieza de artillería que quedó en poder de los patriotas. También murió el comandante José Ignacio Palenzuela; el bravo comandante Pedro Salias murió de bala, poco después de la acción, al pasar por una emboscada; los prisioneros fueron pasados a cuchillo, y otros lanceados y fusilados dentro de la villa y también muchos emigrados de ambos sexos, a quienes no valió el asilo del templo a que se habían refugiado, jactándose Morales, en el parte que dió a Boves, de que en la plaza se había asesinado y degollado más de 1.500 hombres. El general Bolívar, con algunos pocos de infantería, siguió para Barcelona y Bermúdez, contuso, con Sedeño, Zaraza, Monagas, que salió herido, y otros de caballería tomaron para Maturín.

El 19 evacuó Bolívar a Barcelona y se retiró a Cumaná con toda la emigración, porque el enemigo se dirigía sobre aquella plaza que se hallaba en un estado de absoluta indefensión.

Al aproximarse el ejército realista los vecinos de Barcelona enarbolaron el pabellón español y se prometieron buen pasar luego que se cercioraron que el jefe que

venía contra la ciudad era su convecino Morales. Entró el vencedor de Aragua con el acompañamiento y boato correspondiente a un jefe de bandidos y se alojó con su tropa en la antigua casa de su habitación, en donde, para darle algún brillo y para resguardo de su persona y de los caudales que había saqueado en la provincia de Caracas, estableció un fuerte, y destacó partidas de guerrillas que persiguiesen, no ya a los insurgentes, sino a los pacíficos indiferentes que se habían retirado a sus casas de campo, y muchos a los montes, por el espanto que les causó la legión infernal de su mando, a la que previno llevasen a su presencia a todos los que aprehendiesen, lo que cumplieron con la mayor exactitud, y a proporción que iban llegando los grupos a presencia de Morales los destinaba a la muerte, bien que previamente se depositaban en una casa que él denominó *Principal,* en donde se exigía a cada uno declaración de su naturaleza y vecindad, si tenia algún dinero o alhajas, o las había dejado enterradas en algún lugar, después de cuyo acto, y en el silencio de la noche, eran sacados del *principal* y conducidos a las orillas del río Neverí, en donde eran lanceados y arrojados a las aguas, para que, luchando con estas y el dolor de las heridas, sirviesen de diversión al autor y ejecutores de tan horrorosas escenas, a cuyo suplicio dió Morales el nombre de *baño,* imitando a Puig, Comandante de Barinas, de modo que cuando decía: *lleven a ese al baño,* sus esbirros lo sacrificaban del modo dicho.

Es de notar que en la misma noche de la llegada de Morales, dió sigilosamente una orden, para que después de la retreta se *tirase* y *matase* a todo el que se encontrase por las calles, cuya orden cumplieron puntualmente sus satélites, y entre los que murieron en aquella triste noche fué uno de ellos, el joven Santiago Arguindegui, natural de Barcelona, imbécil por un accidente perlático que padecía, lo que fué descubierto por los clamores y gestiones que hizo su dolorida madre, Graciosa Arrioja, respetada esta vez por el segundo de Boves.

Después de estos y otros excesos que la memoria resiste recordar, salió Morales, con destino, según vociferó, al pueblo de Maturín, para acabar con los insurgentes, dejando por comandante en Barcelona a un tal don José Martín, quien continuó los asesinatos, degollando o lanceando de treinta a cuarenta personas todos los días, hasta que llegó Boves a la ciudad, marcando su entrada con un hecho singular mandando matar a don José María Escalera y a don José Sánchez por no haber entregado unos barriles de harina que les exigió el ayudante de la plaza, don Juan Figueroa, matanza que se siguió sin intermisión y con igual ferocidad que la dispuesta por Morales, hasta que salió Boves para Cumaná. El número de estas víctimas fué de más de un millar, entre las que se contaron los ciudadanos Bartolomé Ascanio, Rafael González y otros vecinos de Caracas. (*)

A pesar de las desgracias referidas no se abatió el ánimo de los patriotas, antes bien olvidando lo pasado se preparaban a arrostrar todos los inconvenientes que pudiera presentarles la suerte, hasta lograr la libertad entera de Venezuela. Los que se habían retirado a Maturín se lisonjeaban de que este pequeño punto era la cuna de la libertad y la tumba donde habían sucumbido sus más tenaces enemigos; sinembargo el estado en que se hallaban no ofrecía las mejores esperanzas para igual triunfo. En efecto el capitán de Ingenieros Francisco Avendaño fué destinado para poner a Maturín en el mejor estado de defensa, pues considerado como punto de retirada era preciso prepararlo para que caso de que el ejército que se reunía sufriese alguna derrota, pudiese retirarse allí. Existían solamente los fragmentos de unas baterías de campaña que fueron construidas para resistir a Monteverde, situadas, una al poniente de la población, que denominaban de las *mujeres*, y un *blocus* o batería en figura de torreón al oriente; pero todo en tan mal estado, que por hallarse mal situadas se había proyectado hacer otras en mejores posiciones. La primera

(*) Historia de Cumaná.

tenía montado un cañón de hierro de a ocho y la segunda otro de a doce, ambos en montaje de plaza, pero con tal abandono que tenían algunas planchas de madera, atadas con cuero para sostener las gualderas, y dos cañones de bronce de campaña. El repuesto de municiones ascendía por todo a sesenta tiros de cañón y a nueve mil cartuchos de fusil. La guarnición se componía de un piquete de caballería que no estaba de servicio en aquellos momentos, y como 50 hombres de buena infantería que mandaba el comandante de la plaza, teniente coronel Andrés Rojas. No estimándose conveniente la reparación de las antiguas baterías, se trazó y comenzó a construir una en figura semiexagonal, como a doscientas varas al frente de la batería de las mujeres.

Después de la derrota de Aragua llegó Bermúdez a Maturín, con una contusión de bala en un brazo, acompañado de los tenientes coroneles Agustín Armario, Antonio José Sucre, José Tadeo Monagas, herido en una rodilla, y un corto número de oficiales y soldados sin armas, y el primer paso que dió fué reunir a todos los vecinos del pueblo, a quienes habló en estos términos: "Compatriotas: hemos sido completamente derrotados en Aragua y es preciso que hagamos los últimos sacrificios para defendernos en esta plaza contra un ejército poderoso y vencedor. El nombre de Maturín y los esfuerzos de sus hijos son suficientes para contener a ese enemigo, que seguramente viene volando para no dejarnos organizar. Vamos, pues, a presentarme cuantos auxilios tengais de armas y municiones, y, sobretodo, si me presentais mil caballos buenos y algún ganado, yo os aseguro la victoria".

En seguida tomaron la voz, entre todos los concurrentes, cuatro hermanos, de los principales hacendados nombrados José Miguel, José Gregorio, Manuel y N. Fernández, quienes ofrecieron y efectivamente presentaron, dentro de cortos días, mil doscientos caballos gordos, asegurando que nunca faltaría el mejor ganado de sus hatos del Tigre. Los demás vecinos contribuyeron con dinero, armas blancas y de fuego, caballos, ganado etc., sin reservar para sí cosa alguna. Contando con estos re-

cursos se previno al capitán Avendaño que apurase los trabajos de las fortificaciones, y como éste juzgó que los realistas venían a marcha redoblada sobre Maturín, reedificó prontamente las antiguas baterías, al mismo tiempo que continuaba en el trabajo de la nueva.

Cuando los derrotados y emigrados de todas partes de Venezuela supieron las preparaciones que se hacían en Maturín para resistir al enemigo volaron a engrosar el ejército, eligiendo cada cual el arma y cuerpo en que quería servir, bien que el general Bermúdez no pensaba sino formar una buena y fuerte caballería, aunque se tocaba el inconveniente de no haber lanzas para todos; y para ocurrir a esta falta se arrancaron las ventanas de hierro que había en la población, montándose al mismo tiempo dos fraguas que continuamente se ocupaban en construir esta arma. En todo el curso de la guerra no se había visto un cuadro más imponente que el que presentaba el pequeño pueblo de Maturín en esta época. Las personas más delicadas y respetables de Caracas y de toda Venezuela se hallaban reunidas aquí por un solo motivo: *el horror a los españoles.* Por una parte se oían ayes y lamentos quejumbrosos de heridos y enfermos, por otra canciones patrióticas y juramentos de vencer o morir por la patria. Jamás podrá verse en más alto punto el entusiasmo y fuego que inspira la libertad. Nadie tenia nada, pero a ninguno faltaba lo necesario para existir en aquel género de vida, con que estaban muy contentos. El ganado vacuno y caballar que se reunió en poco más de un mes, ascendería a más de veinte mil cabezas que pastaban libremente en las llanuras, hasta que se tuvo noticia de la aproximación del enemigo, y entonces se mandó que no se sacase fuera de los tiros de la plaza.

Los jefes y tropas que se habían reunido en Cumaná tuvieron aviso el 24 de que los realistas habían salido de Barcelona con dirección a la capital, y fueron varias las opiniones sobre el partido que debía tomarse, habiéndose dado orden al comandante de artillería Azcue permaneciese en la plaza, aunque desobedeció trasladándose

a bordo de uno de los buques de la escuadrilla, de lo que dió parte inmediatamente el comandante de ella José Bianchi. Túvose al siguiente día una junta de guerra presidida por el general Mariño, a la que asistieron Ribas, Valdés, Palacios, D'Elhuyar y otros jefes, y habiéndose propuesto el asunto de que se debía tratar, unos opinaron que debía evacuarse la capital, por no haber los recursos necesarios para resistir al enemigo y otros sostenían que había medios suficientes para la defensa, y que sería un golpe fatal a la opinión evacuar la ciudad. Los que pensaban de este modo habían convenido en dar el mando al general Ribas, deponiendo a Mariño, nombrándole por segundo a Piar, que se hallaba en Margarita. Después de grandes altercados quedó resuelto que se debía evacuar a Cumaná, porque el pueblo había desaparecido por la noticia que se había difundido de aproximarse el enemigo. Publicóse un bando ordenando la retirada para lo interior, pero cada uno tomó la ruta más conforme a sus miras.

En la noche de este día el coronel Mariano Montilla dió la noticia que Bianchi trataba de marcharse con toda la escuadrilla y Bolívar y Mariño lo despacharon para que fuese a reducirlo a mantenerse en el puerto y al llegar abordo fué desarmado y encontró arrestado a Valdés, por haber abandonado la fortaleza de la boca. Manifestóle a Bianchi el objeto de su misión, pero éste le contestó que su determinación era tan justa, como invariable y que sólo aguardaría por un corto espacio a los generales, si querían embarcarse. Entre tanto Mariño había ido al parque de artillería a despachar ocho mil cartuchos para Maturín, aunque sin acompañarle ningún oficial de oriente hizo que D'Elhuyar y otros inutilizasen las máquinas que había en el parque, y al mismo tiempo mandó embarcar algunos fusiles, pólvora, y otros elementos de guerra, en cuyo acto llegó el edecán Joaquín Peña y le preguntó si el general Bolívar podría venir a la ciudad sin riesgo, a lo que se le contestó afirmativamente.

Practicadas estas operaciones se fué a bordo Mariño,

en donde se hallaban los coroneles Palacios, D'Elhuyar y otros, sin tener noticias de Bolívar, aunque a nombre de éste pidió Mariño a Bianchi se esperase hasta por la mañana en que ya debería haber llegado el comandante Francisco Bolívar, a quien el Libertador debía darle ciertas órdenes; pero Bianchi no convino, alegando razones de urgencia, en cuyo intermedio clavó Montilla la artillería. Los buques de la escuadrilla dieron todos la vela, a excepción del *Intrépido Bolívar,* a la sazón que se hallaba en la playa el ciudadano Juan Nepomuceno Ribas, con su equipaje, sin encontrar quien le llevase abordo, de lo que enterado Bianchi comisionó al oficial Villapol para que trajese abordo los baúles de Ribas, lo que se ejecutó luego, habiéndose traído un cajón de muchísimo peso, de cuyo paradero jamás volvió a saberse, muchas piezas de crea, cotonía y otros efectos, que al momento se apropió Bianchi. El Libertador luego que remitió un oficio al comandante Bolívar se fué abordo y se dió a la vela a las cuatro de la mañana del 26, con dirección a la isla Margarita.

La ciudad estuvo sin gobierno desde el 25 hasta el 29, en que el capitán de navío don Juan de la Puente que se hallaba allí prisionero, y se había ocultado el día de la emigración, con el auxilio de algunos pérfidos criollos, tomó el mando de la plaza, hasta que entró en ella una división de Boves, al mando del capitán Pineda. Divididos los patriotas en opinión, se dividieron también en la retirada: los que seguían de buena fe la libertad se dirigieron a Carúpano y a Maturín superando dificultades y sufriendo trabajos que no es creíble hayan experimentado y vencido, con mayor constancia y alegría, los más ardientes fanáticos de sistemas religiosos y políticos. Los adictos al poder sin restricción y al gobierno militar siguieron a Bolívar y Mariño, entrando en este número muchos empleados civiles. Fué entonces cuando se vió en Venezuela dividida la opinión entre los que seguían la causa de la independencia; porque fué entonces cuando se manifestaron sin rebozo ideas contrarias a los

principios del gobierno popular representativo, proclamado desde el año de 1810, en todos los Estados. (*)

En la travesía de Cumaná a Margarita desplegó Bianchi el despotismo de Barbarroja y de los piratas más osados. Sabiendo que ningún otro buque de su escuadrilla conducía emigrados, mandó que los pasajeros que se hallaban en el suyo se trasbordasen a otros, como lo hicieron.

En seguida propuso a Bolívar y Mariño que los llevaría a Cartagena, y daría un buque para que condujese la emigración a las Antillas, cuya proposición no fué abiertamente aceptada por aquéllos, que comisionaron luego a los ciudadanos Miguel José Sanz, Gaspar Marcano y Secretario José Paúl, para que fuesen a informar de todo lo que había ocurrido en Cumaná, a Piar, que se hallaba en Margarita, al que confirió Mariño el mando de la isla, manifestándole sus intenciones de volver para Maturín, los ultrajes que le había hecho Bianchi, pues le tenía privado hasta de la libertad individual, y, por último le pedía que le enviase algunos víveres. Escribióle también Bianchi refiriéndole las cosas del modo que convenía a los designios que tenía concebidos (**).

Recibió Piar a los comisionados con frialdad y aun desagrado, dando a entender que nada tenía que mandar quien de nada se había aprovechado, y los despachó pidiéndole a Bianchi fusiles, pólvora y pertrechos, y dinero a Mariño, quien impuesto de los motivos en que fundaba su queja Piar, dijo públicamente que él había descubierto que este general se había apropiado más de cuarenta mil pesos, en efectivo, y que aunque había perdido algo en Barcelona, también había salvado mucho. En la noche de este día (28 de agosto) fondeó Bianchi frente de Pampatar, fuera del tiro de las baterías, y aunque fué requerido para que se acercase al puerto lo rehusó fuertemente bajo infundados pretextos, y aun mandó hacer fuego a la goleta *Colombiana* porque llevaba dirección al puer-

(*) Historia de Margarita.
(**) Documento Nº 26.

to, en el que entró igualmente que la *Culebra*, a cuyo capitán Monteoliva ofició Bianchi para que se escapase; y aunque lo intentó después de haber echado en tierra algunos pasajeros, no pudo lograrlo, por habérsele hecho fuego de las baterías.

Después de esto hizo Bianchi sacar el equipaje del ciudadano Juan Nepomuceno Ribas, y lo registró en compañía del nombrado Turco, extrayendo de él todo el dinero y plata labrada, entre la que se encontró un copón dorado que desde el momento destinó para tomar el vino. Súpose después que a Ribas le habían saqueado dos mil setecientos pesos en oro, algún dinero en plata y varias prendas de su hija, en el que había tenido parte un hijo de Villapol. Continuóse el registro de los equipajes y en un baúl del edecán Hermoso que descerrajaron, se encontraron varias piezas de plata, de valor y gusto que se apropió Bianchi, repartiendo la ropa entre los marineros.

En la incertidumbre de las cosas, y a insinuación de Mariño, de acuerdo con Bolívar, convino Bianchi en entregarles el *Arrogante* y la *Culebra* para que se fuesen a Cartagena, y las dos partes de la plata labrada que se había tomado de las iglesias de Caracas, y puesto en los buques de su mando al evacuar La Guaira, y que quedarían en Margarita, la goleta *General Bolívar*, y al general Ribas se remitiría la *Carlota*, pasando a San Thomas la *Cumanesa* con los emigrados.

Participó Mariño estas transacciones al Gobernador de Margarita, quien reclamó además al *Arrogante*, como perteneciente a ella, y se le contestó que sería devuelto después de su llegada a Cartagena. Reclamó al propio tiempo Mr. Roberto Buchan los fusiles que habían sido remitidos a Cumaná y Bianchi se los entregó, vendiéndolos después Buchan al Gobernador de la isla. Pesóse el 30 toda la plata y resultaron ciento cuatro arrobas brutas, de las que tomó Bianchi la tercera parte y las otras dos se adjudicaron a Bolívar y Mariño; pero quedó un cajón que tenía una corona de oro, una custodia de lo mismo y varios mazos de perlas, y no pudiéndose hacer cómoda división, se convino en sortearlo entre los tres: la fortu-

na favoreció a Bianchi. Concluido el acto los generales mandaron al Secretario Paúl certificase la entrega de la plata en los términos en que se había hecho, y que este acto lo firmasen todos los pasajeros y así se practicó. Exigió además Bianchi que se le diese un documento de la propiedad de los buques el *Intrépido Bolívar*, la *Colombiana* y el *Centauro* y efectivamente se lo hicieron dar.

Hecha la partija de la plata labrada y de los buques, trasbordáronse los oficiales y tras ellos los generales al *Arrogante Maturinés*, que mandaba el teniente de fragata Felipe Esteves y Mr. Champagne, y la *Culebra* se confió al hermano del primero, Anselmo Esteves. Trasladáronse también los coroneles Montilla y Palacios, Soublette y el Secretario Paúl, en el concepto de que el buque hacía escala en San Bartolomé; pero habiendo entendido que faltaba aguada y se pensaba hacerla en Oruba o en Carúpano, para pasar de allí a los Cayos de San Luis, volvieron Montilla, Palacios y Soublette abordo del *Intrépido Bolívar*, por haberse resuelto, después de una larga conferencia, que los generales debían ir a Carúpano. Por tal ocurrencia, Bolívar tomó prestados de Mariño ochocientos pesos, de los que dió a Soublette doscientos, a Palacios otros doscientos y los cuatrocientos restantes los entregó a Montilla, a cuenta de mil pesos que cobraba el capitán Luis Brion.

Entre tanto Bianchi remitió el 31 al Gobernador de Margarita, que lo era don Manuel Plácido Maneyro, algunos fusiles y pertrechos, y recibió por parte de éste víveres y provisiones frescas. (*)

Mientras los generales seguían su navegación hacia Carúpano, pensó Bolívar que Mariño quedase gobernando solo en el Oriente y en lo que se adquiriese de Occidente, y que él pasaría solo a Cartagena y Nueva Granada en busca de auxilios; y habiéndoles manifestado el proyecto, (que debía ejecutarse sin conocimiento del mismo Mariño) a D'Elhuyar y al Secretario Paúl, le advirtieron éstos que sería una especie de felonía, por no

(*) Historia de Cumaná.

estar de acuerdo con lo que se había convenido, por lo que desistió de semejante pensamiento. Es notable que en este mismo día (2 de septiembre) se publicó en Carúpano un edicto de los generales Ribas y Piar, que habían sido nombrados por el pueblo Jefes Supremos, por el que proscribían a Bolívar y Mariño, declarándolos desertores y malos ciudadanos, por haberse embarcado, separándose del ejército y abandonando el territorio de Venezuela, ocupado en una parte y acometido por otra, por Morales y Boves. Al siguiente día por la tarde fondearon el *Arrogante* y la *Culebra,* al frente de Carúpano, fuera del tiro de las baterías, y Mariño escribió al Gobernador de la plaza, Dionisio Sánchez, para que viniese abordo, a lo que se denegó, por ocupaciones graves y urgentes, invitándole a que viniese a tierra, seguro de que sería bien recibido. Aunque los generales fueron instruidos del bando de su proscripción, se resolvieron a desembarcar y cuando estuvieron en tierra, rodeados de un numeroso concurso, hicieron presentes los motivos que habían tenido para embarcarse que fueron impedir que Bianchi se llevase las alhajas, fusiles y elementos de guerra pertenecientes al Estado, que se hallaban en los buques de la escuadrilla, y que a pesar de sus esfuerzos solo habían podido arrancarle dos buques de guerra, parte de las alhajas y algunos fusiles que ponían a disposición del Gobierno, para que se empleasen en beneficio del público; que la conducta de Bianchi debía servir de ejemplo, para en lo sucesivo no ser la víctima de la ingratitud y avaricia de los aventureros que jamás se saciaban de honores y recompensas. Túvose una junta de guerra, en la que se acordó dar parte al general Ribas que estaba ausente, de la llegada de Bolívar y Mariño, que se pusiesen los buques bajo las baterías y se trajesen a tierra los elementos de guerra y los diez y seis cajones de plata labrada. Las dos goletas fondearon donde se prevenía, pero el comandante Esteves no quiso entregar los cajones de plata, sin precedente orden de Bolívar, y aunque le dirigió un oficio tampoco le dió cumplimiento por no haberlo conducido un edecán. En esto llegó Ribas con cincuenta

carabineros y prendió a Mariño, en su propia casa, persiguiendo a los que se decían sus partidarios. Reunidos todos los jefes y oficiales, declaró ante ellos destituido a Bolívar de toda autoridad. Al siguiente día, 5, hizo tocar la Generala, y estando todos sobre las armas, fué Bolívar en persona, en busca de la plata, que se trajo a tierra, igualmente que los fusiles y pertrechos que había en el *Arrogante.*

Apareció al frente de Carúpano Bianchi con sus barcos y mandó al puerto un bote con el Turco, el inglés Buchan y F. Flores, con el pretexto de solicitar víveres; los dos primeros fueron arrestados y el tercero se escapó por una estratagema. Al siguiente día volvió a enviar otro bote con Mr. Rouques y un oficial francés, y dejando a este preso se despachó al otro, para que dijese a Bianchi que viniese al puerto, a lo que se negó, y escribió a Esteves, para que diese la vela, seguro de su protección. Por último el oficial francés fué puesto en libertad y el Gobernador Sánchez ofreció su amistad a Bianchi, quien le propuso venta de unos fusiles y pertrechos, que fué aceptada, a razón de diez y seis pesos por cada fusil y doce reales la libra de pólvora, pagaderos en cacao, a doce pesos fanega, que inmediatamente comenzaron a ponerse abordo de la goleta *Colombiana.*

Confiado Bianchi en la superioridad de sus fuerzas marítimas reclamó a los generales Bolívar y Mariño y a los oficiales de la Nueva Granada, intimando a Ribas, a quien trataba de *Usurpador,* que si dentro de veinticuatro horas no accedía a su demanda, hostilizaría al pueblo. Al mismo tiempo escribió a D'Elhuyar, ofreciéndole que lo llevaría a Cartagena y a todos los oficiales de la Nueva Granada, y que en este concepto podría ir a su bordo antes de las ocho de la noche. Ribas entregó esta carta a D'Elhuyar, quien se resolvió ir a bordo y Bolívar permitió que también fuesen los demás oficiales que siguiesen. En seguida propuso Bianchi a su tripulación tomar el *Arrogante,* pero todos lo rehusaron. Después lo mandó hacer, y fué D'Elhuyar a proteger esta operación, en la que no hubo ningún inconveniente.

Permanecía en su arresto Mariño, y aunque Bolívar no sufría igual mortificación, no por eso era más favorable su situación. Con el oficial Ambrosio Plaza mandó a pedir a Montilla que se hallaba a bordo las onzas de oro que le había dado para que las entregara a su hermana en San Thomas, y es de presumir que fuesen para salir de algún embarazo.

Después de algunas conferencias con Ribas convino éste en que se fuesen los dos generales a Cartagena, y en consecuencia se dió orden a Esteves, para que pusiese víveres en el *Arrogante,* y por medio del Gobernador Sánchez se consiguieron dos reses, marchándose Ribas para Cariaco: dió cuenta al Congreso de la Nueva Granada, de las desgracias de Venezuela, de que se ocupaba en organizar cuerpos, y manifestando, sin rebozo, que él era el Jefe Supremo, y que Bolívar podía continuar sus servicios en aquella Confederación (*).

El 8 de septiembre se embarcaron los generales y algunos oficiales, con pistola en mano, a tiempo que llegó a Carúpano Piar, con 200 hombres resuelto a matar a Bolívar y a Mariño. Trasbordáronse al *Arrogante* los oficiales de la Nueva Granada que se hallaban en los buques de Bianchi y se dió la vela con destino a Cartagena, a donde llegaron con felicidad y en donde publicó Bolívar un manifiesto justificativo de su conducta pública en el tiempo que gobernó en Venezuela (**).

No puede omitirse aquí el proyecto que habían concebido Bolívar y Mariño de dar a los pueblos de Venezuela una forma de gobierno popular y permanente, que afianzando su independencia política los hiciese verdaderamente felices y respetables, pues aunque no llegó a realizarse no debe ser ignorado de la posteridad. Su lectura ahorra toda explicación (***).

El Gobernador de Carúpano entregó a Bianchi las fanegas de cacao conforme a lo convenido, y no siendo bastante a cubrir el valor de los fusiles y pólvora que se ha-

(*) Documento Nº 27.
(**) Documento Nº 28.
(***) Véase documento Nº 17, Historia de Cumaná, cuaderno 2º, pág. 34.

bían recibido, se completó con ochocientos pesos en plata labrada, verificado lo cual se dispuso a salir y al efecto hizo fingir los despachos, registros y pasaportes de la goleta *Colombiana* y del *Centauro*, a los que varió el nombre, y en los cuales había muchas pipas de vino, aguardiente y otros efectos, que se pusieron en ellos al evacuar a Cumaná. El 9 dió la vela con rumbo a Margarita, llevando varios pasajeros, entre otros a Montilla y a Paúl, habiendo recibido el primero una carta de Bolívar, para que no contrajese ningún crédito, bajo su responsabilidad, en San Thomas, a favor de las Machados. Mariño escribió también al Gobernador de Margarita, incluyéndole el manifiesto y protesta que había hecho contra el general Ribas, añadiendo algunas advertencias, sobre el modo con que debía conducirse en el nuevo orden. Bianchi despachó la *Colombiana* para San Bartolomé, al mando de Monteoliva y el *Centauro* al de un hermano de éste, con cartas para sus corresponsales, para que le avisasen en Saba, si podía entrar en aquella isla, prevenidos los capitanes fuesen juntos, hasta la latitud de catorce grados. Habiendo llegado a Pampatar escribió al Gobernador Maneyro, informándole de todo lo ocurrido en Carúpano, y pidiéndole víveres y a Mr. Bayllache que lo esperaba abordo. Conseguidos algunos chivos y puestos en tierra cuatro marineros de la isla, dió la vela con dirección a la Blanquilla, llevando consigo una presa que había hecho. Mandó aquí revisar los víveres que había y se descubrió oculta una gran cantidad de pertrechos, pertenecientes a Cumaná.

Los jefes republicanos han tratado a Bianchi de pirata, cobarde y alevoso, añadiendo que había días tenía proyectado, de acuerdo con Mr. Bayllache y otro francés, alzarse con la escuadrilla y tomarse la plata labrada perteneciente a la República, y que las ocurrencias de Cumaná le proporcionaron la coyuntura para realizarlo sin ningún peligro. La verdad histórica exige algunas aclaraciones y obliga a seguir los pasos de este hombre que hizo algunos servicios a la patria. Bianchi entró al servicio de la República en tiempo muy angustiado y

calamitoso, hizo varias presas bajo los Gobiernos de Margarita y Cumaná, y aunque repetidas veces reclamó la parte que de ellas le correspondía, jamás se le satisfizo su haber bajo figurados pretextos, o afectadas competencias de los Gobiernos. El era bravo, activo e inteligente en su profesión, como lo acreditó en muchos encuentros y acciones navales; hizo servicios importantes a la causa de la independencia y es evidente que sin su cooperación los españoles no hubieran sido tan pronto arrojados del Oriente. En las colonias publicó un papel en que refería las injusticias que le habían hecho estos Gobiernos, recordando los excesos de los empleados, como él los sabía. Quejábase de que en el bergantín de Guayana que apresó, Mariño, Valdés y demás jefes dividieron treinta mil pesos que se tomaron y hasta la ropa de uso del Gobernador; que los generales y empleados de la República eran los primeros y más impudentes rapaces y defraudadores, y que José Leonardo Alcalá y Francisco Alemán le habían asegurado que entre Piar y José Antonio Gonell se había quedado el importe de todos los cargamentos que los pueblos de Barcelona y Cumaná habían mandado a La Guaira para socorro del ejército; que Gonell le había ofrecido seiscientos pesos por su pasaje, otros tantos Suárez de Rivera y José Alcalá, con mucho ruego, cien portuguesas con tal que le admitiese abordo cuarenta esclavos, a cuyas proposiciones se denegó abiertamente. Que Mariño le había vendido ocultamente un cajón de láminas de plata labrada de la de Caracas, en mil pesos en oro y que Bolívar estaba resuelto a disponer por sí solo de los diez y seis cajones de plata, cuando llegase a Cartagena, como si hubiesen sido propiedad suya. Que Ribas era un usurpador y tirano detestable, sin honor ni vergüenza, que pasaba el tiempo en el juego y en meditar la humillación y ruina de sus compatriotas. Que Mariño y Valdés eran hombres niños, inmorales y disipadores de lo suyo y mucho más de lo ajeno; Piar un grosero orgulloso, elevado a puesto que era incapaz de servir con decencia y dignidad y Azcue un miserable imitador de este modelo, mientras que Ber-

múdez se distinguía de todos por su genio y carácter bárbaro y sanguinario. Que Bolívar era un joven aturdido y malcriado, tan altivo e insolente en la prosperidad, como degradado en la adversidad, y su característica la hipocresía. Que en separarse de semejantes hombres no hacía sino lo que hacen los que se abstienen de tratar con los apestados, para no inficionarse y que en tomar los buques y la plata no hizo otra cosa que recuperar lo que se le había defraudado y quitar de las manos de aquéllos hombres los medios de destruir a Venezuela.

Estando en la Blanquilla fué descubierta una revolución tramada por los marineros contra él y todos los blancos, para llevar el buque a Puerto Rico. Por unos pescadores de Saba tuvo noticias de que la goleta española que había sido de Mr. Watson había estado por allí pocos días antes y que tenía a su bordo ochenta hombres, ingleses y franceses de San Bartolomé, por lo que hizo fingir Bianchi los papeles y despachos de la goleta *Intrépido Bolívar* y los pasaportes de todos los pasajeros, dados por Piar. Mandó trasbordar a la goleta *San Antonio* varios marineros, a quienes dió por toda recompensa dos pesos a cada uno, y se dirigió a Saba, en donde se trasbordaron a la *San Antonio* los coroneles Montilla, Palacios, Soublette y el Secretario Paúl que siguieron para San Thomas, habiendo tenido aviso que podía entrar en San Bartolomé, con tal de que fuese desarmado y de noche, como lo hizo. (*)

El Gobernador de Puerto Rico envió un buque de guerra, reclamando del de San Bartolomé la persona de Bianchi y las embarcaciones y plata que había llevado allí, aunque nada consiguió. Otras varias reclamaciones de particulares se hicieron contra el mismo, y para acallarlas tuvo que repartir con los gobernantes de la isla mucho de lo que había pillado; y convencido de que en las colonias no podría estar tranquilo, se marchó para la Italia, a gozar allí del fruto de sus trabajos o depredaciones.

(*) Historia de Margarita.

Mientras estas cosas ocurrían en los mares y pueblos de la costa, Morales se dirigió al interior, en persecución de los patriotas, contando con su exterminio. El 7 de setiembre, por la tarde, se presentó al frente de Maturín y luego que se situó en el alto que tiene la llanura al poniente remitió una intimación concebida en estos términos: "El ejército de mi mando que sostiene los derechos de S. M. C., el Rey Don Fernando VII no tendría más trabajo que marchar para pulverizaros; pero deseoso de economizar la sangre, os propongo hagais una capitulación honrosa, estando dispuesto a dar pasaporte a todos los jefes y oficiales que no quieran permanecer en el país, bien entendido que si desatendeis mis benéficas intenciones, mañana mismo quedará todo reducido a cenizas".

Luego que el general Bermúdez recibió esta intimación hizo formar su división que en esa tarde se componía de poco más de 700 hombres de caballería y como 80 de infantería, y a presencia del emisario fué leída, y en alta voz dijo: "Ved aquí lo que ofrece el comandante Morales ¿qué decís vosotros?" Todos contestaron: *"nada más que combatir. Viva la patria, viva la libertad"*. Despidióse al emisario advertido de que al siguiente día se remitiría la contestación. Varias fueron las opiniones sobre los términos en que debía darse, aunque todos convenían en que Morales procedía de mala fe y que nada cumpliría. Al fin se le contestó: "Que el pueblo de Maturín que había jurado ser libre, renovaba en aquel día su juramento, y estaba resuelto a quedar reducido a cenizas, antes que manchar las glorias de sus triunfos".

Después de haberse entregado esta contestación puso Morales en movimiento simultáneo dos fuertes guerrillas, que atacaron a derecha e izquierda: la primera era un escuadrón de carabineros que cargó y puso en fuga el comandante Sedeño, con el primer escuadrón, al mando del capitán Francisco Carmona, matándole siete hombres y tomando trece carabinas; y la segunda compuesta de dos escuadrones que fueron cargados por los comandantes Zaraza y Calderón, con los escuadrones tercero y

cuarto, matándoles treintiún hombres, sin haber tenido ningún muerto, herido ni contuso. El mal éxito que tuvo Morales en esta primera tentativa, parece le determinó a no intentar otra, sino a poner un sitio, respecto a que no hubo novedad. En la noche del día 10, Bermúdez acompañado de algunos jefes se aproximó cerca de las avanzadas del enemigo, haciendo disparar algunos tiros, para alarmarlo, y en efecto, permaneció el resto de la noche sobre las armas.

No haciendo ningún movimiento el ejército de Morales, quiso provocar una diversión el comandante Sedeño, y con este objeto remitió un cartel, desafiando al comandante de la caballería y a cuatro oficiales realistas, ofreciendo que se hallaría en el lugar de la cita, con los cuatro oficiales; pero no se le mandó respuesta. Un soldado de los prisioneros de Aragua que se pasó a los patriotas, informó que Morales no pensaba atacar la plaza y que iba a contestar aceptando en persona el desafío; pero que en su lugar y en 1 de los cuatro oficiales se escogerían los más valientes soldados, a quienes pondrían los correspondientes uniformes; que había seis batallones de línea y veinte escuadrones de caballería; que cuando el sol calentaba mucho, daban licencia a diez hombres por compañía para que fuesen a bañarse y tomar los frutos que encontrasen en los conucos. Por esta relación y por las observaciones que se habían hecho, calculó Bermúdez que el ejército realista podía ascender a cerca de 7.000 hombres, más del triple del que se hallaba en la plaza.

En efecto el ejército republicano tenía 1.200 hombres de caballería, que formaban ocho escuadrones al mando de los comandantes Arrioja, Zaraza, Luis Calderón, Francisco Carmona, Peña y otros jefes, y el denominado de *reserva* que se componía de gente muy escogida y valiente, y sólo constaba de 43 hombres, al mando del capitán Remigio Femayor. La infantería constaba de 130 soldados, al mando del teniente coronel Andrés Rojas y los dos cañones de campaña mandados por el capitán Morillo.

El número de animales que se habían reunido en Maturín era tan considerable que en pocos días habían arrasado con toda la paja de la sabana inmediata en términos que ya morían de hambre y pasaban de quinientos los cuerpos muertos que se contaban en la población. El peligro de una peste era inminente y estas circunstancias movieron a Bermúdez a convocar una junta de guerra, a la que asistieron todos los jefes. En ella se expusieron circunstanciadamente los males que se experimentaban y los que amenazaban, y después de una larga discusión se convino en que era indispensable hacer una salida al siguiente día 13, entre diez y once de la mañana, con todo el aparato de una sorpresa. La acción se dispuso en estos términos: a la señal de un tiro debía salir el general Bermúdez por la izquierda del enemigo, con cuatro escuadrones, un cañón de campaña mandado por el capitán Morillo, auxiliándolo la infantería, a las órdenes del comandante Rojas. Por la derecha otros cuatro escuadrones y un cañón al mando del comandante Sedeño. El terreno brindaba proporción para esta operación, sin ser notada del enemigo. Dada la señal avanzó Bermúdez con tal rapidez que ocupó la misma posición que tenían los realistas, habiéndoles hecho una gran mortandad, pues ciertamente fueron sorprendidos. Como Sedeño no se movió, el enemigo cargó con fuerzas superiores sobre Bermúdez, de modo que fué obligado a entrar en la plaza, siendo perseguida su retaguardia, en términos que los realistas llegaron a las baterías, tomaron el cañón y mataron al capitán Morillo y a todos los artilleros. La infantería tomó el monte del farallón de Guarapiche y poco después, apareció a retaguardia. Furioso Bermúdez por la falta de cooperación de Sedeño y por ver malograda la empresa, despachó al capitán Avendaño, que le servía de Ayudante de Campo para que exigiese de él la causa o motivo de no haber avanzado, como se le había ordenado, previniéndole que le dijese que aunque no hubiera sido sino por amistad, no debió dejarlo comprometido; a lo que contestó Sedeño que su falta provino de no haber podido hacer marchar la pieza que se

le había encomendado, junto con la caballería, pero que el general no debía tener pena por lo sucedido, porque todavía podía repararse aquella falta. Los realistas cargaron todas sus fuerzas sobre la columna de Bermúdez y esto obligó a los patriotas a cargar, aunque poco a poco, hacia aquella parte. En seguida se acercó Sedeño a satisfacer al general, y al momento se formó en batalla toda la caballería, a excepción del escuadrón Zaraza que se quedó sin entrar en acción, a inmediaciones del *blocus*, para guardar este punto. El enemigo sostenía un fuego muy vivo de frente y de flanco, sobre la caballería republicana, teniendo cubierta su retaguardia con seis columnas cerradas de caballería. En vano dieron la segunda carga los patriotas, pues un fuego impenetrable les hizo volver caras y acogerse a sus posiciones. Dióse la tercera y sucedió lo mismo; repitióse la cuarta y tuvo menos efecto que las anteriores, siendo de advertir que cada vez que volvían caras eran cargados con tanto brío que algunos de los enemigos daban vuelta a la batería. Los patriotas se hallaban tan desalentados, que era preciso que los jefes los contuviesen y animasen con la espada, siendo uno de estos el comandante Monagas que con la pierna cruzada sobre la silla, por estar herido en la rodilla desde la acción de Aragua, con espada en mano detuvo la dispersión y fuga de la tropa. Entre tanto los realistas se aproximaban, a proporción que rechazaban a los republicanos y para aumento de desgracias se habían acabado los cartuchos. En tan apuradas circunstancias, Sedeño exhortando vigorosamente a su gente, formó de toda la caballería una columna cerrada, y poniendo a la cabeza el escuadrón de *reserva*, emprendió una quinta carga, carga verdaderamente desesperada, que jamás había tenido igual, ni es verosímil que otra tenga mejor suceso, pues en poco más de doce minutos destrozó la infantería enemiga, y sin detenerse continuó sobre la caballería, que llevó en derrota por espacio de media legua, en que fué completamente destruida, y no quedándole más obstáculos que vencer, volvió sobre Maturín, encontrando en el camino mucha parte de los cuerpos de infantería, que

desordenadamente salían de los bosques, y todos recibieron la muerte, en retaliación de lo que habían hecho siendo vencedores. Reunida la caballería proclamó la victoria y marchando a paso firme sobre el centro y la derecha del enemigo se advirtió que éste no hizo más que disparar un tiro y ponerse en fuga precipitada, a cuya acción la música y todas las bandas de infantería tocaron la diana y se reunieron a las filas republicanas. El número de los enemigos vencidos era el duplo del de los vencedores, y aunque esta circunstancia y la conducta que observaban sus jefes en iguales casos permitían el que no se guardase consideración a nadie, se previno, por orden general, que no se matase a los rendidos. El general Bermúdez continuó la persecución hasta las ocho de la noche, que se volvió, ya por la oscuridad, ya para dar las órdenes convenientes a la plaza y al ejército que aun se hallaba diseminado en el campo. La pérdida que tuvieron los realistas fué de 2.200 muertos, entre estos muchos jefes y oficiales, sin haberse conocido más que a un cabo español, 85 heridos y 865 prisioneros, sobre ciento cincuenta mil cartuchos de fusil, dos mil cien fusiles, la mayor parte con bayonetas, y otros utensilios de guerra; como setecientos caballos ensillados, seis mil bestias mulares y caballares, ochocientas reses, todos los equipajes, archivos y estados de fuerza del día; muchas tiendas de campaña y otros efectos semejantes.

Según el estado de fuerza que se tomó, el ejército realista constaba en este día de 3.400 infantes y 3.090 hombres de caballería. La pérdida de los patriotas fué de 74 muertos y sobre 100 heridos. Morales, con los que escaparon, tomó el camino de la villa de Urica, que dista de Maturín veintisiete leguas, donde debía reunirse con Boves. Al siguiente día muy temprano el general Bermúdez, dadas las disposiciones convenientes, siguió con 1.000 hombres de caballería por Areo, en persecución de Morales, alcanzándole cerca de Urica, donde lo batió tan completamente que quedaron en el campo multitud de

muertos, heridos y prisioneros y se le tomaron algunas armas y diez banderas o estandartes. (*)

El ejército republicano recibió después de estas acciones un considerable aumento, pues muchos de los prisioneros fueron agregados a él, por ser patriotas incorporados por Boves y Morales en la Puerta, Valencia y Aragua. Pocos días después llegó el general Ribas a Maturín con 400 hombres, y reorganizado el ejército constaba de cuatro batallones de infantería y quince escuadrones de caballería, fuera de algunas otras partidas; de modo que el número total pasaba de 4.700 hombres, de los cuales 2.500 eran de caballería.

Fuera de esto Ribas, como general en jefe de los ejércitos de Venezuela, pidió al Gobernador de Margarita algunos auxilios de armas y municiones, previniéndole que remitiese al ejército de Costafirme los emigrados que se hallasen en la isla. Contestóle aquél que el general Mariño había sacado pocos días antes casi todas las armas y pertrechos; y que sólo podía enviarle dos quintales de acero y cuatro de hierro, y que daría las órdenes convenientes para que los emigrados se trasladasen al cuartel general, advirtiendo que éstos, por consecuencia de las desgracias de nuestras armas y de las fatigas y trabajos, pérdidas y miserias de la emigración, estaban vergonzosamente acobardados, y no creían estar seguros en ningún punto de la confederación, proviniendo su mayor desaliento, nó del temor de los enemigos, sino del desorden de los gobernantes, y de su arbitrariedad y despotismo, concluyendo su nota con estas expresiones: "Mi razón y una dolorosa experiencia me han convencido de que la arbitrariedad y despotismo, entre nosotros, si bien sirven para aterrar momentáneamente, no son los medios proporcionados para establecer un gobierno, tal cual se puso en Venezuela, en el trastorno del anterior que depusimos. Está bien que se use de una aparente violencia en la disciplina del que se constituye soldado: digo *aparente*, porque siempre corren los jui-

(*) Historia de Cumaná.

cios militares sobre ciertas indispensables reglas; pero querer gobernar arbitrariamente, sin leyes ni gobierno conocido a todo un pueblo racional, cristiano y educado sobre principios y costumbres suaves, es un intento bárbaro y temerario, cuyas consecuencias estamos padeciendo". (*)

Aunque los generales Ribas y Piar habían sido nombrados por Jefes de la República y del ejército, no por eso su autoridad fué tan reconocida como la de Bolívar y Mariño, ni sus órdenes tan puntualmente obedecidas y ejecutadas, pues algunos jefes no encontraban fundamentos para someterse a la obediencia de unos magistrados en cuya elección no habían tenido parte, y cuyo nombramiento había sido hecho por una facción, y de aquí es que la anarquía se hizo sentir en el ejército, de la que sacó mucha ventaja el partido realista, como se conocerá por la relación de los sucesos que se dirán a continuación. Habiendo regresado de Margarita Piar reunió en Cariaco algunos dispersos y con los reclutas que había hecho el coronel Azcue, marcharon sobre Cumaná, cuya guarnición aunque igual en número, era mandada por el taimado La Puente, que no queriendo aventurar una acción, resolvió retirarse hacia Barcelona, por lo que ocupó Piar la ciudad el 29 de septiembre.

Hallábase a la sazón Boves en Barcelona reorganizando su ejército para marchar a Urica, a reunirse con Morales y atacar a Maturín; y enterado de la poca fuerza que había ocupado a Cumaná, determinó dirigirse antes sobre esta plaza, para ejecutar en ella actos que aterrorizasen a los que tuviesen noticia de ellos.

El 15 de octubre se presentó al frente de la ciudad con más de 2.000 hombres divididos en seis columnas y al siguiente día, después de una corta resistencia, entró en ella, a sangre y fuego, matándose a cuantas personas se encontraban o descubrían, a lanzadas y machetazos, sin otra prueba que el decir alguno: *Este es caraqueño; éste parece patriota.* La ciudad fué entregada al saqueo y a

(*) Historia de Margarita.

la licencia de una soldadesca desenfrenada y brutal, cuyos excesos aplaudía Boves. Los templos fueron profanados con toda especie de abominaciones, y es constante que en algunas iglesias, donde las mujeres habían descubierto al Santísimo Sacramento, creyendo evitar la triste suerte de otras, fueron arrancadas de estos asilos y aún violadas en ellos. Entre estas víctimas se encontró una mujer grávida, nombrada María del Carmen Mercié refugiada en la capilla del Carmen, de donde vino a extraerla un oficial llamado Pedro Rondón, alias Maruto, que tenía resentimientos de ella, y aunque se asió a la persona del cura, fué arrancada con violencia y sacándola por la puerta de la sacristía, destrozada a presencia de Boves, que vió este horrible espectáculo, con aquella sonrisa que le era genial y característica de su alma pérfida y cruel. En otros templos la custodia, copones y vasos sagrados fueron la presa del oficial y del soldado, después de botar por los suelos las formas consagradas; las imágenes despojadas de sus adornos y vestidos, que se destinaron a usos sacrílegos y, en fin, nada escapó a la rapacidad y barbarie de estos nuevos vándalos. Por la noche se puso un gran baile, con más de cuarenta músicos, de los emigrados de Caracas y mandó Boves que asistieran las esposas, hijas y parientes de los que habían sido muertos, conduciéndolas por la fuerza, como lo hizo en Valencia, y después de haberse ocupado en todo género de desórdenes, terminó la función, a las tres de la mañana, quitando la vida a lanzasos a la mayor parte de los músicos. Los muertos en este infausto día, se calculó, no bajarían de mil personas, de ambos sexos, sin distinción de edades ni profesiones. En los subsiguientes se repitió la misma horrorosa escena, en los lugares inmediatos, pues todos los que se dejaban ver por el día eran asesinados por la noche, aunque se refugiasen en los bosques y montes, porque se organizaban partidas para que los persiguiesen, hasta su exterminio. Nombró Boves de Gobernador a don Gaspar Miguel Salaverría, natural de Cumaná, cuyas funciones se reducían a dar cumplimiento

a la siguiente orden: "Cuantos patriotas caigan en sus manos los pasará por las armas, sin necesidad de examen, proceso, ni darme aviso, haciendo a Vd. responsable del cumplimiento de esta disposición". Disposición que fué cumplida con más extensión de lo que ella expresaba, pues el Gobernador Salaverría no sólo hizo asesinar a todos los que por leves indicios, resentimiento y miras personales calificaba él de patriotas, sino que autorizó a todos los Comandantes de puntos o de partidas y a todos sus alguaciles y confidentes para que hiciesen lo mismo en toda la provincia de Cumaná. Este hombre, aunque desde el principio de la transformación política de Venezuela se manifestó su enemigo, fué, sinembargo, tolerado y visto con alguna indiferencia, por estar dedicado al estudio del Padre Lárraga, con las miras de hacerse ministro del Dios de paz; mas desde el momento en que entró Boves en Cumaná, dejó caer el velo que ocultaba su hipocresía, se convirtió en el verdugo de sus compatriotas y en un monstruo más sediento de sangre humana que Antoñanzas, Cerberis, Zuazola, Dato, Morales y Boves. Dispuso éste como un rasgo de humanidad que muchas señoras emigradas de Caracas y otras provincias, que sé hallaban en Cumaná, saliesen de aquí en calidad de presidiarias o desterradas a varios puntos de Venezuela y así se verificó, tomando el camino considerable número de mujeres y niños, sin ninguna provisión y auxilio, de lo que resultó el haber muerto las tres cuartas partes de cansancio y miseria. Algunas madres se vieron precisadas a abandonar en medio de los montes el fruto de sus entrañas por no verlos perecer en sus regazos; otras los arrojaron por los cerros por salvar su propia existencia, acometida por facinerosos; otras sucumbieron de miedo y se cuenta de una que, después de muerto su hijo, hubo de alimentarse con sus miembros, para no morir de hambre en medio de un desierto, al que la habían arrojado los representantes y apoderados del Rey Católico de España y las Indias, siendo sus más celosos

ejecutores los mismos indianos que ni aun siquiera sabían de su real y verdadera existencia.

Después de tan horribles sucesos salió Boves de Cumaná con el objeto de reunirse a Morales en Urica, para caer sobre los patriotas concentrados en Maturín. El general Bermúdez tuvo conocimiento de esta operación y para impedir la junción se puso en movimiento con dirección al sitio de Los Magueyes, donde se encontró con Boves y se trabó el combate con un calor y entusiasmo inesperado por parte de los republicanos, pues eran inferiores en número; sinembargo iban a entonar la victoria al tiempo que un oficial pidió a gritos cartuchos para municionar la tropa, cuya falta, conocida por el caudillo realista, le animó a redoblar y hacer el último esfuerzo, del que resultó que la división de Bermúdez entró en desorden y se dispersó, de modo que de los 1.500 hombres que tenía, apenas pudo retirarse a Maturín un tercio, cuya acción tuvo lugar el día 9 de noviembre (*).

El general Ribas, que mandaba en jefe, era de sentir que debía atacarse al enemigo en Urica, por haber gente suficiente, pues el ejército pasaba de 4.000 hombres. Bermúdez y los oficiales de su división fueron de contrario parecer, y la disputa subió a tal punto que poco faltó para terminar en un rompimiento entre los dos partidos. Conocióse por último que era más conveniente atacar al enemigo que esperarle en ningún punto, aunque fuese bien fortificado, y en efecto salió Ribas de Maturín con la mayor parte del ejército acompañándole Bermúdez; pero se quedaron descontentos los mejores jefes y oficiales de caballería y mucha parte de la división de este General.

Cuando Boves llegó a Urica trató con aspereza y menosprecio a Morales, por haber atacado a Maturín contra la expresa orden que le había dado, de lo que resultó desavenencia entre los dos caudillos, manifestando Mora-

(*) Historia de Cumaná.

les deseos de venganza. El 5 de diciembre el ejército republicano, constante de 4.227 hombres se presentó a las inmediaciones de Urica, a tiempo que el realista que era en una tercera parte superior, se hallaba en movimiento para salirle al encuentro y, sin pararse aquel, se hizo la formación de ataque, marchando hasta encontrarse ambos ejércitos, cuerpo a cuerpo. Trabóse el combate con el mayor furor de una y otra parte, y en el primer encuentro de las caballerías desapareció enteramente la izquierda de los realistas, a cuyo frente estaba Boves que cayó del caballo herido de un lanzaso que le dió un soldado del escuadrón del coronel Zaraza que mandaba la derecha (*); pero como la carga fué simultánea y la izquierda de los patriotas, al mando de Monagas, no tuviese la firmeza necesaria por falta de cooperación de algunos jefes, principalmente del comandante Manuel Sedeño, se introdujo en ella la desconfianza, al propio tiempo que se difundió la voz de *somos cortados*, de que resultó que en el momento de proclamar la victoria, comenzó el de su ruina: la infantería fué arropada y destrozada y el último cuerpo de buenos soldados que quedaba, fué cercado por los realistas y pereció haciendo fuego a pie firme. Después de esto, todo fué confusión, espanto, muerte, disolución, siendo muy pocos los que escaparon de infantería, mientras que se salvó casi toda la caballería, aunque a Maturín volvieron pocos con los generales Ribas y Bermúdez. La pérdida de los patriotas, entre muertos, heridos, dispersos y prisioneros, pasó

(*) Por algunos realistas se supo que habiendo sabido Morales la caida de Boves se dirigió al lugar y cubriéndolo con su ruana lo acabó de matar, haciendo saber después de la batalla, que habia ido a ejecutar una acción de suma importancia, Morales se hallaba altamente resentido de Boves y aspiraba al mando exclusivo del ejército. Después de que no pudo ocultarse por más tiempo la muerte de Boves, se tuvo una junta de guerra, para tratar de la persona que debia tener el mando. Los oficiales que opinaron que debia reconocerse la autoridad superior, política y militar del Capitán General Don Juan Manuel Cagigal, desaparecieron, muertos ocultamente unos, y otros con violencia, quedando Morales constituido jefe absoluto de toda la parte oriental.

de 3.000 hombres, porque después sólo pudieron reunirse 300 soldados.

Informado Morales por algunos prisioneros, a quienes no hizo matar en aquel día, de la fuerza que había quedado en Maturín, a la salida del ejército, vino en conocimiento de que los jefes republicanos no podían en breve tiempo reunir fuerzas bastantes para resistir las suyas y forzando sus marchas se presentó el 10 al frente de Maturín con tal denuedo que se introdujo en el recinto de la población por el punto que llaman del *Hervidero*, que queda al este, situándose después en la sabana del propio nombre. Los refugiados en Maturín creyeron que en aquella noche se emprendería una retirada, porque era el único medio de salvar a poco más de 500 hombres de todas armas que allí se habían recogido y se hallaban en el mayor desaliento, así por la desgracia que acababan de experimentar, como porque tenían a la vista un ejército de más de 7.000 hombres. Sinembargo los generales Ribas y Bermúdez en nada pensaron menos que en retirada, antes bien dieron órdenes para la defensa, y con el mayor entusiasmo animaban a todos al combate, anunciando que el enemigo sería derrotado como lo había sido el 13 de septiembre y el 25 de mayo del año anterior. Admirábanse todos de semejante éxito, porque tocaban las grandes dificultades que había que vencer; no obstante tenían gran confianza en el valor y pericia de los generales, los que dispusieron sorprender en la misma noche al enemigo, antes que esperar su asalto y al efecto ordenaron que los únicos 300 hombres de caballería que habían podido reunirse, saliesen a la media noche, al mando del coronel Manuel Sedeño, a lo que se prestaron con denuedo, y divididos en tres columnas, con su divisa y contraseña, para que no pudiesen equivocarse, tuvieron la orden de atacar y penetrar al centro del ejército realista, matar sin dar cuartel, romper sin detenerse en nada, correr, pisotear y destrozar el campo, hasta introducir la confusión y el espanto, volviéndose después al punto de su partida.

A la una de la mañana salieron estos valientes patriotas de la plaza resueltos a ejecutar la operación de que estaban encargados o morir en la acción. Todas las avanzadas del enemigo fueron en el instante sorprendidas y destrozadas, y difundiéndose la sorpresa en el ejército con la celeridad de la energía e impetuosidad con que aquellos procedían, introdújose súbitamente el desorden y el terror, en términos que ya no se oían otras voces que *perdón, misericordia,* y para prevenir los fatales resultados de esta algazara, Sedeño con fuerte e imperiosa voz gritó: *alto maturineses, reunión;* y en lugar de conocer el verdadero motivo de esta señal, se atribuyó a peligro inminente, de que resultó enfriarse los ánimos, sin poder consumar la empresa tan felizmente comenzada, por lo que se mandó la retirada, quedando el campo sembrado de muertos y heridos. Morales hizo inmediatamente que se iluminase todo el recinto que ocupaba su ejército y que éste permaneciese en rigurosa formación, destinando al mismo tiempo una columna de 800 cazadores, por la derecha del bosque o corozal con la mira de ver si podía forzar uno de los puntos de retaguardia y dividir la atención de los patriotas.

Al amanecer del siguiente día, 11, rompió el fuego la columna de cazadores, al propio tiempo que el grueso del ejército se arrojó sobre las baterías y foso de la Tejería que con 25 hombres la mandaba el comandante Francisco Carmona, quien tuvo que retirarse a la línea después de haber sido herido en un muslo y perdido la mitad de su gente, por cuya desgracia penetró el enemigo a la población, haciendo un fuego horroroso y desalojando a la emigración que aquí se había reunido, que no bajaba de 12.000 personas inútiles para la guerra, pues eran ancianos, mujeres y niños. Entre tanto el ejército se aproximaba sobre las demás baterías, pronunciando con entusiasmo las voces de *viva el Rey,* y aunque se les hacía un fuego vivo y sostenido, experimentando un gran destrozo, por tres cañones de grueso calibre que había en aquéllas, con todo no dejaban de acercarse, con bárbaro

ímpetu, los escuadrones del bajo llano. Es digno de recordar que un cañón de a doce que montaba el *blocus Libertador*, mandado y servido por paisanos, hizo cinco tiros tan buenos que los realistas tuvieron que retirarse a sus posiciones; pero habiendo el sirviente de este cañón introducido el pote de metralla antes que la pólvora, ofuscados todos, y taladrando con punzones de todas menas, se rompió una de las roscas, quedando el oído clavado, lo que advertido por el enemigo, avanzó y ocupó el puesto, sin ningún inconveniente. La columna que obraba por retaguardia había avanzado hasta trescientos pasos de las últimas casas de la población, en cuyo estado el general Bermúdez, con doce de los mejores soldados de caballería de reserva, divididos en dos trozos, cargó sobre aquella con tal ímpetu, que no dió lugar para que se acogiese en las casas, ni hubo alguno que no fuese muerto, herido o pisoteado, de modo que el fuego cesó del todo por esta parte, retirándose a la línea Bermúdez, con el sable roto y los soldados sin lanzas, todos cubiertos de polvo y sangre, pero sin el menor daño. Este triunfo animó mucho a los patriotas, y dieron algunas cargas al grueso del ejército, aunque nada adelantaban por la superioridad del enemigo. Reanimada la columna de retaguardia continuó el fuego; pero Bermúdez le dió otra carga semejante a la primera, aunque no tuvo igual resultado porque el enemigo se guareció en las casas. Como a las once de la mañana faltaron a los patriotas todos los pertrechos y municiones, y no pudiendo hacer ya fuego, viéndose flanqueados por todas partes, fué forzoso abandonar las posiciones que con tan heroico valor habían defendido. Bermúdez se retiró con 200 hombres de caballería hacia El Tigre, pasando por el puente del Muerto; Ribas, Monagas y Zaraza tomaron otras direcciones y otros tomaron la de Punceres, para ir a ocultarse en los montes del Buen Pastor y pasar después a Güiria.

Morales entró en la plaza *con su ejército siempre vencedor y redujo a cenizas la famosa fortaleza de Ma-*

turín, con cuantos hombres tenía dentro, dando al mundo un tan sangriento espectáculo, cual pocas veces se ha visto. Tales son las expresiones del gacetero de Caracas, doctor don José Domingo Díaz, al referir este suceso. (*)

La pérdida que tuvieron los patriotas en esta jornada fué de 30 muertos y algunos más heridos, al paso que la de los realistas ascendió a 1.000 muertos y sobre 1.500 heridos, cuya noticia se tuvo de boca del propio Morales que la refería con indignación en los momentos en que cantaba la victoria, enfureciéndose al considerar que tan corto número de rebeldes le hubiesen causado tal estrago.

Ninguno de los monstruos que desolaron a Venezuela ha igualado a éste, en perfidia, fiereza y crueldad y es bien sabido que el mismo Boves, haciendo el elogio de su segundo Morales, dijo repetidas veces: *que éste era más sanguinario que él, y el más bárbaro y cruel de los hombres.* No sería fácil y menos agradable referir a la vez las atrocidades ejecutadas y ordenadas por él, en el curso de la guerra de Venezuela. Algunas se han referido más arriba y no se omitirán aquellas que dan a conocer el alma negra de este oscuro y feroz canario; y por lo que toca a su comportamiento el día de su entrada en Maturín, bastaría lo que dice su panegirista, el gacetero de Caracas. Sinembargo, debe notarse que los que perecieron en aquel terrible día, por las llamas y el hierro y antes en Urica y después en Güiria y toda la costa, fueron personas inermes, viejos, niños, mujeres, heridos, baldados, rendidos, etc. En esos lugares fueron asesinados los ciudadanos Miguel José Sanz, Francisco Javier, José María y José Ignacio Ustáriz, Narciso Blanco, Juan Aristeguieta, Vicente Blanco, Javier y Pedro Escalona, José María Emazabel.

En los siguientes días dispuso Morales que las mujeres que allí había de todas las provincias de Venezuela, y habían sido robadas y ultrajadas por sus satélites, se

(*) Véase Gaceta del miércoles 1º de febrero de 1815, No. 1º pág. 2.

pusiesen en camino para Cumaná, por tierra, donde se les harían saber las órdenes que debían observar y cumplir. Merece un particular recuerdo, la historia de una de estas desventuradas nombrada Josefa Figueras, de Barcelona, que conocía a Morales, desde que era ordenanza del comandante don Gaspar Cagigal, y le había proporcionado algunas cantidades para pequeñas negociaciones y el surtimiento de la pulpería que tenía. En la última salida de Morales de aquella ciudad quedó debiendo a la Figueras doscientos pesos constantes de una obligación, y teniendo noticias de que ésta se hallaba en Maturín, la solicitó personalmente y habiéndola encontrado, le manifestó que jamás se había olvidado de los beneficios que le había hecho, que inmediatamente le remitiría los doscientos pesos que le adeudaba y que contara con todo lo que él tenía y podía y ella necesitase para restituirse a Barcelona. La Figueras le dió las gracias por tanta generosidad, añadiendo que hacía donación de los doscientos pesos a favor de las tropas de S. M. Rehusó Morales la donación, manifestando que las tropas del Rey no necesitaban de nada y poco después le remitió los doscientos pesos. Deseosa la señora de salir de aquella horrorosa mansión y creída de las ofertas que le había hecho Morales, le significó que para hacer su viaje no tenía los auxilios necesarios, y en su inteligencia mandó el protector se le diesen las bestias, raciones y demás que necesitase. Seguidamente mandó su equipaje a la casa de Morales, para salir al siguiente día temprano, quien a las tres de la mañana mandó a decir a la Figueras que fuera a montar a la casa de él, pues ya estaba todo listo. Habiendo llegado ésta mandó a cuatro soldados de su guardia la condujesen y acompañasen hasta el lugar que les había dicho, tratándola como si fuera su propia persona, pues debía a esta señora más beneficios que a ninguna otra persona de todas las que conocía. A poco trecho de haber andado, la Figueras fué muerta a lanzasos por la escolta; y dejándola tendida en la sabana, despojada de sus pobres vestidos, regresó con el equipaje al cuartel de

Morales, quien lo distribuyó entre los malvados, reservando para sí algunas pequeñas prendas y los doscientos pesos que le había pagado, que se encontraron en un baúl.

Mientras que Bermúdez y Ribas habían luchado en lo interior con Morales y Boves, otras partidas de patriotas habían tenido encuentros en los pueblos inmediatos a la costa, aunque con suceso vario. El 5 de noviembre atacó el comandante don J. Quijada la fuerza republicana que había ocupado el pueblo de San José el 28 de octubre, desalojando a 500 realistas que lo guarnecían, con cuyo triunfo se reparó la mengua y cobardía de éstos. El 6 evacuó el general Piar, con acuerdo de sus oficiales, los pueblos de Carúpano y Río Caribe, retirándose con la tropa y la emigración, al de Yaguaraparo, donde creyó podría ser reforzado; mas el 15 sufrió en las montañas inmediatas a este pueblo una completa derrota el comandante Videau, que fué atacado con triple fuerza por Quijada, quien había reforzado su columna con los auxilios que le prestaron los pueblos que había evacuado Piar. La acción fué obstinada y la carnicería que hizo Quijada en Yaguaraparo semejante a la ejecutada por Boves el 16 de octubre en Cumaná. Videau se retiró a Güiria con la poca gente que le quedó.

Pocos días después, (19 de diciembre), atacó Quijada el pueblo de Irapa, que había fortificado el comandante Rivero y fué tan vigorosa la defensa que éste hizo con un número inferior de hombres, que el español desesperanzado de tomarlo, se retiró a Yaguaraparo con bastante pérdida de su gente. En el propio día varios buques de la escuadrilla española aparecieron en el golfo Triste o de Paria y establecieron su crucero, desde Güiria hasta las bocas del mismo golfo.

La destrucción de Maturín y la matanza que se hizo en los días subsecuentes no mitigó la insaciable sed de sangre americana que devoraba a los españoles y canarios, como lo demuestran asi sus hechos, como la carta que el brigadier don Manuel Fierro dirigió de Puerto Cabello a un paisano suyo residente en Colonias, porque

pretendían el exterminio de la presente generación, como se ha dicho más arriba, con referencia a este propio documento, que debe tener lugar en la historia de la regeneración política de Venezuela. (*)

La escuadrilla española al mando de Gabazo, reforzada con otros buques y flecheras de Guayana, estableció un bloqueo desde las bocas de Trinidad hasta Irapa, de modo que nada podía entrar ni salir sin ser registrado por el comandante de la fuerza naval. Muchos que emigraron entonces para las Colonias fueron apresados, robados sus equipajes, y arrojados bárbaramente con lingotes a lo profundo del mar. Otros eran muertos a golpes de hacha o de machete.

Los mismos asesinatos y carnicería se ejecutaban en todos los pueblos del occidente por los comandantes que en ellos había dejado Boves. El gobernador militar de Caracas, Quero, organizó una compañía disfrazada, para perseguir a los notados de patriotismo, y no hubo día en que no fuesen sacrificados, públicamente o en el silencio de la noche, en el sitio de Coticita, a los que tenían la necedad de presentarse o habían sido capturados, por la denuncia y gestiones de personas resentidas por motivos particulares, o por la delación de conspiraciones inventadas por hombres de la hez del pueblo. Lo propio practicaron Calderón en La Guaira, Machado en La Victoria, Dato en Valencia, etc. En Puerto Cabello fueron pasados por las armas, el 17 de septiembre, en virtud de sentencia pronunciada por el auditor de guerra doctor don José Manuel Oropeza y aprobada por el capitán general don Juan Manuel Cagigal, los ciudadanos Vicente Salias, Manuel Fortique y José Perales Quevedo, de Pamplona, y remitido a San Carlos a José Acosta, habanero, oficial del regimiento de Granada, quien se pasó a los patriotas, para que, precedida su degradación, fuese ejecutado al frente de su cuerpo, que existía allí. Estos individuos emigraron de La Guaira, el 8 de julio, en un bergantín

(*) Documento Nº 29.

inglés, que fué apresado por un corsario de Coro, nombrado el *Iturralde*, adonde fueron conducidos y en donde sufrieron los prisioneros, de ambos sexos, los insultos y vejaciones más inauditos, desde la playa donde desembarcaron, hasta lo más profundo de los calabozos en que fueron sepultados.

Cerciorado el general Urdaneta de la pérdida de Valencia y Caracas, emprendió su retirada hacia Trujillo, por el Tocuyo, y en Humocaro Bajo reorganizó los batallones Barlovento, Guaira y Valencia, que contenían una fuerza de más de 1.700 hombres. De Trujillo siguió para Mérida y dejó de observación en el pueblo de Mucuchies al batallón Barlovento, a las órdenes del comandante Andrés Linares. Los otros continuaron a Mérida, a las órdenes del coronel Florencio Palacios, siguiendo las huellas de Urdaneta, que se había adelantado, en solicitud de los recursos que pudiera facilitarle el gobernador de la provincia. El 16 de septiembre se avistó en el páramo de Mucuchíes la división de Calzada y al siguiente día atacó a Linares, antes del medio día y lo derrotó, aunque Urdaneta acudió con los otros dos batallones que tomaron parte en la acción, la cual terminó cerca de la noche, retirándose los patriotas a Mérida, con cerca de cuatrocientos hombres de pérdida, y el 19 se puso en marcha la división, con dirección a Cúcuta, donde poco después se recibieron órdenes del gobierno de la Unión Granadina, para que se formase un solo cuerpo de ejército. con esta fuerza y setecientos granadinos que había en estos valles a las órdenes del gobernador del Socorro, Custodio García Rovira, confiriéndose el mando al general Urdaneta y al coronel Santander, como segundo. Antes de haberse recibido esta resolución, el capitán José Antonio Páez había obtenido licencia de los jefes de la fuerza existente en el Rosario de Cúcuta, para ir a la provincia de Casanare, a continuar sus servicios; y luego que llegó se le dió el mando de un cuerpo de caballería, con agregación a la división que mandaba el comandante Francisco Olmedilla.

A mediados de octubre recibió Urdaneta órdenes reservadas del Gobierno de la Unión, para que con 800 fusileros escogidos se presentara en Tunja a marchas forzadas, pudiendo propalarse indirectamente, y para ocultar el verdadero destino de la división, que se dirigía a defender la provincia de Casanare, que amenazaba invadir Calzada, dejando de guarnición en Cúcuta a Santander con el resto de las tropas, prevenido de no comprometer acción alguna, y aún de abandonar los valles de Cúcuta, si Calzada o Remigio Ramos, que se hallaban entre Mérida y La Grita, con más de 2.000 hombres, adelantaban sus marchas. Púsose en marcha Urdaneta el 8 de noviembre, después de vencer grandes inconvenientes, llevando los batallones de Venezuela, con un escuadrón de dragones y algunas compañías de granadinos.

El verdadero objeto de esta empresa se dirigía a reducir al gobierno de la provincia de Cundinamarca entrase por la fuerza, en la Confederación granadina, puesto que por motivos personales, ambiciosos y aun de capricho, sus gobernantes habían visto con el más alto desprecio las instancias, persuasiones oficiales y particulares y los manifiestos que el Gobierno General había publicado para atraerle a la Unión. Sobre esto, en la Nueva Granada había pocas armas y elementos de guerra, fuera de un considerable repuesto que existía en Santa Fe, cuyo gobierno no sólo se denegaba a franquearlas, para la defensa común, sino que había adoptado una conducta que le hacía muy sospechoso, como el abrigar a todos los enemigos de la independencia.

A pocos días de su llegada a Cartagena emprendió Bolívar su viaje por el Magdalena, para ir a presentarse al Congreso que se hallaba en Tunja, siguiendo la vía de Ocaña y Pamplona, en donde halló a Urdaneta con los restos de la división que había traído de Venezuela, en marcha para Tunja, en cumplimiento de las órdenes que había recibido del Congreso. La tropa, cansada de trabajos, casi desnuda y enajenada de gozo con la aparición de Bolívar, rehusaba continuar la marcha; pero fué re-

ducida a su deber, por las exhortaciones del mismo y de García Rovira, nombrado para el Poder Ejecutivo que siguieron juntos para Tunja. Bolívar fué recibido con mucha consideración por los miembros del Congreso y el Gobierno de la Unión le encargó el mando de las tropas que dirigía contra Santa Fe.

Cuando se supo que el general Bolívar marchaba a la cabeza del ejército de la Unión, para hacer entrar en su deber a la capital de Cundinamarca, los papeles públicos le calumniaron de mil maneras y los Gobernadores del Arzobispado, en un edicto, aseguraron que el ejército iba a destruir la religión, saquear los templos, violar las vírgenes, atropellar a los sacerdotes, profanar los vasos sagrados, y, lo que es más, se atrevieron a decretar excomunión contra el Jefe y contra todos los que le auxiliasen de algún modo.

El 10 de diciembre atacó Bolívar a Santa Fé, y a los dos días de encarnizados choques, cuando el ejército de la Unión se preparaba a dar el asalto a la plaza mayor, que era el solo punto que ocupaban los contrarios, se propuso capitulación, por la cual fué reconocido el Congreso por la provincia de Cundinamarca, en los mismos términos que las demás provincias unidadas y se ofreció una completa garantía de vidas y propiedades, a todos los ciudadanos de Cundinamarca, sin distinción de origen. El general Bolívar dió cuenta de la capitulación y el Gobierno general la aprobó, enviándole al mismo tiempo el despacho de Capitán General de los ejércitos de la República, el primero y único de esta clase, que hasta entonces se había expedido. Los Gobernadores del Arzobispado que habían excomulgado a Bolívar y al ejército de las provincias unidas, declarándoles herejes e impíos, se retractaron, por otro edicto, en que levantando la excomunión, confesaban que el general y las tropas de la Unión eran tan católicos como los demás fieles de la Nueva Granada.

Algunos caraqueños residentes en Margarita dirigieron al Congreso de la Nueva Granada una acusación contra Bolívar, reducida a los siguientes capítulos:

1º Haber roto sus relaciones diplomáticas con aquellos Estados y visto con una indiferencia escandalosa a los militares que le acompañaron en la campaña.

2º El desprecio de los consejos eventuales que se le propusieron, para las deliberaciones graves y arduas, en todos los ramos, habiendo expedido, por sí solo, providencias del mayor comprometimiento y trascendencia, que inundaron de sangre las provincias, con infracción de sus promesas.

3º No haber dado ningún Gobierno a los pueblos de Venezuela, en los once meses de su mando, y sí manteniéndolos bajo un despotismo militar que disgustaba a todos y llegó a exasperar a muchos.

4º Su tolerancia delincuentísima a los indecentes medios con que el general José Félix Ribas, su inmensa familia y bajos cortesanos trataban de enriquecerse, no solo con perjuicio del Estado y agravio de los particulares sino, lo que es más, con una vergonzosa venta de la sangre humana.

5º Su ningún tino en las elecciones de funcionarios, que siempre cayeron, o en jóvenes sin experiencia ni opinión, y propios solamente para acalorar sus ideas, sin poderle reprochar sus desaciertos; o en hombres que tenían tan buena moral y probidad, como el Secretario del interesante ramo de gracia y justicia, Rafael Diego Mérida.

6º Que si con prontitud marchaba a la campaña, con no menos ligereza volvía a las capitales a recibir inciensos y pueriles obsequios; que entregado a los placeres desacreditaba la moral y se olvidaba de la causa pública.

7º Que diferentes veces se le había oído decir que la táctica militar era excusada, y cuanto se había escrito sobre el arte de la guerra, puerilidades y quimeras.

8º Que aunque nada podía imputarse a Bolívar, de venalidad ni malversación en los intereses del Estado, tenía la grave responsabilidad de la que hacían los Ribas todos, y su Juez exclusivo de secuestros.

9º Que clamaban contra Bolívar las víctimas sacrificadas en el sitio de La Cabrera y Valencia, quienes se sostuvieron, después de la derrota de la Puerta, en virtud de sus repetidas órdenes, para que lo practicasen así, seguros de que volaba en su socorro, con la más florida juventud y mejores caballos de Caracas.

10º El inaudito e impolítico decreto para levantar en masa, en muy pocas horas, la población y estrecharla a una emigración, para la que no se tomaron otras providencias que las que eran suficientes a hacerla soportable a él y su comitiva.

11º Que Bolívar, después de tantos sacrificios, había dicho que estos pueblos ni querían ser libres, ni eran dignos de la libertad, de cuya atroz calumnia debía responder y dar pruebas, y que mientras lo hacía debía quedar entendido, que los hechos especificados habían puesto un muro de separación entre él y los venezolanos, y estos con las armas sabrían impedir que se encargase de su futura suerte. (*)

Aunque en Cartagena y otras partes se habían publicado papeles, atribuyendo a Bolívar exclusivamente la pérdida de Venezuela, el Congreso le juzgó un militar desgraciado, pero un grande hombre, bajo cuyo concepto le encargó el mando de las tropas y le expidió el despacho de Capitán General. Aprobó después el plan propuesto por Bolívar de tomar a Santa Marta, para marchar luego sobre Río Hacha y Maracaibo, asegurando así la costa del norte. Para esta expedición puso a sus órdenes, el Gobierno de la Unión, un escuadrón de dragones y tres batallones de infantería, cuya fuerza no bajaba de 2.000 hombres, aunque no llevaba más de quinientos fusiles, pero con órdenes para que el Gobierno de Cartagena le diera las armas, municiones, artillería y bagajes que necesitara la tropa. El general Manuel Castillo, que mandaba las fuerzas de Cartagena y que tenía en esta plaza un poderoso influjo, era enemigo declarado de Bolívar, desde las ocurrencias de Cúcuta, y sin ningún otro moti-

(*) Historia de Margarita.

vo, imprimió un papel, en que denunciaba y atacaba la conducta pública y privada del mismo, atribuyendo a su culpa e ineptitud todas las desgracias que habían acaecido en Venezuela, cuya pérdida había emanado de no haber cumplido en ella las órdenes e instrucciones que le había dado el Congreso. Bolívar contestó este libelo, justificando su conducta, con un documento del Dr. Camilo Torres, Presidente del Congreso, en que dice que este cuerpo estaba completamente satisfecho de su comportamiento, en la campaña de 1813, a pesar de que terminó desgraciadamente, añadiendo que aunque Venezuela se había perdido nuevamente creía que esta República se había salvado en la persona del general Bolívar.

El Gobernador Juan de Dios Amador, influído por Castillo, circuló órdenes a los jueces y comandantes de los pueblos del Magdalena, previniéndoles no obedeciesen ninguna orden del general Bolívar, sino se les comunicase por el conducto del Gobierno provincial, y que a cualquier punto adonde llegara, no le dejasen pasar adelante y le hicieran retroceder a Mompox, manifestándole que allí debía aguardar las órdenes y el permiso del Gobierno de Cartagena, para adelantar sus marchas. Declaróse la guerra civil y después de muchos escándalos, pérdida de hombres, armas, buques, municiones, etc.; después de haberse sabido que a la Margarita había arribado de España una gran expedición, se ajustó un tratado, con artículos públicos y secretos, en que se estipuló un olvido absoluto de la anterior contienda, y amnistía general para todos los individuos que hubiesen favorecido cualquiera de los dos partidos; que habría amistad cordial y sincera entre los jefes y sus tropas, sin que tuviesen más enemigos que los de la independencia, a quienes se continuaría haciendo la guerra, conforme a los deseos del Gobierno de la Unión y del particular de la provincia. Después de firmar el tratado con el Gobierno de Cartagena, Bolívar se embarcó, en el caño de Basurto, el 8 de mayo, y desde allí se trasladó al bergantín de guerra inglés *La Descubierta*, en el que siguió a Jamaica, al día siguiente, y poco después salieron para la misma isla,

Mariño, Miguel y Fernando Carabaño y otros oficiales venezolanos. El general publicó en Kingston, un manifiesto y dirigió al Congreso una comunicación justificando su conducta en la guerra civil de Cartagena. Ocupado en dar impulso a la causa de la independencia, se apareció en Kingston un español, enviado de la Costafirme, con el designio de asesinarle y, al efecto, se introdujo con el capitán Rafael Páez, edecán que había sido de Bolívar, en cuya casa habitaba, y logró seducir a un negro esclavo del mismo, fijando la noche en que debía ejecutarse el atentado. Felizmente aquel propio día, halló Bolívar nueva posada, y sin volver a su casa, de un convite en que estuvo, se fué a dormir en ella, con su Secretario Pedro Briceño. En casa de Páez le aguardaron hasta tarde, y viendo que no llegaba, Félix Amestoy, emigrado de Caracas, se acostó en la hamaca que servía de cama a Bolívar. El asesino, no sabiendo esta circunstancia, entró a la pieza y dió al infeliz que se hallaba en la hamaca del general, dos puñaladas, de las que murió en el acto. Fué aprehendido el negro y confesando todos estos pormenores, pagó, en un cadalso la pena de su delito. El español había tomado tan bien sus medidas, dándose varios nombres, que no se pudo averiguar el verdadero; pero la deposición única del esclavo tenía tal carácter de verdad, que el seductor fué expelido perpetuamente de la isla.

Se ha dicho antes que los patriotas que escaparon de Maturín y las partidas que se hallaban en otros puntos se dispersaron por diversos rumbos, para escapar de un enemigo poderoso y encarnizado. Unos se dirigieron a los pueblos de la costa, otros al Llano y otros se refugiaron en las montañas del Tigre. El general Bermúdez después de haber vagado por el llano de Maturín y por los caños del Tigre, llegó el 16 de enero a Güiria, donde fué recibido con mucho regocijo y con solo su presencia se creyó poder resistir al enemigo. (*)

(*) Historia de Cumaná.

AÑO DE 1815

El general Ribas tomó la ruta de los llanos de Caracas, con un piquete, y después de haber andado errante, en busca del comandante Zaraza, para seguir a incorporarse con la división del general Urdaneta que se decía hallarse triunfante en el Occidente, fué denunciado por el práctico que le guiaba, al Teniente Justicia Mayor del pueblo del Valle de la Pascua, quien le sorprendió, y conducido a la población, fué muerto con algunos de los que le acompañaban, y su cuerpo descuartizado, enviándose la cabeza a Caracas, a cargo del capitán Pedro Celestino Quintana, colocándose los restos en diversos puntos, para que fuese más horroroso el castigo (*). El general Piar se dirigió a Güiria, donde fué muy mal recibido de Videau, quien celoso de su autoridad, temiendo que le privase de ella, o por resentimientos anteriores, le despachó para las colonias, después de haberlo tenido preso y tratado como a un gran criminal.

El tesón con que eran perseguidos los patriotas, en todas direcciones anunciaba su total y pronto exterminio. Morales marchó a los pueblos de la costa, talando, robando, matando y consumiendo por el fuego todo lo que encontraba. Destinó al comandante don Salvador Gorrín, canario, al sitio del Tigre, para que persiguiese y matase a todos los que allí se habían refugiado; y habiendo cumplido tan bárbara orden, en todo lo que estuvo en su po-

(*) El 14 de marzo, a las doce del dia, formado, en la plaza mayor de Caracas, los batallones del Rey y de la corona, dos escuadrones de caballería y una brigada de artillería, se colocó en la horca la cabeza del llamado general José Félix Ribas, llegada la noche antes, por Barcelona, y puesta en ella el mismo gorro encarnado, con que se hizo distinguir en el tiempo de su triunvirato. (*Gaceta de Caracas* del 15 de marzo de 1815. N° 7°, pág. 60).

der, pasó a los pueblos del Cari y Arivi, y de aquí a los puntos de Teresén, Caño Colorado y Morichal Largo, para facilitar la toma de Güiria, que era lo que restaba para la total pacificación.

Presentóse Morales el 14 de febrero, al frente del pueblo de Soro, con 3.000 hombres, y reducido a cenizas, siguió al siguiente día a Güiria que estaba defendido por Bermúdez y Videau, con solo 300 hombres. A pesar de tan notable diferencia de fuerzas los patriotas resistieron largo tiempo, causando algún estrago a los realistas; mas al fin hubieron de abandonar el puerto y buscar su salvación en la fuga. Los jefes, algunos hombres de armas, emigrados y mujeres escaparon en canoas; pero los que huyeron a los montes y por la costa fueron aprehendidos y lanceados, desde Irapa hasta Quebranta, sin distinción de sexo ni edad, calculándose el número de estas víctimas en más de 3.000 personas. El coronel Rivero que ocupaba el punto de Irapa, luego que supo lo sucedido en Soro y en Güiria, se retiró a los montes con algo más de 400 hombres, de los cuales perecieron los más, al filo del cuchillo de los satélites de Morales, quien participando los resultados de esta campaña, al titulado Capitán General, le dijo, en oficio de 17 de febrero, lo siguiente: "Después de la derrota que han sufrido los sediciosos en Güiria, no asoma siquiera una vela de ellos por toda la costa. *No han quedado ni aun reliquias de esta inicua raza en toda la Costafirme, y con brevedad marcho para el rinconcillo de la miserable Margarita*" (*).

Siguió después a Carúpano y Cariaco esta hiena de figura humana, en donde ejecutó hechos que, a pesar del horror y repugnancia que uno tiene para recordarlos, deben consignarse en la historia, para eterna ignominia de su autor y de las autoridades que los aprobaron y de los escritores que hicieron de este monstruo infernal encomios y panegíricos.

En Carúpano se propuso cegar las zanjas o grietas del cerro del Morro o fortín que guarnece el puerto, con

(*) Véase *Gaceta de Caracas* del 15 de marzo de 1815, Nº 7, pág. 60.

los cuerpos de los patriotas, y así es que por las noches eran conducidos, en partidas considerables, los que se conceptuaban de tales, a los lugares señalados, en donde eran sacrificados, en el suplicio que él mismo inventó y subrogó al del *baño*, denominando al nuevo de *engrillar*, que consistía en hacer inclinar la vista del paciente, puesto de rodillas, hacia el vientre inferior, para poder derribarle la cabeza de un golpe de machete. Después de haberse ejecutado de este modo una considerable matanza de hombres de todas edades, dió órdenes a sus comandantes o esbirros, para que en adelante no matasen blancos, sino que los castigasen de otro modo, baldando, de modo que quedasen inútiles para tomar armas, a todos los que no fuesen decidida y notoriamente conocidos por adictos al gobierno del Rey y a su persona, que lo representaba en Venezuela.

En Cariaco hizo asesinar del mismo modo a muchos que se sospechaban patriotas. Hallábanse en esta ciudad Tomás Lozada, canario, vecino de Caracas, con su mujer y niños, y sabiendo Morales que era emigrado de aquella capital y que tenía algunos intereses, mandó matarlos a todos y que le llevasen el dinero y efectos que se encontrasen en su posada. Toda la familia fué arrancada del hogar doméstico, en el silencio de la noche, y conducida fuera de la población, fueron lanceados y macheteados todos los individuos que la componian. Por fortuna Lozada, su mujer y un criado, aunque muy mal heridos, no murieron, y recobrados algún tanto, vinieron por sendas extraviadas a la población, y se presentaron a Morales, refiriéndole todo lo que les había sucedido, para que les hiciese justicia, porque no pensaban que él fuese el autor de tan excecrable atentado. Sorprendido este monstruo con la aparición de tales personas, fingió no saber absolutamente nada, y para la averiguación de tan abominable hecho y el castigo de sus autores, dió las órdenes que parecían precisas. Mas no pudiendo soportar la presencia y existencia en aquel lugar de unas personas inocentes que le recordaban incesantemente la enormidad de

su crimen, dispuso que inmediatamente Lozada y el resto de su familia saliesen para La Guaira, a cuyo efecto se le preparó un buque.

Existen en Caracas algunas personas de esta desgraciada familia y señaladamente la señora de Lozada que lleva en su cuerpo, en el cuello y en un hombro, las marcas de los machetazos que le dieron en aquella infausta noche, pudiendo ocurrir a su casa los que quieran cerciorarse de tan abominable hecho. Desde Maturín nombró Morales al doctor don José Ambrosio Llamozas, natural de Calabozo, y Vicario General de su ejército, para que pasase a Margarita, a tratar con el Gobierno de la isla, con arreglo a la instrucción que le había dado, reducida a que promoviese, haciendo su propia persona, cuanto juzgase conveniente, en beneficio de la paz, unión y fraternidad. El comisionado tomó en Cumaná, para Secretario, al ciudadano José Manuel Sucre, y el 6 de enero se presentó al frente de Pampatar, en el bergantín de guerra de S. M. nombrado *El Godo*, anunciando el objeto de su misión y exigiendo, si podría desembarcar y ser admitido con el carácter de parlamentario, y aunque se le contestó afirmativamente, por el Gobernador de la isla, asegurándole que se observaría religiosamente el derecho de gentes, pidió tres sujetos, los más condecorados, que sirviesen de rehenes, los que deberían permanecer en el bergantín, durante su permanencia en tierra, a lo que se le dijo que no proviniendo su comisión de instancia ni petición del Gobierno de la isla, y no habiendo justo motivo para dudar de su buena fe y de la observancia de los principios del derecho de gentes, no podía convenirse en la remisión de rehenes. Insistió el comisionado en la necesidad de los rehenes, amenazando con que si no se convenía en ello, daría la vela para Carúpano, a dar cuenta a su general, cuya nota envió con el Secretario Sucre, con orden de que si no se le daba contestación, en el mismo día, se volviese sin ella. Luego que el Secretario entregó la comunicación, fué preso, y se le obligó a que firmase una carta, para el comisionado, en que le decía que Margarita estaba resuelta a morir o conservar su independen-

cia, y que siendo estos sentimientos los que él había abrigado en su corazón, había resuelto apartarse de los verdugos de sus compatriotas y sacrificarse por la justa y santa causa americana.

Sin darse por entendido el comisionado, de la detención y carta de su Secretario, dirigió una nota al Gobernador, manifestando que estaba pronto a comparecer en su presencia y poner de manifiesto sus credenciales y otros importantes papeles, que manifestaban las benéficas intenciones del Soberano, respecto de sus vasallos de los pueblos disidentes; que entraría en ajustes y negociaciones, asegurando las vidas y propiedades de todos los vecinos, siempre que se sujetasen a la obediencia del Rey, tributándole el debido homenaje de respeto y sumisión, a que estaba obligado el vasallo, y a que estaban reducidas todas las provincias de Venezuela; que salía garante de las proposiciones en que conviniesen, bajo su palabra de honor, y, si fuese preciso, la ofrecía bajo juramento de sacerdote y sacrificaría su reposo y quietud, hasta entregarlas ratificadas con la firma del Rey.

Cerciorados los habitantes de Margarita de la disolución del Gobierno que desde el año de 1813 había regido en Oriente y Occidente, trataron de formar el que fuese análogo y conveniente a las circunstancias, y, con este objeto, fueron convocados los padres de familia y personas notables existentes en la isla y reunidos nombraron, para el gobierno político y civil a Juan Antonio Silva, Juan Miguel Lares y Licenciado Gaspar Marcano, y para comandante general de todas las fuerzas de tierra y mar al general Arismendi, quien contestó al comisionado, con acuerdo del Gobierno, que la Margarita no podía fiarse en la promesa de que serían respetadas la vida y propiedades de sus habitantes, según lo ofrecía, por su conducto, el comandante Morales, porque tanto a los españoles como a los sacerdotes que seguían su partido los había visto repetidas veces faltar a sus juramentos, pedir muertes e incendios, derramar la sangre de sus semejantes, con otros escandalosos hechos, ocurridos en los siglos anteriores y en el presente; y que todos sus habitantes, con

sus mujeres e hijos, estaban resueltos a perecer, antes que sujetarse al dominio español. (*) El ciudadano José Manuel Sucre, no solo quedó en arresto, sino que se le formó causa, en que se trataba del honor y la vida. Los realistas publicaron que los patriotas lo juzgaban como espía, lo que no era así, pues el cargo que se le hizo fué de haber escrito cartas de Cumaná, a personas de la isla, exhortándolas a que depusiesen las armas y se sometiesen al Gobierno del Rey. Mientras cursaba la causa, arribó a Pampatar el navio de S. M. B., nombrado el *Ister*, con el objeto de reclamar una fragata mercante inglesa, apresada por un corsario de la República, y habiéndose interesado el comandante, por la suerte de Sucre, se le contestó, que aunque al terminarse el juicio, las leyes le condenasen a muerte, se le conservaría la vida y se daría cuenta al Congreso de la Nueva Granada, con apoyo favorable. Sucre satisfizo completamente el cargo que se le hizo, aunque su suerte no mejoró hasta algún tiempo después.

Cuando Morales se impuso de la contestación del Gobierno de Margarita, manifestó tanta indignación como admiración, pues estaba persuadido de que al saberse sus triunfos se le rendirían sumisamente los margariteños, principalmente cuando les ofreciese indulto. Además de la gloria que le resultaría de la rendición de la isla, esperaba recobrar a su dignísima consorte, doña Josefa Bermúdez, natural de Barcelona y vecina del Palotal, la cual había sido remitida de esta ciudad, cuando la ocuparon los patriotas, a Margarita, con el objeto de contener la conducta sanguinaria de aquella fiera, en el continente, aunque esta medida fué del todo inútil, pues Morales fué el mismo después que antes de esta determinación. La Bermúdez estuvo y vivió *libremente* en la isla, hasta que después de las victorias del marido en Maturín, Güiria, Carúpano, etc. se descubrió que tenía correspondencia con él, valiéndose de la pluma de un tal Felipe Arcay, de Barcelona, porque ni ella ni Morales sa-

(*) Historia de Margarita.

bían leer ni escribir, y entonces fué preciso reducirla a prisión, con su cómplice, y aunque se probó completamente el delito, ninguno de los dos sufrió pena alguna. Morales resolvió ir a Margarita para exterminar a los refugiados en ella, a todos sus habitantes, para lo que contaba con 5.000 hombres y veintidós buques armados, de que constaba la escuadrilla del teniente de fragata Gabazo.

Cuando el general Bermúdez escapó de Güiria se dirigió a Margarita, a cuyo Gobierno hizo presente la fuerza y recursos con que contaba Morales para invadir la isla y las medidas que, en su concepto, debían tomarse, para la defensa, y de acuerdo con el mismo Gobierno y con el general Arismendi, se organizó un cuerpo de 4.000 hombres, de todas armas, decididos a vencer o morir.

Hallándose en Carúpano Morales, a punto de salir con su expedición, apareció en las costas una grande escuadra, que fondeó en Puerto Santo: era la que Fernando VII para enjugar las lágrimas de las familias desoladas de Venezuela, y, reparar las devastaciones que en ella habían hecho los representantes y sostenedores de sus derechos, Miyares, Cevallos, Monteverde, Antoñanzas, Cerberis, Zuazola, Martínez, Boves, Morales, etc., había despachado de la península, bien provista de máquinas e instrumentos de muerte y de un enjambre de vándalos que, allá los miraba con desconfianza, pero no dudaba que en América, serían leales españoles. En el parte que Morales dió, en 5 de abril, a don Juan Manuel Cagigal, que se hallaba en el ejercicio de la jurisdicción de que le había despojado aquél, en virtud de real orden, (*) se decía que el total de la expedición, incluyendo la marinería, ascendía a 15.000 hombres.

Esta expedición que, primeramente, fué destinada al Río de la Plata y después a Venezuela, se hizo a la vela, en Cádiz, el 16 de febrero de este año, y el 17 arribó por

(*) Después de la batalla de Urica, Morales siguiendo la conducta de Boves, se arrogó y ejerció el mando absoluto; pero habiendo recibido una real orden, en que se decía que el Mariscal de Campo. don Juan Manuel Cagigal era el Gobernador y Capitán General, mandó fuese reconocido como tal, y así se verificó el 2 de abril, en la capital.

los malos tiempos. Volvió a salir el 22, siendo voz general que era la más cumplida que hasta entonces había surcado los mares de América. Constaba de seis regimientos de infantería, que eran los de León, Victoria, Extremadura, Barbastro, Unión y Cazadores de Castilla, con la fuerza de 1.500 hombres cada uno y divididos en dos brigadas. Una columna de 600 cazadores escogidos; un escuadrón completo de artillería volante, con diez y ocho piezas; dos compañías de artillería de plaza, tres de zapadores; el regimiento de caballería de Fernando VII y cuatro escuadrones de húsares expedicionarios, compuestos de destacamentos sacados de varios cuerpos. Un parque de artillería, con toda la dotación correspondiente, para atacar una plaza de segundo orden y para fortificar varios puntos. La fuerza de mar se componía del navío de guerra San Pedro Alcántara de setenticuatro cañones; de tres fragatas; de veinticinco a treinta buques menores, con artillería de dieciocho y veinticuatro. Los transportes eran más de sesenta. El general en jefe era el Mariscal de Campo don Pablo Morillo, elevado a este empleo, de la clase de sargento que era, cuando los franceses invadieron la península; y el de marina, segundo de la expedición, el brigadier don Pascual Enrile, natural de La Habana.

Reunido Morales a Morillo, dió la vela esta grande escuadra, con dirección a Margarita, y muy pronto se presentó al frente de Pampatar. En la isla se tenían ya noticias de la expedición que había salido de Cádiz, porque tres flecheras habían apresado un bergantín de los transportes, nombrado el *Guatemala*, que conducía la brigada de zapadores, y el capitán don Juan Campos y los oficiales que con él venían, las dieron circunstanciadas, y, aun exageradas, de las fuerzas, aunque aseguraron que la misión y el carácter del jefe, eran los de un *Pacificador*. En tal concepto, el Gobierno dirigió una nota al general en jefe, exigiéndole seguridad, para abrir los tratados convenientes, a lo que contestó inmediatamente que a los vasallos no era permitido tratar, sino suplicar a su Rey, y que él no podía obrar de otro modo;

que se enarbolase el pabellón del Rey, en todos los fuertes; que los hombres armados entregasen sus armas; que las personas que componían el gobierno provisional, el ayuntamiento y los curas, y además dos hacendados principales viniesen abordo, a prestar el juramento de fidelidad al monarca, y este sería el primer paso a la dicha y felicidad de la isla.

Esta respuesta no pareció bien a los patriotas comprometidos por hechos personales y notorios, y opinaron que se debía antes morir peleando que entregarse de ese modo al soberbio *Pacificador;* otros, en considerable número, dijeron que el sacrificio era infructuoso, porque no había esperanza, ni aun remota, de buen suceso, por ser muy considerable la fuerza que estaba a la vista, y que sería más prudente someterse al momento, dejando al tiempo la reparación del abatimiento. Así se verificó en el propio día (9 de abril). Morillo vino a tierra, con una gran pompa marcial, habiéndose proclamado a Fernando VII, cuyas benéficas ideas anunció, en una alocución, ofreciendo a los habitantes de la isla un indulto, a condición de que persiguiesen y entregasen al Gobierno, a los miserables que para elevarse contaban en poco las desgracias de los demás.

Los patriotas comprometidos tuvieron que buscar su salud fuera de la isla, aunque pereciesen en el mar o los matasen peleando. El general Bermúdez, con otros, se apoderó y embarcaron en la escuadrilla sutil de Margarita, y al favor de un chubasco salió, por en medio de la escuadra española, sin ser visto, por la obscuridad de la noche, recalando en una flechera a la isla inglesa de Granada, de donde pasó a Martinica y San Thomas, y de aquí a Cartagena (*).

El general Morillo mandó desembarcar algunos cuerpos, de que hizo alarde para imponer; pasó después a la capital de la Asunción, donde juró al Rey, mandó quemar públicamente todos los papeles concernientes a la revolución; abrazó en público al general Arismendi, aun-

(*) Historia de Margarita.

que sabía que fué ejecutor de la muerte de los europeos y canarios en el Continente; asistió a los convites que se le dieron; estableció algunas reglas particulares, que deberían observar sus tropas y policía local, mandando que se le presentasen todas las armas, como también los emigrados y extranjeros que se hallasen en la isla, en un término perentorio y con expresiones amenazantes. Poco después publicó un bando, permitiendo a los emigrados de Costa Firme el que pudiesen restituirse a sus respectivos pueblos, para lo que les ofreció pasaje gratuito, en la escuadra, o en cualquiera de los buques que se hallasen en los puertos. Al propio tiempo Morales convidó a los vecinos de Barcelona, con las mismas ofertas, que confiadamente aceptaron más de catorce personas, entre las que se contaba a los coroneles Agustín Arrioja y José Manuel Ysturdy; capitanes Diego Castro, Carlos García y Tomás Sifontes; subteniente Diego Ysturdy; José Ignacio Sifontes, Segundo Sifontes, Antonio Grimón, Cristóbal Pérez, Sebastián Solano, F. Martiñana y Pedro Regalado Hernández, los que se embarcaron en una embarcación de las ofrecidas, que habiendo salido de Pampatar, tocó en uno de los islotes del Morro de Barcelona, y el capitán los echó en tierra, apareciendo después degollados, a excepción de dos niños Anzoáteguis, a quienes los ejecutores de tan horrendo crimen perdonaron, en consideración a su corta edad. (*)

Después de estas y otras disposiciones semejantes, partió el *Pacificador* Morillo para Cumaná, dejando una fuerte guarnición y de Gobernador de Margarita a don Antonio Herráiz que, aunque español. era hombre de sentimientos humanos y costumbres regulares, no siendo por lo mismo adecuado para llevar a cabo el plan ulterior

(*) Esta misma suerte han corrido todos los que se han fiado en las promesas, indultos, juramentos y perdones de los españoles, desde el descubrimiento del Nuevo Mundo, hasta el presente. Hablando el Obispo don Fray Bartolomé de las Casas, del emperador Atahualpa, de Pizarro y sus satélites, dice que aquél ofreció, por su rescate, cuatro millones y dió quince, y que éstos prometieron soltarle y no lo cumplieron, añadiendo estas expresiones: "Pero al fin no guardándole la fé ni verdad. *como nunca en las Indias por los españoles se ha guardado*, levántanle que por su mandado se juntaba gente"

de Morillo, y fué reemplazado por don Joaquín Urreiztieta, perfecto modelo de Lope de Aguirre y digno sucesor de Pascual Martínez.

El navío San Pedro Alcántara se voló el 24 de abril, habiéndose comenzado el incendio por una pipa de aguardiente. Los fanáticos que se dicen conocedores e intérpretes de la voluntad del Todopoderoso, miraron este suceso como un caso fortuito, provenido de negligencia y descuido de los hombres, y no como un castigo del cielo, como calificaron el sacudimiento del 26 de marzo de 1812. Perecieron sobre cien personas, perdiéndose armamento, vestuarios y una parte de los caudales destinados al sostén del ejército y dos famosos caballos andaluces del Pacificador.

Desembarcó Morillo en Cumaná, con el aparato de un soberano, hizo venir a la plaza algunas tropas, juró al Rey y expidió algunas providencias concernientes a la seguridad y disciplina, imponiendo pena de la vida a todo individuo de la tropa que se encontrase, a más de un cuarto de legua de distancia de los pueblos o puntos a que estuviesen destinados sus respectivos cuerpos, sin haber obtenido para ello permiso de sus respectivos jefes, en cuya pena incurriría igualmente todo paisano que abrigase a individuo comprendido en aquellos casos. El capitán Juan Pedrero, español que había abrazado la causa de la independencia y servía en Margarita, fué traído y fusilado en Cumaná. Nombró Gobernador de la provincia a don Juan Cini, y dejando en la plaza una guarnición de 800 hombres, salió con la expedición para La Guaira. (*)

Aunque desde la llegada de Morillo a Cumaná cesaron los asesinatos que frecuentemente ejecutaban los esbirros de Boves y Morales, no por eso cesó la persecución de los notados o sospechados de patriotas. Estos eran insultados y vejados por el Gobernador y todos los expedicionarios, cargados de contribuciones y empréstitos y humillados, con la pensión de alojamiento, en que eran

(*) Historia de Cumaná.

obligados a mantener, casi de un todo, al oficial y a sufrir un espión, un destructor de la honra de sus familias, a cuyas persuaciones, más tarde o más temprano plegarían la esposa, la hija, criada, etc. Las multas, arrestos y castigos corporales e infamantes eran continuos, pues se imponían por leves causas, por las más remotas sospechas, sin preceder juicio, siendo remarcable el que se infligió a la señora Leonor Guerra, emparentada con las principales familias de la ciudad. Esta señora fué denunciada de haber cantado una cuarteta, alusiva a la patria, y sin justificación del hecho, puesta en la cárcel y condenada a castigo corporal, que se le aplicó en seis esquinas, después de pasearla por las calles más públicas, montada en un burro, con una coroza, mandando el Gobernador concurriesen a su casa las demás señoras, como lo hicieron algunas permaneciendo en los corredores, hasta el momento en que se enfrentó a ella la turba de corchetes, y entonces ordenó que saliesen aquéllas al balcón, para que presenciasen tan dolorosa escena, la cual concluida, las despidió con enojo y desprecio, previniéndoles que lo que habían visto hacer con aquella mujer, lo verían repetir en cada una de ellas, si cada una no se comportaba fiel al Rey y obediente al Gobierno y sus ministros. Otra infeliz fué sospechada de torpe inteligencia con un soldado expedicionario, por hallarse éste enfermo, y en pena del supuesto delito, fué puesta en un botalón, en la plaza, por todo un día, cubierta de plumas de gallina que se pegaron a su cuerpo con alquitrán.

El general Morillo llegó a La Guaira el día 10 y al siguiente entró a Caracas, donde publicó una proclama manifestando el objeto de su misión, la humanidad y miras paternales de Fernando VII, su inmenso poder, lo fuerte de la expedición, añadiendo que los europeos y americanos, todos eran hermanos y el Rey, el padre común; que los expedicionarios no venían a derramar sangre, según se había visto en Margarita, y que sus facultades alcanzaban a perdonar, castigar y recompensar. Mandó alojar en las casas de los vecinos a los jefes y oficiales expedicionarios, exigió donativos cuantiosos y

después de organizado su ejército, salió para Puerto Cabello, dejando arreglado el sistema de *pacificación*, que confió al Capitán General interino, brigadier don Salvador Moxó, segundo Verres, en sus concusiones, peculados y lubricidad; y establecido un tribunal de muerte, secuestros y confiscaciones, compuesto del mismo Moxó como Presidente, Vice-Presidente el coronel del regimiento de la Unión don Juan Francisco Mendivil, presbítero doctor don Francisco Delgado Correa, vocal por el clero, contador general de la real renta de tabaco, don Domingo Gárate por la real hacienda, Regidor don Pablo Echezuria por el Ayuntamiento de la capital, don José Manuel Lizarraga por el comercio, y don Manuel de Echezuria y Echeverría por el cuerpo de agricultores, junto con el asesor, teniente de gobernador y auditor de guerra, doctor don José Manuel Oropeza. Morillo aprobó el plan de gobierno formado por la misma junta, que se tituló de *Superior* y *Tribunal especial de secuestros de Caracas*, cuyo principal instituto era secuestrar los bienes, 1º de todos los caudillos o fautores de la revolución, de los que hubieran llevado armas contra el Rey, asesinado a los vasallos fieles o *promovido de cualquier modo la misma revolución*. 2º de los que por una conducta pasiva e inoficiosa habían seguido el partido de los insurgentes. 3º de aquellos que hubieran emigrado, por miedo de las tropas reales, a lugares no sospechosos y aun a países de la dominación española. La mayor parte de los bienes de las personas comprendidas en estas tres clases debían venderse, con muy pocas excepciones, de lo que resultaba que casi todos los habitantes de Venezuela estaban comprendidos en ellas, debiendo ser reducidos a la más espantosa miseria. Siguiendo el espíritu expoliativo de este detestable reglamento, la *Junta Superior*, compuesta de Moxó, don Joaquín Sanmartín, doctor don Francisco Delgado Correa, don Pablo Echezuría, don Manuel de Echezuría y Echeverría y doctor don Juan de Rojas, dispuso más adelante (en 23 de septiembre) que permaneciesen secuestrados los bienes de los títulos, mayorazgos y vínculos, cuyos últimos posee-

dores fuesen de los comprendidos en el artículo 1º, sección 1ª del plan de gobierno, procediéndose también a su remate y venta, sin perjuicio de indemnizar el real erario a los aspirantes legítimos de aquellos sobre los cuales no recayese legal sentencia de confiscación, con arreglo a la real orden de 9 de diciembre de 1814. En conformidad de las resoluciones de esta junta, fueron secuestradas y vendidas propiedades que montaban a más de catorce millones, lo que unido a la ejecución de otras disposiciones que dejó acordadas Morillo, cubrieron de luto y miseria a Venezuela y sus habitadores no pensaron ya sino en la reparación de las injusticias que habían recibido, cuando esperaban el consuelo de los males sufridos.

El 12 de julio zarpó la escuadra que conducía al grande ejército expedicionario, de Puerto Cabello, con dirección a Santa Marta, para subyugar el nuevo reino de Granada, y, según la proclama de Morillo, del 10, marchaba en busca de Bolívar que había llevado allí los horrores de la anarquía, ofreciendo que su ausencia no sería larga, que su mayor complacencia la cifraba en ocuparse de la dicha de los venezolanos, y que en esta comarca quedaban fuerzas suficientes para pulverizar a los malvados que se atreviesen a turbar la pública tranquilidad. El 24 fondeó en Santa Marta, después de haber recorrido las costas de Cartagena, habiendo publicado don José Domingo Duarte, Asesor de la Intendencia de Caracas, una proclama, escrita abordo de la fragata *Diana*, sobre las costas de Cartagena, dirigida a los americanos del nuevo reino de Granada, en la que los exhortaba a la sumisión a un general, que mandaba 15.000 hombres y que no exigía más, sino que se sometiesen y volviesen al seno de una madre patria, a quien, en medio de los delirios, habían insultado. Morillo fué informado, por el Virrey don Francisco Montalvo, que se hallaba en Santa Marta, de la guerra civil de Cartagena con el general Bolívar y la residencia de éste en Jamaica. Dispuso que la división de vanguardia, a las órdenes de Morales, marchase sobre Cartagena y cuando la consideró próxima, embarcó todas las tropas españolas y algunas milicias de Santa Marta,

acompañándole Montalvo y los dos inquisidores de Cartagena, y el 18 de agosto se presentó a la vista de la plaza y a los dos días desembarcó a barlovento en el puerto de Arroyo Hondo, sin oposición y quedó establecido por tierra el bloqueo. Pocos días después se le unió Morales que había desplegado su naturaleza, con todos los que se opusieron a su marcha.

Los reglamentos, órdenes e instrucciones que Morillo dejó a sus inmediatos agentes en Venezuela, manifiestan que el plan que había concebido, para su pacificación, se reducía a exterminar a todos los que habían tenido parte y presenciado la revolución y los que quedasen vivos reducidos a la última miseria, corrompidas las costumbres y las futuras generaciones privadas de conocimientos racionales, a cuyo efecto debían aquéllos difundir el terror y hacerse obedecer, por la violencia, el dolo y la perfidia. Errado fué el juicio de Morillo y errados los medios que, para llevar a cabo tan infernal proyecto, adoptaron Moxó, Cini, Urreiztieta y sus subalternos, para pulverizar las partidas que escaparon de Maturín; porque la persecución, el rigor, la violencia y la perfidia no produjeron otros efectos que obligarlas a salir del estrecho círculo a que estaban reducidas y ponerlas en la precisión de defenderse contra sus feroces perseguidores. El coronel Zaraza, en los llanos de Caracas, Monagas en los de Barcelona, Rojas y Barreto, en los de Maturín y Sedeño en El Tigre, no pensaban sino en existir; mas perseguidos y acometidos para matarlos, se vieron en la necesidad de combatir y continuada la persecución, llegaron a persuadirse de la posibilidad de libertar la patria de tan crueles opresores. A su ejemplo se levantaron en el Oriente muy pronto, otras partidas, que volvieron a encender la guerra en aquella parte, que más adelante, cundió en el Occidente.

En efecto, en el partido de Güiria, el bravo coronel José Rivero, con algunos compañeros, refugiados en los montes, perseguidos por los españoles, los acometieron a manos limpias en la población, les pusieron en fuga, por una sorpresa, y se hicieron de algunas armas, adelan-

tando sus excursiones hasta Río Caribe, con cuya noticia el Gobernador Cini salió con una fuerza respetable, a destruir esta facción, que se componía ya de 150 hombres, y, en Punta de Piedra, fué efectivamente dispersada, huyendo los más a los montes, mientras que Rivero, con algunos pocos, se embarcó en una canoa para los caños, donde fueron aprehendidos, conducidos a Cumaná y allí fusilados todos, y el jefe descuartizado, y colocados sus miembros en varios puntos de la provincia.

Por el mismo tiempo se levantó otra partida en Cumanacoa, que dista de la capital doce leguas, al mando del paisano M. Villarroel, que molestó bastante a los españoles, pero seducido y engañado por éstos, dejó las armas y se presentó al gobierno, que mandó luego a fusilarlo. En Río Caribe se formó otra cuyo jefe era José Francisco Peñaloza y fué dispersado por el comandante de escuadrón don Juan Solo. Los coroneles Andrés Rojas y Jesús Barreto redujeron a los de Maturín a términos que se diese fuego a la población, como se ejecutó, y que se retirase la guarnición a Cumanacoa. Los coroneles Monagas y Sedeño concibieron el proyecto de pasar el Orinoco y hacer la guerra en la provincia de Guayana. Monagas había obtenido algunos triunfos en los meses de febrero, marzo y abril, tomando el pueblo de Santa Ana, guarnecido por 50 llabajeros y más de 200 caribes, al mando del comandante don Manuel Sifontes que fué hecho prisionero y pasado por las armas. En el Chaparro derrotó 300 hombres, a las órdenes del comandante español Ascanio que huyó vergonzosamente; en Cachipo a Fernando Garriga y Trejo; en San Diego al canario Hernández; en Peñas Negras y El Palmar a Gorrín y en Aragua al canario Hernández, por segunda vez.

En el pueblo de Santa Rosa de Barcelona se formó otra guerrilla de 200 hombres, que mandó atacar el brigadier don Juan Bautista Pardo, comandante general de las provincias de Oriente, con buena caballería e infantería al mando del comandante de dragones don Juan Solo; lo que sabido por los patriotas, se retiraron a las alturas del Morichito, para evitar los choques de la ca-

ballería, y no pudiendo resistir aquí la infantería, hubieron de dispersarse el 2 de agosto, después de un encuentro con los realistas, que tuvieron alguna pérdida. (*)

El furor y la dureza con que eran perseguidos y tratados los criollos, fuesen republicanos o indiferentes, en sus personas y propiedades, fueron tan notorios que los pacíficos habitantes se exasperaron, en términos que la generalidad corría a enrolarse en las filas de los jefes conocidos y proscriptos, o de cualquiera que levantaba una partida, resueltos a morir o verse libres de tan insoportables déspotas. La falta de armas, que aquellos experimentaban fué la causa de que éstos se hubiesen hecho firmes en el Oriente, pues no tenían otras que lanzas de palo, los fusiles que quitaban a sus invasores y algunos otros que, con pequeñas cantidades de municiones, solían recibir, raras veces, de los emigrados en Trinidad, de lo que se quejó el Gobernador de Cumaná al de esa isla, Sir Ralph James Woodford, quien influido por los dictámenes e informes del doctor don Antonio Gómez, su asesor, publicó un bando, en 19 de agosto, por el cual se declaró, que todas las personas residentes en aquella colonia que, desde aquella fecha, se descubriese, enviaban a las provincias españolas del continente de la América del Sur, armas, municiones o pertrechos de guerra, de cualquier clase o especie que fuesen; o que sedujesen o comprometiesen a otras personas, al dicho servicio; o que influyesen, directa o indirectamente en él, o le ayudasen y protegiesen, serían desterradas de la colonia y todas sus propiedades confiscadas y aplicadas a S. M.; que si en las personas prófugas (los emigrados) de las provincias españolas, admitidas temporalmente en la isla se hallasen cómplices en tales crímenes, serían inmediatamente presas, sus propiedades confiscadas, y desterradas de la colonia, a donde el gobierno de S. M. lo tuviese por conveniente.

Dispersas las guerrillas del interior y de los pueblos de la costa, el Gobernador de Cumaná, para afianzar la

(*) Historia de Cumaná.

tranquilidad de los pueblos que se le habían encomendado, y cumplir el proyecto de pacificación de Morillo, que consistía en reducir el país a la soledad del sepulcro, según la máxima que Tácito atribuye a los tiranos (*) dispuso, en 4 de noviembre, que fuesen embarcadas, en Güiria, cuarenta y tres personas, que eran las que habían quedado de las que reputaba por sospechosas, y eran mujeres, niños y tres o cuatro ancianos, en el falucho armado, de don Francisco García, con orden al capitán del puerto, que debía intimar al del falucho, que luego que saliese, echase al mar a todos los pasajeros, cuya orden no se cumplió por la atrocidad que ella misma inspiraba y así es que el encargado de su ejecución, conciliando los derechos de la humanidad con los deberes de su empleo trasbordó a una lancha a los que debían ser englutidos en las ondas del mar, y los arrojó en un islote árido y desierto, de los Testigos, siete leguas al norte de Margarita para que pereciesen, al rigor del hambre y de la inclemencia, lo que se hubiera verificado, si por casualidad, no hubiese arribado al islote Mr. Tomás Dolavares, con el objeto de proveerse de paja, para los animales que conducía a Colonias, el que las socorrió con un poco de arroz, galletas, sal, tabaco y un barril de agua; y escandalizado de tan bárbaro procedimiento, lo comunicó a los ingleses, residentes en Cumaná, quienes lo hicieron presente al Gobernador, pidiéndole mandase a buscar, a costa de ellos, aquellas miserables personas, para que no muriesen de hambre; y el español, afectando compasión, y una ignorancia absoluta del hecho que se le había referido y él mismo había acordado, mandó una pequeña embarcación para que se trajesen a Carúpano.

En los días 24 y 25 de mayo pasaron el Orinoco los coroneles Monagas y Sedeño, por el paso de las Piedras, con 1.300 hombres que se les habían reunido y en seguida cayeron sobre Moitaco, en donde les hizo frente, el comandante justicia mayor don Juan Sánchez, con 200 hombres; pero al momento fué derrotado, quedando

(*) Ubi solitudinem faciunt, pacem appellant.

muertos, en el campo, 37 hombres y la mayor parte prisioneros, incluso el mismo Sánchez. Pocos días después tomaron en los potreros del Torno seiscientos caballos, en que se montó parte de la tropa que siguió hacia la plaza de Angostura, y el 9 de junio fué batido y hecho prisionero el capitán don Antonio Puig, en el paso del río Orocopiche, a quien envió el Gobernador de la provincia, teniente coronel expedicionario don Nicolás María Ceruti, para contener a los patriotas, y al siguiente día se formó la línea en el banco frente a la ciudad, siendo atacada a las diez de la noche por Gorrín, que acababa de llegar de Barcelona, en auxilio de la plaza con 2.000 hombres, de todas armas, aunque sin ningún suceso. En los días subsecuentes hubo algunas escaramuzas, de las que resultaron heridos, muertos y prisioneros de una y otra parte. Gorrín propuso un canje de prisioneros, por el capitán Puig, don Juan Sánchez y don Juan José Anís, que no fué admitido, por no estar arreglado a los usos y derecho de la guerra. Presentáronse los patriotas a tiro de cañón de la plaza y el 22 fueron atacados por Gorrín con fuerzas superiores. La falta de armas de aquellos, su desorganización e indisciplina, presagiaban un mal resultado. Después de algunos choques fueron dispersados, con pérdida considerable de muertos, heridos y prisioneros, habiéndose escapado en esta acción los prisioneros Puig y los demás que se quería canjear. Siguió en su persecución Gorrín, quien encontró el 27 en el Morichal del Becerro, al comandante Francisco Vicente Parejo, con 200 hombres y lo batió completamente. En seguida atacó a Monagas y Sedeño, que se habían reunido en el sitio del Caraqueño, con 800 y después de varios encuentros y cargas vigorosas, fueron derrotados enteramente los republicanos, quedando en el campo muchos muertos y heridos, armas y caballos ensillados, escapando muy pocos con los jefes, que se separaron en el río Pao, retirándose Sedeño al pie del cerro del Tigre, a las inmediaciones de Caicara, donde estableció un cantón, y Monagas volvió hacia atrás, con 150 hombres, con el ob-

jeto de reunir los derrotados. Pero hallándose con algunos enfermos, mujeres y otras personas inútiles para la guerra, tomó el partido de dejarlos en unos ranchos y seguir a las misiones del Caroní, donde no pudo penetrar, porque todos los pueblos estaban alarmados por los capuchinos y guarnecidos con tropas de blancos y negros de Esequivo que había enviado el Gobernador Ceruti, por lo que se volvió. Y teniendo noticia de que en el pueblo de San Pedro se hallaba una columna de 400 hombres, a las órdenes de don Manuel Baca, que venía en su persecución, se propuso atacarlo por sorpresa, a pesar de la desigualdad de sus fuerzas. El 9 de julio dió el asalto, matando 60 hombres y tomando todos los caballos. Baca se refugió en una casa, a la que acometió repetidas veces, con pérdida de muchos heridos; y no pudiendo rendirla se retiró sin ser perseguido. Instruido aquí de la matanza de los enfermos, mujeres y muchachos que había dejado en los ranchos y que los indios caribes de Atapaquire habían sido los instrumentos de que se valieron los españoles para su ejecución, transportado de una justa indignación, resolvió tomar satisfacción, por represalia, de tan horroroso exceso y dirigiendo precipitadamente su marcha hacia aquel pueblo, llegó a él, el día 19 y determinado con su poca gente a vengar la muerte de tantos inocentes o morir en el puesto, mandó incendiar las casas, en las que algunos purgaron por el fuego las atrocidades que habían cometido con el hierro. Siguió después al pueblo de Borbón, con el designio de pasar con su poca gente a la provincia de Barcelona, a continuar la guerra que no podía sostener en la de Guayana, lo que no pudo lograr por la vigilancia de los realistas, y temiendo ser atacado aquí tomó ruta para el río Aro. Después de varios encuentros con partidas enemigas y de indecibles trabajos, llegó al río Caura, de donde pasó al sitio de Inaria, en el que encontró un escuadrón de Sedeño, con quien se avistó poco después, y tratando de hacer un arreglo, para continuar las operaciones, se suscitaron algunos disgustos entre los dos jefes y su gente,

sobre el mando en jefe y los lugares en que debía hacerse la guerra a los españoles, que se manifestaba un pronto rompimiento entre los que proclamaban la independencia y la libertad, y para calmar la tempestad conoció Monagas que no había otro remedio que repasar el Orinoco y volverse a las provincias de Barcelona y Cumaná, como lo verificó con 45 hombres, a fines del mes de julio.

Enterados los españoles de Guayana de estas ocurrencias entre los jefes patriotas, y el destino de cada uno de ellos, dirigieron sus miras principalmente sobre Sedeño, que al fin se había hecho fuerte en Caicara, aumentando cada día sus escuadrones y proveyéndose de todo lo necesario para la defensa, con los auxilios que le prestaban los vecinos de aquella comarca que todos se habían declarado afectos y entusiastas por la independencia, aunque ninguna operación ni ventaja considerable obtuvieron aquellos en todo el año sobre los patriotas. Gorrín se trasladó a la provincia de Barcelona, cuyo estado igualmente que la de Cumaná llamaba con preferencia la atención del Capitán General Moxó.

Desde la vuelta de Monagas a Barcelona tomaron las provincias de Oriente un aspecto tan remarcable que ni los patriotas errantes dudaron vencer por la constancia, ni los realistas tuvieron un momento de reposo. Las partidas que se habían dispersado volvieron a aparecer, otras se formaron de nuevo y hubieran aventado a los expedicionarios más allá de los mares si hubieran tenido armas y un centro de autoridad que hubiese dirigido sus operaciones. El coronel Zaraza obraba en el territorio que media entre los pueblos de Santa María de Ipire y Valle de la Pascua hasta las orillas del Orinoco, sin otras armas que lanzas de palo, porque no se podía conseguir hierro. El comandante Barreto ocupaba las montañas que hay desde la jurisdicción de Maturín hasta las márgenes del Orinoco, con armas semejantes. El coronel Ro-

jas había ido a Trinidad para ver si conseguía algunos fusiles y pertrechos. Monagas obraba en la villa de Aragua, San Mateo, Chamariapa, Santa Rosa y otros pueblos de la provincia de Barcelona. Para destruir estas partidas nombró el Capitán General a los tenientes coroneles don Manuel García Luna, expedicionario, y a don Rafael López, natural de Barinas, conocido por antonomasia por el *Segundo.*

El 9 de agosto atacó Luna, en el sitio de Medrano, a las inmediaciones de Ipire, al comandante Basilio Belisario, que fué derrotado por la superioridad numérica y la diferencia de armas y muerto en la acción, siendo tan espantosa y cruel la matanza que se hizo en los prisioneros, por orden del jefe español, que no se concibe como perdonó a un niño de Zaraza, de seis años, que se halló entre los vencidos y remitió a Caracas al Capitán General Moxó. Desde la entrada de Luna en los llanos dió pruebas de ser más rapaz y feroz que los malvados que han desolado a Venezuela, desde Alfinger hasta Boves.

Internado López en los bosques de Urica dispersó algunas pequeñas reuniones que allí había y se apoderó de la familia de Canelón, que mandaba una fuerte partida y se hallaba situado en el caño de las Guabinas, a cuatro leguas de Areo, en dirección a Maturin, y marchando en su busca, le encontró con toda su columna. Ofrecióle López un indulto, y no sólo lo aceptó Canelón con su gente, entregándole ciento cuarenta fusiles y más de trescientas lanzas, con algunos pertrechos, sino que tomó servicio, marchando con otra partida, encargado de reducir, bajo igual indulto, a Manuel Villarroel, que obraba en Cumaná, que incurrió en la necedad de fiarse de la oferta, luego que la hizo el Gobernador de Cumaná, quien lo mandó fusilar luego que se presentó al comandante de Areo, López siguió después a Maturín, dejando en Urica 300 hombres y en Santa Rosa la columna de Gorrín.

En el resto del año hubo algunos encuentros de poca consideración, bien que favorables a los patriotas, aunque los españoles los ponderaban excesivamente y como siempre victoriosas las armas de S. M. Los húsares de Fernando VII, desde muy temprano conocieron la agilidad y bravura de los llaneros, igualmente que la incapacidad de ellos para hacerles frente, de modo que al anunciarles marcha contra aquellos, por corto que fuera su número, los ponía en consternación.

AÑO DE 1816

A principios del año de 16, Monagas batió al canario Domingo Pérez, en seguida al segundo López, en el banco de los Toros, y algunos días después, el 30 de junio, fué batido por aquel, en el hato del Punche, en cuya acción murieron los dos famosos comandantes de los indios patriotas Manaure y Tupepe, y todos los prisioneros fueron degollados, por orden de López.

Reforzado Sedeño con 300 hombres con que se le había incorporado el capitán Meleán, elevó su fuerza a 1.300 hombres que dividió en tres brigadas: una a cargo de su segundo Pedro Hernández, otra al mando del comandante Juan José Sarmiento, y la otra, con inclusión de la reserva, mandada por el comandante Juan Antonio Mina, a sus inmediatas órdenes, situada en el cuartel general, en el sitio del Tigre, y las otras en diferentes puntos, pero sin impedimento para reunírsele, cuando fuera necesario. A pesar de no tener las armas y municiones suficientes, Sedeño resolvió atacar segunda vez la capital y se puso en movimiento; lo que sabido por el Gobernador Ceruti, mandó una fuerte columna que le saliese al encuentro y enfrentándose, el 8 de marzo, republicanos y realistas, se trabó el combate, que muy pronto se decidió a favor de los primeros, quedando en el campo el comandante español, con la mayor parte de los oficiales y considerable número de soldados, y los pocos que escaparon volaron llenos de terror a fortificarse en la ciudad. No habiendo seguido Sedeño sobre la plaza, determinó Ceruti ocupar a Caicara, tanto para evitar otra agresión de los patriotas, como para que pasase por este punto una caballería

que debia venir por Cabruta, de los llanos de Caracas. El mismo Ceruti mandaba la expedición, compuesta de 1.500 hombres, entre éstos tres compañías del regimiento de Barbastro. Los vecinos de Caicara, instruidos del designio de los realistas, pusieron fuego a la villa, de modo que no quedó una sola choza; medida que llenó de asombro a los invasores, que tuvieron que virar de bordo con su escuadrilla y desembarcar en Cabruta, que está situada en la parte opuesta del Orinoco. Volvieron después y desembarcaron en la incendiada Caicara, pero al momento fueron derrotados, de modo que fueron pocos los que se salvaron a la sombra de la noche y favorecidos de su escuadrilla, que para protegerlos se internó en el río Cuchivero, en donde se embarcaron para Angostura.

El 24 de marzo fué atacado Barreto en el llano de La Ceiba, distrito de Maturín, por el comandante don José Moles, cuya infantería y dragones quedaron destrozados, con gran pérdida de muertos y heridos, en cuatro cargas que hizo la caballería patriota, con armas desiguales. El feroz español se atribuye el triunfo, y no tiene vergüenza para decir que Barreto sería destruido, cuando llegase la columna de López, como tampoco, que había reducido a cenizas el cantón del Tigre y asesinado al ciudadano Felipe Fernández y cuarentiún individuos, a quienes había sorprendido. (*)

Ya el 21 del propio mes el detestable Luna había atacado una columna de 700 hombres que mandaba Zaraza, en el sitio del Butaque, tres leguas de Santa Rita, y habiéndose dispersado y refugiado en los montes, se presentaron después de la acción y fueron igualmente asesinados, como se evidencia del parte que dirigió a Moxó (**).

El Gobernador de Guayana, a pesar de la angustiada posición a que se hallaba reducido, envió de auxilio al

(*) Véase Gaceta de Caracas del 17 de abril de 1816, Nº 71 pág. 544 y siguiente.

(**) Véase Gaceta de Caracas Nº 69, pág. 527 y sig.

de Cumaná, algunas flecheras, para que cruzasen sobre las bocas de los caños y los recorriesen, a fin de impedir que los insurgentes acogidos en Trinidad, introdujesen pertrechos, para auxilar a los que vagaban por El Tigre y sus inmediaciones, las cuales apresaron, a fines del mismo mes o principios de abril, una goleta que mandaba el capitán J. Mares, que montaba un cañón de a cuatro, y dos piraguas más, conduciendo la primera 150 fusiles, muchos barriles de pólvora y de galleta, cuyas tripulaciones se arrojaron al agua, quedando a bordo un herido de ambas piernas, a quien, por compasión, quitaron la vida los realistas.

Las flecheras de Güiria, que cruzaban entre las bocas de Macareo y Cocuina, apresaron una canoa, con tres fusiles, dos pistolas y catorce cartuchos, cuya tripulación de cinco hombres se salvó en la costa de Trinidad, aunque los individuos fueron presos por el comandante de la Punta de Hicacos, conducidos a Puerto España y destinados por el Gobernador de la isla a trabajar en el presidio. Asimismo fué abordada, en el caño de Cocuina, una flechera, al mando del ciudadano José María Mota, y el comandante realista quitó la vida, a golpe de machete, a más de treinta hombres, de que se componía la tripulación de aquella. Tal es el parte, que con cierta especie de regocijo, dió el Gobernador de Cumaná, don Tomás Cires, al Capitán General. (*)

El comandante Juan José Sarmiento atravesó el Orinoco para auxiliar a Zaraza, después de la derrota que sufrió en el Butaque. Instruido Luna de su marcha, por una felonía, destinó al comandante del escuadrón de Espino, don Juan José Rondón, para que por un camino impidiese la reunión, mientras que él lo hacia en otra dirección. La medida produjo su efecto, y el parte de Luna al Capitán General, llena el objeto de esta relación, pues se expresa en estos términos: "El primero del corriente (mayo) tuvo Rondón el placer de alcanzar a Sar-

(*) Véase Gaceta de Caracas Nº 76, pág. 588 y sig.

miento, en el sitio de la Cruz del Chivato, en donde le cargó con tal rapidez que en muy pocos momentos fueron degollados cuantos miserables le acompañaban, quedando en nuestro poder el mismo Sarmiento, Gabriel Díaz, ayudante de órdenes de Julián Infante y otros tres que fueron ayer fusilados. Los dos primeros, tan conocidos en este país por sus atrocidades, van a disposición de V. S. custodiados por un piquete de cazadores de Castilla, a fin de que se sirva darles el destino que merecen". El 24, después de juzgados estos individuos por el Consejo permanente, fueron ahorcados en la plaza mayor de Caracas. (*)

En 31 dió parte López al Capitán General de haber vuelto a la Villa de Aragua después de haber recorrido los llanos del Tigre, sin haber encontrado a Barreto y Monagas, recomendando al mismo tiempo la fidelidad y buenos servicios de los indios de Cachipo, Santa Ana y San Joaquín (**).

La debilidad y abatimiento a que fueron reducidos, por este tiempo los patriotas, provino de la falta de un Gobierno Superior que enfrenase las pasiones de los jefes de guerrillas, ordenase y uniformase las operaciones de la guerra. Cada uno de ellos obraba separadamente y pretendía que los otros le reconociesen por superior, de que se originaron disputas desagradables, bandos y parcialidades, de que supieron aprovecharse los españoles. El mal llegó a su colmo, a la vuelta del coronel Rojas, de Trinidad, pues aunque no trajo más auxilios que nueve fusiles y cinco botellas de pólvora, comenzó a titularse en las órdenes y proclamas que daba *Jefe Superior de mar y tierra,* a lo que se opusieron los demás, dándose por ofendidos. Al fin conocieron todos la causa de donde nacían las desgracias que habían experimentado, y las mayores que amenazaban y para repararlas y prevenirlas se reunieron en San Diego de Cabrutica, Monagas, el doctor Mi-

(*) Véase Gaceta de Caracas del 22 de mayo, Nº 76, pág. 589 y sig. y Nº 77, pág. 591.

(**) Gaceta de Caracas, Nº 80, pág. 617 y siguiente. Historia de Cumaná.

guel Peña, como apoderado de Zaraza, Rojas, con los jefes y oficiales de las respectivas divisiones, los que nombraron por General en Jefe, el 26 de mayo, a Monagas, y a Zaraza, por segundo. Estableciόse al mismo tiempo un Consejo Militar permanente, cuyos miembros fueron el coronel Andrés Rojas, teniente coronel Carlos Padrón, coronel Jesús Barreto y los capitanes Francisco Javier Rojas y Gerónimo Urquiola.

El sistema de *Pacificación* adoptado en el oriente y fundado en el terror, en las confiscaciones, multas, presidios y muertes, hasta concluir con la presente generación, era seguido en todo el occidente, con el mayor vigor, conforme a las instrucciones del Pacificador Morillo. El Capitán General Moxó publicó un bando, el 26 de marzo, ofreciendo a cualquiera persona que aprehendiese, viva o muerta, la de Arismendi, Zaraza, Sedeño, Monagas y otros de los que capitaneaban partidas en esta provincia, las de Cumaná, Barcelona y Guayana, la cantidad de seis mil pesos, en que se tasaba la cabeza de cada uno de aquellos. (*) La Junta de Secuestros confiscó los bienes de casi todos los venezolanos, porque muy pocos eran los que podían exceptuarse de la máxima fundamental establecida en el reglamento que regía este infernal tribunal, ni salvar la vida sino para gemir el resto de sus días en presidios y destierros, sumidos en la más espantosa miseria. El Consejo permanente siguió las mismas reglas, de modo que en el curso de un año, no pasó día o semana en que no hubiese ejecuciones sangrientas, de hombres y mujeres de todas edades. No debe olvidarse que el 18 de abril, fué pasado por las armas, en la plaza de Capuchinos, y en medio del regimiento de la Unión, del batallón de la Corona y de los escuadrones del Rey y Petare, don Francisco Jacot, español septuagenario, teniente coronel del real cuerpo de Ingenieros, antes del 19 de abril de 1810 y brigadier al servicio de la República, en ambas épocas. (**) Su crimen fué el haberse manifestado pasi-

(*) Gaceta de Caracas Nº 69, página 530.
(**) Gaceta de Caracas Nº 72, pág. 555.

vamente sometido al nuevo régimen y encargádose de la dirección de una fábrica de pólvora, que nunca tuvo efecto. Un gobierno tan injusto y atroz puso en alarma a los que se consideraban comprendidos en su indignación, y aun a los más indiferentes, así es que se levantaron muchas partidas para destruirlo. La insurrección más seria fué la que abortó a fines del año anterior en la isla de Margarita, cuyo origen y éxito merecen tocarse con alguna más extensión que se hace aquí.

Háse dicho arriba que el teniente coronel don Antonio Herráiz, que Morillo dejó por Gobernador de la isla, era un sujeto de probidad y moderado, y esto basta para inferir que no era el que convenía a los designios del Pacificador y sus adeptos. El hizo presente a Morillo y a Moxó que era injusto secuestrar y confiscar las propiedades y perseguir a las personas habitantes en la isla, porque ellas se sometieron al Gobierno del Rey, bajo las garantías que se les había dado, de un absoluto olvido de lo pasado. Bastó esto para destituirlo, reemplazándole con el teniente coronel Urreiztieta, cuyo carácter se ha enunciado antes y se verá después por sus hechos. Propúsose este esbirro apoderarse de todas las personas que se hallaban en la lista que se le había dado, y otras que le eran sospechosas, y al efecto dispuso un banquete, para el 24 de septiembre de 1815, en celebridad de la destrucción de Napoleón en Waterloo, para el que convidó a todos los jefes y empleados en el Gobierno independiente y a los emigrados de Tierra Firme más notables que se hallaban en la isla. El general Arismendi llegó a penetrar los designios del sátrapa, por las noticias que le dió un muchacho caraqueño, nombrado Pedro Berroterán, en la víspera del día emplazado; y no sólo dejó de concurrir, sino que advirtió a sus compatriotas el peligro que corrían y cuanto les importaba ocultarse, como lo hizo él mismo, con su hijo mayor, sepultándose en una montaña, con tanta reserva, que se llegó a creer que había salido de la isla. Viéndose Urreiztieta burlado en sus intenciones, y no teniendo en su poder a Arismendi, que era su principal ob-

jeto, mandó conducir presa, de la Villa del Norte, a su esposa, la señora Luisa Cáceres, a quien puso en una casa particular de su confianza. Otros de los que concurrieron al convite fueron arrestados y los que no lo hicieron perseguidos como sospechosos, autores y cómplices de una revolución para destruir el Gobierno de S. M. Permaneció oculto en el bosque, Arismendi, hasta mediados del mes de noviembre, en que escribió a varios sujetos de la isla, suponiendo que se hallaba en la isla Blanquilla, con una escuadrilla respetable y 2.500 hombres de desembarco, invitándolos para que se le reunieran en la noche del 15, en la vecindad de los Martínez. Enterado Urreiztieta del contenido de estas cartas, envió una columna al sitio señalado, y lograron impedir la completa reunión, matando a muchos de los que habían concurrido, antes de haber llegado Arismendi, quien fué avisado ya próximo al sitio, y pudo volver a ocultarse, en otro bosque, del cual siguió para el valle de San Juan, en donde reunió 30 hombres con tres fusiles, ciento veinte cartuchos y con algunas armas blancas, con cuya fuerza se puso en marcha, con las miras de sorprender la guarnición española que había en el puerto de Juan Griego, como efectivamente lo consiguieron, tomando aquí cuarenta fusiles, marchando inmediatamente sobre la Villa del Norte, en la que había una casa fuerte, que asaltaron y tomaron, haciendo prisionero a su comandante Cobián, con su guarnición, de 200 hombres, y con las armas que les quitaron, junto con la vida, se creyeron los margariteños en aptitud de libertar la capital y toda la isla, de los opresores peninsulares. Al mismo tiempo que tomaron parte en la revolución los vecinos de Juan Griego y Villa del Norte, se pusieron en movimiento los del pueblo de San Juan y Paraguachi, de cuya novedad fué pronto instruido Urreiztieta y tomó las medidas que estimó convenientes para su seguridad y el castigo de los rebeldes. Las primeras fueron poner en un calabozo, casi destechado, del castillo de Santa Rosa, en la ciudad, a la esposa de Arismendi, y mandar asesinar a Mariano y Francisco Bolívar y Juan

Ariza, caraqueños que habían sido presos el día del ofrecido convite, cuyos cadáveres aparecieron en las playas, entre Porlamar y Pampatar. Al mismo tiempo destinó al portachuelo que mira a la Villa del Norte, al capitán don Juan Garrigó, previniéndole después, permaneciese en este punto, hasta que llegase el capitán don Joaquín Somosa, que entonces debería marchar al norte y tomarlo a toda costa, sin dar cuartel a ninguna persona, permitiendo el saqueo y dando fuego a esta población igualmente que a la de San Juan. Atacó Garrigó a los patriotas, pero fué rechazado y vuelto a su posición. Al siguiente día, 17, vino Urreiztieta, con 900 hombres bien armados, y aunque Arismendi tenía sobre 1.500, éstos no tenían otras armas que las que habían quitado a los españoles y los instrumentos de labor que les habían dejado. Para resistir dividió Arismendi su gente, en dos partes; una la destinó al cerro nombrado España, a la derecha de la Villa, viniendo de la ciudad, con orden de que se formasen en batalla y tomasen palos en lugar de fusiles, y la otra se situó en el cerro de la Vigía, que está frente a la plaza, mandada por Arismendi, quien previno a su gente se echasen en tierra, hasta que se diese la voz de *Al arma blanca,* que deberían arrojarse impetuosamente sobre el enemigo.

Los españoles dividieron su fuerza, en proporción a la de los puntos que iban a atacar: más de 500 fusileros marcharon al cerro de la Vigía, y cuando estuvieron cerca de la cumbre, se dió la voz de *Al arma blanca,* que apenas fué oída, descendió sobre los veteranos una lluvia de piedras, machetazos y palos, quedando la mayor parte tendidos en el campo y el resto se puso en fuga y fueron perseguidos hasta el sitio de Tacarigua.

La otra división ocupó sin dificultad el cerro de España, porque los patriotas cedieron el lugar, desde el cual vieron los españoles la derrota de sus compañeros, sin atreverse a favorecerlos sino con gritos y amenazas, permaneciendo allí hasta las tres de la tarde, en que intentaron moverse hacia la Villa y entonces fueron atacados

por dos partes a la vez, pero con tal impetuosidad y firmeza, que a los pocos momentos de resistir con sus fusiles, a un pelotón armado en la mayor parte de machetes de campo y azadones, se pusieron en fuga, por el camino de Pedro González y Paraguachi, en donde fueron alcanzados, como a las tres de la madrugada del siguiente día, pereciendo los últimos en el sitio de las Tapias. El número de muertos que tuvieron los realistas en esta jornada fué considerable y muy corto el de los patriotas, que consiguieron algunas armas y pertrechos, con que continuar la guerra, habiéndose distinguido muy particularmente los ciudadanos Francisco Esteban Gómez, José Joaquín Maneiro, Pablo Ruiz, José María Paz y Cayetano Silva. (*)

El general Arismendi conoció que debía obrar con celeridad y marchar sobre la capital, donde se había refugiado el déspota, y haciendo saber a sus compatriotas que la expedición que se creía en la Blanquilla no era más que un ardid, para determinarlos a sacudir el yugo que los oprimía, y no había otra fuerza que la de ellos mismos para arrojar de la isla a los tiranos, los exhortó a marchar prontamente sobre la ciudad y todos se manifestaron resueltos a destruir a sus opresores o morir peleando. Púsose en marcha con un grueso de hombres mal armados y el día 20 ocupó el portachuelo, sin mayor resistencia; al siguiente día mandó al coronel Maneiro tomase a la bayoneta la altura que domina la ciudad y así se verificó. La caballería atacó al propio tiempo la primera casa fuerte que habían hecho los realistas, echando pie a tierra, con lanza en ristre, lo que observado por los que se hallaban en otras dos iguales casas, las desampararon antes de ser atacados, de modo que desde este día quedaron todas las alturas que dominaban la ciudad por los patriotas, que se fortificaron sucesivamente con las armas que habían quitado a sus enemigos, en términos que a los pocos días logra-

(*) Historia de Margarita.

ron obstruir toda comunicación con los de Pampatar, que no tuvieron otra que la que se hacían por medios telegráficos. Apoderado Arismendi de tan importantes puntos y enseñoreado de la mayor parte de la isla dirigió a Urreiztieta una intimación, para que le rindiese el castillo de Santa Rosa y el de Pampatar, con las demás baterías, en la misma forma que lo habían hecho los vecinos, a la llegada del general Morillo, a quien se sometieron por error y suma confianza, creyendo que se les cumplirían las promesas que se les habían hecho, ofreciéndoles que los pactos que se ajustasen sobre el asunto serían sagrados e inviolables. Contestó Urreiztieta con altanería y desprecio, que ni él ni la guarnición que mandaba estaban acostumbrados a rendirse y que habían jurado defender hasta morir, todo punto que se les hubiese confiado. (*) Es de notar que hallándose la consorte de Arismendi, en un calabozo del castillo de Santa Rosa, grávida, el alimento que se le suministraba era un puñado de frijoles y, alguna vez, un poco de pescado salado. Urreiztieta propuso canjearla por un oficial español, y habiendo rehusado Arismendi, fué enviada la señora a Pampatar y de aquí a las bóvedas de La Guaira (**). Cuando el Capitán General Moxó tuvo noticias, por el Gobernador de Cumaná de lo ocurrido en Margarita, envió a Urreiztieta los auxilios que pudo, reducidos a una compañía del regimiento de la Corona, con órdenes en-

(*) Gaceta de Caracas Nº 58, pág. 451 y sig.

(**) De las bóvedas de La Guaira, fué trasladada, en calidad de reclusa, al monasterio de Concepciones de Caracas, en donde el Capitán General Moxó le propuso escribiese a su marido que desistiera de la empresa en que se había precipitado, ofreciéndole, no sólo el perdón de su crimen, sino que sería galardonado por el Rey, a lo que se negó aquella. Instada, segunda y tercera vez, por varios resortes y ofrecimientos, amenzándola, en caso de negativa, sería remitida a España, contestó que jamás podría aconsejar a su marido que dejase de servir a su patria, porque sería aconsejarle una infamia. En vista de tanta obstinación, Moxó la remitió a España, bajo partida de registro, en el convoy que salió de La Guaira el 13 de diciembre de 1816. El buque en que iba fué apresado por un corsario de Buenos Aires, y dándose ella a conocer con el capitán, intercedió por el brigadier Fierro y demás españoles que estaban en la propia embarcación y consiguió su rescate. Del lugar en que fué puesta en tierra, con los demás prisioneros, se la trasladó a Cádiz, de donde pudo escaparse a los dos años a Norte América y de aquí vino a Margarita en el año de 1818.

teramente semejantes a las que el mismo Urreiztieta había dado a Garrigó, cuando lo destinó contra la Villa del Norte, por las que le prevenia que *desechase toda humana consideración y que fusilase a todos los insurgentes*, a los que los siguiesen, con armas o sin ellas, a los que los hubiesen auxiliado o auxiliaren y en fin a todos los que hubiesen tenido parte en la crisis en que se hallaba la isla, sin formarles proceso ni sumario, sino un breve consejo verbal de tres oficiales; que no quedasen en la isla, sino los caballos o mulas únicamente necesarios para el servicio de los dragones y oficiales de infantería, enviándose los demás al Gobernador de Cumaná, sin permitir ninguno a ningún individuo de la isla (*). Este solo documento bastaría para convencer que el plan de pacificación de Morillo y sus comisionados, se reducía a la desolación y exterminio de los países que ocupasen; pero ya se verá que tan detestable política no produjo el efecto que se propusieron sus feroces autores, porque no eran estos los tiempos en que los Belzares, Losadas, Corteses, Quesadas, Pizarros, Almagros, con un puñado de españoles destruyeron millones de indígenas.

Los patriotas se determinaron a asaltar el castillo de la ciudad y en la noche del 14 de diciembre, siguió casi toda la fuerza con las escalas y demás instrumentos necesarios para el asalto y aunque al principio lograron algunos montar la muralla sin ser sentidos, rompióse después un terrible fuego de artillería, granadas y fusilería que los obligó a desistir de su intento, quedando a las inmediaciones del castillo más de 50 muertos y un mayor número de heridos, que al siguiente día fueron fusilados en las explanadas, tocando las cornetas, para llamar la atención de los patriotas que se habían retirado a las alturas. Poco después recibió Urreiztieta el auxilio de dos compañías del regimiento de la Unión, cien dragones y dos buques de guerra, que le envió Moxó, y dió una proclama en que decía a los soldados que *la guerra que existía no era la de naciones, sino una guerra de*

(*) Documentos Nos. 30 y 31.

muerte, (*) en contraposición de lo que le había dicho Arismendi, en su intimación, a saber, que la guerra que hacía y haría era conforme a la que hacían las naciones del Antiguo Mundo, en estos tiempos, según las órdenes que dió el Congreso de la Nueva Granada, protector de la expedición de Venezuela en 1813, y no la guerra de muerte que malignamente se atribuye a los patriotas, cuyas expresiones truncó el gacetero de Caracas, cuando publicó aquel documento.

La primera campaña y victoria de las valerosas tropas de la Unión fué la entrada, sin resistencia, en el Valle del Espíritu Santo, en donde degollaron doscientas personas, mujeres y niños, y después de haber ejecutado el saqueo de costumbre, lo redujeron todo a cenizas, haciendo lo mismo en los caseríos y sitios de las inmediaciones. A vista de tan bárbaros excesos los patriotas usaron de represalias con los prisioneros españoles que existían en la Villa del Norte, lo que sabido por Urreiztieta, dirigió una proclama a sus soldados, anunciándoles que sus desgraciados compañeros de armas que estaban prisioneros, habían sido víctimas de la brutal ferocidad de los margariteños, que los habían matado a manera de salvajes fieras, *toreándolos, con estoque y lanza,* exhortándolos para que vengasen tamaños insultos y a la humanidad ultrajada (**). Es indispensable notar que Urreiztieta atribuye aquí a los patriotas, lo que Boves había practicado en Valencia el año de 14, con los hermanos Medina, según se ha dicho antes. En seguida dió otra proclama, asegurando a los margariteños que 2.000 soldados españoles y 1.500 más del país, al mando de los comandantes Echeverría y López, venían a castigar su crimen de una manera ejemplar; aunque si dentro de seis días entregaban al inícuo Arismendi y deponían las armas, obtendrían un perdón general, cuya proclama encargó, para su circulación, a José María Frontado y a Vicente Peña,

(*) Véase Gaceta de Caracas, Nº 59, pág. 458.
(**) Gaceta de Caracas Nº 60, pág. 465 y sig.

criollos, habiéndole ofrecido una gran cantidad al primero, si asesinaba a Arismendi. Descubierta la traición, por la denuncia de algunos de los que se intentó seducir, Frontado fué pasado por las armas y Peña se indemnizó del cargo que se le había hecho. La guerra continuó de un modo atroz, por parte de los españoles, aunque esto no satisfizo las ideas del Capitán General Moxó que, teniendo por inadecuado al bárbaro Urreiztieta, destinó al mando de la isla al brigadier Pardo, quien revistó las tropas el 15 de enero y les dió las gracias, en nombre del Rey, por la valiente defensa que habían hecho en el asalto del castillo de la ciudad, asegurándoles que todos serían atendidos, a proporción de sus méritos. (*)

No es fácil concebir cómo pudieron los margariteños sostener, por más de un año, una guerra de devastación, en que no pasó día sin tener encuentros y acciones parciales o generales, sin otras armas y pertrechos que los que habían quitado a los españoles o pudiesen conseguir a un gran precio y con peligro de su vida o libertad, en las colonias extranjeras. Los caudales con que contaban para tan ardua empresa eran los de muy pocas personas de la isla y es de toda evidencia que en aquel tiempo ningún individuo tenía mil pesos en dinero, prendas, animales y frutos, porque Urreiztieta los había reducido a todos al estado de casi mendicidad. Es cierto, sinembargo, que el numerario, prendas, personas, animales y frutos, todo se puso a disposición del jefe patriota, para que lo administrase e invirtiese en beneficio de los más infelices y redención de la isla, hasta verla libre de sus opresores. Con las cortas prendas de oro y perlas de las mujeres mandó buscar Arismendi a Trinidad pólvora y balas; mas apenas llegó el comisionado al puerto fué asegurado y conducido a presencia del Gobernador, quien instruido, por las cartas que conducía, del objeto de su comisión, le mandó poner en la cárcel, con diez y siete hombres que tripulaban la embarcación. A más de esto la isla estaba

(*) Historia de Margarita.

bloqueada por la goleta nombrada *General Morillo*, al mando de Gabazo, y la *Ferrolana*, al del teniente de navio don Manuel Cañas, con una cañonera y flecheras, al mando de don José Guerrero, de Santo Domingo; de modo que era casi imposible que ningún buque escapase a su vigilancia, siendo por esto dignos de un eterno aprecio y recuerdo los atrevidos y nobles esfuerzos de los patriotas Domingo Román, Juan Fariñas y Agustín Franchesqui, pues arrostrando estos peligros iban a las colonias de San Thomas, Granada, Trinidad, etc., en busca de pertrechos que lograron introducir, en los momentos mismos en que los patriotas hubieran sido destruidos, si no se hubiesen recibido. Los soldados no recibían ni prest ni ración, y cada uno se alimentaba de lo que le llevaban de su casa. No había hospitales y los heridos y enfermos no tenían otros medicamentos que las yerbas y resinas del país, ni otros médicos, cirujanos y asistentes que las mujeres, que además debían ocuparse en el cultivo de los conucos, elaborar el pan, hacer y llevar el rancho a la tropa, &, &.

El brigadier Pardo para dar pruebas de su lealtad y de los sentimientos que lo animaban, con respecto a los rebeldes, formó un plan de operaciones de guerra y política que no es posible desarrollar en los limites de esta relación, aunque se tocarán algunos hechos sucesivamente. A fines de enero dispuso un ataque con las tropas de Gorrín, en los puntos del Mamey y los Cocales, destinando al mismo tiempo una columna al Valle de San Juan, al mando de Urreiztieta, quien entró en este pueblo sin ninguna oposición, al que después de haber saqueado le puso fuego, y fueron reducidas a cenizas todas las casas y la iglesia. Gorrín atacó los puntos que se le habían encargado, que fueron abandonados por los patriotas, conforme a las órdenes que habían recibido y el 25 atacó Arismendi, con todas sus fuerzas, los puntos del Mamey, Cocales, Puente y Cupey, siendo éste uno de los combates más largos y porfiados, hasta que, a las tres de la tarde, fueron envueltos y arrollados los realistas, a cuyo tiempo

voló en el castillo de Santa Rosa un cajón de municiones, de que resultó contuso Urreiztieta, que de este accidente hizo un gran mérito para confirmar su valor, actividad y consagración al exterminio de los insurgentes de Margarita. El brigadier Pardo dió cuenta de todos los sucesos ocurridos hasta entonces y, en carta particular de 29 de enero, decía a Moxó lo siguiente: "La mujer de Arismendi ha dado a luz un nuevo monstruo (una niña que murió luego). Esta y otra señora presa (la consorte del coronel Francisco Esteban Gómez) he mandado al Gobernador de Pampatar, las envíe a La Guaira, donde deben estar sin comunicación. Arismendi, según voz general, ha hecho matar nuestros prisioneros y, en este caso, convendría decapitar a su mujer. También tengo entendido que dicha señora escribe a su marido y éste a aquélla, y no conviene esté aquí. Los naturales de Pampatar se van pasando a los enemigos, y los pocos que quedan y las mujeres nos venden. He pensado mandar desocupar el pueblo a todos los vecinos y mujeres; los que quieran, siendo buenos, irse a Costafirme que lo hagan, y los malos echarlos a ..... Espero me diga Ud. su parecer. Los enemigos envían continuamente mujeres con niños pequeños, a llevar y traer noticias y como es lastimoso matar a unas y otros, se les echa otra vez, y esto puede costarnos caro; espero me diga Ud. también, si todos los niños, las madres, etc., han de morir o qué se ha de hacer de ellos". (*)

A principios del año de 1815 los venezolanos que se habían incorporado en el ejército de Casanare, a las órdenes del comandante Francisco Olmedilla, pedían ansiosamente, se les permitiese internarse en la provincia de Barinas, lo que se les concedió bajo ciertas reglas, y poniéndose en movimiento la columna del comandante Francisco Olmedilla a la que pertenecía el jefe de escuadrón

(*) Estas y otras cartas semejantes, escritas por Pardo a Moxó, en el tiempo que hizo la guerra en Barcelona, Cumaná y Margarita, fueron encontradas en la Secretaría de Gobierno, a la entrada de los republicanos en Caracas, en 1821, y existen en poder de un patriota.

José Antonio Páez, siguieron desde Cuiloto a Guasdualito, con 1.200 hombres, a sorprender una fuerza de 800 de caballería y 100 carabineros que Calzada había dejado allí, siguiendo con los batallones Sagunto y Numancia a reunirse en Cúcuta con Remigio Ramos. Los patriotas llegaron a las inmediaciones del pueblo sin ser descubiertos por los realistas, y colocada la gente en las entradas, la señal de ataque era un cañonazo, que se disparó al romper el día. Los invadidos trataron de escapar por el camino que conduce a Cúcuta, atacando con un valor desesperado el punto donde se hallaba Páez; pero una carga de su caballería los desbarató completamente, quedando tendidos en el campo 300 hombres y 228 prisioneros, salvándose los demás en los bosques, no habiendo tenido nada que hacer los otros cuerpos. Olmedilla dispuso luego que las tropas entraran en el pueblo, conducidas por su segundo Fernando Figueredo, a quien había prevenido hiciera matar en la plaza a los prisioneros, como principió a ejecutarse, perdiendo cinco la vida; pero por las razones que manifestó Páez al ejecutor y a Olmedilla se suspendió el exterminio de los demás. Sabiendo Calzada en su tránsito para Cúcuta la derrota de su gente, previno a Ramos se le uniese prontamente, pues regresaba a reocupar a toda costa a Guasdualito, que fué abandonado de los patriotas, después de haber recogido el botín. Así es que Calzada entró sin oposición y Olmedilla se situó en el pueblo de Arauca.

El general Morillo estableció en Barinas la quinta división de su ejército, compuesta de dos batallones, con 1.800 fusileros y 500 hombres de caballería, con cuadro de oficiales y sargentos españoles, de los que habían venido de la península, al mando de Calzada y su segundo don Carlos Tolrá, con órdenes de dirigirse por Casanare, al interior de la Nueva Granada, hasta ponerse en contacto con el ejército destinado contra Cartagena. Luego que cesaron las lluvias, y habiendo repuesto la caballería y aumentado su ejército, se puso en marcha Calzada; y aunque en algunos pasos de ríos y otros puntos ventajo-

sos, los destacamentos intentaron detenerle, fueron dispersados, y todas las fuerzas republicanas hubieron de concentrarse en las llanuras de Chire y ascendían a 1.000 hombres de caballería bien montados y 150 fusileros. Confiado Calzada en la superioridad y disciplina de su división, presentó la batalla el 31 de octubre, y a poco tiempo de trabada la pelea, los patriotas cargaron y destrozaron la caballería de los realistas, compuesta de 400 a 500 hombres, y pasaron hasta la retaguardia, quedando en el campo 200 muertos, 150 prisioneros, igual número de dispersos, 50 heridos, dos piezas de artillería, ochocientas bestias caballares y mulares con la mayor parte de los equipajes y los estados de la división, que hubiera perecido toda, si los patriotas no se hubieran entretenido en saquear los equipajes que quedaron en aquellos llanos. Calzada, con 2.000 infantes, se salvó en los cerros y atravesando la cordillera oriental de la Nueva Granada se dirigió a la provincia de Pamplona y el 25 de noviembre derrotó al general Urdaneta, que había salido a su encuentro, en la altura de Bálaga, junto al río Chitagá, después de más de dos horas de pelea, por haberse desordenado los lanceros del Socorro que mandaba el teniente coronel Mantilla, de cuyas resultas ocupó Calzada, al siguiente día, a Pamplona, verificando, más adelante, su reunión con las tropas de Morillo.

Después de la victoria de Chire, volvió parte de las tropas de Casanare hacia Guasdualito, al mando del comandante Miguel Guerrero y en su compañía el jefe de escuadrón Páez, y derrotaron al paso en las llanuras de la villa de Arauca, 400 hombres que encontraron haciendo recolección de ganados, escapando muy pocos de ser muertos o prisioneros, en la cañada donde se reunieron, creyendo que podrían hacer frente a las lanzas de aquellos jefes y a las de los capitanes Rafael Ortega, Genaro Vázquez y Basilio Brito. En el siguiente día, 15 de diciembre, ocuparon a Guasdualito, que abandonó despavorido el comandante don Ildefonso Arce, Gobernador interino de Barinas, que los dejó pasar tranquilamente

el resto del año, en la misma población, para volver sobre ellos luego que tuviese fuerzas suficientes, como se verá después.

En las provincias de Mérida y Trujillo, en donde vagaban otras pequeñas partidas de patriotas, no salieron éstos tan bien librados por perseguirlos otras mayores de los comisionados del Gobernador de Barinas y Maracaibo, principalmente el coronel indio don Juan de los Reyes Vargas, quien sorprendió, el 23 de diciembre la de Vicente Torres, en Rioviejo, jurisdicción de La Ceibita, y así éste como sus compañeros Edmundo García, Vicente González y Miguel Contreras, director del primero, fueron muertos y puestas sus cabezas en varios puntos de la sabana de Betijoque; y las otras dispersadas y destruidas por el Teniente Justicia Mayor de Motatán, siendo degollados todos los hombres que se aprehendieron, y las mujeres y niños que se hallaban en esas reuniones fueron castigados con crueles azotes, cuyas ejecuciones eran aprobadas y aun aplaudidas, con cierto regocijo, por Moxó y el gacetero de Caracas, que calificaron tanta atrocidad, como un nuevo y laudable testimonio de la fidelidad y tesón con que el indio Vargas sostenía los derechos de Fernando VII, el más piadoso y humano de los reyes de España. (*)

Después del descalabro que sufrió Arce en Guasdualito, no permaneció tranquilo y apenas juntó nuevas fuerzas, se puso en marcha contra los patriotas, que tuvieron noticias hallarse en Quintero, y Páez fué destinado, con 300 hombres, para observarlo y contenerlo, y habiendo sabido que el comandante don Vicente Peña, criollo de la provincia de Guayana, se hallaba situado con una fuerte columna sobre la derecha del Apure, en el paso del río denominado Palmarito, determinó atacarlo, como lo hizo, el 2 de febrero a las seis de la mañana, batiendo completamente 500 hombres, siendo la mayor parte prisioneros, incluso su comandante Peña, que fué cogido al

(*) Véase Gaceta de Caracas Nº 57, pág. 444 y sig.

atravesar el río, en cuyo acto suplicó a Páez que lo matara, porque jamás dejaría de seguir la causa del Rey; pero el buen trato y los conocimientos que tuvo después de los principios que seguían los republicanos, le hicieron variar de opinión, sirviendo fielmente a su patria, con el valor que lo distinguía, imitándole los demás prisioneros.

Pocos días después supo el general Ricaurte que el coronel don Francisco López, Gobernador de Barinas, se dirigía a atacarlo en Guasdualito, con dos piezas y 1.600 hombres de infantería y caballería, y en la mañana del 16 reunió a los jefes y oficiales y propuso retirada hacia Casanare, sin manifestar otro motivo que el peligro de ser sorprendidos en aquel lugar abierto, en lo que convinieron los más; pero habiendo exigido a Páez su opinión, contestó que tenía ofrecido a los habitantes de la comarca no desampararlos, por lo que suplicaba se le permitiese quedarse, como se le concedió, después de explorar la voluntad de otros jefes y en seguida emprendió Ricaurte su retirada, siguiéndole el comandante general de la caballería Miguel Guerrero y el jefe de Estado Mayor coronel Miguel Valdés. Páez salió también como a las tres de la tarde, con 500 hombres, en dirección a Quintero, en donde suponía se hallaba López, con el objeto de atacarlo en su posición; pero lo encontró en el sitio nombrado la Mata de la Miel, entre los caños Corosito y Guaritico, a la derecha del Apure, y al momento formó su pequeña fuerza, en dos líneas, y desentendiéndose del parecer de algunos oficiales que opinaban porque se dejase la acción para el siguiente día porque se acercaba la noche, se resolvió a darla, temiendo que se le desertara mucha de su gente, en vista del triple número contra el cual debían batirse; y cargando, ya al obscurecer, con su primera línea, compuesta toda de venezolanos, con impetuosidad sobre los realistas, no obstante el vivo fuego que hacían un cañón y su infantería emboscada, se trabó un reñido y sangriento combate que terminó con su entera derrota y fuga que completó la segunda línea, destrozan-

do a 400 hombres de caballería, que se mantuvieron firmes haciendo frente, con el cañón y alguna infantería, siendo pocos los que pudieron salvarse, a favor de la obscuridad, bien que en los días siguientes fueron muchos de ellos hechos prisioneros. En el campo de batalla quedaron de los enemigos 400 muertos, mayor número de heridos, más de 500 prisioneros y se cogieron tres mil trescientos cuarenta caballos que llevaban para invadir a Casanare, un gran número de lanzas y cien fusiles. Los patriotas tuvieron quince muertos y veintidós heridos, siendo de éstos los capitanes Ortega y Brito, que murió después. Se distinguieron, sobre todos en esta jornada, Nonato Pérez y Genaro Vázquez; Páez perdió dos caballos al principio. La mayor parte de los prisioneros criollos se alistaron bajo las banderas republicanas y los españoles se remitieron a la capital de Santafé.

Mientras que Páez perseguía, en dirección a Barinas, los restos de López, volvió Guerrero a Guasdualito con órdenes del general Ricaurte, para tomar el mando de la fuerza que se había confiado a aquel. La tropa y los oficiales que había en el pueblo no sólo se negaron a obedecer la orden, sino que proclamaron, por jefe del ejército a Páez, quien enterado de esta novedad, vino a Guasdualito y reconviniendo a los jefes y oficiales, sobre la irregularidad del hecho, se restableció el orden y Guerrero fué reconocido y continuó mandando, nominalmente, por algunos días más. Esta ocurrencia y otras subsecuentes determinaron al general Ricaurte a dejar el mando del ejército que se denominaba de oriente, como se dirá después. Teniéndose noticias que los realistas se dirigían al pueblo del Mantecal fué destinado para batirlos al comandante Miguel Antonio Vázquez con 500 hombres de caballería y aunque éste lo ocupó sin oposición, pronto fué desalojado y perseguido hasta las inmediaciones de Guasdualito, por una columna de 800 hombres de la misma arma, con que lo atacó el coronel presbítero don Andrés Torrellas, que se hizo firme en aquella población, de donde se retiró hacia Nutrias, a mediados de mayo,

luego que se supo que se le aproximaba Páez con la columna de Vázquez, con cuya sola fuerza ocupó el Mantecal y Rincón Hondo, situado a la izquierda del caño Orichuna.

En el mes de junio emprendió el Gobernador López atacar a Páez en el Mantecal, en circunstancias de no tener éste más fuerzas que 400 hombres, por haber enfermado y desertado el resto, hasta 500. Sinembargo salió a encontrarlo en una sabana despejada, en donde se formó con su pequeña columna, haciendo lo mismo López, al avistarle, a la derecha del caño Caicara, con 1.200 caballos y seis piezas con 400 infantes, que nada adelantaron en este dia, pues lo pasaron en vueltas y escaramuzas que hacían con 200 carabineros, a quienes contenía con sólo 50 de la propia arma el capitán Ceferino Mujica, oficial de mucha bravura, que los arrolló en diferentes choques, matándoles algunos soldados, con la sola desgracia de haber tenido tres heridos. Por la noche de este día evitó Páez permanecer en la llanura, para no ser sorprendido y envuelto, y mudó su tropa a unos médanos circuidos de agua, donde tampoco se atrevieron los realistas atacarlo en el siguiente día, antes bien se retiraron hacia Nutrias, buscando el paso del Frío en el Apure, en donde fueron alcanzados a los dos días, perdiendo más de 300 hombres, entre muertos y dispersos, y 500 caballos que conducían para remontas, no pudiendo hacérseles más daño, por lo pantanoso del terreno, anegado en gran parte con los derrames del río y cubierto de bosques a cuyo abrigo podía defenderse ventajosamente su infantería. En seguida dispuso Páez que el capitán Antonio Rangel pasara a ocupar la villa de Achaguas, suponiéndola con corta guarnición, cuando ya el Gobernador López, desde el paso del Frío había mandado al presbítero Torrellas a reforzarla con 100 soldados de infantería y 200 lanceros encargados de recoger los dispersos en la retirada anterior, y de reclutar gente para reponer su caballería; y aunque Rangel, a pesar de la inundación de las sabanas y las dificultades que oponía el paso del Apu-

rito, logró sorprenderlo, el 19 del propio mes y tomar el cuartel de infantería, con muerte de una gran parte, ignoraba que había otro cuartel bastante próximo, en que se alojaban los lanceros, y se halló acometido inesperadamente, viéndose en la necesidad de salir en desorden y continuar retirándose con mucho peligro y con pérdida del capitán Mujica, hecho prisionero, por haber caído su caballo al pasar un jagüey. Restablecido el orden en la tropa, intentó Rangel recuperar la villa inmediatamente; pero fué rechazado y obligado a retirarse hacia el Mantecal, con sumo trabajo por lo anegado del tránsito y disminuida, en extremo su fuerza, por haberse dispersado muchos de los que la componían. Mujica fué fusilado y cortada la cabeza que se remitió a Calabozo, para que se fijase en el pueblo de Ortiz, de donde era natural, persuadidos los españoles que con este castigo se difundiría el terror y los patriotas no hallarían quienes los sisiguiesen.

La plaza de Cartagena, mandada por el general Bermúdez, fué evacuada en la tarde del 5 de diciembre, embarcándose los jefes, oficiales, empleados y patriotas comprometidos, con sus familias, después de haber sufrido ciento cuatro días de un estrecho sitio, en los buques del Estado, corsarios unos y otros mercantes, pasando por entre los fuegos del enemigo, quedando en la plaza más de 2.000 personas exánimes y casi otras tantas muertas al rigor del hambre y la peste, cuando entró el *Pacificador Morillo*, el 6, con el aparato de un vencedor, y concedió ocho días de saqueo y licencia a los expedicionarios, destinando, al siguiente día, a Morales a tomar posesión de los castillos de Bocachica, como lo hizo, publicando un bando en que ofrecía completa seguridad y amnistía a todos los vecinos que, confiados en sus promesas, se le presentaron, hasta el número de 400 personas, sexagenarias, mujeres y niños, pescadores infelices, que ninguna parte habían tenido en la revolución, y a todos los mandó degollar y arrojar al mar. Morillo decretó una fuerte contribución para indemnizar los gastos del sitio y

para continuar la guerra hasta la entera pacificación del Reino. Se confiscaron los bienes de los que habían emigrado; estableció el consejo de guerra permanente y mandó fuesen juzgados en él todos los que habían tenido destino o comprometimiento en el Gobierno insurgente. Dispuso que cuatro columnas del ejército expedicionario, siguiesen inmediatamente, para atacar las provincias del interior y, dejando en Cartagena varios cuerpos que componían 2.656 hombres, para la seguridad de la provincia, a las órdenes del Virrey Montalvo, salió de Cartagena para lo interior, con su guardia de honor, acompañado de su segundo Enrile.

El consejo de guerra condenó a muerte, como traidores, al general Manuel del Castillo, Martín José Amador, Pantaleón Germán Ribón, José María Portocarrero, Santiago Stuart, doctor Antonio José Ayos, doctor José María García Toledo, doctor Miguel Díaz Granados y brigadier Manuel Anguiano, español que había abrazado la causa de la independencia, con confiscación de todos sus bienes, cuya sentencia confirmó Montalvo y fueron ejecutados el 24 de febrero en Cartagena.

El 21 del propio mes atacó Calzada, en el cerro de Chachirí, al general García Rovira que se había situado allí con poco más de 1.000 fusileros y 80 hombres de caballería, mientras que aquel contaba con 2.100 fusileros y una compañía de carabineros de a caballo, con una pieza de artillería montada. Nada se hizo en este día que merezca la atención: al siguiente, repitió el ataque Calzada y, después de más de una hora de combate habiendo flaqueado los batallones de Santafé y Tunja, se introdujo el desórden en los demás cuerpos, del que supieron aprovecharse los carabineros montados que mandaba el capitán don Antonio Gómez, que completaron la derrota, dispersándose enteramente las fuerzas republicanas, que fueron perseguidas por la caballería española hasta la villa de Matanzas, y no se salvaron 30 hombres reunidos. Murieron cerca de 300 republicanos, 300 quedaron prisioneros, entre ellos algunos oficiales, y se perdieron sete-

cientos cincuenta fusiles, el parque y cuanto tenía el ejército. El general Rovira y su segundo Santader se retiraron hasta El Socorro, donde no pudieron juntar 200 hombres de cuantos tenían en Cachirí. La pérdida del enemigo fué de 150 hombres, entre muertos y heridos. (*) Calzada siguió hasta Girón, en donde hizo pasar por las armas, el 18 de marzo, al coronel Pedro Arévalo, que habiéndose salvado prodigiosamente de la derrota, se ocultó en una montaña, pero fué denunciado y aprehendido por dos esclavos, a quienes Calzada, a nombre de su Rey les dió la libertad y una medalla con el busto del Soberano. El coronel La Torre había sido nombrado por Morillo jefe de una de las cuatro divisiones del ejército expedicionario, para que reuniendo las tropas de Calzada marchase a ocupar la capital de Santafé.

El 1º de marzo dirigió Morillo, desde Mompox, una proclama a los venezolanos, participando la rendición de Cartagena y la carnicería que allí se había hecho. También les anunció la revolución de Margarita, ofreciendo que parte de su ejército, vendría a defender la causa del Rey y a exterminar a los rebeldes. (**) El 7 dió parte a la Corte, de sus operaciones y de las medidas que creía indispensables para la pacificación, y es conveniente copiar aquí algunos conceptos de los contenidos en aquella comunicación: "Ya he expresado a V. E. mis deseos de mandar misioneros; ahora añado la necesidad de mandar igualmente teólogos y abogados de España. Si el Rey quiere subyugar estas provincias, *las mismas* medidas se deben tomar que al principio de la *Conquista*... Dos puntos de la mayor importancia están ahora atacados por los rebeldes de Venezuela: Margarita y Guayana. En Margarita los rebeldes son bien mandados, están bien provistos de todo y se baten desesperadamente. Las tropas del Rey han sido obligadas a obrar a la defensiva; y *si Bolívar llega con su expedición armada de los Cayos, no sé cuál será la suerte de Margarita ni de la de Cuma-*

(*) Restrepo. Historia de Colombia. tomo 6, pág. 203 y sig.
(**) Historia de Margarita.

ná... "Los rebeldes en Venezuela han adoptado el plan de hacer la guerra por guerrillas que son fuertes y numerosas, y en esto han imitado el plan seguido en España en la última guerra, y si Bolívar o algún otro jefe de estimación entre ellos tomara el mando de estas guerrillas, podrían obrar vigorosamente. Se piensa en España que el espíritu de revolución en este país está confinado a pocos individuos; pero es menester desengañar a V. E. En Venezuela especialmente ese espíritu es general... "Yo no creo que en este Virreynato exista una inclinación tan fuerte a la rebelión; sinembargo debo insistir en la necesidad de aumentar las tropas... Si perdemos a Margarita, los insurgentes la fortificarán y, por sus piratas, interrumpirán nuestro comercio del Golfo de México. Será entonces necesario mandar una expedición para reconquistar a Margarita, y si Guayana es tomada, las dificultades para retomarla serán mayores". (*)

Persuadido Morillo de que ni Moxó, ni Urreiztieta, ni Pardo ni sus dependientes eran capaces de *pacificar* a Margarita, conforme a sus miras y a las instrucciones que había recibido de su Rey Fernando, destinó a esta empresa al pacificador de Bocachica, el veterano asesino de los patriotas, el feroz Morales, a quien autorizó plenamente y proporcionó todos los auxilios necesarios, reservándose él completar la obra. En Mompox exigió grandes donativos, estableció el Consejo de Guerra permanente, insultó y vejó a todos los criollos y, por último, mandó ejecutar, el 11 del mismo mes, la sentencia dada contra el teniente coronel Fernando Carabaño que, aunque había muerto de enfermedad, le cortaron la cabeza y los miembros, que fueron colocados en los lugares más públicos de la ciudad, para terror de los rebeldes. Siguió de aquí a Ocaña, de donde dirigió una proclama a los Margariteños, advirtiéndoles que hacía días estaba instruído de su delirio revolucionario y no les había dirigido su voz, porque se hallaba empeñado en la reducción de Cartagena, amenazándoles que si no se arrepen-

(*) Véase "Correo del Orinoco" Nº 5.

tían serían castigados como rebeldes y traidores, a cuyo efecto mandaba al coronel Morales, el *ejemplo de la lealtad y el terror de los traidores,* añadiendo que después seguiría él con el resto de su ejército. (*)

El 27 dirigió al Secretario de gracia y justicia una nota, repitiendo lo que había dicho antes al de la guerra sobre sus operaciones y fundados temores, por lo tocante a la pacificación de Venezuela, a causa de los movimientos y esfuerzos de los habitantes de Margarita y Guayana y, sobre todo, por la expedición que Bolívar preparaba en los Cayos, y porque la fuerza que tenía era poca. (**) En Ocaña confiscó los bienes de los insurgentes, encarceló y vejó de todos modos, a los habitantes y el 9 de abril mandó pasar por las armas al coronel Miguel Carabaño y su cabeza fué puesta en una jaula de hierro, en la plaza mayor. Otros cuatro patriotas sufrieron la pena de horca, como reos de alta traición, porque habían combatido por la independencia. Después publicó un indulto, en que comprendía a los capitanes y demás subalternos que depusieran las armas y se entregaran, cada uno con la tropa que mandase. Ofreció premios a los esclavos que se levantasen contra sus amos y recompensas a los Ayuntamientos y demás autoridades, civiles y militares, que se sublevaran contra el Gobierno republicano.

Los pueblos de la Nueva Granada querían la independencia; pero sin hacer grandes sacrificios. Por esto, por las promesas que hacían los españoles en sus proclamas, en que decían a la multitud que ella nada tendría que sufrir y, sobre todo, porque los granadinos jamás creyeron que los españoles fuesen tan pérfidos,

(*) Historia de Margarita.

(**) Véase "Correo del Orinoco" Nº 2. Con los documentos que van citados acompañó Morillo una carta particular, en la que se halla la siguiente postdata: "Van las adjuntas proclamas: no hay remedio, es preciso que la Corte se desengañe, pues no cortando la cabeza a todos los que han sido revolucionarios, siempre darán que hacer; así es que no debe haber clemencia con estos pícaros".

Estos y otros documentos fueron tomados por el capitán del corsario de Buenos Aires, nombrado el *"Nuevo Congreso"*, en el buque español que los conduciría a la península, y publicados en un periódico de esa ciudad, titulado "El Desengaño", desde octubre hasta fines de 1816, y en otros papeles de Londres.

vengativos y feroces, fué fácil a La Torre penetrar, sin oposición, hasta las cercanías de Santafé, con una fuerza de 4.000 hombres, de todas armas, aguerridos y victoriosos en España y Venezuela. El ejército republicano reunido en Chiquinquirá, que debía contener al realista, ascendía a 700 fusileros, algunos artilleros, con cuatro piezas y 1.000 hombres de a caballo, mal montados y sin disciplina. El general Manuel Serviez, que lo mandaba, manifestó varias veces que sus tropas no podían batirse con las realistas. El Presidente Madrid, de acuerdo con el Congreso, trató de abrir negociaciones de paz con Morillo; pero habiendo sido interceptados los pliegos, por las avanzadas patriotas, Serviez y la mayor parte de sus oficiales convinieron en que debían retirarse a los llanos de Casanare, en donde había una fuerza regular y triunfante, mandada por el coronel Miguel Valdés, y que no debían obedecer las órdenes de un Presidente cuyos pasos eran dirigidos a capitular con el enemigo. En efecto, emprendieron su retirada a los llanos, con el designio de entrar por la parroquia de Cáqueza, en las cabeceras del Meta, y el 5 de mayo pasaron por Santafé y siguieron a pernoctar en Tunjuelo. De 2.000 hombres de infantería y caballería que llevaban, no quedaron en aquella noche más que 600 infantes y 30 de a caballo. El resto se desertó con sus oficiales, viéndose obligados los que permanecieron unidos a arrojar el parque en los fosos y cañadas, porque era numeroso y no tenían bagajes en que conducirle. Los realistas que perseguían muy de cerca a los republicanos, entraron en Santafé el 6, y La Torre envió en persecución de Serviez una columna de carabineros y cazadores, al mando del capitán don Antonio Gómez, quien le alcanzó en Cáqueza y en el paso de la cabulla de Río Negro, en donde consiguió dispersar a los republicanos, por el atolondramiento del general que empeñó la acción, compañía por compañía, tomándoles muchos prisioneros, armas, municiones y todos los equipajes, de modo que solo quedaron, después del combate, 200 hombres, los que continuaron su retirada por

los llanos de San Martín, hacia Pore, perseguidos siempre por una columna española.

El comandante general La Torre había publicado desde Zipaquirá, un indulto bien extenso, en que comprendía a todos los empleados de Hacienda y demás cargos civiles que, deponiendo las armas, volvieran a los pueblos de su domicilio, a ejercitarse en sus antiguas profesiones. Luego que Morillo supo esto dirigió, desde Ubaté, las más severas órdenes a La Torre, para que aprehendiera y asegurara, en estrechas prisiones, a todos los que hubieran tenido parte o figurado en la revolución, especialmente a los principales, que él denominaba con el título de *Cabecillas*. La Torre y Calzada le representaron el indulto publicado y su palabra comprometida a nombre del Rey; pero Morillo permaneció inexorable, no dando valor ni a lo uno ni a lo otro, así es que el 22 de mayo por la noche fueron sorprendidos en sus casas varias personas de las principales y puestas en estrecha prisión.

El 26 por la noche entró a la capital Morillo y su segundo Enrile y comenzó el reinado del terror, el mismo sistema que en el siglo 16 siguió el duque de Alba en los Países Bajos.

Morillo reprendió ásperamente a La Torre y Calzada, porque habían admitido obsequios de los habitantes, y porque desde los primeros momentos, no redujeron a prisión a todos los insurgentes y rebeldes; y en castigo de su benignidad, ordenó que saliese inmediatamente La Torre, a quien hizo brigadier, para los llanos, en persecución de Serviez, y que fuese Calzada a Cúcuta, a mandar en estos valles, dando por nulo el indulto publicado en Zipaquirá. La Torre alcanzó a Serviez el 13 de junio, pero no pudo impedirle su retirada, que verificó con alguna pérdida, por haberla cubierto con el río Ocoa, y el 22 volvió a alcanzarlo en Upia, donde le causó mayor destrozo, siendo muy insignificante el número con que al siguiente día entró a Pore, donde se hallaba el general Urdaneta y reunida la emigración.

El ejército que se llamaba de Oriente permanecía en Guasdualito, desde el triunfo de la Mata de la Miel y el general Ricaurte se había retirado, por renuncia que hizo del mando, quedando en su lugar su segundo, el coronel Valdés. El Gobierno general de la Nueva Granada había nombrado, para jefe de este ejército, a Urdaneta, en los últimos días de su existencia, a los que siguió luego su disolución; circunstancias que le detuvieron en Pore, hasta saber la opinión del jefe bajo cuyas órdenes estaba. Al mismo tiempo los habitantes de esta provincia le nombraron Dictador y comenzó a trabajar con actividad, en su seguridad y defensa. Valdés no solo se denegó a entregar el mando, a pretexto de que el Gobierno se había disuelto, sino que mandó una columna a las órdenes del coronel Carrillo, para que lo depusiera del destino que se le había dado por el voto libre de los ciudanos de la provincia reunidos en la capital, lo que se verificó por una sorpresa, que sólo podia ser permitida para con los enemigos de la patria, dejando en Pore al coronel Juan Nepomuceno Moreno, con el título de Gobernador, aunque sin fuerzas ni recursos para sostenerse contra los enemigos que estaban muy inmediatos. Urdaneta después de su destitución se retiró a Chire.

Al propio tiempo que Morillo destinó al brigadier La Torre para que obrase por los llanos de San Martín, contra los rebeldes fugitivos, destinó otras dos columnas que habían atravesado la cordillera, en dirección a Casanare; y dando tiempo aquel jefe para que se aproximasen, detuvo su marcha, con las miras de rodear y destruir a los que se habían reunido en Pore y terminar la campaña en esta provincia. La columna que mandaba el teniente coronel don Matías Escuté, natural de Puerto Rico, había seguido de Tunja, por Sogamoso y Tasco a la Salina de Chita y ocupó el punto de Sácama, como posición inexpugnable. La otra al mando del coronel don Juan Villavicencio bajó de San Gil, provincia del Socorro, con 260 caballos y se adelantó sobre Pore, algo más pronto de lo que se creía, pues el 28 de junio, por la

tarde, se presentó en las cercanías de la capital, en resolución de atacar, suponiendo la cooperación, por la espalda, de la tropa de La Torre, lo que no se verificó en este día por haber venido la noche. Tocóse la Generala en Pore, y la gente con que se contaba para resistir al enemigo, era 60 hombres de infantería de Serviez, algunos emigrados sin armas y 150 de caballería que, dijo el Gobernador Moreno, estarían por la noche en la plaza. Serviez acampó en la llanura de Guachiria, a las inmediaciones de Pore y como a las once de la noche llegó la caballería. El enemigo intentó sorprender el campamento y lo hubiera logrado a no ser por la vigilancia del mayor general Francisco de Paula Santander que recorriendo continuamente las avanzadas, lo descubrió a las dos de la mañana, en que se rompió el fuego que sostuvieron vigorosamente los pocos hombres de infantería, hasta que se les incendiaron los cartuchos a dos de ellos, lo que puso en consternación a los demás. Pero la caballería mandada por Moreno y el francés Dufourt dió tales cargas a los realistas que, antes de amanecer, tomaron la retirada, disponiendo lo mismo Serviez, sin haber motivo para ello y arribando en el propio día al hato de la Trinidad, sin saber del enemigo, que antes se suponía habría entrado en Pore. A los dos días se acercó Moreno con una partida y encontrando la ciudad desierta, pasó al campo de batalla y halló algunas armas y dos cajones de pertrechos, siendo informado que Villavicencio se había retirado a la serranía, como derrotado. Serviez con su poca gente y algunos emigrados, siguió para Chire y reunidos con Urdaneta continuaron hasta el pueblo de Arauca, donde se hallaba Valdés.

El 10 de julio entró La Torre en Pore y emprendió la persecución de los patriotas por Chire hasta Betoyes; pero no habiéndolos alcanzado, regresó a la ciudad y tomó cuarteles de invierno mientras duraba lo fuerte de las lluvias y bajaban los ríos, despachando por entonces a Guanapalo, a orillas del Meta, al capitán don Manuel Morales que en su incursión fusiló y confiscó los bienes

de diferentes individuos, sin otro juicio ni pruebas de delito que su voluntad. La marcha de La Torre, desde Santafé por el espacio de cuarenticuatro días, se consideró por Morillo como una cosa inaudita, porque no dormía en poblado y solo se alimentaba con carne, sufriendo lluvias continuas y atravesando pantanos y los ríos más caudalosos, denominados Negro, Ocoa, Guastiguia, Upía, Totuino, Cuciana, Crabo y Pauto, más ancho el menor, según su comparación, que el Ebro en su embocadura, como si los perseguidos por La Torre no hubieran hecho lo mismo y experimentado mayores privaciones y trabajos. Poco después nombró Morillo Gobernador de Casanare, al teniente coronel don Julián Bayer, que hizo fusilar y descuartizar en Pore, al coronel Francisco Olmedilla, al sargento mayor Juan Salías, al doctor Frutos Joaquín Gutiérrez, miembro del Congreso granadino, al capitán Luis Báez, canario, vecino de Barinas, al oficial Luis Abad, vizcaíno, y al comandante Joaquín Cerda. Pero a principios del año 17 cayó prisionero, en poder del capitán Juan Galea, y así él como los españoles que le acompañaron sufrieron la misma pena, en justa represalia de los asesinatos por ellos cometidos. La provincia de Casanare quedó sometida a los españoles y solo el jefe de escuadrón Nonato Pérez, alias el Torcido, natural de San Carlos, mantenía algunas cortas partidas de caballería, a las márgenes del Arauca, con las que frecuentemente los molestaba y jamás consiguieron destruirlas.

A fines de julio el comandante general del ejército Valdés tuvo en Arauca una reunión de los jefes y oficiales de Nueva Granada y Venezuela, para que se nombrase un jefe que mandara las tropas, respecto a que la enfermedad que sufría de un cáncer en la boca, no le permitía continuar en el mando y además se había destruido el Gobierno que le había nombrado, por la ocupación de la capital y de todo el Reino. Los vocales, entre los cuales se hallaba el jefe de escuadrón Páez, considerando que ni en la Nueva Granada ni en Venezuela ha-

bía un Gobierno conocido, convinieron en que, no solo debían nombrar un jefe, para mandar el ejército, sino también un Gobierno adaptado a las circunstancias en que se hallaban, y casi por unanimidad, fué nombrado Presidente, el teniente coronel Fernando Serrano, Gobernador que había sido de la provincia de Pamplona, sujeto de apreciables circunstancias y patriota muy distinguido, y por Ministro Secretario al ciudadano Francisco Javier Yanes. Nombróse un Consejo de Estado, compuesto de dos vocales, que lo fueron los generales Urdaneta y Serviez y por jefe del ejército al coronel Santander. Instalóse solemnemente este Gobierno en Guasdualito y todos los empleados juraron sostenerlo con vida, bienes y honor, y no capitular jamás con los españoles. Santander y Páez marcharon inmediatamente al pueblo de la Trinidad de Arichuna, donde se hallaba el ejército, reducido a tal desnudez que las frazadas y sombreros con que se cubrían de las copiosas y continuas lluvias eran de las pieles del ganado, permaneciendo día y noche en lo raso de las sabanas. Presentóse en este pueblo el capitán J. Navas, alias Fajardo, natural de Margarita, con una partida de 25 hombres, enviado de Caicara, por el comandante Sedeño, con oficio en que participaba su situación, sus designios de atacar a Guayana, sus deseos de mantener relaciones con el ejército que, tenía noticias, venía a obrar en los llanos del bajo Apure y pidiendo algunos auxilios de armas y pertrechos. Enviáronsele los que fué posible y se le dió una noticia de todo lo ocurrido en la Nueva Granada y de las operaciones que se proponía emprender el ejército de Apure.

Hallábase éste tan mal montado que no era posible obrar activamente por falta de caballos, ni permanecer estacionarios sin ser del todo arruinados. El general Santander supo que en las sabanas de Cuiloto se hallaba con su partida Nonato Pérez y quinientos caballos al pelo, y destinó a Páez para que lo persuadiera a reconocer al Gobierno que se había establecido y se reuniera al ejército, para obrar concertadamente contra los enemigos que, por todas partes, venían a destruir a los patriotas.

No pudo Páez reducir a su deber a Pérez, aunque recolectó algunos caballos en el hato Lareño, regresando a la Trinidad, adonde se había trasladado el Gobierno. A su llegada, que fué a mediados de septiembre estalló un motín de las tropas, pidiendo que se disolviera el Gobierno establecido en Guasdualito y que fuese general del ejército el jefe de escuadrón Páez, y su segundo el comandante Miguel Guerrero. Los autores, promotores y agentes de este motín fueron el doctor Nicolás Pumar y los Briceños y Pulidos de Barinas que seguían al ejército, esperanzados de dominar a Páez que había servido de peón jornalero, en sus hatos; los eclesiásticos dirigidos por el doctor Ramón Ignacio Méndez, que habían emigrado, en número de más de veinte, de todas las provincias, incluso un fraile dominico, Fray N. Lobatón, resentidos, porque el Gobierno en Guasdualito les exigió un pequeño donativo para socorrer a las tropas que estaban enteramente desnudas, con conocimiento de que podían exhibirlo, sin mayor perjuicio, por tener gruesas cantidades adquiridas en el reino, por su ministerio; y también el general Serviez, consejero, impulsado de los propios motivos y con las miras de aquellos, siendo el primero que experimentó las consecuencias de sus torpes cálculos. El jefe proclamado, afectando que nada había sabido a su llegada, y el ejército y el pueblo le estrechaban a que cumpliese su voluntad, intimó por escrito, en un tono imperioso, al Presidente Serrano y demás miembros del Gobierno, cesasen en el ejercicio de sus funciones porque no había necesidad de Gobierno en los llanos y porque el jefe que estaba nombrado para mandar el ejército era inepto e incapaz de desempeñar sus funciones, las que él se comprometía a cumplir hasta que las circunstancias hubiesen variado. El Presidente Serrano y los dos consejeros cedieron al instante a la intimación; Santander y Yanes manifestaron hasta el último momento, en que fueron depuestos por la fuerza, la ilegalidad del hecho, que estableciendo un mal ejemplo, podría repetirse hasta caer en una anarquía que acabase con la

República; que muchos hombres reunidos, fuese en poblado o en los campos, necesitaban de un gobierno que los dirigiese y moderase sus pasiones; que si los nombrados en la Junta de Arauca no eran aptos para desempeñar las funciones de sus respectivos destinos, estaban dispuestos a renunciar para que se nombrase a los que fuesen idóneos, en una reunión que se haría conforme a las circunstancias y a los principios del Gobierno popular representativo que hasta entonces se había observado. Páez se desentendió de estas y otras reflexiones, se posesionó inmediatamente del mando, asegurando en este acto que lo retendría hasta que se presentase el general Bolívar, del que muchos días antes se había dicho que, con un ejército respetable, había desembarcado en las costas. En efecto corrió esta noticia, con algunos datos que la hacían creíble y el general Urdaneta, desde Pore, despachó un posta a principios de mayo, con una carta para Bolívar, y fué aprehendido en Pamplona, por el teniente coronel don Francisco Delgado, que remitió a Morillo el pliego y pasaporte (*).

Después de haber nombrado Páez, comandante general de la caballería al capitán Rangel, y dado ascensos en el ejército a varios oficiales, sargentos y cabos, y también a algunos paisanos de los que habían contribuido a su elevación, siendo su secretario e inmediato director el doctor Pumar, porque él no sabia leer ni escribir correctamente, se puso en movimiento, a principios de octubre, por el camino de Rinconhondo, con dirección a la villa de Achaguas, donde se había situado el Gobernador López, quien enterado de la marcha de aquél, salió a su encuentro hasta el punto que nombran las Queseras Blanqueras, en donde desistió de su empresa, por haberle informado un individuo, que se pasó a sus filas, nombrado Miguel Larriva, que los patriotas aunque eran inferiores en fuerzas, estaban desesperados y resueltos a batirse, y contaban con la victoria si conseguían pelear en alguna

(*) Véase Gaceta de Caracas Nº 90, pág. 707 y sig.

sabana limpia; por lo que tuvo por conveniente contramarchar y tomar posiciones en el hato del Yagual, a la izquierda del Arauca. Páez siguió con la emigración hasta los médanos de Araguayuna, distante 18 leguas del mismo punto, donde publicó bandos previniendo que todos se presentasen con las armas que tuviesen, para reforzar el ejército, y que ninguno debía rehusar la entrega de sus propiedades, cuando se le pidiesen, para las necesidades del mismo, pena de la vida. Reorganizado el ejército, constaba de una compañía de carabineros, 800 lanceros, divididos en tres brigadas, a las órdenes de Urdaneta, Santander y Serviez, una reserva de 100 hombres, compuesta de los emigrados débiles y ancianos y un cañón de campaña, sin la dotación competente. Hechos estos arreglos, dejó Páez en este sitio el resto de la emigración, custodiada por una compañía de caballería escogida, y a pesar del mal estado del resto de sus caballos, continuó su marcha en dirección a Achaguas, sin saber la posición que hubiese tomado López, y atravesando terrenos anegadizos que dificultaban sus operaciones.

El segundo día de marcha se adelantó Páez a su ejército más de una legua, acompañado de ocho personas, entre sus ayudantes y ordenanzas, y por una mujer que habitaba en una choza supo que en el hato de los Cocos había tropa, aunque no sabía su número, circunstancia que no le detuvo, y al amanecer observó que el capitán don Facundo Mirabal se retiraba, sin apresurarse, con una madrina de cien caballos, resguardada por 55 hombres, 30 de ellos con carabinas y los demás lanceros. Resuelto Páez a apoderarse de los caballos, para remontar parte de su tropa, acometió con su pequeña escolta al enemigo, que lo recibió con una descarga de las armas de fuego, trabándose luego una fuerte pelea a lanza, que terminó a favor del menor número, escapando sólo Mirabal y otros ocho y quedando muertos o prisioneros los restantes. Los que acompañaban a Páez y obtuvieron tan brillante triunfo fueron el teniente Francisco Aramendi, los sargentos Pedro Chirinos y Ramón Valero, el

cabo Cornelio Muñoz y los soldados Paulino Blanco, Francisco Ortiz, Francisco Villamediana y José María Olivera. Algunos de los prisioneros fueron muertos y otros se incorporaron al servicio de la República voluntarios y gozosos.

Informado Páez de la posición de López y habiendo dado un día de descanso a la tropa, en el sitio de las Aguaditas, se puso en movimiento a la media noche, a pesar de lo anegado del territorio e interceptó a los realistas su retirada para Achaguas, y al siguiente día (12 de octubre), se presentó frente a la casa del hato del Yagual, formado en columna y dispuesta su gente a vencer o morir, pues no quedaba otro partido, en virtud de la operación que había hecho, de estrechar a López entre el río Arauca y las tierras anegadizas que lo rodeaban por los demás rumbos, y de poner a los patriotas en el caso de hacer los últimos esfuerzos, para obtener una victoria, porque todo el territorio hacia Achaguas, estaba dominado por sus enemigos. López tenía un batallón de infantería, cuatro escuadrones de caballería y una pieza de artillería, bien dotada y servida, de modo que su fuerza pasaba de 2.000 hombres de todas armas, y además estaba bien parapetado con una fuerte palizada. Mientras Páez reconocía el terreno, el comandante Genaro Vázquez, con su escuadrón, atravesó una cañada que corría al frente de la casa, uniendo los anegadizos y el Arauca, y atacó un pequeño cuerpo que emprendió luego su retirada hacia la casa, con el designio de empeñarlo más y exponerlo a las cargas de la caballería, como sucedió, pues al momento salió ésta, mandada por el presbítero Torrellas, haciéndole retroceder, en desorden, que se hubiera extendido a las otros brigadas, a no ser por la firmeza de Santander y la serenidad de Urdaneta, que hicieron ordenar la primera brigada y cargar sobre el enemigo, con tal brío que le obligaron a retirarse a sus atrincheramientos con alguna pérdida, siendo recibidos de López con indignación, calificando de precipitado su regreso. Creyéndose victoriosos los llaneros pretendieron

que todos echasen pie a tierra, y lanza en mano, se asaltase la casa, de cuyo temerario empeño desistieron, por las persuasiones del general, permaneciendo formados, para cuando el enemigo saliese. En el acto del primer choque, reprendió en público y trató mal de palabra, Páez a Serviez, llamándole insubordinado y cobarde, quien le contestó que se presentaría otra ocasión en que haría ver que él no era cobarde. Páez fué acometido de un mal que suele experimentar y es una especie de epilepsia, que dicen le ataca cuando está muy bravo.

Habiendo permanecido los patriotas todo el día en formación, sin haber comido ni bebido, sufriendo el fuego que les hacia el cañón de los realistas, acercándose la noche, determinó Páez pasarla en un estero y emprendió su retirada, sin que aquellos se atreviesen a molestarlo; bien que en el peso de la noche salieron a sorprenderlo, pero no encontraron el sitio en que había acampado. Al siguiente día, muy temprano, salió Páez del estero y se ocupó en remontar bien su tropa, lo que consiguió apoderándose de los caballos que había reunido y con que contaba López. Después del medio día volvió a presentarse frente a la casa del Yagual, provocándole a un combate, pero lejos de aceptarlo por la noche abandonó el hato, y embarcando para San Fernando, en seis flecheras que tenía en el río, la artillería con que se había libertado del furor de los llaneros, se retiró a Achaguas, en la que se atrincheró. Siguió el ejército para Achaguas y sabiéndose que había sido desocupada, Páez y Urdaneta, con una corta partida, fueron a reconocer el pueblo, en donde entraron el 14, y súbitamente fueron atacados y sorprendidos por Reyes Vargas, que con 170 hombres y unas flecheras había venido de Payara, en auxilio de López, y no pudiendo resistir a esta fuerza, hubieron de retirarse, pasando el Apurito a nado. Las flecheras que se hallaban en el paso de este río rompieron al mismo tiempo el fuego sobre el ejército que se hallaba en aptitud de pasar al pueblo, y se les contestó con las carabinas y el cañón que se montó allí, durando el fuego desde las tres

de la tarde hasta que anocheció, retirándose Vargas sin haber causado ni recibido ningún perjuicio; pero dejando libre la villa de Achaguas, donde entraron los patriotas, después de haber hecho una campaña durísima, por espacio de ocho meses, privados de todas las cosas necesarias a la vida racional y sin saber nada de lo que había ocurrido en Venezuela y Nueva Granada, después que fueron ocupadas por el Pacificador Morillo. Por los papeles públicos y los particulares que se tomaron en la casa del administrador de rentas, y por la relación de algunos pasados, supieron que el general Bolívar había desembarcado con un ejército en Ocumare; que había sido derrotado en el cerro de los Aguacates, el 13 de julio, y que el general Mac Gregor habiendo seguido, con una división, para el alto llano, había triunfado en Quebradahonda de los españoles que le perseguían; por lo que despachó Páez al capitán Joaquín Peña, de Cumaná, para que fuese hasta la provincia de Guayana a fin de que informase a Sedeño y demás jefes republicanos del estado de las cosas en el bajo Apure, para que se entablasen frecuentes relaciones y se auxiliasen recíprocamente. Al mismo tiempo dispuso que su segundo Guerrero, fuese a sitiar a San Fernando con la mitad de sus fuerzas, mientras que la otra mitad debía obrar en Apurito y asegurar la libertad de los pueblos de Bancolargo, Mantecal, Rinconhondo y Santa Lucía. Los realistas pasaron el Apure y ocuparon el pueblo de San Antonio, en la margen opuesta.

En estos días ocurrió la muerte del general Serviez, que habitaba en una pequeña casa de campo, al otro lado del Caño Apurito cerca de la villa de Achaguas, donde se dijo que una partida de soldados con un oficial fué por la noche a decirle de parte del general Páez que le esperaba al momento, para asunto de mucha importancia y que habiéndose excusado Serviez, a pretexto de estar indispuesto, le replicó que debía cumplir la orden que se le había dado, sin admitir ninguna excusa. Los siguió Serviez con su asistente y luego que entraron

en la flechera, fué muerto a machetazos, igualmente que el soldado y arrojados, al Apurito, volviendo los ejecutores a la casa, de la que sacaron el equipaje y demás que en ella encontraron, habiéndose escapado de correr la misma suerte un jovencito oficial, nombrado José María Córdova, de Antioquia, que vivía con Serviez, por estar dormido bajo unas matas inmediatas a la casa. Difundido el hecho en la población, mandó Páez al teniente coronel Juan Antonio Paredes, que era el Gobernador de Achaguas, formase proceso para averiguar los autores y cómplices del delito, y aunque se practicaron algunas diligencias, no produjeron ningún resultado, habiéndose notado que algunos sujetos usaban vestidos y tenían prendas de Serviez y no fueron tenidos, ni considerados como cómplices o sabedores. Los emigrados pensaron que el asesinato se había cometido, para robar algunas onzas y alhajas que tenía Serviez, y para evitar la misma suerte se desapropiaron de todo lo que podía ser incentivo a los autores de aquel exceso. Pocos días después el capitán Aramendi quitó la vida, en una de las calles de la villa, a un criado del presbítero Torrellas, que se había pasado a los patriotas, y ni se le arrestó ni formó causa. El juego, la licencia y las pasiones más violentas se desarrollaron y ejercieron por los defensores de la patria, con absoluta impunidad.

El Gobernador López, habiendo dejado sus disposiciones en San Fernando, se dirigió a los pueblos situados en la margen opuesta del Apure, hacia los que había marchado Páez, y estando aquél en San Antonio, provocó a éste a una conferencia, con el objeto de seducirle; pero lejos de conseguir su intento, cayó prisionero el 7 de noviembre, sin haberlo siquiera imaginado, pues hallándose a bordo de una flechera, en medio del caudaloso Apure, mal podría presumir que pudiera ser apresado por gente de caballería. El excesivo celo por los intereses de su soberano y el desprecio que hacía de los patriotas causaron su desgracia. Condújosele a Achaguas, con el objeto de canjearlo; pero habiendo sabido los pueblos libres, especial-

mente los indios de Cunaviche, que se hallaba prisionero, corrieron en masa a pedir su muerte, en satisfacción de los acerbos castigos que había infligido, sin distinción de sexo ni edad, a todas las personas que no cumplían velozmente sus órdenes y adivinaban su voluntad. Agregóse a esto el haberse encontrado en sus baúles los papeles públicos, en que se referían los asesinatos, en forma jurídica, cometidos por Morillo y sus delegados, en Cartagena, Girón, Socorro, Tunja y Santafé, con las órdenes de exterminio, con que los acompañaba; y reconvenido López sobre tan horrendos hechos, contestó que el general Morillo era tan justo como su soberano el señor don Fernando VII y que sus decretos debían cumplirse exactamente, por sus fieles vasallos, cuando se trataba de subyugar a los rebeldes. Por esto y porque el mismo López mandó matar y descuartizar al capitán Mujica, fué condenado, en justa represalia, a que perdiera la vida, de cuya determinación, aunque fué notificado, no hizo caso, porque dijo que los insurgentes no podían mandar en la persona, y mucho menos en la vida de un coronel de Ingenieros del Rey de España y las Indias, que había sido cuartel maestre del general Wellington. Después de algunas horas se acercó a la prisión el doctor Ramón Ignacio Méndez y le exhortó a que no perdiera momento, porque su muerte era cierta y debía cumplir con las obligaciones de católico, apostólico, romano, a lo que se denegó y pidió que se le llamase a Páez, porque tenía que decirle cosas de gran interés; y no habiéndolo conseguido, pidió papel y tintero y escribió una carta a su padre, residente en Aragón, cuya dirección recomendó al teniente coronel Tomás Montilla, en la que exponía sus sacrificios y los grandes esfuerzos que había hecho para reducir a estos países a la obediencia del Rey, a quien debería informar de todo, para que le concediese una pensión, para alivio de su vejez. Pocos momentos antes de salir para el suplicio, le volvió a exhortar el presbítero José Félix Blanco a que cumpliese con los deberes de la religión, pues que iba a morir en un pueblo cristiano. Dió muestras de cumplir con el sacramento de la peniten-

cia, y se le puso en las manos un crucifijo, que no soltó sino después que le bajaron la cabeza a golpes de machete en la plaza de Achaguas. Por la noche de este día fueron muertos y echados al Apurito el cirujano español que estaba preso con López, y otros dos o tres más, entre los cuales se hallaba uno que Páez había hecho prisionero en la acción de la Mata de la Miel y le llamaba y trató desde entonces como *hermano*, por alguna semejanza en el rostro y el cuerpo. Este español, conducido a la muerte por el furor popular, pidió que lo llevasen a presencia de su *hermano*, porque quería decirle *adiós*, antes de salir de este mundo. Iba preparado con un cuchillo oculto en la manga de la camisa, y la despedida hubiera sido una puñalada, si antes no se hubieran descubierto sus intenciones.

El general Urdaneta fué destinado con una columna a Barinas, que ocupó a principios de diciembre. Páez marchó hacia San Fernando, y, el 18 del propio mes, derrotó en el sitio del Palitar una columna de 200 hombres, que conducía Gorrín, en auxilio de la plaza, a donde llegó solo con la infantería, que formó en cuadro para poderla salvar. Teniendo noticias Páez de que La Torre se acercaba y que Morillo había salido de Santafé, con dirección a los llanos, marchó para Achaguas a organizar tropas con que resistirlo, dejando el sitio a cargo de Guerrero. Urdaneta, Santander, el coronel Domingo Mesa, a quien quiso matar Aramendi, José María Vergara y otros jefes y oficiales siguieron por Guayana, en busca del ejército del general Bolívar, que suponían en las provincias de Cumaná y Barcelona. El coronel Miguel Valdés siguió la misma ruta, con las miras de proporcionarse la curación de la grave enfermedad que padecía; pero a las dos jornadas fué asaltado por una partida, al mando del doctor Pumar, que tenía el grado de teniente coronel, y habiéndole saqueado algunas onzas que llevaba, del ahorro de sus sueldos, siguió hasta pasar el Orinoco, y agravándose su enfermedad, fué abandonado de los que le acompañaban, en un desierto donde expiró.

Mientras estas cosas pasaban en el bajo Apure, en otras partes se formaban nuevos proyectos para destruir el ejército expedicionario de Morillo. El capitán de la corbeta *Dart*, Luis Brion, natural de Curazao, había salido de Cartagena, cuando Morillo estrechaba el sitio, para salvar diez mil fusiles, sables y elementos de guerra, que tenía a su bordo, de los cuales tres mil eran de su pertenencia y los demás del Gobierno general de la Nueva Granada y de la provincia del Socorro que habían negociado en Londres el coronel Durán y J. Vargas; por no ser posible su introducción al interior, y porque conocieron los comisionados que la plaza sucumbiría a los esfuerzos del sitiador. Salieron por en medio de la escuadra española y arribaron a los Cayos de Haití, donde supo Brion que en lo interior de Venezuela había varias partidas que hacían vigorosamente la guerra a los españoles, aunque carecían de armas y municiones, y que el general Bolívar se hallaba en la isla de Jamaica. Envió al Licenciado Juan Antonio Rodríguez Domínguez, para que le manifestase los recursos con que podía contarse para libertar a Venezuela de sus opresores, y que si él estimaba posible y oportuno el proyecto, se reuniesen lo más pronto posible, para organizarlo y llevarlo a efecto. Bolívar no se detuvo un momento después de informado de la buena disposición de Brion y llegó a Haití el 24 de diciembre de 1815, conducido por un corsario de Cartagena, nombrado la *Popa*, su primer comandante Mr. Pierri y segundo Felipe Esteves, acompañado de sus edecanes y de su Secretario Pedro Briceño Méndez, del señor Francisco Antonio Zea y algunos otros patriotas, habiendo fondeado el buque en la isla de Vaca, a donde vino luego Brion y le informó de todo lo que sabía y había meditado con respecto a una expedición sobre Venezuela. Bolívar envió en calidad de comisionado al coronel Ducaylá, participando al Presidente Petión su llegada a la isla, con advertencia de que luego se presentaría en persona, como se verificó, y fué recibido con demostraciones inequívocas de estimación, benevolencia y fraternidad. En este tiempo arribaron a Lan-

cedenó, puerto del sur, y a otros del norte de la isla, algunas de las familias que salieron de Cartagena, al evacuar la plaza, acabadas de enfermedades, pesadumbre y miseria, y Bolívar no sólo las socorrió de su propio peculio, sino que se interesó con el Presidente Petión para que se les suministraran los auxilios necesarios para su subsistencia, bajo su responsabilidad y la de la República de Venezuela, como se verificó generosamente con todos los necesitados.

Reunidos en los Cayos los patriotas que habían escapado en Venezuela y Nueva Granada de la cuchilla de Boves, Morales y Morillo, trataron de concertar algún plan, para no dejar a los españoles en el pacífico goce de estos países, que al fin lograrían, si no se auxiliaba a los que peleaban y se sostenían contra su poder exterminador. Formóse una junta a la que concurrieron Bolívar, Mariño, Piar, Bermúdez, Mac Gregor, Palacios, Montilla, Brion, Esteves y otros jefes, oficiales y ciudadanos, para acordar lo conveniente. Todos manifestaron hallarse dispuestos, a tomar parte en la expedición que se formase contra los enemigos de la independencia; pero fueron tan diversos los pareceres, sobre el punto adonde debía dirigirse, que pareció imposible concordar las opiniones. Unos dijeron que debía ir a Venezuela, otros a la Nueva Granada y otros a México, en donde podrían obtenerse auxilios para venir sobre la Costa Firme. Convino después el mayor número en que la expedición fuese a Venezuela, y reconocido Bolívar, Capitán General de Venezuela y Nueva Granada, fué nombrado Jefe Supremo, sometiéndose a su autoridad todo lo concerniente al equipo y alistamiento de la expedición, celebrar contratas para la adquisición de armas y municiones, dar grados en el ejército y la marina, nombrar empleados y todo lo demás correspondiente a la autoridad suprema, que fuese conducente a libertar el país de sus opresores. Bolívar comunicó el proyecto al Presidente Petión, quien no sólo disimuló el apresto de la expedición, sino que franqueó, aunque con reserva, algunas armas, municio-

nes y elementos de guerra del parque de artillería de la República. Exigió a los comisionados Durán y Vargas, algún armamento, en atención a que, libertada Venezuela, marcharía a la Nueva Granada, constituyéndose él responsable, en todo evento, del valor de las armas que recibiese, en lo que no convinieron, y solo entregaron los fusiles cuyo importe les fué satisfecho o garantizado por Petión, con quien, se dijo, había convenido Bolívar, en que se daría la libertad a los esclavos que hubiese en los puntos que se fuesen ocupando, y que se remitiesen a Haití los negreros que apresasen los buques de guerra y corsarios de Venezuela. Brion entregó tres mil setecientos fusiles, a condición de que le serían pagados, en Costa Firme, a fanegada de cacao por cada uno. Avanzó además una cantidad en efectivo. Bolívar celebró algunas contratas, con los comerciantes de Haití que manifestaron buenos deseos de que Venezuela fuese libre. Mr. Maxwel Hislop ofreció algunos efectos, para el apresto de la expedición, bajo condiciones equitativas, pero no se efectuó la entrega (*).

En 8 de febrero nombró Bolívar a Brión capitán de navío y le confirió el mando de todas las fuerzas navales, de lo que se dió por ofendido Luis Aury que se creía con mejor derecho al mando, como capitán de navío más antiguo, nombrado por el Gobierno de Cartagena, por lo que le despidió Bolívar del servicio de Venezuela, estando, por otra parte, muy prevenido contra Aury, por el inhumano trato que había dado a los que emigraron de Cartagena en sus corsarios. Aury se dirigió al general Mexicano don José Cadenas que se hallaba en los Cayos, ofreciendo servir a esa República, con seis corsarios, y desde luego lo admitió en su grado de capitán de navío, obteniendo al mismo tiempo permiso de Petión, para su armamento, y apresto de una expedición para México, en la que se alistó el coronel Mariano Montilla y salió de los puertos por el mes de mayo, contando con dieciocho bu-

(*) Historia de Margarita.

ques, cuando llegó a Tortuguillas. Mr. Aury prefirió fijarse en el puerto de Galveston.

Estando listos los buques de la expedición de Venezuela, distribuidos los uniformes, vestuarios y demás necesario a la tropa, acordados y rectificados los planes de combates marítimos, desembarque, etc., dispuso Bolívar la salida, fijando el 20 de marzo, y para punto de reunión el Cayo Grande o bahía de Aquin. La gente de la expedición apenas alcanzaba a 200 hombres, las tres cuartas partes de desembarco, casi todos jefes y oficiales. (*) De la Nueva Granada se contaban el Intendente de ejército Francisco Antonio Zea, coroneles Francisco Vélez y José Ucrós, tenientes coroneles José Montes, José Martínez, José María Flores, Juan Basa, sargentos mayores Juan Muñoz y Manuel Martínez, capitanes Joaquín Camero, Francisco Martínez, Pedro Romero, Manuel González y Manuel Romero, tenientes Manuel Girardot, F. Machica, Sebastián Cuesta, Hilario Ibarra, José Martínez, J. Blasa y N. Belandia, subtenientes Simón Antúnez y Gabriel Piñeres, cabos J. Barrera, Leocadio Acevedo y Santos Orellano, soldado F. Valencia.

(*) *Expedición de los Cayos - 1816.*

Generales Mariño, Piar, Mac Gregor.
Coroneles Carlos Soublette, jefe de E. M.
Id. Guevara, agregado.
Id. Meza, Id.,
Id. Martínez, Id.
Tenientes coroneles Teodoro Figueredo.
Mr. Martin, polaco.
Mr. du Bois, francés. Mr. Jackson, inglés.
Justo Briceño.—Guevara, edecán.
José Francisco Piñango.
Vélez, granadino.
Anzoátegui, de la guardia de honor.
Alcántara, de dragones.
Torres.
Salom, de artillería.
Liendo.
Encinoso.
Capitanes Miguel Asarre.
Monzón.

El día señalado salieron, uno después de otro, los siete buques de que se componía la expedición, siendo el último la goleta nombrada *Brión*, cuyo comandante y propietario era el teniente de navío Antonio Rosales. El 29 a las diez de la mañana partieron de Puerto Príncipe, por tierra, el general Bolívar y sus edecanes, Brión y muchas personas respetables del país, que les acompañaban, y se embarcaron, quedando en tierra el general Bermúdez, por no permitirle Bolívar que viniese en la expedición, á causa de algunas diferencias que habían ocurrido entre ambos. El 30 dió la vela el comandante Rosales que llevaba a su bordo al mayor general de marina, capitán de fragata, Mr. Villeret, y se incorporó con los demás buques que estaban a barlovento de la punta de Diamante.

Las embarcaciones que componían la expedición eran la goleta *General Bolívar*, su comandante el capitán de fragata Renato Belouche, era la comandanta, donde iban el Libertador, Brión y el estado mayor. La goleta *General Mariño*, su comandante Vicente Dubouille,

---

Tovar.
Isutis.
Galindo.
De Marquet, edecán, Domínguez, idem.
Sargento mayor Fernando Galindo, dragones.
Id. Ambrosio Plaza.
Ayudante mayor Zenón García, idem.
Tenientes Antonio Ascanio, dragones.
Id. Valentín García.
Lope Mª Buroz.
Intendente de ejército Francisco Antonio Zea.
Pedro Briceño Méndez, Secretario del Libertador.
José Gabriel Pérez, oficial de Secretaría.
Domingo Ascanio, agregado.
Presbítero Durán, capellán.
Capitán Hernández.
Id. Bolívar.
Cervellón Urbina, idem Cirujano.
Capitán Cadenas.
Sargento Atanasio Caballero.

llevaba al general de este nombre y algunos jefes y oficiales. La goleta *General Piar* que conducía a este general y varios oficiales, su comandante el teniente de navio Juan Pinell. La goleta *Constitución* que llevaba a su bordo al general Mac Gregor, su comandante el teniente de navío Juan Monié. La goleta *Brión*, su comandante el teniente de navio Antonio Rosales. La goleta *Feliz*, su comandante Mr. Lominé. La goleta *Conejo*, su comandante el teniente de navío Bernardo Ferrero. Debían navegar en conserva desde la isla de la Beata, costa de Haití a barlovento de Jacmel, hasta la de Margarita, primer punto de las operaciones de la expedición. Siguió su rumbo costeando la parte española de Santo Domingo y fondeó en la bahía de Ocoa, para hacer agua y refrescar víveres, y después de pocos días salió sin novedad, continuando su ruta, hasta el 19 de abril, en que se halló sobre la isla de Santa Cruz, como a tres millas de la costa, celebrando la memoria de tan memorable día, con salvas de artillería y fusilería. Enviáronse las goletas *Feliz* y *Conejo* a San Thomas, para que tomasen a los patriotas que quisieran seguir la expedición y, en efecto, se embarcaron algunos. Los demás buques siguieron su ruta y hallándose sobre la punta del éste de Santa Cruz, se avistó una embarcación, que cazó la goleta *General Mariño* y resultó ser española, cargada de cacao y procedente de Carúpano, y se declaró buena presa, mandándose vender su cargamento y que su producto se emplease en víveres de boca que deberían llevarse a la isla de Sabá, donde arribó la escuadrilla, fondeó con pabellón inglés, y permaneció tres días, en los que se tuvieron noticias de la Costa Firme y de Margarita, y el 29 se dió a la vela con dirección a esta isla, siguiendo este rumbo en popa hasta el 1º de mayo a las dos de la tarde, en que se halló en medio de los siete islotes nombrados los Testigos, donde se puso a la capa y se tomaron algunas medidas, haciendo ejercicio de maniobra y armas, como si se hallase a vista del enemigo, cuya operación duró hasta el anochecer, en que se reunieron todos los buques en el placer de los Testigos. A las cuatro de la mañana del siguiente día

hizo señal la comandanta, de que siguiesen sus aguas, que era con dirección al puerto de Juan Griego y a las seis se vió claramente la isla. A las siete cantó el tope: *dos velas sobre la tierra* y eran el bergantín *Intrépido,* alias Arrastraculo y la goleta *Rita* que bloqueaban a Juan Griego. A las nueve después de haber almorzado toda la escuadrilla, hizo señal la comandanta de prepararse al combate y estando como a tiro y medio de cañón del enemigo se mandó formar en batalla, ocupando cada buque su número, a cuya operación contestaron los españoles con la misma maniobra. A las diez de la mañana se trabó el combate, entre la Comandanta y el *Intrépido,* porque los demás buques no podían entrar en él, sin perjudicar a aquélla, lo que visto por la Rita, tomó la fuga. El fuego era vivo y animado, por ambas partes; dos veces intentó la Comandanta el abordaje, anqueando al *Intrépido,* pero fué rechazada con un valor y esfuerzo que rayaba en desesperación, hasta que desaborlado, muerta la mayor parte de su tripulación y su comandante don Rafael Iglesias, por dos balazos en la cabeza no pudo resistir el tercero, al fin fué ocupado por los expedicionarios republicanos, después de tres horas de un rudo combate, siendo tal el miedo de los que sobrevivieron, que se arrojaron al agua, por no caer en las manos de los que creían, con razón, venían a vengar las atrocidades que ellos y sus conmilitones habían ejecutado en los mares y en la tierra. El *Intrépido* quedó en tan mal estado que costó mucho ponerlo marinero, de modo que estando como a tres leguas del puerto, no pudo entrar en él, sino dos dias después. El comandante Brión recibió una herida en el combate y hubo algunos muertos y heridos, aunque en corto número. Las goletas *General Mariño, Feliz* y *Conejo* siguieron a la *Rita,* y al primer cañonazo que disparó la primera, con el de colisa que tenia, desmontó el de igual calibre de la *Rita,* y al segundo fué herido en el homoplato derecho don Mateo Ocampo, su comandante, con la metralla, y algunos de la tripulación, siendo tal el

espanto que se apoderó de todos que al instante fué arriada, cerca de la isla Blanquilla (*).

Los españoles de tierra conocieron, por las señas que hizo su vigía de Pan de Azúcar, la llegada de la escuadrilla republicana y el triunfo que había obtenido, y, en consecuencia dispuso Pardo que se concentrasen todas las fuerzas en Pampatar y Porlamar, abandonando los demás puntos, igualmente que el Castillo de la ciudad, y así se verificó en el silencio de aquella noche, dejando clavada la artillería, destruídas las baterías, inutilizado y consumido todo lo que no pudieron llevar consigo.

El día 3 fondeó la escuadrilla en el puerto y bajaron a tierra Bolívar, los generales, Brión, para curarse de su herida y algunos jefes. Desembarcáronse las armas y municiones de boca y guerra que se calcularon necesarias para la completa libertad de la isla. Hallábase ésta, desde mediados de marzo, en el estado más crítico, pues para los patriotas todo era angustia, afanes, perplejidad, fatigas, miseria y desolación mientras que los españoles, superiores en tierra, por los auxilios que frecuentemente recibían de Tierra Firme y de las Colonias que reconocían al Gobierno del Rey, lo eran aun más en el mar, por sus muchos buques, su vigilancia y tesón con que llegaron a destruir los pequeños de que se valían los margariteños para subsistir. Los que bloqueaban la isla desde principio de este año eran el bergantín *Intrépido*, las goletas *Rita, General Morillo* y *Ferroleña*, con otros muchos buques menores, pues Moxó destinó todas las fuerzas navales disponibles a este solo punto, con órdenes de obrar incesantemente hasta reducirlo a cenizas, y es constante que los marinos españoles hacían mérito de no dejar de hostilizar, de cuantos modos podían, a los insurgentes, figurando desembarcos y suscitando alarmas, en que consumiesen sus municiones, obligándoles a marchas y contramarchas continuas. Habíanse consumido todos los pertrechos, sin tener medios ni modo de adquirirlos, por-

(*) Historia de Margarita.

que todas las alhajas de oro y plata se habían extraído de la isla con ese objeto o reducido a moneda que no se admitía en las Colonias. Todos los animales y frutos se habían consumido en la mantención de las tropas, no pudiendo proveerse de pescado, por impedirlo el enemigo con el mayor celo y vigilancia, de modo que en los últimos días la ración del soldado era un coco o dos cañutos de caña, que se distribuían en lugar de *pan* y *vianda*, o un puñado del marisco que llaman *Chipichipe*, que solía cogerse por la noche en la playa. Sin embargo, aunque desnudos y hambrientos, sin armas ni pertrechos los altivos margariteños habían resuelto morir peleando, antes que someterse al Gobierno español, y en estas circunstancias apareció la expedición que les proveyó de armas y municiones de boca y guerra y dejó libres los mares y costas para la pesca y el comercio.

El día 6 se reunieron en la Villa del Norte, todos los jefes, oficiales y personas notables existentes en la isla y en esta junta se ratificó todo lo hecho y convenido en los Cayos de Haití, fué reconocido y proclamado de nuevo el general Bolívar como Jefe Supremo de Venezuela, como generales en jefe los ciudadanos Santiago Mariño y Juan Bautista Arismendi, y Brión, como Almirante. En los días siguientes hizo Bolívar algunas promociones, para premiar el mérito de los que se habían distinguido en el combate naval, y en tierra sostenían la guerra contra los españoles, y fueron nombrados generales de brigada José Tadeo Monagas, Zaraza, Rojas, Sedeño y Páez. Al mismo tiempo destinó al coronel José Francisco Piñango, a Güiria, con fusiles y pertrechos, para que los entregase a los jefes de las partidas que vagaban por aquellas costas y montañas del Tigre. Manifestó el objeto de la expedición que era combatir por la libertad, para poner a los ciudadanos en aptitud de restaurar la República, sobre fundamentos sólidos, estableciendo un Gobierno análogo a las circunstancias y a lo que dictaba la experiencia del tiempo transcurrido. Declaró, en fin, a los españoles habitantes en Venezuela

que cesaría la guerra a muerte, si ellos por su parte, no la continuaban (*).

Luego que la escuadra estuvo lista se dirigió a Pampatar, y Bolívar se embarcó en la Comandanta, para reconocer las posiciones del enemigo. Intimó a Pardo evacuase el punto que ocupaba en la isla, que no podría conservar muchos días sin grandes e infructuosos sacrificios, proponiendo las condiciones que le pareciese, en el concepto de que por parte de la República habían cesado los horrores con que hasta entonces se había hecho la guerra, a lo que contestó que su honor no le permitía tomar otro partido que el de sostenerse hasta lo último, y que en cuanto a la naturaleza de la guerra, no era a las tropas del Rey a las que debían imputarse aquellos horrores sino al mismo Bolívar y a sus colegas que habían sido los primeros en ejecutarla, cuya aserción queda ya demostrada ser gratuita y enteramente falsa, en otra parte de esta relación. Del reconocimiento que hizo Bolívar, tanto por mar como por tierra, de los puestos del enemigo, dedujo que éste no podía ser reducido, sin grande efusión de sangre; que siempre tenía modo de escapar; que su permanencia en la isla debía ser pasiva, y que este estado no podría cambiarse sin hacer un movimiento sobre la Costa Firme y determinó ejecutarlo.

En efecto la escuadrilla zarpó de Juan Griego y el 31 a las seis de la tarde fondeó frente al puerto de Carúpano, fuera de tiro del cañón y al siguiente día estando todo dispuesto para el desembarco se envió al segundo comandante de la *Bolívar*, teniente de navío, Mr. Deverge, con una intimación al comandante de la plaza don F. Pinillo, que contestó de palabra negándose al requerimiento. Dióse la orden de desembarco y ocupación por la fuerza, y colocados los buques menores en el lugar conveniente, se movió el resto de la escuadrilla, poniéndose en linea arrejerada, y comenzó el fuego por un punto de la banda oriental de la boca del río que baña al

(*) Documentos para la Vida Pública del Libertador Simón Bolívar, tomo 1° pág. 176. Historia de Margarita.

pueblo. Después de alguna resistencia fué ocupado a las cuatro de la tarde, sin mayor pérdida y perseguido el enemigo que tomó el camino de Carúpano alto, situándose en Casanay, después en Cariaco que dista doce leguas y otros puntos inmediatos, habiendo tenido algunos muertos y heridos. El botín fué muy regular y se apresaron un bergantín y una goleta que se hallaban fondeados en el puerto.

La tropa republicana que desembarcó no pasaba de 150 hombres, la mayor parte oficiales. El Jefe Supremo publicó inmediatamente un bando, para que todos los vecinos volviesen a sus casas, expresando que la guerra no se dirigía a destruir ni perseguir, sino a libertar el país de sus opresores. Expidió un decreto, concediendo la libertad personal y de sus familias a los esclavos que tomasen las armas para sostener los derechos que proclamó Venezuela y cumpliesen con las demás condiciones del reglamento que se hizo, en que se expresaba la indemnización que debería hacerse en su oportunidad a los respectivos dueños. Al propio tiempo ofreció a los españoles que su origen no sería considerado como un crimen, si su conducta no los hacía culpables de hechos contra la humanidad y contra los principios que regían al país que los alimentaba a ellos y a sus familias (*).

Los patriotas refugiados en las montañas de Güiria, con el auxilio de armas y municiones que de Margarita les llevó el coronel Piñango, se apoderaron de los pueblos de la costa, desde Golfo Triste hasta Yaguaraparo que, evacuaron los realistas luego que supieron la ocupación de Carúpano, retirándose a Cumaná por caminos extraviados. Mariño y Piar fueron destinados a formar un ejército, por el Jefe Supremo, en la costa y Maturín. Salieron de Carúpano en la goleta de guerra la *Diana*, que llegó a Güiria el 15, siguiendo Piar para Maturín con cuatro flecheras cargadas de fusiles y municiones de guerra. Monagas contestó a Bolívar, refiriéndole las terribles escenas que se habían representado en aquel terri-

(*) Historia de Margarita.

torio, después que sucumbieron en Maturín las armas de la República; el valor y constancia con que las tropas de su mando se habían comportado en el tiempo transcurrido, en medio de la intemperie, el hambre y la desnudez, sin armas ni perterechos, arrostrando los más inminentes peligros, por conseguirlas, hasta llegar, a manos limpias, a las líneas enemigas, para arrancarlas de las suyas; y concluía, por sí y por toda su división, reconociendo a los jefes nombrados en Margarita, sometiéndose a sus órdenes y pidiendo que se le comunicasen las convenientes para obrar contra los enemigos, cuya contestación entregaron los comisionados doctor Miguel Peña y capitán Carmona, a los generales en Güiria. En los propios términos se expresaron Zaraza y Rojas.

En Carúpano las personas notables, reunidas a la Municipalidad, reconocieron al Jefe Supremo y ratificaron lo acordado por la junta de Margarita. Manifestaron su gratitud a los libertadores y pidieron la unidad del Gobierno en las provincias, para el buen éxito de la guerra (*).

Luego que el Gobernador de Cumaná don Tomás Cires supo la ocupación de Carúpano, se puso en marcha con algunas tropas de Barbastro, sobre este puerto, disponiendo que se le reuniesen algunos destacamentos situados en otros puntos de la provincia. Bolívar mandó poner un cuerpo avanzado, como a legua y media de la población, compuesto de 46 hombres de caballería y 54 de infantería, a las órdenes del teniente coronel Francisco de Paula Alcántara que fué atacado, el 19 a las doce de la noche por una fuerza superior, por lo que hubo de retirarse, después de haber resistido los primeros choques, en que hubo algunos heridos de una y otra parte. Al mismo tiempo se hizo una tentativa sobre el puerto de la Esmeralda, destinando al efecto tres goletas y una balandra, con 50 hombres de desembarco; pero habiéndoles hecho una fuerte resistencia el destacamento que

(*) Documento Nº 32.

allí había de dragones de la Unión, tuvieron que volverse al punto de su procedencia.

La fuerza expedicionaria recibió un aumento de 400 hombres, a pocos días de haber ocupado a Carúpano y se formaron nueve cuerpos que mandaban otros tantos tenientes coroneles, a saber: *Artillería,* a cargo de Bartolomé Salom; *Infantería de honor,* al de José Anzoátegui; *Cazadores de Venezuela,* al de Justo Briceño; el de *Girardot,* al de Francisco Vélez; *Vencedor de Araure,* al de Pedro León Torres; el de *Cumaná,* al de Miguel Borrás; el de *Güiria,* al de José Antonio Raposo; *Caballería de honor,* al de Teodoro Figueredo; *Soberbios Dragones,* al de Francisco de Paula Alcántara. (*)

Desde que el Capitán General Moxó supo las operaciones y miras de Bolívar, se propuso destruir en un solo golpe a tan insignificante enemigo, y en consecuencia mandó que todos los buques que se hallaban en Puerto Cabello subiesen para Cumaná, previniendo al Gobernador que, por mar y tierra, atacase en Carúpano a los rebeldes, persiguiéndolos hasta su total exterminio. Reunióse la escuadrilla en Cumaná y Cires expidió las órdenes convenientes para el ataque, de lo que dió oportuno aviso el general Arismendi y en inteligencia de todo dispuso Bolívar evacuar la plaza y dirigirse a la provincia de Caracas, para debilitar las fuerzas de los realistas, llamando su atención a diversas partes, y así se verificó el 29, dejando en Carúpano a algunos hijos del país que no quisieron seguir, habiéndose embarcado en la escuadrilla 600 hombres de armas y los emigrados que no querían ver a los españoles. De los Testigos informó Bolívar de su designio a Arismendi y siguió su ruta. El 1º de julio arribó la escuadrilla española a Carúpano y no encontrando a los patriotas, ni sabiendo hacia donde habían ido, se dirigió a Margarita, después de haber desolado el pueblo.

El 5 se presentó la expedición libertadora al frente de Ocumare y al siguiente día por la tarde, desembarcó

(*) Documento Nº 33.

la tropa y ocupó el puerto, sin la menor resistencia de la guarnición que allí había, despachando inmediatamente Bolívar, partidas a Borburata, Patanemo, y una más fuerte a Choroní, al mando del coronel José Francisco Piñango, con armas y municiones, para que las distribuyesen entre los que se presentasen a defender la libertad, al mismo tiempo que publicó una proclama, manifestando el objeto de su venida, los recursos y medios que tenía y con que contaba para llevar a cabo su empresa como también, que la guerra a muerte cesaría, por parte de la República y serían perdonados los rendidos, aunque fuesen españoles; y finalmente, que en lo sucesivo sólo habría en Venezuela una clase de hombres porque todos serian ciudadanos (*). Siguió luego el coronel Carlos Soublette con una columna de 300 hombres y atacó a los realistas en el punto de la Cabrera, que ocupó después de una corta resistencia, haciendo algunos prisioneros de los húsares de Fernando VII y a su comandante don Tomás de las Eras. Por una carta que interceptó Soublette, vino en conocimiento de que había llegado a Valencia Morales con una fuerza de 7.000 hombres que, aunque exagerada, temió ser cortado con la que efectivamente tuviese aquél, por lo que hubo de retirarse al pie del cerro. Tuvo pronto noticia Moxó de la ocupación de Ocumare y destinó al brigadier don Pascual Real, a los Valles de Aragua, con un fuerte destacamento de Tiradores de Castilla.

Los realistas atacaron a los republicanos el 8 con 600 hombres, y aunque lograron rechazarlos, replegaron a la cumbre del cerro, por no exponerse a ser cortados por la espalda. Bolívar que se hallaba en Ocumare se puso en marcha con algunos reclutas y habiendo llegado a la cumbre del cerro, dió las disposiciones, para resistir el ataque que era ya bien conocido. En efecto, el 14, se presentó Morales con una fuerza cuádruple, venciendo grandes obstáculos para subir el cerro nombrado *Peri-*

(*) Documentos para la Vida Pública del Libertador, tomo 1°, pág. 176 y 203.

quito, y trabado el combate con ardor y sostenido largo tiempo con entusiasmo, flaquearon los reclutas y se hizo necesaria la retirada a Ocumare, con pérdida de 200 hombres, entre muertos y heridos y otras que se experimentaron después. Bolívar dispuso que las fuerzas que se habían salvado marchasen por tierra a Choroní, al mando del general Mac Gregor, escoltando una considerable emigración que imploraba la protección del Gobierno patriótico, contra la ferocidad triunfante del español, que proclamaba el cruel Morales; mientras él iba a dar órdenes que pusiesen en seguro un bergantín y dos transportes que se hallaban en el puerto, en los que debían salvarse las armas, municiones y otros intereses del Estado, pues temía que se repitiese la misma escena que se representó, en el año de 14 en Cumaná, con Bianchi. Obligado de tan poderosa razón se embarcó Bolívar en el bergantín *Indio Libre,* único buque armado que había en el puerto, porque el Almirante había ido a Curazao, con la escuadrilla, temiendo ser atacado por las fuerzas superiores de los españoles y la goleta *Brión* se hallaba en Choroní; y en la noche del propio día dió la vela, con las dos embarcaciones mercantes, pertenecientes a Mr. Penó y Declair, en las que se pusieron las armas y pertrechos que pudieron salvarse, prevenidos los capitanes de que siguiesen para Choroní, lo que no cumplieron, antes por el contrario, hicieron rumbo para Bonaire, viéndose precisado Bolívar a perseguirlas, para no perder los recursos que quedaban para continuar la empresa, y esta fué la causa de no haberse unido a las tropas y de la pérdida de mil fusiles, una gran cantidad de municiones, una imprenta y otros enseres y alhajas particulares y del Estado que quedaron en la playa. El 16 llegó Bolívar a Bonaire, y en el propio día entró al puerto con su escuadrilla el Almirante, por cuya intervención se recuperaron las armas y pertrechos que querían apropiarse los capitanes y aventureros, ya porque la República les debía alguna suma, ya por no perder la ocasión de una buena pesca, cuando el río estaba revuelto. Al siguiente día salió Bolívar en la *Diana* para Choroní, que

halló ocupado por el enemigo, y pasando a Chuao en solicitud de las tropas, fué informado aquí, por dos espías que acababan de llegar de los Valles de Aragua, de que el general Mac Gregor, a la cabeza de 600 hombres bien armados y resueltos había penetrado por los valles, con dirección a los llanos; por lo que se volvió para Bonaire, a dar disposiciones, para la continuación de la guerra, en otros puntos. Bolívar conoció que debía dirigirse a las provincias de Oriente, por donde se pondría muy pronto en contacto con la división expedicionaria y las demás que obraban en lo interior, y con tal objeto destinó la goleta *Diana* con armamento y pertrechos para Güiria, que salió inmediatamente. Nombró al Almirante Brión, Ministro Plenipotenciario, cerca del Gobierno de la República mexicana y de la de los Estados Unidos del Norte, para entablar y continuar relaciones de paz y amistad, con facultad de abrir y concluir cuantos tratados y negociaciones juzgase convenientes al bien de ambos países; solicitar el reconocimiento de la independencia y levantar un empréstito, en dinero o efectos de guerra, fuese de los Gobiernos o de los particulares (*).

Acordadas estas y otras medidas de política, se embarcó Bolívar, el 21 de julio, en el bergantín *Indio Libre*, con dirección a Güiria, habiendo sido forzoso tocar en las costas de Puerto Rico, para proveerse de agua y leña, y el 5 de agosto, encayó en las costas de la isla de San Thomas, siendo auxiliado y felizmente librado, por una balandra holandesa que venía de Puerto Rico, a la que se trasbordó Mr. Chamberlain, primer edecán de Bolívar, siguiendo éste en el bergantín para Güiria, de donde dirigió una nota, el 21 del propio mes, a Arismendi, relativa a la expedición de Ocumare, y a la disposición en que se hallaba de seguir para Maturin, con las fuerzas y pertrechos que tenía.

No habiendo permitido Bolívar que se embarcase en Los Cayos a militar bajo sus órdenes a Bermúdez, el general mejicano don José Cadenas, le ofreció admitirlo,

(*) Documentos Nos. 34, 35, 36 y 37.

en su propio grado, al servicio de Méjico, cuya oferta no admitió, y con algunos auxilios que le franqueó Petión, se embarcó para Venezuela, en un buque americano, perteneciente a Mr. Samuel Brown y habiendo arribado a Margarita, pidió permiso para desembarcar y marchar incontinenti a la Costa Firme, a hacer la guerra a los españoles. Arismendi le contestó, junio 30, que no podía franquearle licencia para ir a tierra ni a él ni a los ciudadanos cuya lista acompañó, porque ésta era la orden del Jefe Supremo, que debía cumplir. Enterado Bermúdez después, que las fuerzas republicanas obraban sobre la costa de Ocumare, dirigió hacia este punto su ruta, a tiempo que éstas habían sido derrotadas e internádose la columna que se había retirado a Choroní; y como Bolívar había seguido para Güiria, se dirigió a Brion, que aún se hallaba en Bonaire, manifestándole su obediencia al Gobierno y sus deseos de ir a defender los derechos de sus conciudadanos, para lo cual le exigía algunas armas y pertrechos y un buque que lo condujese a la Costa Firme. Contestóle éste, en 23 de julio, que la triste situación en que se hallaba, no le permitía desprenderse de un solo fusil, porque de los tres mil setecientos que había vendido a la República, sólo había podido salvar mil ciento y eran para rehabilitar sus buques; que había desembolsado hasta el último real, y que el Gobierno de Venezuela le debía más de ciento cincuenta mil pesos y veía con dolor que muy tarde o tal vez nunca estaría en la posibilidad de pagarle; que el capitán Rosales remontaba con su goleta la *Brion* y en ella podía hacer su viaje, seguro de que ningún buque español se atrevería a atacarlo, y en efecto, así lo ejecutó.

Apenas desembarcó en Güiria Bermúdez y se reunió con (borrado) (*) y otros que habían sido instrumentos y cómplices de sucesos anteriores, cuando se desencadenaron todas las pasiones y se levantó una tempestad que anunciaba la ruina de la República. La ambición, la envidia y la venganza se quitaron la máscara

(*) Borrado con tinta en el original. Parece que decía *Mariño.*

que las cubría y seducidos los incautos con lisonjeras ofertas, reventó al fin un volcán que habría envuelto a Bolívar si no hubiera tomado el mismo partido que en Carúpano y Cartagena, abandonando el país a los ambiciosos demagogos, que se consideraban merecedores de todo, sin saciarse jamás de empleos y riquezas. Al tiempo de embarcarse le tiró por detrás un sablazo Bermúdez y tal vez hubiera sido muerto o herido si no se hubiera interpuesto un margariteño. Bolívar dejó a Venezuela en el mes de agosto y volvió a Los Cayos, de donde había salido cinco meses antes, a libertarla de sus opresores. El 22 una Junta nombró a Mariño primer Jefe y a Bermúdez segundo; pero a pocos días se hizo sentir la ausencia de Bolívar y clamaron por su vuelta así sus partidarios como sus contrarios, aunque por razones diversas: éstos porque conocieron que sin su presencia no podía haber aquel orden y respeto que contenía a la multitud, bajo cuya garantía ejercían sigilosamente sus torpezas; aquéllos porque querían la salvación y prosperidad del país.

El 26 de julio salió de Bonaire el Almirante Brion, llevando consigo las goletas *Bolívar*, *Constitución* y *Arismendi*, que sustituyó a la *Rita*, dirigiendo su rumbo hacia Nueva Orleans, porque el Congreso mejicano, con el que debía tratar principalmente, se decía residir en Tejas, de donde le sería fácil seguir por tierra a los Estados Unidos. No tuvo efecto la Legación por haberse perdido el 25 de agosto en la isla de Pino, la goleta *Bolívar*, de cuyo naufragio y sus resultas puede decirse escaparon maravillosamente el comandante Belouche, el mayor general Villeret, el doctor Samuel D. Forsyth y algunos otros oficiales de mar, que arribaron después de indecibles trabajos a la isla de Jamaica.

El General Mac Gregor siguió su marcha al interior y el 18 de julio tuvo el primer encuentro con una fuerte división a las órdenes del teniente coronel don Juan Nepomuceno Quero, que intentó disputarle el paso en el sitio del Onoto, cerca de los valles de Aragua, del que se burló completamente y continuó hasta La Victoria, ha-

biendo encontrado en el caño de Guaracaparo, a la salida de la montaña de Maracay, algunas personas muertas que luego se supo eran patriotas que se habían sacado de Caracas por sospechosos, cuando se tuvo noticia del desembarco de Bolívar, y fueron asesinados por el arriero Chepito González, de Caracas, y cuyos cadáveres fueron sepultados en el mismo lugar por el canario patriota José Antonio Orta, vecino de Maracay y dueño del terreno.

Siguió después Mac Gregor por el Pao de Zárate y San Casimiro de Güiripa para el llano, sirviéndole de prácticos Ramón Hernández, de La Victoria, y Antonio Gómez, de la Villa de Cura. El 28 atacó Mac Gregor la casa fuerte de Chaguaramas, después de haber intimado la rendición al capitán de la Unión don Tomás García; pero siendo rechazado con alguna pérdida, siguió para el Valle de la Pascua, que tuvo que evacuar porque le perseguía Quero con 700 infantes y 500 caballos, quien le alcanzó el 10 de agosto, en el punto de *Quebradahonda*, en donde se trabó un terrible combate, en que se vieron prodigios de valor por parte de los patriotas, muy inferiores en número, y un furor encarnizado por parte de los realistas, que se atribuyeron la victoria, por el parte que dió Quero, en que decía haber quedado en el campo Mac Gregor con casi todos los rebeldes, y así lo anunció el gacetero de Caracas. Los patriotas tuvieron una pérdida considerable de muertos y heridos, siendo del número de aquellos el coronel José Francisco Piñango; pero los realistas no pudieron seguirlos hasta que no llegase Morales, mientras Mac Gregor continuó y puso su cuartel general en San Diego de Cabrutica, en donde concertó sus operaciones ulteriores con Monagas y Zaraza.

El 23 dió una proclama a los habitantes de la provincia de Barcelona, en que refería sus marchas, los obstáculos que habían vencido los libertadores, los triunfos que habían obtenido en Onoto, Maracay, La Victoria y Quebradahonda, y que reunido con las divisiones de Zaraza y Monagas, había combinado sus operaciones con la de los generales Piar y Sedeño; y solicitaba la comunica-

ción con el jefe que mandaba el ejército de la Nueva Granada que obraba en los llanos de Apure, advirtiendo que empezaba a desenvolverse el gran plan que el Jefe Supremo había concebido para restablecer la República de un modo estable y perpetuo, y que era necesario que todos cooperasen a tan noble y patriótico designio, a cuyo efecto les invitaba encarecidamente como a hermanos, amigos y compañeros.

Habiendo organizado Morales, en Chaguaramas, una fuerte división, se puso en marcha, y lo mismo la columna de Quero, desde el Valle de la Pascua, hacia Santa María de Ipire, en donde se situaron el 5 de septiembre, debiendo reunírseles el segundo López; lo que no se verificó, pues al siguiente día fué atacado éste en el hato del Alacrán, cerca del Chaparro, y bien pronto la victoria se decidió por los patriotas, quedando en el campo más de 500 muertos, entre éstos el capitán Quijada, subalterno y discípulo de Morales, bien conocido por sus atrocidades en el oriente, y casi todos los oficiales; 300 prisioneros, doscientos cincuenta fusiles, cincuenta carabinas, multitud de lanzas, cuatro cajas de guerra, un cañón, una bandera, todos los pertrechos, muchos caballos y otras bestias ensilladas; escapando López con algunos pocos de caballería, por haber tomado con tiempo la montaña. En la misma noche entró Mac Gregor en el pueblo del Chaparro, y al otro día dirigió una proclama a los vencedores en el Alacrán, elogiando su valor e intrepidez, anunciándoles que el triunfo que acababan de obtener, llenando de espanto a sus enemigos, reanimaría a sus hermanos oprimidos, pues había desaparecido un ejército que aterraba aquellas provincias, por la superioridad de sus armas, y con tan gloriosa victoria empezarían a temblar todos los tiranos de Venezuela. El día 11 entró en el pueblo del Carito, cerca de Barcelona, y publicó otra proclama, invitando a los vecinos de esta ciudad a que desplegasen su patriotismo y se dispusiesen a recibir fraternalmente al ejército republicano, advirtiendo que había sido concluida la obra de la fuerza y del valor y era lle-

gado el tiempo de comenzar la de la sabiduría y de la justicia; que un muro de bronce debía separar lo pasado de lo futuro, debiendo perdonarse y olvidarse todo, sin haber más odio que el del despotismo, ni más pasión que la de la libertad. Al siguiente día los realistas de Barcelona, espantados por la rota del Alacrán, evacuaron la ciudad, tomando el Gobernador con algunos militares para la linea de Unare, y unos de los vecinos emigraron a La Guaira y otros para Cumaná y los que se quedaron como patriotas proclamaron la independencia, entregándose con la mayor confianza, a celebrar los triunfos obtenidos por las armas republicanas, lo que sabido por López que se hallaba próximo, volvió sobre la ciudad, entró en ella por la tarde, lanceó y degolló a cuantos cayeron en sus manos, y saqueando todo lo que pudo cargar su tropa, tomó la fuga hacia Piritu. El general Monagas había salido del Pilar, para cortar la emigración de Barcelona que había tomado el camino de la costa, se encontró con López cerca de Piritu, y después de algunos choques, tomaron la fuga los realistas, dejando setenta muertos y la mayor parte de lo que habían robado en aquella ciudad. En este descalabro se halló el coronel don Juan Bautista Aldama, que había llegado de Margarita a Barcelona en el momento de evacuarla; y en el primer choque que Monagas dió a López se puso en precipitada fuga. Entró Mac Gregor el 13 a Barcelona, y halló las calles cubiertas de cadáveres, de efectos de comercio, víveres, banderas y artillería; las casas saqueadas y arruinadas, los templos profanados, sin encontrarse ningún viviente, porque los que lograron escapar del furor del bárbaro López se refugiaron en los montes resueltos a perecer en ellos; pero volvieron a la ciudad luego que supieron que los patriotas la ocupaban; y muchos se alistaron en las filas del ejército libertador.

Al mismo tiempo que en Barcelona, el Teniente Justicia Mayor del Valle de Santafé, caminó entre aquella ciudad y Cumaná, publicó la independencia, formó una partida para defender su pueblo, y enterado de que se-

guían fugitivos para Cumaná los realistas, se puso en marcha para perseguirlos, y logró quitarles cien reses que llevaban, poniéndose luego a las órdenes del general Mac Gregor.

Luego que Mariño fué nombrado primer jefe, salió de Güiria con una división a tomar los pueblos de la costa y combinar las fuerzas del llano, para atacar a Cumaná. Yaguaraparo fué acometido por tierra y agua y ocupado después de un fuerte choque, en que tuvieron algunos muertos los realistas, de los que se pasaron cuarenta a los patriotas, poniéndose en fuga los demás, a quienes persiguió Bermúdez. En seguida se ocupó a Carúpano, sin disparar un tiro, y Riocaribe y Cariaco fueron evacuados por los realistas, que huyeron precipitadamente para Cumaná, dejando cien fusiles, gran cantidad de víveres, algunas reses y muchas bestias que fueron de grande auxilio para la división que, además se reforzó con un número considerable de hijos del país y algunos españoles del regimiento de Barbastro y el de Dragones de la Unión, que se pasaron, a pesar de la pintura degradante y vil que sus jefes les hacían de los insurgentes. En Cariaco publicó Mariño una proclama, invitando a los cumaneses a que corriesen a acogerse a las banderas de la libertad, a cuya sombra habían triunfado, en otro tiempo, bajo su dirección, prometiendo observar el derecho de la guerra con los rendidos, premiar a los españoles que se pasasen y encareciendo a todos la necesidad de la unión, único sacrificio que la patria exigía y necesitaba para salvarse. Asegurados los pueblos de la costa, dirigió Mariño su marcha hacia la capital y el 20 de septiembre, puso su cuartel general en Cautaro y estableció el sitio de la plaza por su frente y se estrechó por las embarcaciones armadas de Margarita, que privaban a los sitiados del auxilio de la pesca y de los demás que podían venirles de fuera, de modo que estas privaciones los indujo a pensar en una capitulación, lo que llegaron a percibir los jefes españoles, y conminaron de muerte a todos los que imaginasen proponer semejante partido. El ge-

neral Piar se puso, al mismo tiempo, en movimiento con la división que había formado en el llano de la provincia, arrollando las partidas que intentaron entorpecer su marcha, desde Maturín hasta la quebrada de Ortiz, cerca de Cumaná, donde puso su cuartel general, para estrechar por la espalda, el sitio de la plaza.

En este estado se supo que el brigadier Morales venía con un fuerte ejército sobre Barcelona; y Mac Gregor, Monagas y demás jefes, de acuerdo con Piar, determinaron salirle al encuentro en el sitio del Juncal, distante cuatro leguas de Barcelona, entre esta ciudad y Píritu. El 27 de septiembre se presentó Morales, con 3.000 hombres de todas armas, mientras que los patriotas no contaban sino con 2.000 escasos. Trabóse la pelea con igual brío por una y otra parte, aunque luego se vió la diferencia entre los que combatían por la libertad y la justicia, y los que sostenían la servidumbre y el fanatismo. Después de varios choques se dió a los republicanos la señal de terminar el combate, atacando a la bayoneta y en el instante los realistas fueron destrozados, dejando el campo cubierto de muertos y heridos, con los pertrechos, fusiles, artillería, equipajes, bestias, muchos prisioneros, entre éstos veinticuatro músicos, sacados de Caracas, escapando solamente 300 hombres con Morales, Quero y el ayudante Narciso López, que huyeron por la montaña de San Bernardino, por donde no podía ir sino gente práctica, como la que había preparado Morales para este caso. Entre los muertos se encontró el cruel y cobarde Rosete, esta hiena de figura humana, que desoló en pocos días los hermosos valles del Tuy. Morales pasó el Unare y se dirigió al pueblo del Puruey y después al de Uchire, situado en la embocadura antigua del Tuy, por donde descarga el Guapo en el día, y en venganza de la derrota que acababa de sufrir, mandó asesinar alevosa y cruelmente a F. García, honrado padre de una numerosa familia, vecino de Píritu, ejecutando en los días siguientes otros excesos semejantes que hubieran desolado el distrito, si no hubiera tenido que dejarlo, para tras-

ladarse a Orituco, donde dispuso Moxó, se reuniera un cuerpo de ejército, para volver sobre Barcelona.

A pesar de los triunfos que habían conseguido las armas de la República, conocieron los patriotas prudentes que no serían duraderos, ni podría destruirse al enemigo si no se establecía un régimen que enfrenase las pasiones, destruyese las facciones, y estrechase a cada uno al cumplimiento de las obligaciones que nacen del estado social. La anarquía había cundido, a proporción que se obtenían algunas ventajas sobre los españoles. Los generales, jefes y oficiales de las divisiones, partidas o destacamentos que se hallaban en varios puntos de las provincias de Barcelona y Cumaná, manifestaron, sin rebozo, que su obediencia al Gobierno establecido tumultuariamente en Güiria, no era tan seguro, como creyeron sus autores. El general Piar comunicó órdenes a Zaraza, bajo la más severa responsabilidad, para que de ningún modo reconociese, ni prestase auxilio a Mariño, a causa de los atentados cometidos en Güiria, contra la autoridad y personalidad del Jefe Supremo de la República, por el sedicioso Bermúdez, y así ofreció cumplirlo y ejecutarlo. (*) En Barcelona algunos jefes y oficiales fomentaron una persecución contra Mac Gregor; fuese por ambición, envidia u otras causas, y como ya las había sufrido iguales o mayores, desde su salida de Choroní, renunció el mando y salió para las Antillas, con designios de seguir para Europa. Fastidiado Piar de tan anárquicas disensiones, o movido de otras consideraciones más ventajosas a la causa general, resolvió trasladarse a la provincia de Guayana, a hacer la guerra contra los enemigos de la independencia, cuyo proyecto comunicó a Sedeño, y mientras tenía contestación salió de Barcelona, con 1.500 hombres, en dirección al Orinoco. Sedeño se prestó gustoso a la empresa, y dió las disposiciones convenientes a facilitar el pasaje del río. Para esto era preciso atravesar antes el caudaloso Caura, en donde habían levantado los españoles una fortificación, con dos piezas

(*) Documento Nº 38.

de a cuatro, sobre la ribera derecha que guarnecían 300 hombres del regimiento de Barbastro y además dos lanchas cañoneras situadas en la parte de abajo, como a cien varas de distancia de la fortaleza. Resuelto Sedeño a pasar, se arrojó al río, con 70 caicareños, con solo sus lanzas y caballos, y al punto rompieron los españoles un fuego muy vivo, de fusilería y artillería, pero viendo que los patriotas, lejos de retroceder, estaban ya cerca de la ribera, se llenaron de terror y abandonando su ventajosa posición, se pusieron en precipitada fuga. Sedeño y sus compañeros, medio desnudos, montaron en sus caballos y emprendieron la persecución de los barbastros, que fueron alcanzados en la sabana de San Pedro, y en la primera carga murieron todos, a excepción de algunos oficiales que estaban bien montados, los cuales llegaron a la plaza asegurando que la fuerza que los había atacado era cuádruple de la que ellos tenían. Las cañoneras abandonaron el paso del Caura que defendían y se retiraron al puerto de Angostura. Vencido este obstáculo, quedó expedito el paso del Orinoco a Piar, que lo verificó sin novedad.

Los generales, jefes y oficiales de las divisiones de Barcelona y los llanos de Caracas aclamaron a Bolívar, como el único que podía salvar la República, concentrar la autoridad y dar unidad a las operaciones de la guerra y de la política, y fué nombrado el Intendente Zea, como instruido intuitivamente, en todos los sucesos ocurridos desde la salida de la columna de Choroní, hasta el presente, para que fuese a manifestarle los votos de los pueblos y del ejército, renovados cada día, y le instase a nombre de todos, a que volviese al seno de la patria y reasumiese la autoridad suprema de que ilegalmente había sido privado por una facción, y en efecto, salió el comisionado de Barcelona, en la goleta *Diana* con dirección a los Cayos de San Luis.

Los pueblos de Carúpano, Cariaco y Río Caribe, fueron ocupados por las partidas realistas que se habían refugiado en los montes inmediatos, de modo que cortaron la comunicación de Güiria con el ejército que sitia-

ba a Cumaná, por lo que tuvo que levantar el sitio Mariño y marchar sobre aquéllos, que reocupó con el mejor suceso.

En Margarita, después de la salida de Bolívar, con la expedición de Carúpano, la guerra fué menos sangrienta, por hallarse los españoles reducidos a las fortificaciones de Pampatar, aunque las escaramuzas eran frecuentes y por lo común, favorables a los patriotas. Sinembargo el brigadier Pardo enterado del desgraciado éxito de la expedición de Ocumare, y de lo ocurrido en Güiria, entre Bolívar y Bermúdez, dirigió, en 4 de septiembre, una proclama, con una nota a los representantes del pueblo margariteño, haciéndoles ver que desaparecida la escuadra de Brión y destruidas las tropas de Bolívar, Piar y sus compañeros, era de su deber invitarlos a que reconociesen sus errores y entrasen por las sendas de la razón, de la justicia y de sus verdaderos intereses; que el primer paso que, al efecto, debían practicar, era entregar a Arismendi, único que debía perecer, como el solo culpable en las desgracias que se habían experimentado y debían venir sobre la isla, quedando los demás perdonados, siempre que depusiesen las armas y se le presentasen, en el concepto de que, si así no lo verificaban pronto, todos perecerían irremisiblemente. Contestóle inmediatamente la Municipalidad que el pueblo de Margarita se hallaba instruído, por diferentes y seguras vías del resultado de la expedición del general Bolívar y del verdadero estado de las cosas, en la Tierra Firme, y que así por esto, como por lo que sabía, por una larga y costosa experiencia, no podía desistir de la resolución que había tomado, ni menos fiarse en las promesas que se le hacían, a nombre del Gobierno español, por sus delegados; porque desde el principio de la conquista se había conocido su perfidia, su codicia, su despotismo, su crueldad y, al presente, su designio de destruir la actual generación, en todos los pueblos de América que habían proclamado su independencia y libertad; que persuadidos íntimamente los margariteños de estas verdades estaban resueltos a morir antes, que someterse a esa

dominación, y que era la mayor necedad pretender que ellos entregasen al hombre que los había libertado de sus opresores y dirigido con acierto en la campaña; que la protección que Carlos III dió a los angloamericanos, para independizarse de la gran Bretaña era la mejor doctrina que podían presentar, para justificar su determinación, y el más bello modelo que debía imitar el nieto de aquel Rey; invitando a Pardo a que siguiese esta noble conducta y ofreciéndole sería recibido en el ejército independiente, con júbilo fraternal, en su propio grado, respetadas sus propiedades, igualmente que los demás europeos que le siguiesen, los cuales hallarían en la isla y la parte libre de Venezuela un asilo seguro donde podrían pasar el resto de sus días, sin zozobras ni miserias y sin verse precisados a ser los verdugos de un tirano, para no perecer de hambre.

Prosiguió no obstante Pardo en invitar a los margariteños abrazasen la causa del Rey, forjando cada día nuevos triunfos en el Continente, y destacando partidas que desolasen la isla. Las tropas independientes se vieron reducidas a recibir por ración, cada veinticuatro horas, dos cañas dulces y algunas raíces silvestres. En tal estado Arismendi despachó un bote armado sobre las costas de Tierra Firme, en busca de algunos auxilios, el cual apresó en la boca del río de Barcelona una goleta vacía, que fué inmediatamente cargada de burros y remitida a San Thomas, para que, vendido el buque y su cargamento, se emplease su producto en víveres de boca y diez piezas de coleta, y luego que llegaron los efectos, se mandó construir un considerable número de sacos, lo que verificado se puso en movimiento el ejército, en dirección a Pampatar, por el sitio de los Robles, en donde se dividió en guerrillas que todas las noches aparecían por diferentes puntos de las trincheras y línea de circunvalación, con que se resguardaba esa plaza. Al mismo tiempo se destinaron 200 hombres que no eran de armas tomar para que condujesen otros tantos sacos de sal, que debían tomar de las salinas que estaban dentro de las trincheras, las que descargaban en uno de los cinco pozos

de agua dulce que tenían los españoles para los usos y necesidades comunes. Ejecutóse el proyecto en repetidas operaciones, teniendo los agentes que vencer algunos obstáculos y forzar la guardia que había en cada pozo. Al fin todos fueron repletos de sal, sin haberse experimentado por parte de los patriotas otra pérdida que dos muertos y cinco heridos. Empezaron los españoles a sentir los fatigosos efectos de la sed en un clima ardiente, cuando recibió Pardo una orden de Moxó, para que evacuase a Pampatar y pasase con su tropa a Costa Firme, porque los rebeldes se hallaban con un fuerte ejército frente a San Fernando de Apure, y que tomado este punto no era dudoso que ocupasen la capital de Caracas. Pardo señaló el 3 de noviembre para desocupar la plaza, cuya operación debía ejecutarse en el silencio de la noche, para que no lo percibiesen los insurgentes: la noche fué de las más obscuras aunque cuando se comenzó el embarque, el jefe de día, Francisco Esteban Gómez, dió parte al general, haber notado que los españoles habían redoblado la vigilancia, porque en cada batería se oían las voces de cuatro centinelas, que se pasaban la palabra de *alerta,* con un vigor que antes no se había advertido. Arismendi fué a reconocer el campo, como a las doce de la noche y advirtiendo que las voces eran supuestas y pronunciadas por uno solo, dispuso que inmediatamente, y a la vez, se atacasen todas las baterías, como se hizo, y a poco rato se oyó, en todas ellas, la voz de *viva la patria;* en seguida se dirigió con la caballería sobre el pueblo, y al aproximarse al Castillo de San Carlos, observó una mecha encendida, de la puerta para lo interior, que hizo quitar y se retiró para las alturas, temiendo la explosión de una mina que podía reventar por tener otra mecha en la parte interior. Los españoles verificaron el embarque con todo orden y se pusieron a la capa como a tiro de cañón del Castillo, sin duda para regocijarse con la explosión. Como a las tres de la mañana, no habiendo ningún resultado, se aproximó Arismendi, hizo romper la puerta del Castillo y no habiendo encontrado otra mecha que la que se había apa-

gado, y sí mucha pólvora regada sobre las explanadas, toda la artillería clavada y en cada pieza algunos quintales de pólvora, hizo recoger ésta, regar con agua las explanadas y que se cargase la artillería, para que se le diese fuego por la boca y quedase en estado de servicio, como se practicó. Luego que aclaró se rompió el fuego sobre la escuadrilla española, que tuvo que retirarse, después de haber recibido algún descalabro, favorecida de la brisa, dejando libre la isla, con algunos quintales de pólvora que abandonaron para que pereciesen los patriotas. El 14 del propio mes dirigió Arismendi una proclama a los refugiados en las colonias, invitándoles viniesen a la isla a disfrutar de seguridad y algunas ventajas de que no gozaban en países extraños, asegurándoles que en Margarita hallarían hermanos sensibles y generosos que los esperaban ansiosamente, para estrecharlos en sus brazos y consolarlos en sus infortunios; y muchos se trasladaron a la isla, dispuestos a morir de hambre en tierra propia, antes que permanecer por más tiempo sometidos a la aspereza, vejaciones y estafas de los Gobernadores de las Colonias y de sus famélicos e innumerables satélites. Al mismo tiempo Arismendi participó a Bolívar la entera libertad de la isla, instándole para que volviese a continuar sus servicios y reasumiese la suprema autoridad, conforme al voto de los pueblos y del ejército; y no habiendo en ella enemigos, salió el 20 de diciembre con 400 hombres bien armados y pertrechados, con dirección a Barcelona, dejando el mando militar al coronel Francisco Esteban Gómez y luego que llegó a esta ciudad, comenzó a formar un ejército para obrar en la provincia de Caracas.

Desde que Bolívar supo el llamamiento que le hacían los pueblos y el ejército de Venezuela, trató de formar otra expedición: el Almirante Brión fué a Puerto Príncipe y le manifestó los motivos que habían impedido realizar su legación y enterado de los designios de Bolívar sobre otra expedición, que también ofreció auxiliar el Presidente Petión, se dedicaron ambos a su pronto equipo, que se paralizó por algunos días, a causa de la llega-

da a los Cayos, de don Francisco Javier Mina, que venía con miras semejantes para invadir a México. Por fin, el 19 de diciembre, salió el Almirante de los Cayos para Jacmel, donde recibió a su bordo a Bolívar y partió de allí el 21, con destino a Juan Griego, donde llegó el 28. El resto de la escuadrilla salió también de los Cayos, el mismo día 21, al mando del mayor general Agustín Gustavo Villeret, estuvo en Jacmel, a montar algunos cañones al bergantín *Indio Libre* y recibir algunos elementos de guerra y saliendo de este punto el 28, llegó a Juan Griego el 3 de enero. El Jefe Supremo luego que llegó a Margarita publicó una proclama, manifestando las miras que se había propuesto, la causa y origen de los males que se habían experimentado en su anterior administración, exhortando a los venezolanos, a que nombrasen diputados que se reuniesen en la isla y estableciesen el Gobierno que fuese de su voluntad, en el concepto de que el primer acto de las funciones de este cuerpo nacional sería marcado por la aceptación de la renuncia de su encargo (*).

(*) Documento Nº 39.

INDICE

1811

Pág.

La contrarrevolución del 11 de julio 3
Juan Díaz Flores. Se deslindan los partidos 4
El General Miranda quiere apartar al coronel Bolívar 5
Miranda ataca a Valencia.. 9
Miranda y Nariño 13
Patronato de Indias. Papel moneda 14
Indulto a los reaccionarios de Valencia 17
Los Estados Unidos y nuestra Independencia. Constitución Federal .. 18
Expediciones contra Guayana 23

1812

Monteverde en Coro 25
El Congreso en Valencia 26
Terremoto del 26 de marzo. Bolívar y el fraile Mota 27
Triunfo de Guayana, el 26 de marzo 28
Expedición de Monteverde 29
Miranda, Generalísimo Dictador 33
Monteverde en Valencia 35
El volcán de San Vicente, el 30 de abril de 1812 36
Los Estados Unidos envían socorros a Caracas 37
Miranda a la defensiva 40
Antoñanzas y Boves 42
Miranda derrota a Monteverde en La Victoria, pero no lo persigue .. 44
Prisión del Arzobispo 45
Insurrección de Puerto Cabello. Traición de Vinony.. 46
Miranda propone un armisticio 47
Capitulación de Miranda 50
Prisión de Miranda 52
Monteverde en Caracas 57
Expedición del coronel Vicente Sucre a Barcelona 66
Cumaná se somete bajo la garantía de la capitulación 68
El Gobernador Ureña 69
Cerberis. Prisiones en Cumaná 72
Miranda en las bóvedas de Puerto Cabello 76
La Audiencia reclama la observancia de la capitulación 79

Pág.

Los conocimientos de Miranda. Bolívar predestinado 82
Campaña de Bolívar en el Magdalena 85
Batalla de Cúcuta, 28 de febrero 86

1813

Antonio Nicolás Briceño 89
Bolívar en Mérida 92
Decreto de Guerra a Muerte 93
Expedición de Mariño 94
Secuestros y persecuciones 100
La Regencia aprueba el plan de Monteverde de pasar a cuchillo a los rebeldes 102
Expedición de Monteverde al Oriente 104
Batalla de Taguanes, 31 de julio 108
Bolívar libertador de la Patria. El 7 de agosto en Caracas 110
Invita a los extranjeros a que vengan a Venezuela 111
Plan de Gobierno formulado por Ustáriz 112
Bolívar lo trasmite al Congreso de la Nueva Granada 114
Sitio y combates en Puerto Cabello 115
Revolución de Margarita 116
Mariño liberta a Cumaná 117
Nombrado Jefe Superior de Oriente 122
Expedición del coronel Salomón 123
Los Cerritos Blancos 125
Combate de Bárbula. Muerte de Girardot 126
Expedición a Calabozo 128
Batalla de Mosquitero, 14 de octubre 130
Bolívar proclamado General en Jefe y Libertador de Venezuela 132
Derrota en Barquisimeto, 10 de noviembre 133
Batalla de Araure, 5 de diciembre 135
Destitución de Monteverde 138

1814

Primera batalla de La Puerta, 3 de febrero 142
Batalla de La Victoria, 12 de febrero 143
Fusilamientos en Caracas y La Guaira 144
Primera batalla de San Mateo, 28 de febrero 146
Segunda y tercera batallas de San Mateo. Sacrificio de Ricaurte 148
Primer sitio de Valencia 149
Política del Gobierno español 152
La Regencia de hecho declaró la guerra a muerte 153
Monteverde rechaza el canje de prisioneros 159

Pág.

Formación del ejército de Mariño 163
Marcha de Mariño en auxilio de Caracas 165
Batalla de Bocachica, 31 de marzo 168
Bolívar persigue a Boves y liberta a Valencia 170
Batalla del Arao, 16 de abril 171
Primera batalla de Carabobo, 28 de mayo 172
Deserción y castigo de un batallón de Oriente 174
Capitulación de París, el 30 de marzo 175
Segunda batalla de La Puerta, 15 de junio 177
Emigración de Caracas, 7 de julio 179
Segundo sitio de Valencia 181
Morales marcha a Barcelona, Urdaneta hacia Occidente 187
Boves en Caracas 187
Batalla en la Villa de Aragua, 17 de agosto 189
Evacuación de Cumaná 193
Piraterías de Bianchi 197
Ribas y Piar proscriben al Libertador 199
Piar lo quiere matar 201
Imposturas e infamias de Bianchi 203
Batalla de Maturín, 13 de setiembre 205
Matanzas de Boves en Cumaná 211
Batalla de Magueyes, 9 de noviembre 214
Batalla de Urica, 5 de diciembre 215
Luchas y matanza en Maturín, 11 de diciembre 217
Combates en la costa de Güiria 221
Retirada de Urdaneta 223
Bolívar en el Congreso de Tunja. Reducción de Bogotá 225
Acusación anónima contra Bolívar 226
Grandeza de Camilo Torres 228
Bolívar en Jamaica. Se salva del puñal del negro Pío 229

1815

Muerte del general Ribas 230
El Padre Llamozas en Margarita 233
Expedición de Morillo 237
Rendición de Margarita 238
Morillo se dirige a Santa Marta 243
Sitio de Cartagena de Indias 244
Monagas y Sedeño van a Guayana. Combates 247
Monagas regresa a Barcelona 250

1816

Victorias de Sedeño en El Tigre y Caicara 253

Pág.

Campaña de Zaraza 254
Política de Moxó 257
Campaña heroica de Arismendi 260
Doña Luisa Cáceres de Arismendi 262
Admirable constancia de los margariteños 265
Campaña de Casanare 267
Batalla de la Mata de la Miel 271
Evacuación de Cartagena de Indias 274
Batalla de Cachirí 275
Muerte de Fernando y Miguel Carabaño .. .. 277 y 278
Morillo en Bogotá, el 16 de mayo 280
El Presidente Serrano 284
Motín en La Trinidad a favor de Páez 285
Noticias del general Bolívar 286
Batalla del Yagual, 12 de octubre 288
Sobre el desembarco en Ocumare 290
Urdaneta y Santander en busca del Jefe Supremo 293
Bolívar en Haití 294
Petión protege a los patriotas 296
Expedición de Los Cayos 297
Combate heroico frente a Los Frailes, 2 de mayo 300
El general Bolívar proclamado Jefe Supremo 302
Toma de Carúpano, 1º de junio 304
Bolívar evade las fuerzas de mar y tierra de los españoles 306
Desembarco en Ocumare 307
Bolívar se reembarca 308
El atentado de Güiria, contra Bolívar 311
Invasión de los Seiscientos 312
Sitio de Cumaná por Mariño 315
Batalla del Juncal 316
Piar se dirige a Guayana 317
Los patriotas llaman al Libertador 318
Los españoles evacuan a Margarita 321

ERRORES

Página	*Línea*	*Dice*	*Léase*
7	30	Manuel Palacios	Manuel Palacio Fajardo
15	13	José Joaquín Garza	José Joaquín de Yarza
16	17	Manuel Palacios	Manuel Palacio Fajardo
155	3	Compañía de marinas	Compañía de Marina
163	24	Antonio Tanago	Antonio Tánago